

01049



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MEXICO**



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**CARDOSO-MARINI: UN DEBATE INCONCLUSO
DESARROLLO, DEPENDENCIA Y DEMOCRACIA
EN AMERICA LATINA**

T E S I S

Q U E P R E S E N T A

ROBERTO CARLOS HERNANDEZ LOPEZ

PARA OBTENER EL TITULO DE

MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

ASESOR: DOCTOR HORACIO CERUTTI GULDBERG

MEXICO, D. F.

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Sólo para los interesados.

Quiero compartir con aquellos que más amo las horas de lectura y escritura que me significaron estas páginas. Se las regalo a mis padres: Roberto Hernández y María del Carmen López, responsables primigenios de todo este balbuceo.

A mi hermana Blanca Estela le agradezco su cariño sin medida, su generosidad infinita. Para mi sobrina, la pequeña Alejandra, que me ha regalado tan hermosas y francas risotadas.

Para mi querencia eterna, mi delirio cotidiano, Brenda Rodríguez, por esta vida juntos.

Al doctor Horacio Cerutti, esa figura intelectual respetabilísima, que ahora se ha convertido, además, en un amigo entrañable.

INDICE

INTRODUCCIÓN	1
DESARROLLO Y DEPENDENCIA	11
CAPÍTULO I. DESARROLLO: TEORÍAS Y ENFOQUES	13
1. Historia y desarrollo	
a) El mundo de la posguerra	
Guerra Fría	
Tercer Mundo	
Estados Unidos	
b) Los años del crecimiento	
2. La escuela clásica	29
a) Los clásicos	
Adam Smith,	
John Stuart Mill	
David Ricardo	
b) La herencia de los clásicos	
3. Marx: un fantasma recorre...	37
a) Marx y el progreso	
b) Historia y progreso:	
Dialéctica hegeliana	
Materialismo histórico	
c) Crítica al determinismo de Marx	
d) Marx y América Latina	
4. El desarrollo como crecimiento económico	52
a) El siglo del crecimiento	
Schumpeter	
La crítica postkeynesiana	
Lewis	
Rostow	
5. La CEPAL, desarrollismo latinoamericano	73
a) Los años cincuenta	
b) La CEPAL:	
La fundación	
Los primeros años	
Las tesis	
Las críticas	
b) La herencia cepalina	
6. Germani: la modernización de América Latina	91
a) El análisis de la transición	

- b) El paradigma de la modernización
 - c) La modernización de América Latina
- Laberinto de la modernización
 ¿Progreso o *las trampas de la fe*?

CAPÍTULO II. DEPENDENCIA EN AMÉRICA LATINA: HISTORIA Y CONCEPTO	105
1. La coyuntura histórica: América Latina en los sesenta	107
a) La Revolución cubana: <i>un fantasma recorre América...</i>	
b) Un <i>golpe</i> a Brasil y a Latinoamérica	
c) El desarrollismo en crisis: el <i>frente</i> económico	
2. Primeras críticas, primeros debates	119
Primer debate	
a) Rodolfo Stavenhagen	
b) Pablo González Casanova	
c) La discusión	
Segundo debate	133
a) Gunder Frank: capitalismo temprano de AL	
b) Puiggrós: América feudal	
c) Laclau: <i>fe de erratas</i>	
Epílogo	
3. Dependencia y dependentistas	144
Variaciones sobre un mismo tema: la dependencia en sus autores	
a) Gunder Frank: <i>la dependencia como estructura</i>	
b) Dos Santos: la dependencia como <i>situación</i>	
c) Vânia Bambirra: <i>tipología</i> de la dependencia	
d) Furtado y Sunkel: del subdesarrollo a la dependencia	
e) Agustín Cueva: ¿teoría? de la dependencia	
f) Weffort: dependencia como teoría de clase	
Algunas conclusiones	173
CAPÍTULO III. DEBATE CARDOSO-MARINI	177
1. Fernando Henrique Cardoso	178
Desarrollo y empresarios	
Desarrollo dependiente: <i>la vida en la periferia...</i>	
Nueva dependencia	
2. Ruy Mauro Marini	204
Desarrollo y subdesarrollo	
Dialéctica, dependencia y desarrollo	
3. La discusión entre Cardoso y Marini	223
3.1 Cardoso-Serra: <i>desventuras de la dialéctica</i>	225
a) Intercambio desigual	
<i>Las tesis equivocadas</i> de Marini	

b) Subimperialismo	
c) Superexplotación	
3.2 Marini: Las razones del neodesarrollismo	235
a) Intercambio y superexplotación: críticas y precisiones	
b) Lucha de clases	
c) Brasil: subimperialismo y superexplotación	
d) Empleo	
Epílogo: <i>los ideólogos del neodesarrollismo</i>	
4. Paisaje después de la batalla	246
CAPITULO IV. DESARROLLO Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA	249
1. Los ochenta: la crisis, sus signos, sus huellas	250
1.1 Economía: la enfermedad y la cura	
1.2 Democracia en América Latina	
De vuelta al debate	
2. Cardoso y Marini: un debate inacabado...	274
2.1 Cardoso: Democracia y dependencia	
La importancia del método	
"Revolución burguesa": lo posible, lo deseable	
2.2 Marini: democracia y dependencia	
Democracia burguesa	
Capitalismo: crisis y resurrección	
3. Un debate sin fin	291
CONCLUSIONES	295
BIBLIOGRAFÍA	303

INTRODUCCIÓN

Llegó a ser una moda y aunque dejó de serlo, se sigue bordando sobre el mismo asunto: el desarrollo y sus milagros y bondades, sus laberintos, atajos y espejismos. Una discusión mundial prolongada durante más de medio siglo. Telón de fondo de movimientos políticos y sociales, de discusiones científicas y reacciones teóricas, desde hace décadas el problema del desarrollo —sus estrategias, modelos y programas— continúa en la agenda política internacional.

Historia de debates teóricos y fracasos económicos, de promesas políticas y decepciones sociales, en América Latina el debate en torno al desarrollo encontró un campo teórico y político fértil, que nos remite a la historia del medio siglo: cuando el fin de la Segunda Guerra Mundial señaló la extinción definitiva de los imperios del siglo XIX —en consecuencia, la descolonización de Asia, África y, en menor medida, de Latinoamérica— y, al mismo tiempo, el inicio de un proceso global de crecimiento y expansión económicos, conducido por las potencias vencedoras.

Poco antes de que se cumpliera la primera mitad del siglo, comenzó la reconstrucción económica y la reorganización político-militar del mundo a través de instituciones, organismos y alianzas regionales. De la segunda gran guerra a la Guerra Fría, el mundo quedó atrapado en el bipolarismo, que se tradujo en una fiera competencia geopolítica, económica y militar —que oscilaba entre la cooperación y el franco intervencionismo— entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Al igual que en otras regiones del mundo, en América Latina la promesa de desarrollo se abrió paso con relativa facilidad. La coyuntura internacional hacía empatar, por un lado, las políticas de las potencias por reactivar la economía mundial y, por el otro, el propósito de los gobiernos latinoamericanos de consolidar las economías nacionales a partir del mercado interno. A través del nuevo tinglado institucional que daba cierto orden a la comunidad internacional, el discurso del desarrollo permeó los programas económicos y las políticas públicas de buena parte de Latinoamérica.

Al menos en América Latina, la *máquina del desarrollo* estaba lista para ponerse en marcha. Faltaba solamente la receta. Más que una Teoría del desarrollo —en sentido ecuménico—, en poco tiempo se difundió una serie de reflexiones, estudios, modelos, estrategias que compartían un piso común: su preocupación por el desarrollo económico.

De muy diversa tradición, estas reflexiones formaron un *corpus* teórico (que suele identificarse con la expresión teoría del desarrollo) heterogéneo, variopinto y complejo que involucraba múltiples enfoques. De este amplio espectro teórico, podríamos identificar las siguientes tradiciones o propuestas condensadas en la noción de desarrollo:

- 1) el pensamiento económico ortodoxo —por decirlo de alguna forma—, que inicia con la escuela clásica y las contribuciones de Smith, Ricardo, Malthus y Mill, entre otros, quienes plantearon algunos temas¹ que permanecieron en la discusión sobre el desarrollo entendido como crecimiento y acumulación de capital, como un asunto de ahorro e inversión, y que encuentra cierta continuidad en los aportes poskeynesianos de Harrod, Domar y Lewis;
- 2) Marx y las versiones regionales del marxismo (Baran y Sweezy, Gunder Frank...), que en su conjunto ofrecieron, a diferencia de la teoría económica clásica, una explicación histórico-filosófica del desarrollo capitalista, que pronto se convirtió en un paradigma no sólo para los teóricos del desarrollo sino para sus críticos posteriores;
- 3) el *evolucionismo* como una sucesión histórica, casi mecánica, de etapas —un *continuum*— hacia el desarrollo; esta corriente se basaba en el modelo propuesto por Rostow (las muy conocidas cinco etapas del crecimiento económico),² el cual fue adoptado y difundido por el gobierno de Estados Unidos, quien por lo demás encontró “políticamente correcto” el declarado anticomunismo del autor y de su propuesta;
- 4) el *estructuralismo* de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL),³ cuyas tesis principales —siguiendo a Octavio Rodríguez— pueden abreviarse en: a) la noción centro-periferia como modelo de sistema económico global; b) el análisis de los términos de

¹ Entre otros, temas como la riqueza, su distribución, la productividad, la división de trabajo, el funcionamiento del mercado, la relación entre producción y demografía, etcétera; VÉASE Eric Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, 2ª ed., México, FCE, 1948, p. 140-197; Enrique García Moisés, *La teoría del desarrollo económico, análisis crítico de sus principales tesis*, México, UNAM, 1994, pp. 17-31.

² Véase Walt Rostow, *The stages of economic growth: a non-communist manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960.

³ Como se sabe, la CEPAL nació de la VI Reunión del Consejo Económico y Social (ECOSOC) de la ONU, celebrada en marzo de 1948; pese a las resistencias de las dos grandes potencias y de la Unión Panamericana, el cabildeo de Pierre Méndez France, David Owen y del mismo presidente del ECOSOC, Alberto Lleras Carmargo, se impuso y la CEPAL fue creada con base en la Resolución 106/VI de la ONU; como sede se designó el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), en Chile. VÉASE Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL, resistencia, trayectoria y contexto institucional*, México: El Colegio de México, 1987, y Edmund Jan Osmanczyk, *Enciclopedia mundial de Relaciones Internacionales y Naciones Unidas*, México, FCE, 1976, p. 247.

intercambio entre las mercancías del centro y la periferia; *c*) la identificación de ciclos económicos que se inician en el centro y que impactaban a la periferia; *d*) la industrialización como estrategia para el desarrollo; *e*) la intervención del Estado —bajo criterios de planificación— en el manejo de la economía nacional;⁴

5) la *modernización* como la vía más corta para el desarrollo y la democracia, lo que —en la versión de uno de sus representantes más conspicuos, Gino Germani— suponía el salto de una sociedad tradicional (donde prevalecía la población rural, una economía basada en la producción agrícola, escasa movilización social y, más que instituciones, autoridades carismáticas) a una sociedad moderna (urbana, industrializada, con fuertes niveles de consumo, una mayor diferenciación social e instituciones democráticas).⁵

La promesa era parecida pero las estrategias eran distintas. No había, pues, una sola receta, una fórmula ecuménica, un método único para trepar al vagón del desarrollo empujado por la locomotora de la historia. Por tanto, no es difícil coincidir con Schiavo-Campo y Singer en que “no ha surgido una teoría del desarrollo económico, por lo menos en el mismo sentido en que podemos identificar una teoría de los precios, o una teoría pura del comercio, o aun una teoría del crecimiento. Porque el desarrollo no es sólo un crecimiento económico, sino el crecimiento acompañado por el cambio estructural, social y económico.”⁶

No había receta única, pero en la década de los cincuenta la CEPAL se encargó de recomendar la industrialización sustitutiva de importaciones como estrategia para que las economías latinoamericanas abandonaran los baldíos del subdesarrollo. En abril de 1950 apareció un documento que influyó sobremanera en el curso de la historia de esos años: *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas*, escrito por Raúl Prebisch, y que fue tomado —según sugiere Albert Hirschman— como “El manifiesto de la CEPAL”. Tras la reunión de Río de Janeiro sobre el Desarrollo en América Latina (1953), algunos gobiernos de la región —en particular Brasil, Argentina, Perú y Colombia— empezaron a traducir las tesis cepalinas en políticas públicas.

Pese a la originalidad de la propuesta cepalina —aportaba, por ejemplo, una explicación estructural (centro-periferia) del subdesarrollo económico, se oponía a la teoría neoclásica del libre comercio; cuestionaba los modelos que condicionaban el desarrollo a

⁴ Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1989, pp. 24-39.

⁵ Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1963.

⁶ Salvatore Schiavo-Campo y Hans W. Singer, *Perspectives of economic development*, Boston, Houghton Mifflin, 1970, citado por Magnus Blomström y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo en transición*, México, FCE, 1990, p. 33.

variables macroeconómicas—, la *receta desarrollista* de la CEPAL mostró los primeros signos de sus limitaciones, que hacia la mitad de los sesenta serían ya inocultables.

La Tierra prometida se convirtió en laberinto para las naciones latinoamericanas. Aunado al estancamiento económico, América Latina fue sacudida por procesos revolucionarios y el ascenso de los militares al poder, lo que acentuó la presión y presencia de las potencias mundiales sobre la región.

En la década de los sesenta, luego del fracaso del modelo cepalino basado en la sustitución de importaciones y bajo un ambiente político que tendía a polarizarse (seguir el ejemplo cubano de la revolución como atajo al socialismo, o la ruta brasileña de la dictadura militar), las críticas al *desarrollismo* se multiplicaron desde distintos frentes: de la misma CEPAL —a través de Furtado y Sunkel— o de su “anexo sociológico” chileno, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social —en los trabajos de Cardoso, Faletto, Dos Santos, Gunder Frank, Marini, quienes habían salido de Brasil luego del golpe militar— y de algunos otros centros de investigación en universidades chilenas.

Aunque con diferentes perspectivas y tradiciones teóricas, las críticas *dependentistas* al desarrollismo y la modernización coincidían, con matices, en tres preocupaciones: 1) la dependencia de las economías latinoamericanas como obstáculo al desarrollo nacional; 2) la estructura capitalista mundial favorecía la dependencia; y 3) el análisis marxista de la historia latinoamericana (que condujo a debates acerca de los modos de producción en América Latina).⁷

Por ello, más que una “teoría” o un “paradigma”, habría que asumir los estudios de la dependencia como un esfuerzo colectivo, pero no homogéneo, una corriente de interpretación acerca de los problemas derivados del subdesarrollo en América Latina, esto es, un movimiento donde convergían teóricos de diversa procedencia intelectual, con señaladas diferencias de enfoque y, en consecuencia, donde abundaban las discusiones y polémicas. Por lo demás, y en tanto un movimiento con vida y dinámicas propias, habría que reconocer que la reflexión en torno a la dependencia observó diferentes momentos en su desarrollo teórico, a lo largo de casi dos décadas de existencia, relacionados con hechos históricos (como la influencia de la Revolución cubana, el contexto de Guerra Fría, los golpes militares en Brasil y Chile...).

⁷ Sobre los modos de producción véase Heinz Dieterich, *Relaciones de producción en América Latina*, México, Cultura Popular, 2ª ed., 1985; y Enrique Semo, Raúl Olmedo, et. al., *Modos de producción en América Latina*, México, Cultura Popular, 1979.

Visto así, al interior de lo que algunos han dado en identificar como “teoría” o “escuela” de la dependencia nos encontramos con una abigarrada comunidad intelectual, ordenada de acuerdo con líneas de interpretación sobre el subdesarrollo latinoamericano. La multiplicidad de propuestas y enfoques que se aglutinaron en torno a la noción de dependencia derivó, hacia adentro, en acalorados debates y agrias polémicas; y, hacia fuera, en una descarga de críticas de variado tono, intensidad y consistencia: lo mismo de parte de marxistas como Ernesto Laclau y Agustín Cueva, de estructuralistas como Anibal Pinto y Jan Křákel, que de economistas neoclásicos como Sanjaya Lall y Thomas Weiskopf, por mencionar sólo algunos.

Aunado a este creciente ambiente de crítica interna y externa, habría que consignar los siguientes factores que impactaron el desarrollo de la corriente dependientista:

- 1) algunos hechos políticos en América Latina —señaladamente el golpe militar del general Pinochet contra el gobierno democrático chileno de Salvador Allende, al que más tarde habría que sumar la caída del general Velasco Alvarado en Perú (agosto de 1975)— propiciaron una nueva correlación de fuerzas en la región, lo cual planteó una redefinición política por parte de algunos teóricos de la dependencia, que incluso se expresó en las discusiones en torno a las alternativas (“revolución o fascismo”) frente al subdesarrollo periférico;
- 2) la cuesta abajo de la teoría marxista en Europa (principalmente en los centros de producción teórica, como Francia e Italia) hacia finales de los setenta, lo que acentuó un ambiente intelectual y teórico empobrecido y confuso a nivel mundial,⁸ que atizó los ánimos del debate entre los dependientistas y sus críticos;
- 3) luego del golpe militar en Chile, México se convirtió en la nueva sede intelectual de los dependientistas, quienes se encontraron en este país con una tradición marxista más ortodoxa que la del cono sur y con mayor oposición a sus tesis.

Los debates y polémicas se multiplicaron tanto como las “teorías de la dependencia”. Durante el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Costa Rica a mediados de 1974,

⁸ Véase Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio, la izquierda ante el fin de siglo*, 2ª ed., México, Siglo XXI, 1989, pp. 1-24.

ya se planteaba “el adiós a la teoría de la dependencia” y, al mismo tiempo, las “alternativas sociológicas” sobre el subdesarrollo en América Latina.⁹

En este contexto terminal, una de las polémicas más significativas —no la única por supuesto— fue aquella que involucró a dos de los teóricos más conspicuos de la dependencia: Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini. La *Revista Mexicana de Sociología* sirvió de marco para este debate. A finales de 1978, esta publicación editó un voluminoso número extraordinario. Casi 400 páginas que iniciaban con una amplia discusión “sobre la dependencia” de América Latina. Adrián Sotelo apunta que “es sin duda la discusión desarrollada por Marini con Fernando Henrique y José Serra, [...] el encuentro más importante que se ha registrado en torno al debate sobre la teoría de la dependencia.”¹⁰

Se trataba, pues, de una de las polémicas más relevantes entre dos teóricos con interpretaciones divergentes, aún más, encontradas. Si bien el debate entre Cardoso y Marini no agota —ni por mucho— la discusión sobre el tema, es probable que sea esta polémica (por la fecha en que se presenta, la obra que recupera y los teóricos que concita) la que abrevia y, quizás, cierra una etapa muy fértil de labor teórica y reflexión crítica en Latinoamérica acerca del desarrollo y sus fundamentos.

En el fondo, la discusión no sólo era de dos, en el debate confluían diversas tradiciones, modelos y propuestas teóricas que ofrecían múltiples lecturas sobre el subdesarrollo económico, político y social en América Latina.

LA DEPENDENCIA A DEBATE

Aunque no fue la primera ni ha sido la última, la teorización sobre la dependencia, que propuso una mirada original para analizar un periodo histórico en particular de la región, sigue siendo una de las contribuciones más significativas de América Latina a las ciencias sociales.

En esa dirección apunta Jaime Osorio cuando —a la distancia y con una óptica crítica— concluye que “si hay alguna reflexión que las ciencias sociales latinoamericanas pueden presentar —en la historia de las ideas— como algo original y sustantivo, son las

⁹ Véase Daniel Camacho (comp.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1979, en particular las ponencias de Agustín Cueva, “Problemas y perspectivas de la dependencia”, y de José Luis de Imaz, “¿Adiós a la teoría de la dependencia?”

¹⁰ Adrián Sotelo Valencia, “Dependencia y superexplotación”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. II. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 1994, p. 292.

propuestas teóricas que se gestaron en torno a los problemas del subdesarrollo y de la dependencia.”¹¹

Habría que reconocer que en pocos años los dependentistas consiguieron, con un enfoque crítico y dentro de un contexto histórico altamente politizado, incidir en diversos ámbitos políticos e intelectuales, entre ellos: 1) en las ciencias sociales, al contrarrestar el enorme peso de los países centrales en el campo de la investigación del desarrollo y trascender el encuadre economicista, con el cual se abordaba la situación latinoamericana, por uno que incluía un análisis histórico y sociopolítico; 2) en las decisiones sobre políticas de desarrollo en algunos gobiernos —por ejemplo, en Perú con el general Velasco y Chile con Allende—; 3) en el terreno “ideológico”, los dependentistas intentaron llevar el análisis del subdesarrollo latinoamericano más allá de lo económico-político y situarlo dentro del debate de la dependencia y la subordinación teórica de América Latina respecto a los circuitos académicos e intelectuales del Primer Mundo;¹² 4) en la discusión acerca del “lugar” que ocupaba el científico social dentro de la sociedad, y el planteamiento de la relación entre reflexión teórica y experiencia histórica.

Desde luego, reconocer estos aportes no supone, de ningún modo, pasar por alto las limitaciones y advertir el paso del tiempo sobre las tesis dependentistas. Por el contrario, nos permite establecer un punto de partida para continuar la reflexión crítica sobre América Latina.

Si como vengo sosteniendo, por un lado, la teorización sobre la dependencia es una de las contribuciones más significativas de América Latina al mundo de las ideas y, por el otro, el debate entre Cardoso y Marini puede considerarse como una suerte de *epílogo* de un significativo periodo histórico y teórico en América Latina, esta polémica “sobre la dependencia” nos permite plantear que en la discusión sobre el desarrollo de América Latina, Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini confrontan, más que cifras y métodos de análisis, dos concepciones acerca del desarrollo y su viabilidad histórica en Latinoamérica; al mismo tiempo y derivado de lo anterior, se discuten dos paradigmas sobre la transformación de las sociedades latinoamericanas (revolución o reforma) y, por último, se enfrentan —en la discusión— dos modelos políticos (socialismo y democracia).

¹¹ Jaime Osorio, “Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica”, en Ruy Mauro Marini y Marga Millán, *La teoría social latinoamericana, Cuestiones contemporáneas*, México, UNAM/El Caballito, tomo IV, 1996, p. 25.

¹² Sobre este punto véase la introducción de Dudley Seers, *La teoría de la dependencia, Una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987, pp. 11-19.

De ser así —si esta polémica señala el fin de una etapa en la discusión latinoamericana—, entonces a partir de este debate podemos registrar los cambios en la forma y los términos en que se planteaba, analizaba, discutía y problematizaba el tema del desarrollo, en particular en estos dos autores. Esto es, la forma en que se pensó el desarrollo en América Latina hacia principios de los ochenta evidenció un cambio mayor de paradigma: de las tesis dependentistas al del desarrollo subordinado y la democratización, que planteó en otros términos la discusión sobre los problemas derivados del subdesarrollo en América Latina.

Por lo demás, este planteamiento permite, también, emprender una lectura, un ajuste de cuentas —a la distancia— de una etapa significativa en el pensamiento latinoamericano, así como la revisión de categorías y conceptos derivados del análisis de la dependencia que aún prevalecen en las ciencias sociales y que continúan explicando fenómenos sociales.

En el fondo, se parte de que algunas de las tesis involucradas en el debate Cardoso-Marini pueden reformularse a la luz de la discusión actual sobre el desarrollo. En ese sentido, trataré de responder, entre otras, las siguientes preguntas:

¿Qué queda de aquella discusión; cuál fue su contribución a las ciencias sociales, para América Latina y al pensamiento en general?

¿Qué representaban, política y teóricamente, las propuestas de Marini y Cardoso?

¿Cuánto y en qué ha cambiado la forma de concebir, plantear, discutir sobre el desarrollo luego de aquel debate entre Cardoso y Marini?

¿Cuál fue el desenlace de esa polémica, cuál fue el desarrollo teórico de cada uno de los autores después de aquella discusión?

¿Qué factores —de fondo y coyunturales, teóricos y políticos— contribuyeron al “agotamiento” de las tesis dependentistas y su desplazamiento dentro de la discusión acerca del desarrollo?

¿Cuáles son las diferencias, de fondo, en el análisis de subdesarrollo entre la corriente dependentista y los teóricos de la transición democrática?

¿Cuál es la herencia teórica de aquellos años y cuál es su potencial en la actualidad?

Quizás no haya forma más efectiva de mantener la vitalidad de las tradiciones teóricas e intelectuales que a través de un ejercicio de crítica y reflexión, desde luego sin indulgencias ni concesiones.

Bajo esa premisa, este estudio se propone:

1. Reconstruir una etapa histórica muy significativa para América Latina (de los cincuenta a principios de los ochenta), a partir de lo cual se pueda emprender el análisis de las teorías y tesis que sobre el desarrollo económico y político prevalecían en la región;
2. Empezar un balance crítico, en general, de las aportaciones de los "teóricos de la dependencia" y, en particular, de las reflexiones de Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini acerca del desarrollo, la dependencia y el cambio social en América Latina;
3. Continuar un debate inconcluso, como lo es el del desarrollo económico y sociopolítico de América Latina, a través de la polémica entre dos científicos sociales destacados, con el propósito de arribar a conclusiones sobre la consistencia, limitaciones y vigencia de las tesis dependentistas;
4. Identificar algunos de los elementos teóricos, políticos, sociales e históricos que expliquen el ocaso de la corriente dependentista y su desplazamiento en la discusión sobre Latinoamérica, esto es, el ascenso de un nuevo paradigma;
5. Contribuir y aportar interpretaciones y lecturas, a través de un debate crítico con los planteamientos de Cardoso y Marini, sobre el pensamiento latinoamericano de los años setenta y su continuación en el discurso de la transición democrática.

Para dar cuenta de estos objetivos, propongo un acercamiento a las corrientes dependentistas —autores y tesis—, en particular al debate Cardoso-Marini, a través de varios niveles de análisis e investigación sobre el desarrollo y la dependencia: *a)* histórico, en tanto un periodo definido en la historia de América Latina que describe la relación de nuestras economías con la economía mundial; *b)* teórico, asumiendo la disputa de dos planteamientos (Cardoso y Marini) con fuertes diferencias de origen acerca del concepto, historia, interpretación y viabilidad del desarrollo; *c)* científico, en tanto que se confrontan dos explicaciones —si se quiere paradigmas— sobre la realidad latinoamericana, el propuesto por los dependentistas y el de la democracia; y *d)* político: la distancia entre dos proyectos de organización política nacional que implicaba formas muy diferentes de concebir el Estado, la sociedad y el mercado.

DESARROLLO Y DEPENDENCIA



Centro, orilla y todo, durante siglos el desarrollo catalizó —a través de la metafísica, la naturaleza, la Providencia o la historia— los deseos y los miedos, las aspiraciones y la incertidumbre de diversas sociedades. Precedida por una muy larga historia de claroscuros, a partir del siglo XVIII la noción de desarrollo ocupó un lugar medular en la historia del mundo.

Siempre a discusión, ya sea encarnada en instituciones internacionales y políticas nacionales o como sustento de teorías y modelos económicos, el desarrollo determinó —en tanto idea, discurso, enfoque— un periodo especialmente significativo del siglo pasado, en el que la economía mundial (al igual que la tecnología y la ciencia) alcanzó máximos históricos de crecimiento y expansión, pero al mismo tiempo decenas de naciones, millones de personas, naufragaron en ese viaje desarrollista que prometía atracar en el puerto del bienestar y la prosperidad.

Además de promesas incumplidas y grandes decepciones, en América Latina el desarrollo generó un debate, amplio y fértil, acerca de la viabilidad económica y política de la región dentro del sistema mundial. Fueron casi tres décadas (de los cincuenta a finales de los setenta) de intensa y fragorosa discusión que se inscribieron dentro de un periodo histórico de convulsión política, agitación revolucionaria, asonadas golpistas, bipolarismo político-ideológico, intervención extranjera, *guerra sucia*... De este tiempo —de grandes utopías y contundentes desencantos— no sólo quedaron heridas abiertas. La labor teórica de América Latina conoció uno de sus momentos más fecundos, significativos y trascendentes. Los teóricos *cepalinos* y, más tarde, los *dependentistas* incorporaron enfoques y categorías originales al mundo de las ciencias sociales y, en particular, a la teorización sobre el desarrollo.

Por ello, esta primera parte (integrada por dos capítulos) del presente estudio se propone: a) emplazar el tema del desarrollo —en su acepción moderna: racional y secularizada— como secuela de una muy larga historia —de varios siglos— *empujada* por la idea de progreso; b) explorar el contexto político mundial y regional de posguerra, esto es, la reconstrucción del mundo a cargo de Estados Unidos a partir de un discurso de desarrollo que devino hegemónico; y

c) identificar tradiciones, escuelas y autores entre los protagonistas de la extendida discusión acerca del desarrollo y subdesarrollo, rastrear sus fuentes teóricas próximas y lejanas, reconocer diferencias y matices entre las múltiples propuestas, hurgar pues en el pasado inmediato de estas tres décadas de discusión y prolífica producción teórica latinoamericana.

Como puede colegirse, se parte de la presunción de que el desarrollo está precedido por una muy larga historia, que durante el periodo de posguerra definió tanto la forma institucional que adoptó el discurso de desarrollo —en tanto modelos y políticas públicas— en América Latina, como los términos y el enfoque de la discusión acerca del desarrollo, subdesarrollo y dependencia —incluido, desde luego, el debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mario Marini, materia sustancial de esta investigación.

CAPÍTULO I



DESARROLLO: TEORÍAS Y ENFOQUES

1. HISTORIA Y DESARROLLO

Difícilmente ha de hallarse en la historia occidental —esa que suele presentarse casi en línea recta y en ascenso de Atenas a Washington— un concepto tan porfiado, tan persistente como el de *progreso*, que de tiempo en tiempo aparece con diferentes máscaras —desarrollo, modernización, historia, crecimiento, porvenir—, pero siempre es ese mismo rostro que lleva el signo del avance a partir de la acumulación, esa especie de superación tenaz e inexorable, de perfeccionamiento casi perpetuo, de itinerario ascendente hacia un *telos* revelado, de carrera cuesta arriba y contra el tiempo...

En suma: el progreso como un *motor* que parece mantener girando la rueda de la historia y del mundo, la vida de las naciones y de la humanidad. “La idea de progreso —en palabras de Sebreli—, de desarrollo evolutivo está indisolublemente asociada a la de unidad del género humano y universalidad de la historia.”¹ Además de su notable persistencia, destaca que esta noción fundacional en la historia de diversas civilizaciones y culturas occidentales, ha sido asumida, en más de una ocasión, de forma *dogmática* (en su sentido original de aquello que “parece bueno”), lo cual explica que durante siglos el progreso fuera percibido, por individuos y sociedades, casi siempre como una hazaña, un bien, una ventaja, una mejora, pese a que sus resultados no en todos los casos lo eran, sobre todo para los últimos países en incorporarse al mercado mundial

Lo mismo para la Grecia de Hesíodo, Jenófanes y Protágoras, que para los píos Tertuliano, Eusebio y San Agustín, o para esa tradición medieval que cuenta entre sus filas a las mentes más brillantes de la época, como Joachim de Fiore, Bernardo de Chartres, Roger Bacon y que se extendió hasta el Renacimiento, la idea de progreso aparece como huella y destino, principio y fin de un *continuum* humano evolutivo y sus muchas metáforas.

¹ Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 8ª ed., 1995, p. 71.

La Ilustración no acabó con el mito, con esa idea providencial del progreso. Antes al contrario.² El racionalismo se convirtió en una plataforma sin igual para el desarrollo. En un amplio estudio dedicado por completo al tema, Robert Nisbet afirma que “La idea de progreso alcanzó su cenit en el periodo que va de 1750 a 1900 tanto en la mentalidad popular como en los círculos intelectuales. De ser *una* de las ideas importantes de la civilización occidental pasó a convertirse en la idea dominante, incluso teniendo en cuenta la creciente importancia de ideas como las de igualdad, justicia social y soberanía popular, que también fueron focos directrices durante ese periodo.”³

En este periodo la lista de creyentes crece por todos lados. La idea del progreso abonaba el ambiente intelectual de la época. Desde muy distintos frentes disciplinarios, los devotos del progreso se multiplicaron: Darwin, por ejemplo, en *El origen de las especies* transmitía a sus lectores esperanza en el progreso: “podemos mirar con confianza hacia un futuro seguro y de larga duración. Y como la selección natural actúa solamente para el bien de cada ser, todas las cualidades corporales y mentales tienden por el progreso hacia la perfección...”

Desde Königsberg (ese lugar célebre que hoy conocemos como Kaliningrado), Kant, por su parte, no ocultaba su optimismo en el “plan secreto de la naturaleza” que hace al hombre desarrollarse. En su *Idea de la historia universal en sentido cosmopolita* apunta: “Todas las disposiciones naturales de una criatura están destinadas a desarrollarse alguna vez de manera completa y adecuada...” Más elocuente que los anteriores resulta el párrafo del poeta Heinrich Heine: “porque yo tengo fe en el progreso, creo que la humanidad está destinada a ser feliz, y en consecuencia tengo una concepción de la divinidad mucho más grandiosa que la de quienes creen que el hombre nació solamente para sufrir.” El inventario de adeptos continúa y pasa por Hegel, Turgot, Voltaire, Condorcet, Smith, Stuart Mill, Spencer, Marx, Comte, Saint Simon... y muchos más.

Del otro lado del Atlántico, en América Latina las ideas acerca del progreso empezaban a germinar entre los ilustrados. A decir de Brandford Burns, “Las élites hablaban constantemente de ‘progreso’, acaso la palabra más sagrada del vocabulario político, pero poseedora también de un impresionante conjunto de significados. [...] Las élites creían que ‘progresar’ significaba volver a crear sus naciones apeándose tanto como fuera posible a los modelos europeo y

² “El mito ya es la Ilustración; la Ilustración recae en mitología...” Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 3ª ed., 1998, p. 56.

³ Robert Nisbet, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 1996, p. 243.

norteamericano. Creían que sacarían algún beneficio de esa reconstitución, y por extensión, suponían que sus naciones se beneficiarían también.”⁴

Pese al ambiente crédulo de Occidente, las desventuras e infortunios provocados por la idea de progreso empezaron a percibirse por algunos escépticos: lo mismo Goethe que Marx daban cuenta del costo humano de esas desventuras del desarrollo. Tanto en el *Fausto* como en el *Manifiesto comunista*, se empieza a construir esa metáfora trágica del progreso a través del *aprendiz de hechicero* superado por sus poderes, desatando fuerzas incontrolables, padeciendo las consecuencias de sus propios conjuros.

Aquellos siglos no sólo significaron la cima del progreso, sino el comienzo de su sima, ya inocultable en autores del siglo XIX, como Tocqueville (en sus *Recuerdos* no queda nada de su optimismo acerca de *la democracia en América*), o que murieron con él, como Nietzsche (siempre intempestivo, escribió que “la humanidad no representa una evolución hacia algo mejor y más fuerte o más alto, del modo que hoy se cree. El progreso no es más que una idea moderna, es decir, una idea falsa...”).

Quizás ello explique la suspicacia que genera esta idea motriz durante el siglo XX, una era que, por cierto, contribuyó terriblemente a desgastar aún más esta noción de progreso —como desarrollo, como crecimiento— no sólo con dos guerras mundiales y numerosos conflictos regionales, sino con sendos fiascos económicos en gran parte del mundo, cuyo costo humano ha sido enorme.

No es aventurado sostener que hacia la mitad del siglo XX la idea de progreso arriba a una condición inédita en la historia occidental: un momento de enorme desconfianza y descrédito acerca de sus significados, consecuencias y efectos (humanos, ambientales, sociales, económicos...), sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial y su corolario atómico; pero, al mismo tiempo, su reafirmación vital como eje articulador del mundo de la posguerra bajo la forma de modernización.

Pese a los recelos y temores acerca de los desvaríos y engendros del progreso, la reconstrucción del mundo de posguerra (lo mismo las naciones centroeuropeas que los territorios recientemente descolonizados de África y Asia o las zonas con fuertes rezagos industriales como América Latina) se llevó a cabo siguiendo la misma receta y el mismo molde. Con acierto, Edgar Morin apunta que “La noción de desarrollo, concepto mayor y onusiano de mediados de siglo, es

⁴ Bradford Burns, *La pobreza del progreso*, México, Siglo XXI, 1990, p. 19.

una palabra maestra en la cual se han encontrado todas las vulgatas ideológico-políticas de las décadas 1950 y 1960. Pero ¿se ha pensado verdaderamente? Se ha impuesto como una noción maestra, a la vez evidente, empírica (mensurable por los índices de crecimiento de la producción industrial y de la elevación del nivel de vida), rica (significando por sí misma a la vez crecimiento, expansión, progreso de la sociedad y del individuo). Pero apenas se ha visto que esta noción era *también* oscura, incierta, mitológica, pobre.”⁵

Además de este *lado oscuro* del desarrollo, señalado por Morin, las primeras décadas de la posguerra evidenciaron que si bien se utilizó el mismo molde (algo defectuoso, por cierto), no en todas partes ofreció los mismos resultados. Las hipótesis que parecen despejar las incógnitas acerca de los muy diversos puertos en que terminó esta aventura del desarrollo para muchos países, son múltiples. Una de ellas, que es la que propone este apartado, afirma que ese discurso de desarrollo —además de sus propias contradicciones y claroscuros—, que prometía reconstruir el mundo, fue determinado por intereses geopolíticos, factores ideológicos y, sobre todo, razones económicas —que variaban según la región del mundo— al final de la segunda gran guerra; lo cual definió, en gran medida, el rumbo de cada una de las zonas en que quedó dividido el mapa mundial: el milagro europeo y japonés, en contraste, por ejemplo, con la desilusión africana y latinoamericana.

De ser así, dentro de esa empresa desarrollista de posguerra, la división bipolar de la sociedad internacional fue un factor central en la suerte que habría de correr América Latina. Aunado a las propias condiciones económicas y políticas de las naciones latinoamericanas, la posición geopolítica de la región (su vecindad con Estados Unidos) determinó los acentos y las formas que adoptó el discurso del desarrollo en América Latina. Lo que años más tarde incidirá en las teorías y críticas acerca del desarrollo y la dependencia latinoamericana.

El mundo de posguerra

El final de la Segunda Guerra Mundial trazó los planos y sentó las bases del mundo de la Guerra Fría (según la expresión atribuida al estadounidense Brian Baruch pero difundida por el libro de Walter Lippmann, *Cold War*). Con las ruinas de Europa y Japón y las nuevas piezas de África y

⁵ Edgar Morin, “El desarrollo de la crisis del desarrollo”, en Cándido Mendés (coord.), *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1980, p. 223.

Asia, Estados Unidos y la Unión Soviética armaron el rompecabezas internacional y trazaron las coordenadas ideológicas de un nuevo mapa político.

Entre los aliados, la victoria no fue la misma ni supo igual, no tenía el mismo sabor ni el mismo contenido. Mientras que para Gran Bretaña, por ejemplo, el final de la guerra señaló también su fin como potencia mundial; para Francia se tradujo en la desocupación enemiga de su territorio. En contraste, Estados Unidos celebraba un triunfo contundente, que lo colocaba incluso por delante de la URSS.

Aunque de forma simbólica, tanto en Teherán como en Yalta, incluso antes en Bretton Woods (cuna del Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo), quienes quedaron de pie marcaron —entre encuentros y desencuentros— el rumbo de la geopolítica mundial. Si bien “la división de Europa y del mundo no proviene de la conferencia de Yalta, sino de la ruptura de los acuerdos celebrados en el curso de esta reunión”,⁶ la conferencia de los tres grandes (Roosevelt, Churchill y Stalin) anticipó las contradicciones y rupturas entre los vencedores.

Como sea, a través de una alianza frágil y sin futuro contra el fascismo pero la guerra había terminado, al menos en su dimensión mundial. Los saldos de la batalla, en la victoria y la derrota, fueron muy diferentes en cada caso. En Europa, para vencedores y vencidos el paisaje ruinoso era muy parecido, las economías nacionales habían quedado tan maltrechas como la arquitectura de sus principales ciudades, aunque las condiciones para hacer frente a la reconstrucción —determinadas por el incipiente realineamiento geopolítico-ideológico— parecían empezar a señalar diferencias.

Además de una paz relativa —que nunca estuvo exenta de conflictos regionales y envuelta en una permanente amenaza de que uno de esos conflictos escalara a niveles globales—, el fin de la guerra reportó, entre otras novedades: 1) el inicio de una configuración bipolar del mundo (Guerra Fría), cuya traducción geopolítica y militar convirtió la geografía internacional en un virtual campo de batalla y provocó el comienzo de una desmedida carrera armamentista; 2) derivado del proceso de descolonización, aparecieron en la comunidad internacional nuevos países con señalados problemas económicos y demográficos, que al poco tiempo serán identificados en bloque como el Tercer Mundo; 3) la irrupción de Estados Unidos como gran potencia económico-militar, por encima de la Unión Soviética; 4) el inicio de una etapa de

⁶ Pierre de Senarclens, *Yalta*, México, FCE, 1988, p. 159.

crecimiento económico mundial, que desembocaría en puertos muy contrastantes, periodo en el que se consolidaría una cierta idea (un *molde*, por decirlo de alguna forma) sobre el desarrollo, concepto que por lo demás —según la hipótesis que sostiene este apartado— estuvo determinado, también, por los intereses geopolíticos estadounidenses, que finalmente definieron, en buena medida, la suerte del mundo subdesarrollado.

1. Guerra Fría

Apenas terminaba la Segunda Guerra Mundial y entre las grandes potencias —pese al regocijo por la paz—⁷ ya se vislumbraban si no riesgos inminentes por lo menos algunos focos de tensión. El particular interés de Stalin sobre las fronteras de Polonia y Alemania anticipaba que la división geopolítica de Europa no se había escrito por completo en Yalta.

Sin embargo y pese a la existencia de conflictos regionales —como la guerra de Corea, 1950-1953—, “la situación mundial [reconoce Eric Hobsbawm] se hizo razonablemente estable poco después de la guerra y siguió siéndolo hasta mediados de los setenta, cuando el sistema internacional y sus componentes entraron en otro prolongado periodo de crisis política y económica. Hasta entonces ambas superpotencias habían aceptado el reparto desigual del mundo, habían hecho los máximos esfuerzos por resolver las disputas sobre sus zonas de influencia sin llegar a un choque abierto de sus fuerzas armadas que pudiese llevarlas a la guerra y, en contra de la ideología y de la retórica de la Guerra Fría, habían actuado partiendo de la premisa de que la coexistencia pacífica entre ambas era posible.”⁸

Con todo y los acuerdos implícitos entre ambas potencias, la sociedad internacional vivía al *filo de la navaja*. La “retórica” de la Guerra Fría parecía más que eso cuando se miraban los enormes presupuestos que cada año hacían crecer la industria militar de Estados Unidos y de la Unión Soviética e inundaban de armas el mundo.

⁷ Entre los últimos discursos pronunciados por el presidente Roosevelt se cuenta el siguiente mensaje de paz: “Buscamos la paz, una paz duradera. Más que un fin a la guerra, deseamos un fin a los comienzos de todas las guerras, sí, un fin a este método brutal, inhumano y totalmente impráctico de dirimir las diferencias entre los gobiernos... Nos encontramos ante el hecho preeminente de que, si la civilización ha de sobrevivir, hemos de cultivar la ciencia de las relaciones humanas... la capacidad de todos los pueblos, de todas las indoles, para vivir juntos y trabajar juntos en un mismo mundo, en paz... hoy, cuando avanzamos contra el terrible azote de la guerra... conforme avanzamos hacia la mayor contribución que ninguna generación de seres humanos pueda hacer a este mundo, la contribución de una paz duradera, yo os pido que conservéis vuestra fe.” Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commager y William Leuchterburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 3ª ed., 1987, p. 784.

⁸ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica (Girjalbo/Mondadori), 1998, p. 232.

A riesgo de reducir el tema, conviene abreviar los rasgos que le dieron contorno a la Guerra Fría, que a decir de Paul Kennedy pueden concentrarse en cuatro: *a)* la partición de Europa entre los dos bloques, que no sólo continuó después de 1945 sino que se profundizó, lo mismo Alemania y los países del este europeo, que Grecia, Turquía y Corea padecieron los impactos de esta división geopolítica; *b)* derivado de lo anterior, la constante “escalada *lateral* desde Europa hacia el resto del mundo”, a través de una confrontación bipolar que no sólo extendía sus largos brazos armados, sino que reclamaba del mundo, sobre todo de los nuevos estados nacionales, una definición/alineación política (la adopción de capitalismo o el socialismo) y económica (liberalismo o planificación estatal); *c)* una frenética carrera armamentista entre las dos superpotencias militares: en apenas cinco años —de 1948 a 1953— Estados Unidos aumentó cuatro veces sus gastos de defensa, al pasar de casi once mil millones de dólares a casi 50 mil millones; la URSS, por su parte, casi duplicó su presupuesto en ese mismo periodo, en 1948 gastó más de 13 mmd en Defensa, cinco años después la cifra se elevó a más de 25 mmd; por último, *d)* la multiplicación de alianzas por todo el mundo, a causa del *bipolarismo* “y la competencia para evitar que países del Tercer Mundo se uniesen al bando contrario”⁹

Para completar el cuadro, Wallerstein, más contundente y polémico, propone cuatro “afirmaciones” sobre la Guerra Fría:

1) Estados Unidos era la potencia hegemónica en un sistema mundial unipolar. Su poder, basado en una ventaja abrumadora en la productividad económica en 1945 y en un sistema de alianzas con Europa occidental y Japón, llegó a su apogeo alrededor de 1967-1973; 2) Estados Unidos y la URSS mantenían un conflicto sumamente estructurado, cuidadosamente contenido, formal (pero no sustancial), en que la URSS actuaba como un agente subimperialista de Estados Unidos; 3) El tercer mundo se impuso a la renuente atención de Estados Unidos, la URSS y Europa occidental al reclamar derechos más completos, y antes, de lo que anticipaban o deseaban los países del Norte. Tanto su fuerza política como en definitiva su debilidad se basó en su creencia y su optimismo acerca de los objetivos conjuntos de autodeterminación y desarrollo nacional; 4) Los decenios de 1970 y 1980 fueron un periodo de estancamiento económico global, resistencia de Estados Unidos a su inminente declinación, y desilusión del tercer mundo con su propia estrategia.”¹⁰

Bipolar o unipolar, con conflictos más o menos controlados, más o menos sustanciales, según cada autor, lo cierto es que se asomaba un “nuevo orden mundial” —complejo y diverso— metido a la fuerza en un corsé geopolítico bipolar. Pronto brotarían las primeras señales de la insuficiencia bipolar para organizar el planeta.

⁹ Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, 3ª ed., Barcelona, Plaza & Janés, 1994, pp. 586-610.

¹⁰ Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México, UNAM/Siglo XXI, 1996, pp. 13-14.

2. El Tercer Mundo

En la Segunda Guerra Mundial la derrota no fue sólo para el fascismo y los países del eje. Aquellos grandes imperios europeos del siglo XIX que se repartieron África y Asia, se convirtieron en escombros. Naciones como Francia, Italia, Inglaterra y, en menor medida, Bélgica y Holanda, estaban más preocupadas por el futuro que por el pasado —aunque no renunciaron por completo a sus antiguos dominios, incluso como en el caso de Francia con Argelia, se resistieron a perderlos.

Como era previsible, las antiguas colonias europeas —azuzadas ya sea por Estados Unidos o por la Unión Soviética— dejaron de serlo para convertirse en un puñado de naciones independientes, vulnerables, con formaciones estatales incipientes, endebles y con graves problemas “nacionales” en ciernes (derivados de la miseria en que las potencias los habían dejado, su “explosión demográfica”, la falta de infraestructura económica, etcétera), en un contexto de fuertes presiones internacionales.

“La descolonización y las revoluciones transformaron drásticamente el mapa político del globo. La cifra de estados asiáticos reconocidos internacionalmente como independientes se quintuplicó. En África, donde en 1939 sólo existía uno, ahora eran unos cincuenta. Incluso en América, donde la temprana descolonización del siglo XIX, había dejado una veintena de repúblicas latinoamericanas, la descolonización añadió una docena más.”¹¹

La pobreza heredada por décadas y siglos de colonialismo y la desmedida sobrepoblación convirtieron a estas incipientes naciones, y otras no tan noveles, en el Tercer Mundo (según la expresión empleada por el doctor Franz Fanon), sede geográfica, económica y simbólica del subdesarrollo. Al iniciar la década de los cincuenta, mil quinientos millones de personas (alrededor de dos terceras partes de la población mundial) padecían ya algún grado de desnutrición. Según datos de Naciones Unidas, mientras que el ingreso *per cápita* en Estados Unidos, hacia finales de la década de los cuarenta, era de casi mil quinientos dólares, en Indonesia, por ejemplo, apenas llegaba a 25 dólares.¹²

Al final de la guerra y de la mano del Tercer Mundo, irrumpe en el nuevo orden la pobreza como problema global. “Left behind was the struggle against fascism. In the rapid globalization of U.S. domination as a world power, the ‘war on poverty’ in the Third World

¹¹ Hobsbawm, *op. cit.*, pp. 346-347.

¹² Véase Harold Wilson, *The war on world poverty*, London, Gollanez, 1953, p. 11.

began to occupy a prominent place. [...] Poverty on a global scale was a discovery of the post-World War II period.”¹³

Aunado a la pobreza, en el Tercer Mundo se registraban, también, las tasas más altas de natalidad, tanto que Eric Hobsbawm califica este hecho como “fundamental” para el destino de estos países. A decir del historiador inglés, “La explosión demográfica del mundo pobre fue tan grande porque los índices básicos de natalidad de esos países solían ser mucho más altos que los del mismo periodo histórico en los países ‘desarrollados’, y porque los elevados índices de mortalidad, que antes frenaban el crecimiento de la población, cayeron en picada a partir de los años cuarenta, a un ritmo cuatro o cinco veces más rápido que el de la caída equivalente que se produjo en la Europa del siglo XIX.”¹⁴

Entre otros efectos del desmedido crecimiento poblacional, destaca —según Hobsbawm— “el aumento de la diferencia entre países ricos y pobres, avanzados y atrasados, aunque las economías de ambas regiones creciesen al mismo ritmo. Repartir un PIB el doble de grande que hace treinta años en un país de población estable es una cosa; repartirlo entre una población que (como en el caso de México) se ha duplicado en treinta años, es otra.”¹⁵

Con tales problemas y, por si fuera poco, excluidos de los planes de reconstrucción y financiamiento de Estados Unidos, los países tercermundistas no tardaron mucho en padecer los límites y la fragilidad de esa flamante independencia que recientemente habían conseguido. Flanqueados por el Primero y Segundo Mundo, gran parte de las naciones tercermundistas optaron por mantener cierta distancia frente al bipolarismo, sobre todo en foros internacionales —significativamente en la Asamblea General de Naciones Unidas—, aunque en los hechos no rehusaban eventuales programas de ayuda económica de uno u otro bandos. Al respecto, Paul Kennedy concluye que “la relación entre el Tercer Mundo y los ‘dos primeros mundos’ fue siempre compleja y cambiante. Había, desde luego, países que fueron siempre pro-rusos (Cuba, Angola) y otros que fueron firmemente pro-americanos (Taiwán, Israel), principalmente debido a que se sentían amenazados por sus vecinos. Había algunos que, siguiendo el ejemplo de Tito,

¹³ Arturo Escobar, *Encountering development. The making and unmaking of the Third World*, New Jersey, Princeton University, 1995, p. 17.

¹⁴ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 347.

¹⁵ *Ibidem*, p. 348.

trataban sinceramente de permanecer no alineados. Existían otros que, aún inclinándose hacia un bloque porque les ofrecía ayuda, se resistían vigorosamente a depender indebidamente de él.”¹⁶

Bajo la estrategia de la no-alineación, desde mediados de los cincuenta los países del Tercer Mundo fueron construyendo un bloque frente a temas incluidos en la agenda internacional como el comercio, el desarrollo, la descolonización, la carrera armamentista, etc., un grupo que se formalizó durante la Conferencia Cumbre de Belgrado (1961), de donde nacieron los Países No Alineados.¹⁷

La suerte de dos terceras partes de la población mundial quedó atrapada en un orden bipolar y confinada al último de los mundos.

3. Estados Unidos: el *hermano mayor*

Si alguien ganó la Segunda Guerra Mundial ese fue, sin duda, Estados Unidos. No sólo en lo militar sino en lo económico. Para nadie, como para los estadounidenses, la guerra fue tan rentable ni se tradujo en tal crecimiento económico. “Mientras el PNB de los Estados Unidos había aumentado más de un 50% en términos reales durante la guerra, el de Europa en su conjunto (menos la Unión Soviética) había descendido alrededor de un 25%.”¹⁸ Aún más, “Durante la guerra, el volumen de la maquinaria productiva dentro del país [Estados Unidos] aumentó en casi 50% y la producción física de artículos en más de 50%”¹⁹ Aunque buena parte de esta producción estaba relacionada con la enorme industria bélica estadounidense, los sectores “civiles” —por decirlo de algún modo— de la economía, al no ser afectados por ataques militares, siguieron creciendo como lo venían haciendo desde hacía varios años.

Ello parece explicar el hecho de que, al concluir el conflicto armado, “Washington poseía reservas de oro por 20 mil millones de dólares, casi los dos tercios del total mundial de 33 mil millones. De nuevo, más de la mitad de la producción manufacturera mundial se desarrollaba dentro de los Estados Unidos, que, en realidad, producía un tercio de la producción mundial de artículos de todos los tipos. Esto los convirtió con mucho en los más grandes exportadores de artículos [...] y pocos años más tarde realizaban una tercera parte de las exportaciones del

¹⁶ Kennedy, *op. cit.*, p. 617.

¹⁷ Véase Prensa Latina, *Los Países No Alineados*, México, Diógenes, 1976, pp. 9-16.

¹⁸ Kennedy, *op. cit.*, p. 577.

¹⁹ A. Asworth, *A short history of the international economy since 1850*, Londres, 1975, p. 268, citado en Kennedy, *ibid.*, p. 560.

mundo. Debido a su enorme expansión de sus instalaciones para la construcción de buques, efectuaba la mitad de los transportes marítimos mundiales.”²⁰

Pocos años después del fin de la guerra, en 1950 “los Estados Unidos poseían —apunta Hobsbawm— por sí solos alrededor del 60 por 100 de las existencias de capital de todos los países capitalistas avanzados, generaban alrededor del 60 por 100 de toda la producción de los mismos, e incluso en el momento culminante de la *edad de oro* (1970) seguían teniendo más del 50 por 100 de las existencias de capital de todos esos países y casi la mitad de su producción total.”²¹

Con buena parte del mundo (África y Asia) saliendo del *cascarón* colonial, otra parte (Europa) levantado los escombros de la guerra y una porción más reducida (América Latina) sin encontrar el camino hacia el desarrollo, el escenario no podía ser más propicio para la irrupción de Estados Unidos como *albacea* del mundo de la posguerra, aunque con el contrapeso militar de la Unión Soviética.

En este contexto, muchos estadounidenses alcanzaban a percibir que se abría una etapa de prosperidad doméstica y expansión a escala mundial de los intereses de Washington. En ese tono, a mitad del siglo XX Henry Luce parecía hablar por millones de estadounidenses cuando escribía, muy orondo, en la revista *Life*: “la experiencia americana es la clave del futuro. América debe ser el *hermano mayor* de las naciones en la hermandad del hombre.”²² No se trataba solamente de una percepción ciudadana, sobre esta visión se construía, también, la estrategia estadounidense oficial para la Guerra Fría.

Hacia 1948, George Kennan, uno de los arquitectos de la posguerra y representante conspicuo de la *Real Politik*, planteaba un diagnóstico contundente (conocido como Estudio 23 de Planeación de la Política) de cara al futuro inmediato. Reproducido por Noam Chomsky, en este documento —“confidencial” para el Departamento de Estado— se podían leer frases como estas: “Tenemos cerca de 50% de la riqueza del mundo, pero sólo 6.3% de su población [...] En esta situación, no podemos fallar en ser objeto de envidia y resentimiento. Nuestra tarea real es diseñar un modelo de relaciones que nos permita mantener esta posición de disparidad [...] Para hacer eso, tenemos que deshacernos de todo sentimentalismo y ensueño; y la atención deberá

²⁰ *Ibidem*, p. 561.

²¹ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 278.

²² Citado en Robert Dallek, “The Post-War World: ‘made in USA’”, en S. J. Ungar, *Estrangement: America and the World*, New York, Harper & Row Press, 1985, p. 32.

concentrarse en todas partes en nuestros objetivos nacionales inmediatos [...] Debiéramos cesar de hablar de objetivos vagos e irreales como los derechos humanos, el levantamiento de niveles de vida, y la democratización. No está muy lejos el día en que tendremos que tratar con conceptos de poder directo. Mientras menos nos estorben consignas idealistas, mejor.”²³

En el fondo, Kennan —el teórico de la “contención”— no hacía sino traducir, en términos estratégicos (y con arreglo a los principios de la *real politik*),²⁴ la percepción de miles de sus compatriotas: Estados Unidos estaba llamado a convertirse en el *hermano mayor* de la hermandad mundial.

4. Los años del crecimiento

Sólo falta una pieza para completar este rompecabezas de la Guerra Fría que hemos planteado: los años del crecimiento económico mundial, la etapa en la que se inscribieron *les trente glorieuses* de los franceses, el *cuarto de siglo de oro* para los ingleses, el *Wirtschaftswunder* alemán, el tiempo de los *milagros económicos* en América Latina (México, Brasil...). En cada caso, la experiencia del desarrollo económico, si bien compartió un piso común, evidenció grandes diferencias y desigualdades entre países desarrollados y subdesarrollados.

Como sea, para la mayoría de las naciones, lo mismo del Primero que del Tercer Mundo, el fin de la guerra mundial marcó el inicio de un periodo de crecimiento económico, de expansión comercial, aunque con señaladas diferencias. “A una época de catástrofes —nos recuerda Hobsbawm—, que se extiende desde 1914 hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, siguió un periodo de 25 o 30 años de extraordinario crecimiento económico y transformación social, que probablemente transformó la sociedad humana más profundamente que cualquier otro periodo de duración similar. Retrospectivamente puede ser considerado como una especie de edad de oro, y de hecho así fue calificada apenas concluido, a comienzos de los años setenta.”²⁵

Por lo menos durante los años cincuenta —y mientras en el Tercer Mundo el crecimiento poblacional se mantenía por debajo del crecimiento económico—, la *edad de oro* parecía recorrer todo el mundo, o para ser más exactos los tres mundos: contrario a lo que podría pensarse, fue la economía soviética, y no la estadounidense, la que más creció durante esa década. Esta ola de crecimiento alcanzó a tocar al Tercer Mundo, en particular a la América Latina, donde algunas de

²³ Citado en Noam Chomsky, *Lo que realmente quiere el Tío Sam*, México, Siglo XXI, 1994, p. 12.

²⁴ Véase George F. Kennan, *Al final de un siglo*, México, FCE, 1998.

²⁵ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 15.

sus economías más grandes conseguían índices de crecimiento históricos. En Brasil, por ejemplo, “el periodo de la posguerra —a decir de Celso Furtado— se caracterizó por un rápido crecimiento e importantes modificaciones a la estructura económica. Entre 1947 y 1961, la tasa media anual de crecimiento fue del 5.8%, equivalente a cerca de un 3% por habitante. En la segunda parte de este periodo se registró una fuerte elevación de la tasa de crecimiento, que entre 1957 y 1961 alcanzó un 7%, lo cual corresponde a una tasa acumulativa anual de 3.9% por habitante.”²⁶

México, por su parte, durante la década de los cincuenta creció, en promedio, a un ritmo de 7.1% al año, aunque de forma muy irregular, pues mientras que en 1950 se registró un crecimiento de 10.3%, tres años más tarde la economía apenas creció 0.6%; de menos del uno por ciento al siguiente año se disparó hasta 10.5%.²⁷

Aunque con peculiaridades regionales, “la economía mundial seguía creciendo, pues, a un ritmo explosivo. Al llegar a los años sesenta, era evidente que nunca había existido algo semejante. La producción mundial de manufacturas se cuadruplicó entre principios de los cincuenta y principios de los setenta, y, algo todavía más impresionante, el comercio mundial de productos elaborados se multiplicó por diez.”²⁸

¿De quién era esa *mano invisible* que hacía crecer tan aceleradamente la economía mundial? En realidad, no tenía nada de invisible. Provenía de quienes habían asumido la reconstrucción del mundo y habían provisto de financiamiento a las economías devastadas por la gran guerra. La economía del mundo giraba en torno a Estados Unidos.

Doctrina Truman: desarrollo y mundo libre

Como parte de su política exterior, el presidente Harry Truman (1945-1952) fincó, de paso, las bases para manejar la política económica estadounidense hacia el mundo durante los primeros años de la Guerra Fría.

Además de crear la Agencia Central de Inteligencia, el Consejo de Seguridad Nacional y de enviar tropas estadounidenses a Corea sin la autorización del Congreso, el presidente Truman construyó el *molde* del desarrollo que durante la posguerra exportó, con matices, a distintas regiones del mundo.

²⁶ Celso Furtado, *Dialéctica del desarrollo*, México, FCE, 1974, p. 98.

²⁷ Véase Enrique Padilla Aragón, *México: desarrollo con pobreza*, México, Siglo XXI, 9ª ed., 1979 (en particular, “Apéndice estadístico”).

²⁸ Hobsbawm, *ibid.*, p. 264.

Desde su llegada a la Presidencia (en abril de 1945, tras la muerte del presidente Roosevelt), Harry S. Truman *endureció* la política exterior estadounidense.²⁹ Ante el repliegue británico en Grecia y Turquía y el previsible avance de la Unión Soviética en la zona, el 12 de marzo de 1947 el presidente envió un mensaje al Congreso estadounidense —que incluía algunas medidas de política exterior, sobre todo respecto a los derechos de Grecia y Turquía—, que llegó a conocerse como la *doctrina Truman*. En aquel comunicado, de fuerte contenido ideológico,³⁰ el presidente argumentaba, entre otras cosas, que Estados Unidos debía apoyar “a los pueblos libres” amenazados por “régimenes totalitarios”, por lo que su gobierno necesitaba recursos para ello. Y los consiguió.

La estrategia del gobierno de Truman no se redujo a una defensa armada del “mundo libre” frente al “avance del comunismo”. Ese mismo año, George Kennan —lo volvemos a encontrar— recomendó una nueva estrategia de *contención* al comunismo en Europa: un plan que detuviera el creciente deterioro de la economía europea y que, a largo plazo, posibilitara su integración económica. Los préstamos aislados no podían seguir siendo una opción. Por ello, en junio de 1947, durante una conferencia en Harvard, el secretario de Estado George Catlett Marshall invitó a los países europeos a presentar un programa de reconstrucción, el cual —prometió— sería apoyado por el gobierno de Estados Unidos.

Unos meses después, en diciembre, el Congreso aprobó un presupuesto (para cuatro años) de cerca de 13 mil millones de dólares —70% de los cuales se destinó a la compra de bienes y productos estadounidenses— para el Programa de Reconstrucción Europea o Plan Marshall, que se canalizó principalmente al Reino Unido, Francia, Italia y Alemania Occidental.

En poco tiempo el Plan Marshall demostró que no se trataba de solidaridad y cooperación, sino de un *buen negocio* para Estados Unidos y, a un tiempo, de una estrategia eficaz para detener al comunismo en buena parte de Europa. La economía estadounidense seguía creciendo y la de los países europeos beneficiados se recuperaba. El Plan Marshall se convertía en el *molde* del desarrollo.

²⁹ Véase Morison, Steele Commager y Leuchterburg, *op. cit.*, pp. 788-791.

³⁰ Truman planteó que el mundo tendría que elegir entre dos modos de vida: “Un estilo de vida se funda en la voluntad de la mayoría y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías de la libertad individual, libertad de expresión y de religión y liberación de la opresión política. El segundo estilo de vida se funda en la voluntad de una minoría, impuesta por la fuerza a la mayoría. Se funda en el terror y la opresión. Una prensa controlada, elecciones amañadas y supresión de la libertad personal.” M. Balfour, *The adversaries: America, Russia, and the open world 1941-1962*, Londres, 1981, citado en Kennedy, *op. cit.*, p. 582.

A principios de 1949 el presidente Truman definía su estrategia ya no sólo para Europa sino para las “regiones subdesarrolladas” del mundo: “For the first time in history humanity possesses the knowledge and the skill to relieve the suffering of the people. I believe that we should make available to peace-loving peoples the benefits of our store of technical knowledge in order to help them realize their aspirations for a better life [...] What we envisage is a program of development based on the concepts of democratic fair dealing [...] Greater production is the key to prosperity and peace. And the key to the great production is a wider and more vigorous application of modern scientific and technical knowledge.”³¹

El mundo subdesarrollado esperaba su propio Plan Marshall. Pero a diferencia de Europa, la economía estadounidense podía prescindir de una sólida y creciente economía africana o latinoamericana. El equilibrio económico del bloque capitalista estaría garantizado por Europa y, más tarde, por Japón —la obligada base de operaciones militares para enfrentar la guerra con Corea. Así que Estados Unidos no encontró razones estratégicas para invertir en el desarrollo del Tercer Mundo.

En otras palabras, habría *ayuda* para combatir la pobreza en el Tercer Mundo pero no financiamiento para favorecer el desarrollo. La diferencia entre ambas estrategias no era menor: mientras en Europa “el Plan Marshall —reconoce Hobsbawm— adoptó la forma de transferencias a fondo perdido más que de créditos”, en América Latina la *ayuda* contra la pobreza llegaría como préstamos, como concesiones para empresas transnacionales (el caso de la United Fruit Company en Centroamérica resulta ejemplar), como financiamiento a camarillas golpistas...

En gran medida, este hecho habría de definir —tal fue la hipótesis que condujo las páginas de este apartado— el rumbo económico de Latinoamérica durante la posguerra. Para América Latina no habría Plan Marshall sino doctrina Eisenhower: “La asistencia militar —sostuvo el presidente, en relación con su estrategia político-económica hacia América Latina, ante el Congreso— debe continuarse. La asistencia técnica debe mantenerse. La asistencia económica puede reducirse.”³²

³¹ Harry Truman, *Public Papers of the president of United States*, Washington, Government Printing Office, 1963, p. XXI.

³² Lloyd Mechem, *The United States and Inter-American security, 1889-1960*, Austin, University of Texas Press, 1961, p. 372.

Y es que la suerte de América Latina parece haber empezado a escribirse antes que concluyera la guerra. “Al vislumbrarse el final de la Segunda Guerra Mundial —escribe Federico Gil— se empezó a hacer evidente un grave deterioro de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica. Los Estados Unidos [...] habían trasladado el centro de su interés de Latinoamérica a Europa y Asia, dando prioridad a sus relaciones con las otras grandes potencias.”³³

Mientras que en Latinoamérica el gobierno estadounidense dirigía una política orientada principalmente a garantizar la defensa del continente (la Conferencia de Chapultepec, el Tratado Interamericano de Asistencia Mutua, TIAR, y la conferencia de Bogotá, cuna de la OEA) y asegurar su “patio trasero”, los recursos económicos se dirigían hacia Europa.

Como consecuencia, las economías latinoamericanas evidenciaron su enorme dependencia hacia Estados Unidos —avivada aún más durante la guerra cuando la producción de mercancías latinoamericanas fue estimulada por la propia economía estadounidense.

Durante la Conferencia de Río —en donde se firmó el TIAR—, el presidente Truman no había dejado lugar a dudas: para América Latina no habría Plan Marshall porque desde hacía más de un siglo Estados Unidos había puesto en marcha otro plan: la Doctrina Monroe: América para los americanos, sin eufemismos ni rubores.³⁴ La suerte estaba echada, el *buen vecino* en tiempos de guerra, se convertía en un *frío aliado* político de Latinoamérica.

Empezaba a tomar forma la imagen subdesarrollada del Tercer Mundo latinoamericano. Décadas de historia y el concurso de procesos políticos y económicos mundiales y regionales se articulaban, hacia mediados del siglo XX, para formar un escenario complejo para América Latina, dentro del cual se inscribe una época de agitación política y profusión teórica.

Una vez planteado el tema del progreso como una noción rectora en la historia, sobre todo de la sociedad moderna, y reconstruido —aunque sea de forma mínima— el escenario mundial heredado de la Segunda Guerra Mundial, es tiempo de aproximarse a las tradiciones teóricas y los autores que han contribuido a la discusión sobre el progreso, el desarrollo, la modernización, etc., y que incidieron, de algún modo, en el debate latinoamericano.

³³ Federico Gil, *Latinoamérica y Estados Unidos, dominio, cooperación y conflicto*, Madrid, Tecnos, 1975, p. 175.

³⁴ Véase Harry Truman, *op. cit.*, pp. 383-384.

2. LA ESCUELA CLÁSICA

Antes que “recuperar” los antecedentes que fueron construyendo la noción moderna de progreso, este apartado intenta establecer el *quiebre* —propiciado por la escuela clásica del pensamiento económico— en la noción de progreso: ese momento en que tuvo lugar la metamorfosis de una idea *providencial* en una teoría, moderna desde luego, del crecimiento económico. Pero no sólo el quiebre, sino la *continuidad*, esto es, el sustrato providencial heredado por los economistas clásicos a los protagonistas del debate teórico-político de mediados del siglo XX acerca del desarrollo.

En el fondo, se parte de que la llamada “escuela clásica” de la economía influyó, de forma significativa, en las *coordenadas* epistemológicas para pensar, teorizar y poner en práctica el desarrollo durante los dos siglos subsecuentes. A mi juicio, fueron los *clásicos* de la economía quienes asociaron —tal vez no por primera vez pero sí de forma sistemática y “científica”, en un contexto secular— progreso con crecimiento económico, y de esa forma consiguieron incorporar a una idea redentora, mesiánica, elementos de cientificidad a través de la teoría económica.

En otras palabras, Smith, Ricardo, Stuart Mill y compañía atavián una idea metafísica con ropajes científicos: el progreso no abandona su origen mítico —en tanto determinación natural/histórica— pero se convierte en parte de una teoría “científica”, ya no se sostiene en credos sino en leyes y reglas de la economía, del mercado.

Los clásicos

Según el canon, la teoría económica nace de las plumas de Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill, Thomas Malthus..., quienes dieron vida a una época (finales del siglo XVIII, principios del XIX) que en la historia del pensamiento económico es costumbre identificar como *escuela clásica*.

Antes que los clásicos, y la próspera Gran Bretaña como centro de producción teórica, fueron los fisiócratas (Quesnay, Turgot, Rivière) y los llamados preclásicos (North, Law, Petty, Hume) quienes desbrozaron el terreno para la nueva ciencia. Ambas corrientes comparten, afirma Roll, “el mérito de haber descartado definitivamente la creencia mercantilista de que la riqueza y su aumento se debían al comercio.” Sin embargo, fueron los fisiócratas quienes “llevaron a la esfera de la producción el poder de creación de la riqueza y del excedente susceptible de acumulación. El punto central de su análisis era la búsqueda de este excedente, o sea el célebre

produit net. Después de descubrir su origen de una manera que constituía un avance respecto de los mercantilistas ingleses, llevaron a cabo, en el *Tableau oeconomique [sic]*, de Quesnay, el análisis de su circulación entre las diferentes clases de la sociedad.³⁵ A diferencia del mercantilismo, Quesnay concluyó que la riqueza no estaba en el comercio, sino que “el suelo es la única fuente de riqueza”; por tanto, la agricultura se convierte, para los fisiócratas, en el único sector económico que puede generar ganancias por encima de los costos de producción.

En contraste con mercantilistas y fisiócratas, para los clásicos la riqueza obedecía a ciertas leyes económicas. A través de un incipiente discurso científico, que se planteaba determinar esas leyes y regularidades de la “naturaleza”, los clásicos proponían entender la economía como un sistema, un conjunto de unidades y piezas no aisladas, que obedecían a un cierto “orden natural”, y que debía continuar de esa manera: con la menor participación del Estado. Liberalismo económico pero también político.

Como escuela, el pensamiento de los clásicos se puede delinear —siguiendo a Sunkel y Paz— en cinco tesis: 1) el bienestar de un país depende de la masa de su población y de su incremento; 2) el bienestar de una nación depende de la masa de metales preciosos que tenga a su disposición; 3) debe activarse al máximo el comercio exterior para obtener un saldo favorable en la balanza comercial para así conseguir abundancia de oro y plata; 4) el comercio y la industria contribuyen más al bienestar nacional que la agricultura, en evidente crítica a los fisiócratas; 5) el Estado es el encargado de lograr el bienestar nacional mediante una política económica que asegure el cumplimiento de tales principios. En suma, “libertad de producción y libertad de mercado son los postulados de la economía clásica que sustituyen a los del sistema mercantil, propios de una etapa de transición durante la cual el Estado constituía una pieza esencial del desarrollo de la actividad comercial.”³⁶

Poco Estado y mucha fe en que las “leyes naturales” del mercado seguirían ordenando el funcionamiento de la economía. Si bien se mira, detrás de ese mecanismo —gobernado por el “orden natural”— que, según los clásicos, ponía en marcha el sistema económico, anidaba la idea de que el progreso era una especie de *mandamiento* natural: la Providencia como *motor* no sólo de la historia sino del crecimiento económico. La *mano invisible* que conducía la economía era la misma que escribía la historia del progreso humano.

³⁵ Eric Roll, *Historia de las doctrinas económicas*, México, FCE, 2ª ed., 1978, p. 131.

³⁶ Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 23ª ed., 1991, pp. 101-103.

Con diferentes matices y énfasis, los autores más conspicuos de la escuela clásica dieron muestra de su inocultable fe en el progreso. En lo que sigue, más que revisar los aportes de los clásicos al pensamiento económico, se trata de documentar su *credo* en la idea de progreso y su traducción en un discurso “científico”, que adoptaría la forma de teoría económica.

Adam Smith

La pregunta acerca de las causas y origen de la *riqueza de las naciones*, planteado por mercantilistas y fisiócratas, fue respondida de forma muy diferente por Adam Smith, el primero de los *clásicos*.

Para el comisario de aduanas en Escocia, la riqueza tendría su origen en el progreso, esto es, en el aumento de la opulencia y de la productividad, derivado de una división del trabajo, crecientemente especializada, y del avance de las técnicas de producción: “El progreso más importante en las facultades productivas del trabajo, y gran parte de la aptitud, destreza y sensatez con que éste aplica o dirige, por doquier, parecen ser consecuencia de la división del trabajo.”³⁷ El progreso de una sociedad se refleja en el crecimiento económico de las naciones que no es sino la simple “diferencia —explica Preston— entre el ingreso bruto y el ingreso neto de una sociedad: el primero era la suma total de la producción de la economía, mientras que el segundo era el superávit disponible para la inversión productiva después de haber deducido todas las necesidades de reproducción de la sociedad en los niveles de vida vigentes.”³⁸ Para alcanzar estas conclusiones, Smith elaboró una de las teorías económicas más influyentes de la modernidad.

Hijo de la ilustración escocesa, en *Teoría de los sentimientos morales* (que apareció 17 años antes que su obra más conocida) Adam Smith plantea el sustrato filosófico del liberalismo económico que años más tarde cobrara forma en *Una investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones*.

Para el profesor de lógica y “filosofía moral” de la Universidad de Glasgow, la conducta humana —más valdría decir la naturaleza humana— está determinada por seis motivaciones: egoísmo, conmiseración, libertad, sentido de la propiedad, hábito del trabajo y disposición a vender e intercambiar objetos.³⁹ Rasgos que no sólo permitirían la convivencia civilizada entre los hombres sino que favorecerían el progreso de toda la sociedad, puesto que la búsqueda del

³⁷ Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, México, FCE, 1987, p. 7.

³⁸ P. W. Preston, *Una introducción a la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1999, p. 83.

³⁹ Véase Roll, *op. cit.*, p. 148.

mayor provecho por parte de cada individuo redundaba —merced las “leyes naturales”— en el beneficio de la colectividad. En el fondo, se trata del trueque, de esa aparentemente irrenunciable necesidad humana de comerciar, lo que explica una de las frases más difundidas de la obra de Smith: “No es la benevolencia del carnicero, el cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino de la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino sus ventajas.”⁴⁰

A través del cambio de mercancías, el egoísmo de los hombres y el afán por incrementar su riqueza mediante la elevación de la productividad se traduce en un aumento de la producción nacional. “Todo individuo, al usar su propiedad o su trabajo para su propio beneficio, tiene que producir con fines de cambio, es decir, con fines que determinan todos los otros miembros de la comunidad. Desea o no hacerlo así, está obligado, por su mera condición de miembro del orden social, a conceder un beneficio a cambio del que él recibe. Todos están obligados a poner los resultados de sus esfuerzos ‘en un depósito común, donde cada individuo adquiere cualquier parte que necesite del producto del talento de otros hombres.’”⁴¹ En buena medida, la *mano invisible* —eufemismo de otro eufemismo: orden natural— está relacionada precisamente con las desmedidas cualidades que Smith atribuye al intercambio de mercancías, como mecanismo ordenador de lo económico, lo social y lo político.

Si la naturaleza había dispuesto tal conducta humana, no había sido fortuito. El “orden natural” —incluido desde luego el hombre— estaba montado de tal forma que permitiría el progreso de la humanidad. Si los hombres obedecían a tales motivaciones era porque el “equilibrio natural” había dispuesto que el interés de cada hombre no se opusiera a los de la comunidad.

Así que la famosa “mano invisible” de Smith aparece desde sus primeros manuscritos, aún más: jamás desaparece en toda su obra. Contemporáneo de Adam Smith, Dugald Stewart sostiene que “En los escritos de Smith, cualquiera fuese el tema que estuviera tratando, casi nunca se desperdicia la oportunidad de buscar en los principios de la naturaleza humana o en las circunstancias de la sociedad, el origen de las opiniones y las instituciones de las que habla [...] el principal objetivo de sus especulaciones es ilustrar las disposiciones establecidas por la naturaleza en la mente humana, y en las circunstancias de la situación externa del hombre, a fin

⁴⁰ Smith, *op. cit.*, p. 17.

⁴¹ Roll, *op. cit.*, p. 149.

de que se produzca un momento gradual y el progresivo de los medios de la riqueza nacional; y demostrar que el plan más eficaz para conducir un pueblo a su grandeza consiste en conservar ese orden de cosas indicado por la naturaleza...”⁴²

Para conservar ese provechoso “orden natural”, Adam Smith supone que no hay que hacer sino lo que el interés de cada quien le dicte —“sin dejar de observar las reglas auténticas de la justicia”. Después de todo, concluye Smith: “nunca he sabido que hiciesen mucho bien aquellos afectos a trabajar por el bien público.”⁴³ Al gobierno —garante histórico del bien público—, por tanto, correspondían entonces “tres deberes”: garantizar la seguridad y defensa de la nación contra eventuales intervenciones extranjeras; velar por la seguridad de todos, esto es, administrar la justicia; y hacerse cargo de obras e instituciones públicas que no serían sostenidas por ningún individuo (camino, puentes, escuelas, etcétera).

A partir de estos supuestos, Smith concluye que “el sistema evidente y sencillo de la libertad natural se establece por sí solo.” El progreso, en tanto crecimiento económico, no necesita sino de que cada hombre libre responda a su propia *naturaleza* egoísta, proclive al trabajo y al intercambio. Del resto se encargaría la “mano invisible”, esa que gobierna el mercado —“depósito común” de necesidades y talentos entre los hombres— y escribe la historia tal cual se la dicta la voz del progreso.

Incluso para los más pobres, el progreso, según Smith, tiene un lugar: “durante un periodo de progreso —o sea mientras la sociedad avanza hacia ulteriores incrementos de riqueza— más bien que en otro en que la sociedad alcanzó el máximo de los asequibles, es cuando la situación del obrero pobre —es decir, de la gran masa de la población— se revela como más feliz y confortable. Por el contrario, la situación de ese obrero es dura en el estado estacionario, y miserable en el decadente. El progresivo es, en realidad, un estado feliz y lisonjero para todas las clases...”⁴⁴

Según lo veo, la idea de progreso en el planteamiento de Smith aparece en dos niveles: como *ley natural* que conduce los destinos de la humanidad, esto es, como motor de la historia, y como *condición natural* de los hombres (en palabras de Smith: “el esfuerzo natural que hace cada individuo por mejorar su propia situación”), que se expresa en el crecimiento económico de las naciones. El progreso como tirano de la naturaleza y de los hombres.

⁴² Dugald Stewart, *The life and writings of Adam Smith*, citado en Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 268.

⁴³ Véase Roll, *ibid.*

⁴⁴ Smith, *op. cit.*, p. 79.

En esa óptica, el progreso humano no es más que la obediencia hacia las leyes naturales. Si algo deja ver la *mano invisible* de Smith es justamente la sujeción *natural* del hombre y su historia hacia la ley del progreso, esto es, la lógica *natural* del mundo.

John Stuart Mill

Niño genio por “decisión” de su padre (John Mill, contemporáneo y amigo de Ricardo y Bentham), John Stuart Mill recibió una formación excepcional que, años más tarde, le permitió extender más allá de lo económico el horizonte analítico formulado por Smith.

Sin abandonar las tesis liberales, a Stuart Mill, más que el liberalismo, le interesó —entre otros— el tema de la libertad, interés que se tradujo en una de sus obras más conocidas, *Sobre la libertad* (1859). Para Mill, el libre intercambio de mercancías, la no intervención del Estado en el destino de la economía, el respeto a la vocación original de cada individuo..., en suma, la libertad era el cimiento de la economía liberal. “El libre cambio —colige Schumpeter al hablar de Mill— no es sino un elemento de un amplio sistema de política económica y nunca debe ser analizado aisladamente.”⁴⁵

No se trataba sólo de mercancías y riqueza nacional, sino de la libertad del individuo frente a la sociedad y el Estado. Pero, como lo aclara en la introducción de su obra, por libertad no refiere el “llamado libre albedrío, que con tanto desacierto se suele oponer a la denominada —impropiamente— doctrina de la necesidad filosófica, sino la libertad social o civil, es decir, la naturaleza y límites del poder que puede ser ejercido legítimamente por la sociedad sobre el individuo.”⁴⁶

Mill no sólo fue uno de los más insistentes en alertar acerca de los peligros de la “tirana sociedad” contra la individualidad, de los riesgos de una sociedad —apenas en ciernes para Stuart Mill— en donde los hombres “leen las mismas cosas, escuchan las mismas cosas, ven las mismas cosas, van a los mismos sitios, tienen sus esperanzas y sus temores puestos en los mismos objetos...”⁴⁷ A Stuart Mill, concluye un devoto Schumpeter, le debemos “uno de los grandes

⁴⁵ Joseph A. Schumpeter, *Historia del análisis económico*, México, FCE, 1984, p. 361.

⁴⁶ John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Madrid, Aguilar, 1977, p. 5.

⁴⁷ *Ibid.*, p. XIX.

libros del siglo [XIX]”, *Sistema de lógica*,⁴⁸ en el que Schumpeter encuentra grandes analogías con *Principios de economía y política*.⁴⁹

Ya sea en un libro o en otro, Mill no logra esconder su “racional” devoción en el progreso. Robert Nisbet sostiene que “hay que afirmar que el principio de progreso subyace o está implícito en todo lo que escribió Mill”.⁵⁰ Como prueba de ello, Nisbet ofrece un fragmento del libro sexto del *Sistema de lógica*: “Creo —advierte Mill— que la tendencia general es y seguirá siendo, con la excepción de momentos ocasionales y pasajeros, hacia delante, una tendencia hacia una situación mejor y más feliz. [...] Para nuestra finalidad basta que haya un cambio en la dirección del progreso, tanto en el carácter de la raza humana como en sus circunstancias exteriores en cuanto que éstas pueden ser modificadas por el hombre; basta que en cada era difieran los principales fenómenos de la sociedad de los de la era precedente, y que lo hagan mucho más profundamente de los de cualquiera de las eras que antecedieron a la penúltima”.⁵¹

El progreso, bajo la mirada de Stuart Mill, sería como una cadena ascendente, como una obligación civilizatoria de superar a la generación anterior, de seguir el camino en la dirección correcta del progreso.

A diferencia de Adam Smith, John Stuart Mill no se conformaba con seguir la marcha natural del progreso, con no alterar el “orden natural”, las ciencias —según el parlamentario inglés— hacían viable acelerar este movimiento progresivo: “Gracias a su ayuda [se refiere a la “ciencia social”] podremos no solamente lanzar miradas penetrantes hacia el futuro de la raza humana, sino también determinar cuáles son los medios artificiales que debemos aplicar para acelerar el progreso natural.”⁵² Parece positivismo, quizás porque lo es: años más tarde, Mill dio por buenas las famosas tres etapas de la ley del progreso del muy conocido sociólogo francés.

En la obra de Stuart Mill la noción de progreso encontró uno de sus galas más racionalistas. Sin embargo, el racionalismo de Mill llegó hasta donde se lo permitió esa idea providencial de progreso, en tanto *telos* y estructura del “orden natural”. Incluso la libertad —ese tema tan atractivo para el crítico Mill— aparece como parte de ese plan maestro que la naturaleza le tiene reservado a la humanidad.

⁴⁸ John Stuart Mill, *Sistema de lógica inductiva y deductiva*, Madrid, Daniel Jorro, 1971.

⁴⁹ Véase Schumpeter, *op. cit.*, p. 397.

⁵⁰ Nisbet, *op. cit.*, p. 317.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ídem.*

David Ricardo

A diferencia de Stuart Mill o del propio Adam Smith, David Ricardo no se preocupa por elaborar una fundamentación filosófica de su obra. Quizás porque no disponía de la formación académica para ello, o tal vez porque su experiencia con el mundo de los negocios (como agente de bolsa) y de la política (a través del parlamento) determinaron su interés hacia temas más prácticos (como la teoría del valor, de la distribución y del dinero, la teoría de los salarios, de la renta de la tierra, etcétera).

Como sea, en *Principios de economía política y tributación* (1817), de Ricardo, no hay algo parecido a la *Teoría de los sentimientos morales* o a los libros I, III y IV de *La Riqueza de las naciones*, de Smith; tampoco nada que se acerque a *De la libertad* o la *Lógica* de John Stuart Mill.

Acerca de la comparación entre estas obras, Eric Roll sostiene que “los *Principios* [se refiere a la obra de Ricardo] no forman parte de manera tan clara de una filosofía social general [...] Su exposición pocas veces ofrece el alivio de aquellas digresiones históricas y aquellas disquisiciones filosóficas que confortan a los lectores de Adam Smith.”⁵³ La obra de Ricardo evita las rutas filosóficas trazadas por Smith y, en contraste, opta por continuar el camino de la reflexión teórica relacionado con los precios, la distribución de los recursos, la composición de los salarios y las rentas.

Así que sin mayores disquisiciones filosóficas, Ricardo responde a la pregunta sobre la riqueza de las naciones de una forma simple: “la riqueza aumenta más rápidamente en aquellos países donde la tierra disponible es más fértil, donde la importación sufre menos restricciones y donde, mediante mejoras agrícolas, las producciones pueden multiplicarse sin ningún incremento en la cantidad proporcional de trabajo, y donde, por consiguiente, el progreso de la renta es lento”.⁵⁴

Si alguna evidencia puede encontrarse acerca de la fe en el progreso por parte de David Ricardo, ese rastro podría seguirse a través de su teoría del progreso técnico. Para el economista londinense de origen judío, el progreso técnico, expresado en la maquinaria, aumentaría la productividad del trabajo y con ella la oferta de mercancías, lo que redundaría —según la Ley de

⁵³ Roll, *op. cit.*, p. 175.

⁵⁴ David Ricardo, *Principios de economía política y tributación*, México, FCE, 1985, p. 58.

Say, que afirmaba que toda oferta crea su propia demanda— en un aumento de la demanda, que a su vez evitaba la temida pérdida de empleos.

En otras palabras, el progreso técnico sostendría el progreso económico (en términos de producción, empleo, comercio, etcétera). Una idea que volvería a aparecer más de un siglo después en el discurso del presidente Truman: “Greater production is the key to prosperity and peace. And the key to the great production is a wider and more vigorous application of moderns scientific and technical knowledge.”⁵⁵ Conocimiento científico igual a crecimiento económico, una ecuación —hemos comprobado en América Latina— no siempre exenta de errores.

La herencia de los clásicos

Los clásicos no fueron sino *modernos alquimistas*: con arcilla de un mito —el del progreso como decreto natural— construyeron una “sólida” teoría del crecimiento económico, que no era sino metáfora de la añeja idea providencial acerca del progreso.

A mi modo de ver, cambian las variables pero permanece el esquema: el progreso, como ley natural dictada por la Providencia, es desplazado por la idea de crecimiento —en tanto “incremento de la opulencia”, Smith *dixit*— como mandato de la economía.

En adelante, y de allí la continuidad en el siglo XX, se discutirá por lo general las leyes, los métodos y modelos de acceder o acelerar el crecimiento económico, aunque sus resultados no sean tan alentadores. Se interroga el cómo, no el por qué.

Tras el llamado periodo clásico del pensamiento económico, el crecimiento se convierte en una extraña y “racional” fe de los modernos, cuyas oraciones y plegarias se transforman en leyes y teorías económicas.

3. MARX, UN FANTASMA RECORRE...

Incluso sobre quien ya parece haberse dicho todo, como el caso de Marx, siempre queda lugar para una palabra más. En medio de una vastísima producción teórica y literaria acerca de —en contra de, sobre de, a partir de, desde...— uno de los autores definitivos en la historia mundial contemporánea, este apartado no pretende convertirse en un tributo al lugar común sino dar cuenta —con arreglo a los objetivos generales de esta investigación— de un referente teórico e histórico ineludible en la reflexión en torno al progreso y para el pensamiento latinoamericano.

⁵⁵ *Supra*.

Estación obligada en este luengo itinerario sobre los creyentes del progreso, el acercamiento al *corpus* teórico de Marx supone una dificultad particular: se trata de Marx y no de cualquier otro, es decir, del teórico que influyó como ningún otro en la historia del siglo XX.

A más de siglo y medio de distancia de sus primeros escritos, Marx y su obra aparecen como un fantasma y un mito, un monumento a la libertad y al totalitarismo, un manual revolucionario, un diccionario ilustrado de la modernidad, una religión.⁵⁶ Amenaza para unos y esperanza para otros, “una efigie bifronte de redentor y diablo” (Juan Goytisolo *dixit*),⁵⁷ alegoría de un siglo que llegó a su fin.

Cadáver caliente o alma en pena, Marx sigue siendo —lustros después de la Guerra Fría— tema de una discusión acalorada: su obra se presenta como una especie de *campo de batalla* teórico y político que define y compromete; que suele desbordar la neutralidad científica y el rigor académico. A favor o en contra, el abordaje a la obra de Marx parece una contienda, en más de un sentido.

Entre el entierro y la resurrección, parece como si más de un siglo después de su muerte no fuera suficiente para hablar en *frío* y con “objetividad” sobre ese hombre hirsuto —a juzgar por su cabello y barba, según la foto clásica, tomada apenas un par de años antes de su muerte— que seduce y abomina con sus reflexiones incendiarias, sus tesis filosas, su estilo rijoso y metafórico... Ni siquiera después del “fin de la historia” y de la “muerte de las ideologías”, Marx y su obra se dejan apre(he)nder con facilidad. “¿Qué hacemos —pregunta Bolívar Echeverría—, por lo general, cuando hablamos de ‘marxismo’ últimamente? Lo sentamos en el banquillo de los acusados o lo acostamos sobre la mesa de diagnóstico, lo compadecemos por la gravedad de su estado, sin dejar de juzgarlo y condenarlo por la culpa que le correspondería en las miserias de nuestro tiempo o, todo ello, por supuesto, en plena convicción tanto de nuestra inocencia impoluta como de nuestra salud inmejorable.”⁵⁸

⁵⁶ Schumpeter no duda en sostener que “el marxismo es una religión: Para el creyente presenta, en primer lugar, un sistema de fines últimos que dan sentido a la vida y que tienen el carácter de normas absolutas mediante las cuales pueden juzgarse los acontecimientos y las acciones; ofrece, en segundo lugar, una guía para alcanzar tales fines, la cual implica un plan de salvación y la denuncia de aquellos males que deben ser evitados a la humanidad o, al menos, a una parte elegida de ella.” Joseph Schumpeter, *Diez grandes economistas. De Marx a Keynes*, Madrid, Alianza, 1979, p. 19.

⁵⁷ Por cierto, como *divertimento*, bien vale la pena detenerse en el experimento literario de Juan Goytisolo, *La saga de los Marx*, Barcelona, Mondadori, 1993.

⁵⁸ Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998, p. 45.

Acaso todo esto no sea sino consecuencia de ese *doble frente* del pensamiento marxista, como teoría y praxis, que es precisamente lo que dificulta —como sugiere Habermas— su interpretación: “El marxismo se nos presenta siempre en una doble posición: como realidad política y como teoría que pretende transformar la realidad en su conjunto. [...] La discusión filosófica del marxismo es siempre algo más que una discusión ‘puramente’ filosófica. Esta afirmación sigue siendo válida, dentro de ciertos límites, incluso allí donde el marxismo es rechazado como tal en su autocomprensión, allí donde se transforma en una cuestión académica. Aun el ‘mero’ historiador ha de ver en el marxismo algo más que una teoría, más incluso que las posibilidades vividas una filosofía existencialmente abrazada.”⁵⁹ Dificultad para el debate actual que, sin embargo, no es sino una de las aportaciones más significativas del marxismo, como lo explica Sánchez Vázquez: “el marxismo constituye una revolución, pero no una revolución teórica más, del tipo de la kantiana, sino una revolución teórico-práctica, ya que transforma radicalmente la relación entre filosofía y praxis.”⁶⁰

De ser así, la discusión marxista supone, para la actualidad, un debate teórico pero también una discusión de praxis política y social. Al parecer, la muy conocida *Tesis XI sobre Feuerbach* (“los filósofos sólo han interpretado el mundo de diferentes modos, de lo que se trata es de transformarlo”) sigue turbando la lectura sobre la obra de Marx.

En tales condiciones, este capítulo pretende internarse por la *selva* de conceptos y teoremas marxistas a través de un *atajo* —trazado por la ruta de investigación— que intenta eludir, en lo posible, tanto la equívoca dicotomía sin salida entre la devoción —más o menos velada— o el ajuste de cuentas —más o menos conspicuo— respecto a Marx; como la discusión “marxista” (por autorreflexiva)⁶¹ acerca del fuste de las tesis de Marx (de sus secuelas políticas, de su valor científico, de su consistencia y cansancio).

Antes que abonar el campo siempre fértil del marxismo, en tanto discusión reflexiva, me interesa: 1) demostrar la *fe* de Marx en el progreso —un credo documentado por otros autores

⁵⁹ Jürgen Habermas, *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, México, REI, 1993, p. 363.

⁶⁰ Adolfo Sánchez Vázquez, *Filosofía y circunstancias*, Barcelona, Anthropos/UNAM, 1997, p. 155.

⁶¹ En el sentido que le confiere Habermas: “[el marxismo] se caracteriza de más por la pretensión de someter también a conceptos incluso aquella situación objetiva que el propio marxismo, en su doble forma [como teoría y praxis], ha contribuido a configurar. Eso explica la enorme reflexividad de la teoría marxista. Así, por ejemplo, han de aplicarse a la sociedad soviética categorías propias de una teoría que colaboró a la realización de esa misma sociedad. O, tras un cambio de forma de socialismo a otra (Yugoslavia, Polonia), este cambio será comprendido también en términos marxistas.” Jürgen Habermas, *ibidem*.

desde perspectivas y con objetivos distintos a los que guían esta investigación—,⁶² y 2) señalar las peculiaridades de esta *devoción*, que ha dado cabida a la interpretación “determinista” y “unilineal” —errónea, a mi juicio— de la historia según las tesis marxistas. Como lo veo, Marx es un *devoto* del progreso, pero quizás no lo suficientemente crédulo para llegar al determinismo histórico.

Marx y el progreso

Un *fantasma recorre* el pensamiento marxista: el de la idea de *progreso*. Espíritu de época que se cuela en los textos clásicos del marxismo a través de Hegel, Darwin o Morgan. Y es que a Marx y Engels les tocó vivir el “cenit” de la idea de progreso, ese período histórico que Nisbet sitúa entre 1750 y 1900, en el que “había hombres que basaban su fe en principios físicos o biológicos, otros en principios económicos, tecnológicos y hasta religiosos o metafísicos, pero todos tenían fe en el progreso.”⁶³

Hijo pródigo del siglo XIX, Marx fue “testigo de cargo” del ascenso de la modernidad y de sus novedades tecnológicas, de sus secuelas en el mundo de la producción y en la vida cotidiana de los obreros. Al mismo tiempo, Marx presencia y denuncia el “modo de producción capitalista” así como su correlato clasista, la “dominación burguesa”.

En tal condición fue deslumbrado y seducido por esas “fuerzas grandiosas”, despertadas por la burguesía, asombro que guió algunos párrafos del *Manifiesto del Partido Comunista*: “La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la adaptación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra.”⁶⁴

⁶² Acaso de los más conocidos, y como ejemplo de contrastes, destacan el de Popper y su crítica al “historicismo económico” de Marx, y el de Berman y su interpretación “modernista” de Marx, véase Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Planeta/Agostini, 1992, particularmente los capítulos 13 a 22; y Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 11ª ed., 1999, capítulo 2.

⁶³ Robert Nisbet, *op. cit.*, p. 252.

⁶⁴ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Progreso, 1970, p. 35.

Pero ni Marx ni Engels fueron los únicos testigos ni los únicos asombrados con la irrupción burguesa y sus fuerzas modernas para someter a la naturaleza; tampoco los únicos que creyeron haber dado con el palimpsesto de la historia escrito por la mano del progreso.

En consecuencia, no serían los únicos —ni los primeros ni los últimos— en plantear la historia como una sucesión de etapas, avenidas a una verdad u orden histórico universal. Para Sergio Bagú “El siglo XIX en la cultura occidental es, sin la menor duda, el de las etapas del progreso. Etapas de desarrollo en los seres vivos y en la evolución de la tierra. Etapas de desarrollo de las sociedades humanas en Saint-Simon, Comte, Morgan y la escuela alemana de economistas historiadores. [...] Si algo común subyace en todos estos esquemas de las etapas que anunciaban los autores europeos anteriores o contemporáneos de Engels y Marx es la insistente hipótesis de que el hombre aprende a organizarse cada vez mejor, aunque atravesando una prolongada y penosa existencia de siglos. La idea de progreso está presente en todas ellas.”⁶⁵

Aunque la idea de las etapas tampoco es nueva, la diferencia con Marx y sus contemporáneos con respecto al pasado es que ya no apelan a la Providencia, como *deus ex machina* que hace girar la rueda de la historia, sino que se basan en argumentos *científicos* que provienen de la biología, la economía, la física, la lógica, etc., para demostrar el nuevo motor de la historia.

De allí que la cercanía de Marx con conspicuos evolucionistas como Charles Darwin —quien publicó el *Origen de las especies* el mismo año (1859) que Marx su *Crítica de la economía política*— y, aún más extraño, con el conservador neoyorkino Lewis Henry Morgan no sea resultado del azar sino de un credo común.

Si ya la polémica influencia de Darwin sobre Marx —documentada suficientemente por Lewis Feuer— ha llamado la atención de algunos detractores del marxismo, no menos polémica e ilustrativa (de lo que pretendo demostrar) resulta la relación con Henry Morgan, abogado que se convirtió en antropólogo y que publicó un libro muy celebrado por Marx y Engels. Sobre este tema, Sergio Bagú apunta que “debemos suponer que para Marx y Engels, lectores infatigables, una de las mayores sorpresas fue *Ancient society, or researches in the lines of human progress from savagery, through barbarism, to civilization*, la obra que Morgan publicó en 1877. Varias veces dijo Engels que Morgan había descubierto el materialismo histórico cuatro años después

⁶⁵ Sergio Bagú, *Marx-Engels: diez conceptos fundamentales en proyección histórica*, México, Nuestro Tiempo, 5ª ed., 1984, p. 32.

que Marx. La expresión tenía la más franca entonación admirativa. Para Engels, en efecto, Morgan era una de las mentalidades científicas de mayor capacidad creadora de su época.”⁶⁶

Como el título lo adelanta, el libro de Morgan plantea —“basándose en el principio según el cual todos los estados culturales del pasado y el presente están relacionados entre sí por la secuencia natural y necesaria del progreso”—⁶⁷ una división de la historia universal en tres etapas sucesorias: salvajismo, barbarie y civilización, acaso una versión más rústica pero muy cercana a los muy conocidos “modos de producción”, que determinaban cada una de las seis etapas en que Marx y Engels dividieron la historia de la humanidad.

Historia y progreso

Como han apuntado quienes acometieron la extensa obra de Marx, la idea marxista sobre el devenir histórico resulta un rompecabezas: según Giddens, “la concepción marxista de las principales ‘etapas’ del desarrollo de la sociedad, lo mismo que algunos otros sectores básicos dentro de sus obras, tiene que reconstruirse a partir de elementos fragmentarios. Fuera del esquema que da en *La ideología alemana*, en ninguna parte hallamos una exposición completa de los principales tipos de sociedades que él distinguió.”⁶⁸ En esa misma dirección apunta Isaiah Berlin, cuando afirma que “Marx no publicó nunca una exposición formal del materialismo histórico. Lo enuncia de forma fragmentaria en toda su primera obra escrita durante los años de 1843-48 y lo da por descontado en su pensamiento posterior.”⁶⁹

Por ello, quizás lo más fiable en esta reconstrucción del sentido de la historia en Marx no sea sino, por un lado, explorar los fundamentos del materialismo histórico, en particular una de las llamadas “fuentes y partes integrantes” (la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés), según Lenin, del materialismo histórico: la idea hegeliana de la historia y, por el otro, atenerse a esas piezas sueltas que fueron dejando Marx y Engels sobre el tema.

La dialéctica hegeliana

La tesis que sigue este apartado es bien conocida, incluso documentada: detrás de la noción de historia del marxismo se encuentra la sombra de Hegel. No es el lugar para abundar sobre el

⁶⁶ *Ibidem*, p. 34.

⁶⁷ Morgan, *Ancient Society*, citado por Nisbet, *op. cit.*, p. 366.

⁶⁸ Anthony Giddens, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 3ª ed., 1988, p. 64.

⁶⁹ Isaiah Berlin, *Karl Marx*, Madrid, Alianza, 1973, p. 126.

concepto de historia hegeliano, si acaso identificar —como ya lo han hecho otros— las huellas del Hegel en el materialismo histórico.

Joven y universitario de Berlín, Marx engrosó —como muchos de sus contemporáneos— las filas hegelianas. Hacia 1837, en una carta enviada a su padre (Henrich Marx) se puede leer que luego de escudriñar en la filosofía de Kant y de Fichte y tras decidir su abandono definitivo de la poesía, el joven Marx confiesa “sumergirse en el océano” de la obra hegeliana.⁷⁰ Además de las conferencias berlinesas de Eduard Gans sobre Hegel y, lateralmente, Saint-Simon, Marx se introdujo al sistema hegeliano a través del “Club de los doctores” (*Doktor club*) de la Universidad de Berlín (en donde Hegel fue titular de la cátedra de filosofía y, de 1825 a 1831, rector), un grupo de jóvenes hegelianos, del que destacaba Bruno Bauer, quien años más tarde se convertiría, con otros filósofos, en *blanco* de las críticas marxistas contra el idealismo alemán.⁷¹

Aunque su paso por la “militancia” hegeliana —poco ortodoxa, por cierto—⁷² fue breve, existen rastros suficientes para sostener una cierta influencia decisiva de Hegel sobre Marx, que se expresa en particular en el materialismo histórico.

Para Hegel, “la historia del mundo no es otra que la del progreso de la conciencia de la libertad.” Escuetto, este enunciado contiene las piezas principales de la filosofía de la historia hegeliana. Al igual que sus contemporáneos, Hegel se propuso sustituir a la Providencia por algo más “científico”: “La idea de progreso interpretaba los hechos históricos como señales en el camino del hombre hacia la razón. El progreso implicaba que el estado de cosas existente iba a ser negado y no continuado. [...] Este esquema prevalece aún en la *Filosofía de la historia* de Hegel.”⁷³ En buen *hegelés* —Slavoj Žižek *dixit*—, la historia se plantea como un proceso único y universal que obedece a leyes susceptibles de ser descubiertas y, en la medida en que es gobernada por esas leyes, se convierte en historia *racional*. La historia —ese proceso único y universal— contiene la historia del *espíritu*, y el espíritu no es más que *razón autoconsciente*, que ha sido capaz de liberarse y someter a la *naturaleza*, que no es otra cosa que *razón inconsciente*, exenta de leyes. En eso consiste, pues, la historia: en la progresiva liberación del espíritu universal respecto de la naturaleza.

⁷⁰ Citado por Giddens, *op. cit.*, p. 32.

⁷¹ Véase Francisco Luis Cardona Castro, *Karl Marx*, Madrid, Edimat, 1998, pp. 23-24.

⁷² Giddens, *ibidem*.

⁷³ Herbert Marcuse, *Razón y revolución*, Madrid, Alianza, 1995, p. 222.

Vista como secuencia, la historia hegeliana registra “momentos de desarrollo”, que corresponden a distintos pueblos, y que consisten en hacer “avanzar la autoconciencia que se desarrolla desde el Espíritu universal”.⁷⁴ Tanto los individuos, como los pueblos, aparecen convertidos en instrumentos del progreso del *espíritu universal*. Hegel observa “cuatro mundos de la historia universal,” es decir, cuatro “momentos de desarrollo” encarnados en cuatro pueblos que describen la evolución del espíritu universal: Oriente, Grecia, Roma y el Imperio germánico.⁷⁵ Al mismo tiempo, advierte la existencia de “hombres históricos” (*welthistorische individuen*), “individuos que se elevan por encima de lo normal” y que crean nuevas formas de vida, como Alejandro, César o Napoleón.⁷⁶

La historia describe, pues, la progresiva marcha del espíritu universal hacia la libertad autoconsciente.⁷⁷ Lo cual no implica que este proceso sea unilineal y no registre retrocesos: “Existen muchos periodos considerables en la historia —previene Hegel— en los que este desarrollo [del espíritu universal] parece haberse interrumpido; en los que, se podría decir, todas las enormes ganancias de culturas anteriores parecen haberse perdido por completo; después de lo cual, desgraciadamente, ha sido necesario un nuevo comienzo.”⁷⁸ Con todo y retrocesos (que no son sino parte de la *dialéctica* interna de cualquier cambio histórico-social), la historia continúa —según Hegel— su marcha de forma ineluctable hacia la libertad autoconsciente en tanto sí, y sólo sí, el hombre es capaz de reconocer y ejecutar, a través de su práctica consciente, formas cada vez más elevadas, por racionales, de la libertad del espíritu universal —de la historia.

Al final, la historia se convierte en la *consagración* de los esfuerzos de varias generaciones hacia la libertad y la razón. La historia aparece, entonces, como ese “banco de carnicero en que se ha sacrificado la felicidad de los pueblos”, que han actuado como instrumentos de una idea que los trasciende, el reino de la libertad y la razón: el Estado.

⁷⁴ Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Filosofía del derecho*, México, UNAM, 1985 (colección: Nuestros clásicos, núm. 51), p. 332.

⁷⁵ En este “mundo” o etapa del espíritu universal, Hegel distingue la aparición de la autoconciencia: “las naciones germánicas, bajo la influencia del cristianismo, fueron las primeras en alcanzar la conciencia de que el hombre, en cuanto hombre, es libre: que es la *libertad* del Espíritu lo que constituye su esencia.”, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Filosofía de la historia*, p. 45, citado por Marcuse, *op. cit.*, p. 231.

⁷⁶ Hegel, *Filosofía de la historia*, p. 59, citado por Marcuse, *ibid.*, p. 228.

⁷⁷ Gerald Cohen explica esta noción de autoconciencia de la libertad en los siguientes términos: “El espíritu y también los hombres, son por naturaleza libres pero se comportan como si no lo fueran en tanto, pero sólo en tanto, que no saben que son libres. Así, pues, para la realización de la libertad es necesario y suficiente que exista una conciencia de esa libertad.” Gerald A. Cohen, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, España, Siglo XXI/Pablo Iglesias, 1978, p. 19.

⁷⁸ Hegel, *ibid.*, p. 226.

El materialismo histórico

A diferencia de Hegel, en la extensa obra de Marx no hay un desarrollo sistemático del tema. Lo que hay, como se dijo, son fragmentos y piezas sueltas que enuncian o dan por supuesto el sentido de la historia. A decir de Isaiah Berlin, en los escritos fechados entre 1843 y 1848 es donde Marx y Engels plantean las tesis sobre el materialismo histórico.

Según lo veo, el tema lo aborda desde su primer escrito: *La filosofía del derecho de Hegel* (1842/43). Para esos años, Marx ha emprendido el camino de la disidencia de las filas hegelianas. Anthony Giddens ha destacado, con acierto, la influencia de *La esencia del cristianismo*, escrito por Feuerbach en 1841, entre los jóvenes hegelianos, incluido Marx.⁷⁹ Además de aquella obra, las *Tesis sobre Feuerbach*, los *Manuscritos económicos y filosóficos*, de 1844, *La ideología alemana* (1845/56) y el *Manifiesto del Partido Comunista* (1848), constituyen las principales fuentes para documentar el materialismo histórico.

Como Hegel, Marx profesa la religión del progreso. Esta es una de las mayores coincidencias entre ambos. “La historia — escribe Marx en *La ideología alemana*— no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas de producción transmitidas por cuantas la han precedido; es decir, que, de una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, de otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa”.⁸⁰

Para decirlo pronto, para Marx la historia es progreso. Además de *La ideología alemana*, otros escritos, algunos periodísticos, pueden dar cuenta de ello. Por ejemplo, en “La dominación británica sobre la India”, publicado el 25 de junio de 1853, en el *New York Daily Tribune*, Marx veía sin sonrojo la colonización de la India: “Bien es verdad que al realizar una revolución social en el Indostán, Inglaterra actuaba bajo el impulso de los intereses más mezquinos, dando pruebas de verdadera estupidez en la forma de imponer esos intereses. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es de saber si la humanidad puede cumplir su misión sin una revolución a fondo en el estado social de Asia. Si no puede, entonces, y a pesar de todos sus crímenes, *Inglaterra fue el instrumento inconsciente de la historia al realizar dicha revolución.*” [Empleo las cursivas para enfatizar]

⁷⁹ Giddens, *op. cit.*, p. 34.

⁸⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana (Crítica de la novísima filosofía alemana, representada por Feuerbach, B. Bauer y Stirner y del socialismo alemán representado por sus diversos profetas)*, Moscú, Progreso, 1966, p. 21.

Si bien la historia es progreso, para Marx no es progreso del *espíritu universal*. Arribamos, pues, a una de las diferencias medulares entre Hegel y Marx: “Las premisas de las que partimos no son arbitrarias, no son dogmas, sino premisas reales, de las que sólo es posible abstraerse en la imaginación. *Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida*, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas, como las engendradas por su propia acción. Estas premisas pueden comprobarse, consiguientemente, por la vía puramente empírica. *La primera premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes*. El primer estado que cabe constatar es, por tanto, la organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza.”⁸¹ [Ídem]

Materialismo *versus* idealismo. Se trata, acaso, de la crítica mayor de Marx contra Hegel y el idealismo alemán: “Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que descende del cielo sobre la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y hueso; se parte del hombre que realmente actúa...”⁸² La historia no contiene el progreso del *espíritu universal*, de la razón autoconsciente, sino del hombre y sus necesidades, en consecuencia de su capacidad para controlar/administrar la naturaleza, para producir sus medios materiales de vida: “los hombres tienen historia porque se ven obligados a producir su vida.”⁸³ El progreso en las formas de producción no sólo determina la historia del hombre, sino su conciencia. De igual forma en que los modos de producción definen la historia, el “ser social” —organizado a partir de las condiciones materiales de la vida— determina la conciencia del hombre y no al revés, como habría pensado Hegel.

En esa medida, la historia de la humanidad no puede ser sino la historia de los diversos medios y modos materiales de producción y reproducción de la vida. “Este modo de producción —abunda Marx— no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, más bien, un determinado modo de la actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado modo de vida de los mismos. *Los individuos son tal y como manifiestan su vida. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo de cómo*

⁸¹ *Ibidem*, p. 3.

⁸² *Ibid.*, p. 7.

⁸³ *Ibid.*, Glosa marginal, p. 28.

*producen. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción.*⁸⁴ [Ídem]

En una carta dirigida a Joseph Bloch, Engels parece no dejar lugar a dudas: “Según la concepción materialista de la historia, el factor que en *última instancia* determina la historia es la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto.”⁸⁵

A partir de este esquema, la historia aparece como una sucesión de los distintos modos de producción, que ha propiciado el enfrentamiento, primero del hombre contra la naturaleza y, segundo, del hombre contra el hombre. Visto así, para Marx y Engels la historia puede ser dividida en modos de producción que definen las diferentes etapas de la historia: 1) los tipos comunitarios de la propiedad, 2) modo de producción asiático; 3) modo de producción antiguo (esclavismo), 4) modo de producción feudal, 5) modo de producción capitalista, 6) modo de producción comunista.

Lo que permite el salto de una época a otra son las “contradicciones” —entre la base económica y la superestructura ideológica— que generan cada uno de estos modos de producción y que se expresan en la lucha de clases. De allí que “la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”.⁸⁶ De esta forma, la historia *avanza* hacia “resultados inevitables” respecto a los modos de producción que la definen: cada uno de ellos genera su propia negación. Se trata de la conocida “ley del desarrollo progresivo de las fuerzas de trabajo”, que Marx refiere en *Trabajo asalariado y capital*, y que describe la contradicción entre las fuerzas productivas y las formas de propiedad, que se convierten en un lastre para las sociedades y, en esa medida, deben ser abolidas.

Al final, son estas contradicciones las que convertirán la *prehistoria* (las primeras cinco etapas en donde el trabajo es alienación) en *historia*, donde el hombre es libre de dedicarse a lo que más le plazca.

Crítica al *determinismo* en Marx

Han sido muchos los críticos y muy diversas las objeciones sobre la obra de Marx. Una de ellas, que se ha sostenido por más de un siglo, es aquella que —con diferencias y matices de autor en autor— encuentra en el materialismo histórico un sentido determinista que lo define. En el fondo,

⁸⁴ *Ibid.*, p. 4.

⁸⁵ Engels, 1890, citado por Bagú, *op. cit.*, p. 18.

⁸⁶ Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, *op. cit.*, p. 30.

el propósito de incluir esta sección no es otro que el de aclarar(me) la relación entre la crítica al determinismo marxista y la interpretación sobre la *fe* de Marx en el progreso, que he sostenido en las últimas páginas. A primera vista, una cosa llevaría a la otra. En los párrafos que siguen me propongo demostrar lo contrario.

Hace casi siglo y medio que Marx enfrentó a uno de sus primeros críticos. Poco tiempo después de haber aparecido el primer tomo de *El Capital*, Ilarión Ignátievich Kaufmann, economista de la Universidad de San Petersburgo, sostenía que “Marx concibe el movimiento social como un proceso de historia natural, regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, por el contrario, determinan su querer, conciencia e intenciones [...] Si el elemento consciente desempeña en la historia de la civilización un papel tan subalterno, ni qué decir tiene que la crítica cuyo objeto es la civilización misma, menos que ninguna otra puede tener como base una forma o un resultado cualquiera de la conciencia.”⁸⁷

Casi un siglo después, la crítica determinista seguía consumiendo el tiempo y talento de algunos filósofos. Escrito durante la Segunda Guerra Mundial, en *La sociedad abierta y sus enemigos* Karl Popper sostiene que el marxismo no fue más que una profecía que no se cumplió. Historicismo fallido que condujo “por la senda equivocada a docenas de poderosas mentalidades, convenciéndolas de que la profecía histórica era un método científico indicado para la resolución de los problemas sociales. Marx es responsable de la devastadora influencia del método de pensamiento historicista en las filas de quienes desean defender la causa de la sociedad abierta.”⁸⁸

A partir de algunos fragmentos de *El capital*, Popper colige que el gran pecado de Marx fue *crear* que la ciencia podía predecir el futuro, en la medida en que éste estaba *determinado*: escrito en el pasado, por lo que habría que crear un método que nos revelara esta escritura profética del pasado en el presente. Marx habría arribado a esta conclusión —según Popper— por “la influencia de la atmósfera laplaciana y de los materialistas franceses”. El resultado habría sido el materialismo histórico: una especie de profecía científica.

En su crítica contra el materialismo histórico, Popper embiste por dos flancos: “El primero es el historicismo, la afirmación de que la esfera de las ciencias sociales coincide con la del método histórico o evolucionista y, especialmente, con la profecía histórica. [...] El segundo

⁸⁷ Karl Marx, “Epílogo a la segunda edición de *El Capital*”, 25 de julio de 1857.

⁸⁸ Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Madrid, Planeta-Agostini, 1992, p. 269.

es el economismo (o ‘materialismo’), es decir, la afirmación de que la organización económica de la sociedad, la organización del intercambio de y, en especial, para su desarrollo histórico.”⁸⁹ Tanto en uno como en otro, las diferencias de Popper son de intensidad: el asunto no es tomarse “demasiado al pie de la letra” ni el historicismo ni el materialismo, “que fue lo que le pasó a Marx”. Incluso, reconoce tanto en el historicismo como en el materialismo aportes valiosos de Marx a las ciencias sociales, pero censura lo que considera sus excesos.⁹⁰

Según lo veo, las evidencias a las que Popper recurre para sustentar su crítica bien podrían reforzar el argumento que he planteado acerca del peculiar culto de Marx. Sin embargo, un elemento —tan nimio como se quiera, pero significativo al final— separa ambas interpretaciones: para Popper, Marx es un determinista de principio a fin, no considera algunos de los matices que introdujo Marx acerca de la relación entre el hombre y la historia, y de la capacidad humana de transformar la realidad histórica. Ello condujo a Popper, me parece, a conclusiones apresuradas: “Marx veía en los actores humanos del escenario de la historia, incluyendo también a los ‘grandes’, como simples marionetas movidas por la fuerza irresistible de los hilos económicos, de las fuerzas económicas sobre las cuales carecen absolutamente de un sistema social que nos ata a todos igualmente.”⁹¹

Como yo lo veo —y no es la mía, por cierto, la única opinión en igual sentido—, Marx habría advertido por lo menos dos circunstancias contingentes en la historia que, en consecuencia, la convertían en un proceso no-determinado por completo:

- a) *La historia como lucha de clases introduce un elemento de correlación de fuerzas*, es decir, en tanto disputa de poder la lucha entre quienes poseen los medios de producción y quienes venden su fuerza de trabajo no está necesariamente decidida: si bien la suerte de esta lucha de clases, según Marx, habrá de resolverse en favor de la clase obrera en virtud de las contradicciones generadas por el propio capitalismo, la victoria depende —como se observa en el *Manifiesto del Partido Comunista*— de la capacidad de esta clase para organizarse y enfrentarse a los intereses de la burguesía.
- b) *La historia no es un capricho del futuro*: al mismo tiempo que Marx sostiene que la historia es una sucesión de generaciones definida por las formas y modos materiales con lo que

⁸⁹ *Ibidem*, p. 291.

⁹⁰ *Ibid.*

⁹¹ *Ibid.*, p. 286.

producen y reproducen su vida, en ese mismo párrafo (cuyo título es precisamente *Conclusiones de la concepción materialista de la historia*) reconoce que tal argumento “podría tergiversarse especulativamente, diciendo que la historia posterior es la finalidad de la que la precede, como si dijésemos, por ejemplo, que el descubrimiento de América tuvo como finalidad ayudar a que se expandiera la revolución francesa, mediante cuya interpretación la historia adquiere sus fines propios e independientes y se convierte en una «persona junto a otras personas» (junto a la ‘Autoconciencia’, la ‘Crítica’, el ‘Único’, etc.), mientras que lo que designamos con las palabras ‘determinación’, ‘fin’, ‘germen’, ‘idea’, de la historia anterior no es otra cosa que una abstracción de la historia posterior, de la influencia activa que la anterior ejerce sobre ésta.”⁹² Aunque con una prosa un tanto farragosa, Marx deja ver suficientemente que la historia no es un proceso unilineal y, en ese sentido, *ahistórico*: con “fines propios e independientes” respecto a la sociedad que la protagoniza. En una carta dirigida al director de la revista rusa *Otyecestvenniye Zapisky* [*Anales de la Patria*] —citada por Bottomore y Rubel— Marx aclara que nunca se llegarán a comprender las singularidades de la historia “si confiamos en el *passe partout* de una teoría histórico-filosófica cuya cualidad principal consista en ser suprahistórica.”⁹³

Ya lo había dicho, mi defensa del no-determinismo de Marx no es la primera ni la última. A partir de una interpretación desde la teoría política, Atilio Boron sostiene la tesis de que en Marx la historia tiene un sentido probabilístico más que determinista:

En Hegel la historia se movía desde la libertad para uno, en el antiguo despotismo oriental, hasta su punto final que era, no por casualidad, la sociedad burguesa en donde, presuntamente, todos serían libres. Marx reformula radicalmente esta concepción cambiando el eje de la legalidad de la historia hacia el terreno en el cual los hombres y mujeres crean y recrean sus propias condiciones de existencia, y allí avizora un sentido y una finalidad: la liberación radical de las cadenas de la opresión y explotación del hombre por el hombre, el comienzo de una historia que pondrían fin a la prehistoria escrita por todas las sociedades de clases. Pero para Marx este objetivo final está abierto; por ello no es susceptible de especulaciones determinísticas ni puede ser interpretado como un fatalismo teleológico. Es probabilístico: la alternativa puede ser el socialismo.⁹⁴

En su interpretación filosófica del marxismo, Habermas (el de los sesenta) sostiene una tesis que apunta más que al determinismo del materialismo histórico a la contingencia de los hombres por aprehender el sentido de su historia:

⁹² Marx y Engels, *La ideología alemana*, op. cit., p. 21.

⁹³ T. Bottomore y M. Rubel, *Karl Marx: sociología y filosofía social*, Barcelona, Seix Barral, 1968, p. 37.

⁹⁴ Atilio Boron, *La filosofía política moderna de Hobbes a Marx*, Buenos Aires, FLACSO/EUDEBA, 1999, p. 307.

Marx establece [...] la tesis según la cual es posible conocer teóricamente el sentido de la historia en la medida en que los hombres se dispongan a producirlo y realizarlo o prácticamente. Tanto Kant como Marx niegan, frente a Hegel, la posibilidad de conocer el designio natural o la providencia mediante el recurso trascendental a la lógica, sea cual fuere el sujeto de ésta. Sin embargo, mientras Kant se contenta con esbozar tentativamente la idea de una sociedad cosmopolita como idea reguladora, sin elevarla, en general, a supuestos del conocimiento de la historia real, Marx concibe, por lo que hace a la historia, la voluntad de hacer como supuestos de la posibilidad de conocer. El sentido del proceso histórico fáctico se revela en la medida en que se aprenda un sentido, derivado de la 'razón práctica', en virtud de las contradicciones de la situación social y de su historia, debe ser de otro modo, y en la medida en que dicho sentido se someta a examen teórico a tenor de los supuestos de su realización práctica.⁹⁵

Insisto. Marx tiene fe en el progreso; en un progreso no lineal ni ininterrumpido. Lo cual no significa que la historia sea una profecía. Para bien o mal, la historia —con retrocesos o vuelcos— se *mueve*. La historia no acaba en el comunismo, según Marx lo que acaba, entre otras cosas, es la alienación y la explotación de la clase obrera a través del modo de producción capitalista.

Si algo queda claro en las tesis marxistas, es la importancia del hombre y su intelecto en la transformación de la realidad. La historia, en su versión marxista, no puede prescindir del hombre y, en esa medida, no puede dar por descontado el futuro.

Marx y América Latina

Un capítulo repleto de mitos y desencuentros, de mentiras y apologías, de versiones y subversiones... Como se sabe, Marx abordó poco y mal el análisis de América Latina: escribió un lamentable panfleto contra Simón Bolívar, un texto para la *New American Cyclopaedia* en el que calificaba a Bolívar de "canalla", "oportunista", "cobarde", "miserable", "mal estratega", "traidor"...⁹⁶ Además, aún se recuerda que tras la invasión de Estados Unidos sobre México, Marx y Engels se mostraron "complacidos", ya que serían los estadounidenses quienes podrían propiciar el desarrollo de un país "desgarrado por perpetuas guerras civiles".⁹⁷

Pese a los esfuerzos de algunos teóricos por tratar de explicar (léase disculpar) a Marx por estos agravios⁹⁸ y de la Internacional Comunista y los partidos políticos de izquierda, el

⁹⁵ Habermas, *op. cit.*, p. 407.

⁹⁶ Véase José Aricó, *Marx y América Latina*, México, Alianza, 2ª ed., 1992, pp. 116-143.

⁹⁷ *Ibidem*, pp. 38-39.

⁹⁸ José Aricó, en la obra citada, pregunta y contesta: "¿Por qué reclamar a Marx lo que la época no podía dar? Aunque Marx, y también Engels, fueron pensadores verdaderamente excepcionales y con intereses casi enciclopédicos, no habría razón alguna para exigirles que escaparan a su tiempo histórico." [Utilizo cursivas para enfatizar], *ibid.*, p. 42.

marxismo no se abrió paso en América Latina sino hasta entrada la segunda mitad del siglo XX. Y cuando lo consiguió, lo hizo en forma quizás más dogmática que analítica, como manual revolucionario.

Estudiosos de la época, Blomström y Hettne concluyen que “se puede decir que el papel del marxismo en América Latina fue marginal hasta 1960, con excepción de algunos movimientos políticos (Chile) y algunos individuos (Mariátegui).”⁹⁹

La Revolución cubana, es decir, el “éxito probado” de las “tesis” de Castro y Guevara sobre los campesinos y su rol en la lucha armada, hicieron que las interpretaciones sobre Marx y el marxismo se fragmentaran aún más. Años más tarde, y luego del asesinato del *Che* Guevara, de la invasión soviética a Checoslovaquia, el conflicto sino-soviético, etc., el marxismo desarrolló una vertiente más académica en las universidades: Baran, Sweezy, Huberman, Warren, Gunder Frank, Foster-Carter, etc., dieron voz y rostro a lo que desde entonces se llamaría neomarxismo, corriente que, junto a otras, continuó el debate político y teórico sobre el futuro de Latinoamérica.

Si he introducido este tema al final del apartado, es porque Marx y su filosofía de la historia —a través de las diferentes interpretaciones— participó en el debate sobre el subdesarrollo y la dependencia de América Latina. En esa medida, la definición sobre el sentido de la historia en Marx (al que hemos arribado) adquiere especial relevancia.

4. DESARROLLO: CRECIMIENTO ECONÓMICO Y MODERNIZACIÓN

Utopía, teoría o fracaso, el desarrollo fue una idea central en la accidentada construcción del siglo XX. A esa aspiración (¿acaso una verdadera obsesión?) la humanidad consagró buena parte de sus energías y las del planeta. Dificilmente podría pensarse el siglo pasado sin tener en mente la noción de desarrollo como aspiración y fracaso, como teoría y práctica, como ilusión y tragedia..., que movilizó conciencias y naciones completas durante décadas.

El siglo del desarrollo, no hay duda, pero también el siglo de la economía como principal suministro teórico del pensamiento desarrollista. Desde principios del siglo pasado la teoría económica empezó a convertirse en un referente canónico en el debate sobre el desarrollo. No había transcurrido mucho tiempo (no más de cinco décadas), por cierto, que la economía había

⁹⁹ Magnus Blomström y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo en transición*, México, FCE, 1990, p. 49.

logrado institucionalizarse dentro de las universidades.¹⁰⁰ Ambos factores —la discusión sobre el desarrollo y el soporte institucional cada vez más sólido— pueden explicar, quizás, la preeminencia política del pensamiento económico (regularmente generado en las naciones desarrolladas) durante casi todo el siglo XX, que influyó significativamente en el debate latinoamericano sobre el desarrollo, subdesarrollo y la dependencia.

Precisamente, a revisar e identificar ese grado de influencia del pensamiento económico (que asumió como tema central el desarrollo como crecimiento y/o modernización) dentro del debate latinoamericano de los cincuenta a los setenta, está encaminado este apartado.

Durante la primera mitad del siglo XX las tesis de León Walras, Joseph Schumpeter, Colin Clark, Roy Harrod, Arthur Lewis, Walt Rostow, entre otros, dieron forma a un *corpus* teórico hegemónico —no exento de contradicciones, críticas y debates— en el tema del desarrollo. “La característica principal de esta literatura —colige Dos Santos— era la concepción de desarrollo como la adopción de normas de comportamiento, actitudes y valores identificados con la racionalidad económica moderna, caracterizada por la búsqueda de la máxima productividad, la generación de ahorro y la creación de inversiones que llevasen a la acumulación permanente de los individuos y, en consecuencia, de cada sociedad nacional.”¹⁰¹

De algunos de estos autores y sus tesis más relevantes (para los fines de esta investigación) habré de ocuparme en las siguientes páginas.

El siglo del crecimiento

Para el pensamiento económico, el paso del siglo XIX al XX no significó gran cosa. El cambio de paradigma se había realizado unas décadas antes. Hacia el último cuarto del siglo XIX la irrupción de la llamada escuela de la “utilidad marginal” (Jevons, Merger, Walras, Gossen) se convirtió en el comienzo de una etapa de transición que se alejaba del pensamiento de los clásicos.¹⁰² Y es que hasta la década de los setenta, las tesis y los temas desarrollados por Smith, Ricardo, Mill (sobre todo su teoría de los precios) continuaban dominando el pensamiento económico.

¹⁰⁰ En un conocido estudio sobre la formación de las disciplinas científicas, Immanuel Wallerstein concluye que “es sólo en el siglo XIX cuando empezamos a encontrar una disciplina llamada economía, a veces en la facultad de derecho pero a menudo en la facultad de filosofía.” *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI/UNAM, 1996, p. 20.

¹⁰¹ Theotônio Dos Santos, *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*, México, Plaza & Janés, 2002, p. 14.

¹⁰² Por cierto, la expresión “utilidad marginal” no fue empleada sino hasta la segunda generación de esta escuela, con Knut Wicksell y Alfred Marshall.

Frente a los clásicos, el marginalismo cambió las coordenadas teóricas de la economía en varios sentidos:

- a) Introdujo un nuevo enfoque, de fuerte sesgo positivista, basado en operaciones matemáticas —cálculo y trigonometría—¹⁰³ y variables subjetivas, referidas casi siempre a las percepciones del consumidor: la teoría del placer y del dolor de Jevons; del goce, de Gossen; del deseo de Walras.
- b) A partir de la crítica a la teoría clásica del valor y del precio, los marginalistas descubrieron que el valor de una mercancía no está determinado —como creían los clásicos— únicamente por el costo de producción: los marginalistas sostenían que el “valor depende de la utilidad” y ésta no es sino la relación entre un objeto y un sujeto que describe la importancia (en términos de deseos, necesidades, satisfacción, placer...) que para un individuo económico —*wirtschaftende menschen*, según Carl Menger— tiene un cierto producto, además de considerar el número de existencias de esa mercancía de las cuales dispone cada individuo, todo lo anterior —en un sistema de competencia perfecta— determina el valor de las mercancías.
- c) Se atomiza la teoría económica, la sociedad es teorizada como un conjunto de individuos que participan en la actividad económica, sobre todo, como consumidores; de allí que el acento de los marginalistas sea puesto en interrogar acerca de las motivaciones psicológicas, conductuales, que puedan explicar el valor que le atribuye cada sujeto a satisfacer o gozar de diversas mercancías, a partir de lo anterior puede estimarse la utilidad de dichos productos. Para emplear la concisa expresión de Eric Roll, se trata de “investigar el funcionamiento de las mentes de los individuos, es decir, los procesos psicológicos que dan por resultado determinada conducta en el mercado.”¹⁰⁴
- d) La teoría económica deja de ser inglesa, lo que evidencia, por un lado, la irrupción de otros países industrializados además de Inglaterra y, por el otro, la internacionalización del pensamiento económico a través de las escuela de Viena, de Estocolmo, de Lausana y,

¹⁰³ “Me parece —afirma Jevons— que nuestra ciencia tiene que ser matemática, sencillamente porque se ocupa de cantidades. Siempre que las cosas estudiadas son susceptibles de ser mayores o menores, las leyes y relaciones tienen que ser de carácter matemático...” William Stanley Jevons, *The theory of political economy*, p. 4, citado en Eric Roll, *Historia de las doctrinas...*, op. cit., p. 372.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 365.

décadas más tarde, de la escuela marginalista estadounidense (John Bates Clark y Thorstein Bunde Veblen, entre los más conspicuos).

A principios del nuevo siglo las tesis marginalistas continuaron dominando el pensamiento económico, en particular el análisis acerca del equilibrio de las economías (la condición de igualdad entre oferta y demanda a través de la cual se determinaba el precio de las mercancías), planteado por León Walras algunas décadas atrás. “Después de muertos sus fundadores, el análisis de la utilidad marginal se convirtió en la base generalmente aceptada de la teoría económica. Lo que sigue es casi sólo un proceso de refinamiento.”¹⁰⁵ En esa dirección han sido interpretados los trabajos de Alfred Marshall, Knut Wicksell e Irving Fisher.

No fue sino hasta la aparición de *Teoría del desenvolvimiento económico*, publicado por Joseph Schumpeter en 1911,¹⁰⁶ que la teoría económica asumió el desarrollo económico como un tema de investigación y debate.

Joseph Schumpeter

Planteado por la escuela clásica (Smith, Ricardo y compañía), el tema del desarrollo económico estuvo ausente del pensamiento económico durante la segunda mitad del siglo XIX. Fue Schumpeter, ya en el siglo XX, el primero en recuperar, a partir de la teoría del equilibrio de Walras, el problema del desarrollo económico.

Célebre por sus significativas aportaciones no sólo a la economía sino también a la política,¹⁰⁷ Schumpeter abordó en diferentes obras el tema del desarrollo económico: además de aquel libro señero de 1911, varios años después, en 1939, publicó —en dos sendos volúmenes— *Business cycles*, y poco tiempo después aparecería *Capitalismo, socialismo y democracia*, una de sus obras más celebradas y que le mereciera un lugar destacado dentro de la teoría política. Sin embargo, a juicio de Claudio Napoleoni, “las ideas de Schumpeter han sufrido, en sus líneas fundamentales, muy pocos cambios respecto a la primera aportación de 1911. En obras posteriores se encuentran nuevas especificaciones y nuevos tratamientos de problemas

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 388.

¹⁰⁶ En otoño de aquel año apareció la primera edición en alemán (*Theorie der wirtschaftlichen*) y hasta 1934 se tradujo al inglés; diez años más tarde fue traducida al español.

¹⁰⁷ Sobre la contribución de Schumpeter a la política y a la teoría de la democracia véase Enrique Serrano, “Dos interpretaciones de la democracia”, y César Cansino, “El análisis de la política: la contribución de J. A. Schumpeter”, en Rafael Farfán Hernández y Jorge Velázquez Delgado (coords.), *El pensamiento austriaco en el exilio*, México, UAM, 1994.

particulares que no cambian el esquema general de la teoría.”¹⁰⁸ Por ello, en este apartado habré de concentrarme sólo en su *Teoría del desenvolvimiento económico*,¹⁰⁹ pero además porque se trata del primer acercamiento, desde la teoría económica del siglo XX, al tema del desarrollo.

Para empezar, el libro de Schumpeter puede interpretarse como una crítica contra el enfoque estático de la economía, difundido por los marginalistas (de la primera y segunda generación). Para el ex ministro de finanzas en Austria, cuando una economía alcanza el equilibrio general, en ese momento se *estaciona*, la economía se convierte entonces en una “corriente circular”, un “circuito”, caracterizado por la continua repetición en el proceso productivo y en el consumo. Basta que los actores que intervienen en la economía sigan haciendo lo mismo para que el “circuito” se mantenga en marcha.

Frente a este modelo económico estático, Schumpeter opone una economía marcada por las innovaciones, es decir, por las “nuevas combinaciones de los factores de producción”, característica que echa a andar el proceso de desarrollo. En la interpretación de Émile James: “El *circuito* caracterizaba a una economía donde los factores de producción no estuvieran sometidos a ninguna combinación nueva, donde sólo se plegarían a combinaciones tradicionales, donde los que los utilizan adoptaran métodos rutinarios de explotación. [...] Bajo el nombre de *Entwicklung*, por lo contrario, Schumpeter concebía sociedades donde se realizarían nuevas combinaciones de los factores de la producción”.¹¹⁰

Para decirlo pronto, según Schumpeter el “desenvolvimiento” económico depende de la innovación, proceso que no debe entenderse —sugiere— como evolucionismo, como una metáfora más de ese “sentido de la historia” ligado a “concepciones metafísicas”. Al “tratamiento metafísico” del desenvolvimiento, Schumpeter contrapone el “tratamiento empírico”, que parte de reconocer, por un lado, los cambios históricos y, por el otro, su trayectoria no circular.

Si bien Schumpeter se distancia de la “desacreditada idea evolucionista”, en el fondo no se aleja demasiado: “Todo proceso concreto de desenvolvimiento reposa finalmente sobre el desenvolvimiento precedente. [...] Todo proceso de desenvolvimiento crea las condiciones

¹⁰⁸ Claudio Napoleoni, *El pensamiento económico en el siglo XX*, Barcelona, Oikos-tau, 2ª ed., 1968, p. 46.

¹⁰⁹ En su versión en español, tanto el traductor, Jesús Prados Arrarte, como la editorial Fondo de Cultura Económica, mantuvieron en el texto —a petición del autor— el término “desenvolvimiento” con el propósito de que en ningún momento se confundiera con evolución. Sin embargo, según lo veo, entre el desenvolvimiento de la teoría de Schumpeter y la noción de desarrollo que décadas más tarde proliferó en diversas disciplinas, no se perciben diferencias sustantivas.

¹¹⁰ Émile James, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, México, FCE, 1986, p. 89.

necesarias para el siguiente.”¹¹¹ De ser así, el desenvolvimiento no sería sino el encadenamiento de transformaciones sociales y económicas animadas siempre por un cambio anterior. ¿Acaso una *corriente circular*, pero dinámica; un *circuito* que se repite así mismo? Parece, y Schumpeter no se toma el tiempo de despejar las suspicacias.

Otra característica de su teoría de desenvolvimiento es su vocación holística. Aunque su teoría pone el acento en lo económico, advierte que el desenvolvimiento económico no es un fenómeno que pueda explicarse económicamente, sino que la economía —que carece de desenvolvimiento propio— está empujada por los cambios del mundo que la rodea, y que las causas y, por tanto, la explicación del desenvolvimiento deben buscarse fuera del grupo de hechos que describe la teoría económica.¹¹²

Hasta aquí, se colige que para Schumpeter el desenvolvimiento económico inicia en el preciso momento en que opera un cambio en la sociedad. Y, a su vez, ese cambio ocurre cuando se presenta una nueva combinación en los factores de producción, esto es, cuando aparece la innovación. Es en este momento cuando Schumpeter emprende la definición de esa “nueva combinación”, que recurre a la lógica etapista, que habrá de sostener teorías y modelos de desarrollo hasta entrada la segunda mitad del siglo XX.

Como si de un proceso mecánico se tratara, la innovación, siguiendo a Schumpeter, comprende cinco etapas: 1) Introducción de un nuevo bien —desconocido para los consumidores— o de una “nueva calidad” de un bien; 2) Introducción de un nuevo método de producción, no probado por la experiencia en la rama de la manufactura, y que no precisa fundarse en un descubrimiento científico, que incluso puede consistir en un nuevo manejo comercial de un bien en el mercado (lo que hoy padecemos como *marketing*); 3) Apertura de un nuevo mercado; 4) “Conquista” de nuevas fuentes de materias primas o de bienes semimanufacturados; y 5) Creación de una nueva organización de cualquier industria.¹¹³

Quien lleva la mano en este proceso de innovación son los empresarios, respecto a quienes Schumpeter se muestra por demás obsequioso, lo cual no sólo generó severas críticas sino que su teoría del desenvolvimiento económico fuera vista, por algunos, como una teoría del *liderazgo empresarial*: “el mensaje de Schumpeter para lograr el desarrollo económico puede condensarse en la fórmula de liderazgo empresarial que conjuga y aprovecha crédito e

¹¹¹ Joseph Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, FCE, 3ª ed., 1963, p. 75.

¹¹² *Ibidem*, p. 74.

¹¹³ *Ibid.*, p. 77.

innovación.”¹¹⁴ Las razones que explican la preeminencia de la clase empresarial parecen obvias: para introducir una nueva combinación de los factores de producción se requiere, por un lado, disponer de medios de producción, y para hacerlo hay que disponer de capital, ya sea echando mano del ahorro o del crédito.

Bajo este enfoque, en el proceso de desenvolvimiento económico lo complicado es empezar. Porque “una vez en marcha, este mecanismo opera en forma automática.”¹¹⁵ Incluso la competencia se reduce, pues —de acuerdo con la interpretación de Napoleoni— “para Schumpeter la verdadera competencia que tiene lugar en la economía capitalista no es aquella que se ejerce entre las pequeñas empresas que producen la misma mercancía, sino que es la que ejercen las empresas innovadoras, las empresas en las que se desarrolla una cierta actividad empresarial, las que son activas en comparación con las otras; no es la competencia que tiene lugar entre bienes idénticos, producidos todos de la misma forma, sino aquella que los productos nuevos hacen a los viejos, o los nuevos procedimientos hacen a los antiguos”.¹¹⁶

Al final, de su libro y del planteamiento, Schumpeter introduce un elemento más en este esquema que daría lugar a una de sus tesis más reconocidas: la teoría del ciclo económico. Aunque ya había sido señalado por Marx, el estudio sobre los ciclos económicos de Schumpeter proviene de una interpretación muy diferente a la del teórico del capital. A partir del análisis de las crisis económicas, Schumpeter observa que “el sistema económico no se mueve sin tropiezos y en forma continua. Ocurren retrocesos, movimientos contrarios e incidentes de todas clases que obstruyen el camino del desenvolvimiento.”¹¹⁷ Las causas se concentran en el proceso de innovación: los ciclos económicos responden a la concentración de las innovaciones —que nunca se han distribuido de forma uniforme y equilibrada a lo largo del tiempo— en ciertos periodos, que provocan por igual prosperidad que crisis. Por tanto, a través de los ciclos económicos podemos interpretar el desarrollo de una economía. Lo cual vuelve a subrayar la importancia de los empresarios, cuya tarea en la innovación se vuelve determinante para el curso de la economía y, en consecuencia, del desenvolvimiento.

Como se ve, una de las aportaciones de Schumpeter es relacionar algunas variables económicas (capital, ahorro, crédito, consumo) con el proceso de desarrollo. Planteamiento que

¹¹⁴ José Antonio Reyes Plata, “J. A. Schumpeter y la teoría del desenvolvimiento económico”, en Farfán Hernández y Velázquez Delgado, *El pensamiento austriaco...*, op. cit., p. 110.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 79.

¹¹⁶ Napoleoni, op. cit., p. 53.

¹¹⁷ Schumpeter, op. cit., p. 217.

habremos de encontrar continuamente en las teorías del desarrollo, que dominaron la primera década del siglo pasado.

Para Schumpeter el desenvolvimiento económico no es más que innovación a cargo de la clase empresarial, que tiene en sus manos la palanca del progreso. Visto así, el desarrollo económico, al depender de la innovación, se convierte en un proceso susceptible de ser manipulado, inducido. Aún más, el desarrollo aparece como un asunto mecánico que depende de la articulación de ciertos elementos técnico-operativos (ahorro, financiamiento, empresarios, maquinaria, innovación).

Es justamente este planteamiento el que me interesa destacar de la obra schumpeteriana. Como lo veo, Schumpeter es pionero, en el siglo XX, de la teoría del desarrollo como sucesión de etapas, un modelo que será desarrollado por otros autores y escuelas de pensamiento de los cincuenta, particularmente por tres teóricos, conspicuos e influyentes, del desarrollo: Arthur Lewis, Walt Rostow y Gino Germani, quienes introdujeron algunos temas y enfoques que serían parte de la discusión latinoamericana sobre el subdesarrollo y la dependencia.

Sin embargo, antes de arribar a la década de los cincuenta, la historia de la economía obliga a hacer una parada en la etapa postkeynesiana para revisar los aportes de Roy Forbes Harrod y Evsey Domar, quienes a principios de los cuarenta construyeron un modelo de desarrollo influyente para los economistas de la siguiente década, como Lewis y Rostow.

La crítica postkeynesiana

Incluso antes de la crisis económica estadounidense de 1929, las críticas y replanteamiento acerca de la teoría del equilibrio económico y del mercado habían empezado a cobrar mayor importancia a través de economistas como el italiano Piero Sraffa, la inglesa Joan Robinson y el estadounidense Edward Chamberlein.¹¹⁸ Sin embargo, fue precisamente el discípulo de Alfred Marshall —uno de los maestros neoclásicos—, John Maynard Keynes, quien articuló la crítica más contundente.

Más que su crítica, en este inciso me interesa acercarme a aquello que no desarrolló Keynes pero sí lo hicieron algunos otros, señaladamente Roy Forbes Harrod y Evsey Domar, a quienes se les considera, más que críticos, continuadores del keynesianismo.¹¹⁹

¹¹⁸ Véase Napoleoni, *op. cit.*, pp. 59-63.

¹¹⁹ Véase P. W. Preston, *Una introducción a la teoría...*, *op. cit.*, p. 194.

Al abordar la relación intelectual entre Keynes y sus “continuadores”, Blomström y Hettne coligen que “lo que interesaba a Keynes en primer lugar eran los problemas de estabilización a corto plazo. Puesto que los problemas del subdesarrollo son radicalmente diferentes a los que se presentaron en la Depresión, Keynes no contribuyó directamente a la teoría del desarrollo. Los problemas a largo plazo que Keynes ignoró con toda intención, fueron tratados por Domar y Harrod.”¹²⁰

La primera parte, en realidad la mayor, fue publicada por sir Roy Harrod. En marzo de 1939 apareció, en *Economic Journal*, un artículo titulado “An essay in dynamic theory”, que casi diez años más tarde daría lugar al libro *Towards a dynamic economics*. Un año después de la aparición de aquel artículo, Evsey Domar publicó, también en *Economic Journal*, un ensayo — “Capital expansion, rate of growth and employment”— que se ha considerado complementario del de Harrod.

A riesgo de reducir, el modelo Harrod-Domar plantea —siguiendo la interpretación de James— el crecimiento económico a partir de tres variables: “la cifra de población, el producto o ingreso *per capita*, la cantidad de trabajo disponible. Hay que investigar, pues, cómo puede realizarse el desarrollo continuo de estos tres elementos. En principio esto depende de la cantidad de capital disponible, pero como ésta es una variable dependiente, el problema consiste en preguntarse cuál es la tasa de crecimiento del capital que corresponde al de las demás variables para que la economía permanezca equilibrada. ¿No es preguntarse indirectamente a qué nivel debería elevarse el ahorro?”¹²¹ En efecto, el *quid* está en estimar el ahorro.

Detrás de las fórmulas matemáticas y los cálculos, el modelo de Harrod-Domar se sostiene en la idea de que el crecimiento económico depende del equilibrio en la correlación entre capital/producción y ahorro/inversión. Se trata de estimar con exactitud las tasas para mantener en equilibrio el crecimiento de ambos binomios a largo plazo.

A lo largo de los cuarenta y hasta bien entrados los cincuenta, el modelo de Harrod-Domar influyó significativamente en la teorización del desarrollo económico, un tema que entonces parecía inseparable —imposible de pensar al margen— de algunas variables macroeconómicas.

¹²⁰ Magnus Blomström y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo...*, *op. cit.*, p. 23.

¹²¹ James, *op. cit.*, p. 496.

Arthur Lewis

Se trata de uno de los más conocidos y reconocidos teóricos del desarrollo. La obra de este economista inglés, distinguido en 1979 con el premio Nobel por “sus aportaciones a la economía del desarrollo”, parece condensar —desde el inicio de la década de los cincuenta— algunos de los temas y variables macroeconómicas más relevantes relacionadas con el desarrollo, y que permanecerán en la discusión durante casi dos décadas. Por eso es significativa su obra: porque formula temas como el *dualismo* de las sociedades subdesarrolladas, concibe el desarrollo como una cuestión de formación de capital, como un proceso de etapas, introduce el tema de las condiciones favorables para el desarrollo, etc. Estas son las razones más visibles que justifican la inclusión de la obra de Lewis en este ya extenso recorrido por la jungla de teoremas y modelos del desarrollo.

Junto al estadounidense W. W. Rostow —de quien hablaremos más adelante—, William Arthur Lewis fue de los teóricos más influyentes para la economía capitalista de los cincuenta. No se equivoca Dudley Seers al identificar a Lewis como “uno de los pioneros” de la teoría del desarrollo.¹²²

Profesor de la London School y de la Universidad de Manchester, a mediados del siglo pasado Lewis fue invitado por la ONU a formar parte de una comisión de “expertos” encargada de elaborar un informe sobre el desempleo y el subempleo en el Tercer Mundo. A partir de ese momento, Lewis ya no abandonaría el tema del desarrollo económico en los países periféricos.

Aunque el estudio asignado por Naciones Unidas se orientaba a analizar el desempleo, la comisión de expertos decidió abarcar el tema del desarrollo en su conjunto. En 1951 apareció publicado el resultado de este estudio: *Medidas para el desarrollo económico de los países subdesarrollados*. En pocos años este documento se convertiría, por un lado, en germen para economistas como Lewis y Rostow y, por el otro, en materia prima para la crítica al modelo etapista del desarrollo, que encontraba en la formación de capital y en el perfeccionamiento de las técnicas de producción una respuesta al problema del subdesarrollo.

Sin intención de reducir la argumentación de este documento de Naciones Unidas, se podría sostener —con ayuda de Preston— que *Medidas para el desarrollo económico* apunta seis variables que determinan el desarrollo: 1) *las condiciones previas del progreso*, un eufemismo que refiere todas aquellas tradiciones y costumbres que en los países subdesarrollados resultan

¹²² Véase Dudley Seers y G. Meier, *Pioneers in development*, Oxford, Oxford University Press, 1984.

poco adecuadas para introducir la idea de desarrollo económico, que —según estos autores— implica un cierto tipo de cultura; 2) *la función central del Estado* en la planificación y conducción del proceso de desarrollo económico; 3) *formación de capital*, se trata de la estrategia económica, lo que para estos expertos parece el *quid* del asunto: “se examina —interpreta Preston— el ahorro interno y se ofrece una definición tácita de su objetivo supuesto; en los países subdesarrollados observan un 10% de tasa de ingreso nacional de formación de capital, mientras que en los países subdesarrollados la tasa es sólo de 5%”;¹²³ 4) *planificación del desarrollo*, un tema en el que Lewis era especialista, aunque reconocen la imposibilidad de derivar leyes generales del desarrollo, insisten en la centralidad de los “expertos” en el diseño de las estrategia de desarrollo; 5) *comercio internacional*, que —según los “expertos”— contribuye al proceso de desarrollo, sobre todo en un contexto de posguerra en el que el mercado internacional empezaba a crecer; y 6) *fuentes externas de capital*, que parte de la idea de que las economías subdesarrolladas precisaban de capital externo, por lo que se proponía formas de financiamiento condicionada: “nosotros —decían los expertos, incluido Lewis— no sugerimos que la ayuda sea dada incondicionalmente... Esto no sería juicioso. Cada donativo debe estar vinculado con una función específica...”¹²⁴

En esa misma dirección teórica, Lewis continuó sus investigaciones sobre el desarrollo. Dedicado al estudio de los países subdesarrollados, en 1954 publicó un ensayo (“Economic development with unlimited supplies of labour”) en el que concluía que en algunos naciones del Tercer Mundo prevalecían dos grandes sectores socioeconómicos: uno capitalista y otro tradicional. En efecto, se trata de la tesis de la sociedad dual, de ese conocido binomio y sus múltiples metáforas que durante varios años predominaron en el diagnóstico sobre América Latina.

El desarrollo o subdesarrollo económico de cada país dependía de la relación histórica entre ambos sectores de la sociedad. Donde prevalecía la sociedad tradicional, había subdesarrollo. Y es que bajo este enfoque dualista de la sociedad —más bien maniqueo—, Lewis encuentra en el sector “capitalista” las mejores condiciones (económicas y culturales) para el desarrollo; y las contrasta con el atraso industrial, la economía agrícola de subsistencia, la falta

¹²³ Preston, *op. cit.*, p. 199.

¹²⁴ Naciones Unidas, *Medidas para el desarrollo económico de los países subdesarrollados*, ONU, 1951, p. 85, citado por Preston, *ibidem*.

de dinamismo económico, la inmovilidad social y los hábitos poco propicios para el crecimiento, que definen al sector tradicional.

La estrategia para salir del subdesarrollo en una sociedad dual consistía, por tanto, en una progresiva incorporación del sector tradicional hacia el capitalista a través de diferentes mecanismos, por ejemplo, que el sector dinámico continuara en expansión mediante la reinversión de sus utilidades, lo cual permitiría la inserción del excedente de mano de obra proveniente de la economía de subsistencia que predomina en la sociedad tradicional. En el largo plazo, el sector moderno acabaría por dominar la economía nacional y, al mismo tiempo, la sociedad tradicional se habría modernizado.

Al año siguiente de publicar este artículo, Lewis dio a conocer su obra central: *Teoría del desarrollo económico*, en la que identifica tres “causas inmediatas” del desarrollo:

- a) *El esfuerzo por economizar*, que se expresa reduciendo el costo de cualquier producto o aumentando el rendimiento de los insumos y demás recursos empleados en la producción; para Lewis, “este esfuerzo por economizar se manifiesta de varias maneras; como experimentación, o un correr riesgos; como movilidad ocupacional o geográfica; y como especialización; si este esfuerzo —advierte Lewis— no se realiza, ya sea porque no existe el deseo de economizar, o bien porque tanto la costumbre como las instituciones desalientan su expresión, entonces no tendrá lugar el crecimiento económico.”¹²⁵
- b) *Aumento del conocimiento y su aplicación*. Lewis encuentra que el crecimiento económico va de la mano del desarrollo científico y de su aplicación a los procesos productivos: “es evidente que el crecimiento acelerado de la producción en los últimos siglos se asocia a una más rápida acumulación y aplicación de conocimientos a la producción”.¹²⁶
- c) *Formación de capital*. Al igual que algunos alumnos de Keynes, como Harrod y Domar, para Lewis “el desarrollo depende del incremento del volumen de capital y de otros recursos por habitante.”¹²⁷ Inversión y ahorro, tal es la clave para la formación del volumen de capital necesario para iniciar el crecimiento económico: “El problema central

¹²⁵ William Arthur Lewis, *Teoría del desarrollo económico*, México: FCE, 1974, p. 11.

¹²⁶ *Ibidem*.

¹²⁷ *Ibid.*

de la teoría de desarrollo económico es comprender el proceso mediante el cual una comunidad de ahorrar 5 por ciento pasa a ahorrar un 12; y todos los cambios y las actitudes, instituciones y técnicas que acompañan esta transformación”.¹²⁸

Además de estas tres “causas inmediatas”, Lewis dedica dos capítulos de su libro al análisis de otros factores que determinan el crecimiento económico, como la población y sus hábitos laborales y sociales, el gobierno y sus instituciones económicas, sus niveles de gasto, la recaudación fiscal, etcétera.

Por tanto, la estrategia para el desarrollo propuesta por Arthur Lewis abarcaba dos flancos: por un lado, el aspecto técnico del crecimiento, relacionado con los niveles del inversión y el ahorro (12% del ingreso nacional); y, por el otro, el cambio cultural (“transformar las creencias, los hábitos y las instituciones”) de esa sociedad tradicional, estacionaria en términos económicos.

En plena Guerra Fría, la obra de Lewis no sólo fue bien recibida por las instituciones y organismos internacionales, sino por las principales economías capitalistas —particularmente Estados Unidos— “comprometidas con el desarrollo” del Tercer Mundo, debido a su tono abiertamente anticomunista: “la URSS ha demostrado que un gobierno despiadado puede aumentar la producción rápidamente si está dispuesto a tratar con severidad a los que se oponen a sus planes. Todos los países subdesarrollados han sido incitados, por la propaganda comunista o de otra índole, a ceder sus libertades a cambio de la promesa de un rápido desarrollo económico. Esta incitación es engañosa...”¹²⁹

Con Lewis —y Rostow como lo veremos en seguida—, el subdesarrollo empieza a tomar la extraña forma (que se vuelve lugar común) de un mal endémico de ciertos países donde prevalecen hábitos y costumbres propias de sociedades tradicionales, entre pasmadas e indiferentes, que viven para subsistir, que no ahorran ni reinvierten, en suma esa caricatura grotesca y cruel que se hizo de la gran mayoría de naciones del Tercer Mundo.

W. W. Rostow

Durante mucho tiempo fue el “enemigo favorito” para un buen número de teóricos latinoamericanos (cepalinos y dependentistas). Había suficientes motivos para ello: crítico tenaz

¹²⁸ *Ibidem*, p. 246.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 471.

y declarado del marxismo y del comunismo, asesor de Seguridad Nacional en los gobiernos de John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, embajador en el Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, promotor de la intervención estadounidense en Vietnam y autor de uno de los libros más representativos del paradigma económico de la modernización, que el gobierno estadounidense acogió con entusiasmo y, pese a sus limitaciones teóricas, convirtió en un modelo para el Tercer Mundo.

Economista e historiador neoyorquino, Walt Whitman Rostow es uno de los teóricos más representativos del desarrollo como modernización, teorema que vivió su auge entre los cincuenta y principios de los sesenta y del cual aún permanecen algunos resabios: Theotônio Dos Santos afirma que “a pesar de su simplismo, este modelo prevalece en la cabeza de los científicos sociales contemporáneos. Continúa orientando investigaciones y proyectos de desarrollo”.¹³⁰

La resonancia pública y política de las tesis de Rostow, en particular de *Las etapas del crecimiento*, están vinculadas con su propia biografía y con el contexto de la Guerra Fría. El explícito objetivo anticomunista de esta teoría del crecimiento económico y la mixtificada interpretación de Rostow acerca de la historia de las naciones desarrolladas, que servían como ejemplo a seguir para los países subdesarrollados, ofrecieron al gobierno estadounidense un modelo económico que se empataba con su estrategia política, que tenía como fin detener el avance del comunismo en América Latina, sobre todo, después de la Revolución cubana.

Por su propia convicción y por azares de la coyuntura política internacional, W. W. Rostow se convirtió, para el gobierno estadounidense, en el ideólogo de la modernización como estrategia no sólo económica sino anticomunista, terreno donde quizás tuvo mayor éxito.

Publicado como ensayo en 1956,¹³¹ *Las etapas del crecimiento económico, un manifiesto no comunista*, se convirtieron en libro hacia 1960. Las tesis de Rostow no eran del todo inéditas. Como hemos visto en este apartado, desde Schumpeter pero sobre todo después de Keynes (Harrod, Domar, Lewis), la teoría económica se interesaba cada vez más por el análisis del desarrollo y lo hacía en dos direcciones:

- 1) explicar el desarrollo económico a partir de algunas variables macroeconómicas, entre las más recurrentes: a) el nivel de ahorro interno, que se convertía en detonante del crecimiento económico, b) el desarrollo científico y tecnológico con aplicación a los

¹³⁰ Dos Santos, *op. cit.*, p. 17.

¹³¹ Véase W. W. Rostow, “The take-off into self-sustained growth”, *Economic Journal*, núm. 66, 1956.

procesos productivos; c) el equilibrio entre ahorro y producción, es decir, una sociedad de consumo que no perdiera su capacidad de ahorro e inversión (estimada en alrededor del 12% del PIB); y

- 2) asociar el proceso de crecimiento económico con cierto tipo de sociedad, de lo que se desprendía una cierta *propensión* cultural e histórica hacia el desarrollo. En otras palabras, aún más simples: tal se tratara de una regla universal, el desarrollo se planteaba como un conjunto de requisitos materiales (recursos naturales, desarrollo técnico y científico) y humanos (hábitos de consumo, ahorro, inversión) que debían cumplirse a la letra. Con todo, no dejaba de ser sospechoso que el molde teórico empezara a asumir un deliberado parecido con la historia particular de algunas potencias mundiales.

Suma y sigue: Rostow es la cúspide de esta corriente teórica. La innovación de Rostow consiste en extender y en hacer explícitos los supuestos —tautológicos— que sostienen la teoría de la modernización: la historia como coartada de los países desarrollados; esas naciones empezaron primero, por tanto, van hasta adelante en este proceso del desarrollo. A partir de este esquema lineal y progresivo del crecimiento económico —cuyo correlato sociopolítico sería la distinción entre sociedades tradicionales, por decir atrasadas, y modernas, por decir desarrolladas— se puede entender el modelo evolucionista de Rostow, quien pese a sus críticas y su conocida aversión comunista comparte mucho más de lo que piensa con el etapismo marxista, como ya se verá más adelante.

Para algunos historiadores del pensamiento económico, la originalidad de la obra de Rostow radica en su enfoque histórico-económico del crecimiento: según Émile James, “es claro que W. W. Rostow quiso escapar al marco de análisis trazado por R. Harrod, o Mrs. J. Robinson y, estudiando según un método más histórico el crecimiento a largo plazo, unir los resultados obtenidos por la ciencia económica a los alcanzados por las demás ciencias sociales. Quiso escapar también al marco demasiado macro-económico [...] y recordar que todo estudio del crecimiento debería de proceder por investigaciones en sectores particulares [...] Quiso incluso escribir, más que sus predecesores, un libro que sirviera de guía a la acción política”.¹³²

En efecto, desde una perspectiva histórico-económica, Rostow plantea el crecimiento económico como un proceso evolutivo de cinco etapas sucesivas y para demostrarlo ofrece como

¹³² James, *op. cit.*, p. 499.

evidencia la interpretación —dentro de este modelo etapista— del crecimiento de catorce países, dos de ellos latinoamericanos (Argentina y México). Al respecto, en la introducción de su obra, Rostow apunta “He llegado gradualmente a ser del parecer que es posible y, para ciertas finalidades limitadas, útil subdividir la historia de cada economía nacional —y algunas veces la historia de las regiones— de acuerdo con este serie de etapas. Estas constituyen, a la postre, tanto una teoría sobre el crecimiento económico como una teoría más general, aun cuando todavía parcial, acerca de la historia moderna en su conjunto”.¹³³

El camino hacia el crecimiento estaba, pues, escrito en la historia de los países desarrollados y Rostow sería el buen amanuense que revelara ese palimpsesto. La ruta del crecimiento consistía en cinco etapas.

1. *Sociedad tradicional*: Todo empezaba en aquellas sociedades precientíficas, cuyos límites en términos productivos estaban determinados precisamente por la falta de conocimiento científico y técnico: “el hecho fundamental relacionado con la sociedad tradicional era que existía un tope al nivel de la producción obtenible *per capita*. Este límite provenía del hecho de que no eran asequibles las posibilidades científicas y técnicas modernas o que se podían aplicar en forma regular y sistemática.”¹³⁴

2. *Etapas anterior al despegue*: Describe el proceso de transición entre la sociedad tradicional y el momento del despegue económico, es decir, las condiciones políticas y económicas previas al llamado “impulso inicial”, entre las más importantes destacan: a) un elevado nivel de productividad agrícola, pese a la precariedad científica de los modos de producción; b) la formación de mercados que estimulen el comercio; y c) un periodo más o menos prolongado de estabilidad política que permita la consolidación de las instituciones del estado, en particular aquellas relacionadas con la justicia; quizás este último punto es, para Rostow, decisivo de esta etapa: según su propia interpretación de la evidencia empírica, recogida en su libro, “aunque el periodo de transición fue testigo de grandes cambios en la propia economía y en el equilibrio de los valores sociales, el rasgo decisivo fue de índole política. Desde un punto de vista político, la construcción de un Estado nacional centralizado y efectivo constituyó un aspecto decisivo del

¹³³ W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, FCE, 1974, p. 13.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 16.

periodo de las condiciones previas; y, casi universalmente, fue condición necesaria para el impulso inicial”.¹³⁵

Por lo demás, en esta etapa se localizan las *causas* que generan la transición, que pueden ser: *i) internas*, que refieren el desarrollo endógeno (definido por las tres variables mencionadas) de algunas sociedades feudales que propició la etapa del despegue hacia el crecimiento sostenido —el caso de Inglaterra, según Rostow, resulta paradigmático de estas sociedades—; o *ii) externas*, se trata de la mayoría de los casos: “la historia moderna vio surgir en la forma más general esta etapa de las condiciones previas como consecuencia de una intrusión externa de sociedades adelantadas más que de manera endógena. Estas invasiones —en sentido literal o figurado— sacudieron la sociedad tradicional y comenzaron o aceleraron su desintegración; pero pusieron también en marcha ideas y sentimientos que iniciaron el proceso que constituiría, partiendo de la antigua cultura, una nueva alternativa de la sociedad tradicional.”¹³⁶ Si algo permite observar este párrafo es, entre otras cosas, la enorme similitud que guarda con el planteamiento marxista acerca del colonialismo inglés en la India. Al fin, en ambos casos el propósito de generar las condiciones para dar el paso hacia la siguiente etapa evolutiva parece justificar hasta lo inaceptable.

3. *El impulso inicial (take-off)*: acaso la etapa más importante, aquella que señala la “línea divisoria” entre la sociedad tradicional y la de crecimiento sostenido: “esta fase es el intervalo en el que, por fin se superan todos los viejos obstáculos y resistencias a un crecimiento permanente. Las fuerzas tendientes al progreso económico, que producían brotes e inclusiones limitadas de actividad moderna, se expanden y llegan a dominar la sociedad. El crecimiento llega a ser su condición normal.”¹³⁷ En términos más puntuales, el *despegue* económico comprende al menos tres condiciones: “*i)* un aumento en la tasa de inversión productiva del 5% o menos al 10% [sic] o más del ingreso nacional (o producto nacional neto); *ii)* el desarrollo de uno o más sectores esencialmente manufactureros que tengan un alta tasa de crecimiento; *iii)* la existencia, o aparición rápida, de una estructura política, social e institucional que aproveche los estímulos de expansión en el sector moderno y los efectos del impulso inicial en la economía potencial

¹³⁵ *Ibid.*, p. 19.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 18.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 20.

exterior, y confiera al crecimiento carácter de continuidad.”¹³⁸ En todo caso, el *despegue* (como dirá en otro libro)¹³⁹ no es sino el triunfo de los sectores modernizadores de la sociedad, que han terminado por convencer a la mayoría de tomar una decisión —porque para Rostow de eso se trata el crecimiento: el encadenamiento de varias decisiones colectivas—, que no puede ser otra que la del desarrollo.

4. *El camino hacia la madurez*: luego del *despegue*, lo que sigue es consolidar las instituciones y mantener las variables económicas: “unos sesenta años después de comenzar el impulso inicial (digamos, unos cuarenta años después del fin de esta etapa) se ha alcanzado generalmente lo que puede denominarse madurez”, la cual define como “la etapa en la cual la economía demuestra su capacidad para desplazar las primeras industrias que propiciaron su impulso, y absorber y aplicar, efectivamente, sobre un amplísimo conjunto de sus recursos —o a su totalidad— los frutos más adelantados de la tecnología considerada entonces como moderna”.¹⁴⁰

Correlato social de este proceso de desarrollo científico y expansión económica, el mundo del trabajo cambia: el sector industrial capta la mayoría de los empleos mejor remunerados —en comparación con las tareas agrícolas y artesanales—, los conocimientos y las habilidades laborales se elevan, la sociedad se empieza a aglutinar alrededor de los centros industriales, las necesidades de consumo y aspiraciones políticas de la población también se transforman.

5. *La etapa del consumo masivo*: el fin del camino teórico e histórico: el *american way of life* como cúspide de la modernización. “A medida que las sociedades fueron alcanzando la madurez en el siglo XX sucedieron dos cosas: el ingreso real *per capita* aumentó a tal punto que un gran número de personas alcanzaron un nivel superior de consumo que sobrepasó a los productos básicos: habitación, vestido y sustento, y cambió de tal modo la estructura de las fuerzas del trabajo que incrementó la proporción de la población total y más tarde también la proporción de la población empleada en oficinas o en labores fabriles calificadas —concedora y ávida de adquirir los beneficios de consumo de una economía madura”.¹⁴¹

¹³⁸ *Ibid.*, pp. 53-54.

¹³⁹ W. W. Rostow, *El proceso del crecimiento económico*, Madrid, Alianza, 1967, pp. 17-33.

¹⁴⁰ Rostow, *Las etapas...*, *op. cit.*, p. 22.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 23.

Como consecuencia, este aumento de la renta nacional permitió, sugiere Rostow, destinar mayores recursos al bienestar y a la seguridad social, lo cual le dio una nueva fisonomía (benefactora) al Estado.

El viaje hacia el desarrollo terminaba en la estación del consumo masivo, casualmente donde se encontraba, entre otras, la sociedad estadounidense, para la cual Rostow no alcanzaba a ver la siguiente estación.

Detrás de este esquema, se encuentra lo que Rostow llama una “teoría dinámica de la producción”, que en forma por demás abreviada podría explicarse en los siguientes términos: la incorporación de variables como la población, la tecnología, la consolidación de las instituciones del Estado, el “espíritu de empresa”, las “actitudes colectivas” frente a diversos fenómenos, las preferencias y los hábitos de consumos..., son, todos, *indicadores dinámicos*, lo cual determina el tipo de análisis: lo convierte en un enfoque dinámico de la economía y la sociedad, que además reconoce tanto las diferencias de crecimiento entre los diversos sectores de la producción, como los ciclos económicos y sus diversos efectos en estos sectores.

Aunque poco se ha reparado en ello, hacia el final de su libro, Rostow nos reserva un capítulo especial: su crítica hacia Marx, que resulta todo lo contrario. El *manifiesto anticomunista* de Rostow termina siendo, por necesidad, una interpretación complaciente acerca de la visión etapista de la historia. No podía ser de otra forma: como Marx, Rostow asume la historia como una sucesión de etapas que culminan en sociedades ciertamente distintas pero igualmente desarrolladas.

Lo anterior nos permite entender por qué en ese último capítulo Rostow encuentra —no obstante su abierta inquina anticomunista— más coincidencias que diferencias con el marxismo. Él mismo identifica seis similitudes entre su modelo y el de Marx: 1) “ambos representan aspectos de la forma en que se desarrollan las sociedades, vistas desde una perspectiva económica”; 2) “los dos aceptan el hecho de que la modificación económica produce consecuencias políticas, sociales, culturales”; 3) ambos aceptarían la realidad de intereses de grupo y de clase dentro del proceso político y social, vinculados a intereses de provecho económico”; 4) “los dos admitirían la realidad de que los intereses económicos han ayudado a determinar el ambiente en que se han originado ciertas guerras”; 5) ambos sistemas propondrían,

a la postre, la meta o el problema de la abundancia verdadera”; y 6) “en términos de la técnica económica, los dos se encuentran basados en análisis sectoriales del proceso de crecimiento”.¹⁴²

En contraste, Rostow sólo encuentra una “diferencia fundamental” —pese a sus esfuerzos por aludir un mayor número. Tomando el *Manifiesto comunista* como un referente teórico de “gran valor”, Rostow sostiene que para Marx la relación entre los hombres y el hombre mismo se define por el interés, por el “pago de contado”; por el contrario, “en la sucesión de las etapas de crecimiento se considera al hombre como una unidad más compleja. El hombre no sólo busca el provecho económico, sino también el poder, el ocio, las aventuras, la continuidad en la experiencia y la seguridad; está interesado en su familia, en los valores conocidos de su cultura regional o nacional y en tener una diversión en su ambiente local.”¹⁴³ Todo lo anterior brinda al hombre alternativas sobre las que tendrá que decidir, lo cual hace —según Rostow— una gran diferencia con respecto al modelo marxista.

Rostow tropieza con su propia crítica. Al final, resulta un anticomunista declarado pero un marxista embozado, al menos en cuanto a compartir un enfoque evolutivo de la historia. En el fondo, su teoría tiene un objetivo político (explícitamente anticomunista) que choca con su método teórico: de allí las contradicciones.

Pero además de sus desatinos en su crítica marxista, la teoría de la modernización planteada por Rostow acusa, según lo veo, algunas otras debilidades:

- ☛ En diferentes lugares de su obra, Rostow parece sugerir que el desarrollo depende, en buena medida, de una decisión colectiva respecto al desarrollo, una determinación que, por lo demás, está relacionada con hábitos de consumo y ahorro. Al menos en América Latina, el asunto no está en la decisión, esto es, en convencer a la población de que debe consumir y ahorrar, sino en generar el capital y después decidir su destino. De lo que se sigue que el desarrollo no es una cuestión sólo de decisiones colectivas, como si aquellos que viven en la sociedad tradicional fueran los enemigos de la modernización. Resulta complicado imaginar que esa sociedad que vive en el atraso se opone a la modernización simplemente porque no desea abandonar las tradiciones.

- ☛ La ruta hacia el desarrollo que Rostow propone de forma ecuménica no resulta si se traslada a los países subdesarrollados. En pocas palabras, Rostow sugiere que al desarrollo se llega

¹⁴² *Ibidem*, pp. 175-176.

¹⁴³ *Ibid.*

siguiendo las huellas de los países desarrollados; lo que no dice es que las diferencias históricas entre el Primer Mundo y el Tercero conducen a caminos muy distintos. El método imitativo que Rostow sugiere para *alcanzar* —porque de eso se trata: subir o creer que se sube— la modernización soslaya o en el peor de los casos encubre las diferencias estructurales e históricas entre Inglaterra y, por ejemplo, sus colonias africanas y asiáticas.

☛ Rostow traiciona el método, si la novedad de su enfoque era incorporar una dimensión histórica al análisis económico del crecimiento, muy pronto cae en la tentación de contar su versión de la historia, de mistificarla: "Desarrollarse —observa Dos Santos— sería repetir con éxito la experiencia de las economías capitalistas, claro que estas experiencias fueron depuradas para excluir de ellas a los Cromwell, a la revolución francesa, a las guerras, a las revoluciones anticoloniales, al fascismo y al nazismo."¹⁴⁴

☛ Al final, el contenido político del modelo de Rostow se impone sobre su aporte teórico. Más que salidas al subdesarrollo, el paradigma de la modernización rostowiana ofrece una estrategia política de contención del comunismo en América Latina, una zona geoestratégica para Estados Unidos: "Debemos demostrar que las naciones subdesarrolladas —que ahora constituyen el foco principal de las esperanzas comunistas— pueden pasar, con buen éxito, a través del periodo de condiciones previas a un impulso inicial bien establecido dentro de la órbita del mundo democrático, resistiendo a los halagos y tentaciones del comunismo."¹⁴⁵

Con todo, el paradigma de la modernización hizo explícitas algunas de las hipótesis y supuestos que sostenían gran parte de las teorías económicas sobre el crecimiento. En todo caso, sus fallas, debilidades y omisiones, deliberadas o no, permitieron pensar el desarrollo económico bajo nuevos enfoques, con una mirada crítica e incluso suspicaz, como la que hace más de medio siglo propuso un interesante grupo de economistas latinoamericanos. De ellos damos cuenta en el siguiente inciso.

¹⁴⁴ Theotônio Dos Santos, "La cuestión de las ondas largas", documento de trabajo de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, <http://www.redem.buap.mx/t1theo.html>

¹⁴⁵ Rostow, *op. cit.*, p. 159.

5. LA CEPAL: DESARROLLISMO LATINOAMERICANO

No fueron los primeros teóricos preocupados por el tema ni acaso los más grandes pensadores del medio siglo latinoamericano. No lo fueron pero su aportación señala un *quiebre* definitivo en el mundo de la producción teórica latinoamericana.

Con todas sus letras: el surgimiento de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) inaugura una época decisiva en la suerte de gran parte de las naciones latinoamericanas y de la región en su conjunto. Una etapa de intensa actividad intelectual y política. En otras palabras, los “mejores años” de la CEPAL —por decir los más fecundos, creativos y originales— ocurren precisamente en una década *germinal* para América Latina: los años cincuenta, el tiempo de definiciones geopolíticas y decisiones económicas, de estrategias y acciones político-militares por parte de las potencias mundiales que trazarían las coordenadas y reglas de juego de la Guerra Fría en territorio latinoamericano; pero también, el tiempo de la revolución socialista y su enorme potencial utópico, de la crítica latinoamericana a la teoría general del crecimiento y al imperialismo y la intervención estadounidense, de las dictaduras y de los frustrados intentos democráticos, de la industrialización y los espejismos del crecimiento económico...

Sin nostalgia ni recelo, el abordaje que propongo para el análisis de las aportaciones de la CEPAL no procura la reivindicación ni el ajuste de cuentas de esa institución señera en la historia de América Latina —objetivos, por lo demás, cabalmente cumplidos en distintas obras ya clásicas. Me interesa la CEPAL por su naturaleza *germinal*, es decir, no por el *buen o mal tino* de sus tesis, sino por su potencial para pensar el desarrollo económico a partir de otros enfoques y desde otra perspectiva, lo que en buena medida contribuyó, sin duda, en la generación de un pensamiento latinoamericano propio que desembocaría en el intenso debate de los sesenta y setenta en torno a la dependencia de América Latina.

Bajo este encuadre, las siguientes páginas intentan un acercamiento a la CEPAL como una experiencia histórica *germinal* en cuanto: 1) expresa una cierta “declaración de independencia” teórica de América Latina, cuyas consecuencias para el futuro de la región resultan insoslayables; 2) revela la posibilidad de plantearse el desarrollo y el subdesarrollo económico a partir de otro enfoque y desde América Latina, lo cual supone un distanciamiento científico y espacial de los centros teóricos hegemónicos; 3) ofrece un modelo propio de organización intelectual del conocimiento sobre América Latina.

Vista así, la CEPAL se presenta como un lugar de origen, un comienzo, un cierto punto de partida... Por tanto, este acercamiento a la historia de la CEPAL nos permitirá —tal es la hipótesis que conduce este inciso— entender el rumbo y los rasgos que asumió la teoría latinoamericana de los sesenta y setenta.

Los años cincuenta

Una década definitiva en el rumbo de la política mundial. Antes de llegar al medio siglo y luego de dos guerras mundiales, la fisonomía bipolar del nuevo orden internacional empezaba a mostrar sus principales rasgos (a los que ya me he referido al principio de este acápite).

A diferencia de otras regiones, para América Latina el final de la Segunda Guerra Mundial no anunciaba buenas noticias. Antes de que la guerra llegara a su fin, la política del *buen vecino* empezaba a formar parte de la memoria y la relación con Estados Unidos tomaba otra dirección. Los atisbos de paz anticipaban tiempos difíciles para América Latina debido a que:

- a) Estados Unidos se consolidaba como una gran potencia mundial, lo cual complicaba el escenario para el resto de las naciones del continente;
- b) se podía adelantar que el gobierno estadounidense renunciaría al eje de su política de *buen vecindad* —esto es, el principio de no intervención— que caracterizó su relación con América Latina durante la segunda mitad de los treinta y parte de los cuarenta y, en su lugar, desplegaría una política más agresiva, que encontraría en la defensa anticomunista del “hemisferio occidental” una inmejorable coartada;
- c) la economía de guerra había ahondado la dependencia económica de América Latina hacia Estados Unidos, por ejemplo, el régimen preferencial de comercio del que gozaban algunas mercancías latinoamericanas en el mercado estadounidense durante la guerra empezó a modificarse, las inversiones directas cambiaron de mercados, lo cual evidenció aún más la fragilidad de las economías latinoamericanas; y

- d) al final de la guerra había buenas razones para colegir que sería Europa, y no América Latina, quien se llevaría la mayor cantidad de los recursos que el gobierno estadounidense destinaria en tareas de reconstrucción.¹⁴⁶

Ni buenos vecinos ni aliados: al terminar la guerra, Estados Unidos y América Latina encarnaron una relación crecientemente tirante y conflictiva que determinaría el curso de la historia del continente durante los cincuenta.

Como se podía anticipar, para América Latina no hubo Plan Marshall y a diferencia de otros países —Francia, Grecia, Italia, Alemania, Japón, que muy pronto sirvió como base militar durante la guerra de Corea—, la estrategia estadounidense de contención del comunismo se sostendría fundamentalmente en la represión: el regreso de la política del *big stick*.

Latinoamérica, en general, iniciaba la segunda mitad del siglo en un escenario adverso: con Estados Unidos al acecho y en pleno tránsito hacia la modernización —por decir industrialización— que se había visto obligada a emprender a causa de la guerra. Por lo demás, las naciones latinoamericanas habrían de encarar otras “novedades” derivadas, en buena medida, del proceso de modernización en que estaban entrampadas: el crecimiento demográfico, el acelerado proceso de urbanización y la progresiva pérdida de productividad del campo, lo cual explica que la “reforma agraria reaparece como tema urgente en la agenda latinoamericana, y mientras ya a comienzos de la década de 1950 tanto la revolución guatemalteca como la boliviana la ponen en el centro de su programa de cambio, hacia fines de ella ha ganado también un lugar en los de reforma económica bajo signo no revolucionario”.¹⁴⁷

Pese a todo, la década de los cincuenta fue también —como he apuntado más arriba— la primera de ese periodo de treinta años en que la economía mundial registró un crecimiento inédito, que Hobsbawm ha definido como la *edad de oro*, y que alcanzó —con diferencias no menores— a algunos países del Tercer Mundo.

En suma, aunque en cada país prevalecían ciertas particularidades de orden doméstico (mayor o menor populismo, ascenso de regímenes dictatoriales con algo o nada de legitimidad,

¹⁴⁶ Sobre las relaciones entre América Latina y Estados Unidos durante y después de la guerra, véanse las obras de Gordon Connell-Smith, *El sistema interamericano*, México, FCE, 1971 (capítulos IV y V), y *Los Estados Unidos y la América Latina*, México, FCE, 1977 (capítulos V y VI); también Federico G. Gil, *Latinoamérica y Estados Unidos...*, *op. cit.*, (capítulos V y VI).

¹⁴⁷ Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 13ª ed., 2002, p. 445.

formaciones políticas más o menos revolucionarias, etc.),¹⁴⁸ la mayoría de las sociedades latinoamericanas debía lidiar con problemas comunes: las presiones geopolíticas derivadas del bipolarismo, las dificultades que planteaba el proceso de industrialización, las demandas de grupos urbanos populares cada vez más nutridos y beligerantes, agendas de reforma agraria, el crecimiento de la población y, en consecuencia, la expansión de los servicios públicos y de asistencia social, etcétera.

Al final, el balance de esa década para América Latina fue contrastante. Pablo González Casanova ofrece una vista panorámica de la década:

América Latina no sólo vivió los efectos de la 'guerra fría', sino la consolidación del imperialismo norteamericano y su asociación creciente con las burguesías y oligarquías latinoamericanas. Durante este tiempo aumentó la hegemonía imperial y de clase en empresas, gobiernos, ejércitos, policías, universidades, periódicos, sindicatos y en la propia sociedad civil. Se acentuaron las diferencias y desigualdades de la ciudad y el campo, de los distintos estratos de la población, de los trabajadores de grandes y pequeñas empresas, calificados y no calificados. La 'movilidad social' —la movilidad 'rural-urbana' y de un estatus inferior a otro superior— contribuyó a la formación de una clase obrera con numerosos contingentes de origen campesino, satisfechos de sus modestos avances y simultáneamente amenazados por los aparatos represivos del estado y por un 'ejército de reserva' compuesto de desempleados listos a ocupar cualquier puesto de quienes intentaran rebelarse o fueran cesados. [...] De 1948 a 1959 —agrega González Casanova— hay varios hechos notables en la historia de los pueblos latinoamericanos. Unos constituyen derrotas, otros significan triunfos: cae el gobierno popular de Guatemala, se corrompió el de Bolivia y empieza en Cuba el movimiento del '26 de julio' que iniciará la siguiente etapa de la historia latinoamericana. Esos sucesos parecen estar muy ligados a la historia de las masas y los libertadores. A ellos se añade otro más, que entonces constituyó un éxito político innegable: la consolidación en Chile de la autonomía de la clase obrera en sus luchas sindicales y políticas. Es antecedente de un camino singular en la historia de los pueblos latinoamericanos.¹⁴⁹

En términos económicos, el recuento de la década también resultó ambiguo: la estrategia de industrialización vía sustitución de importaciones, preconizada por la CEPAL y en la que más adelante me detendré, permitió que algunas economías de la región crecieran (no en el mismo grado ni al mismo ritmo), pero la distancia entre el Tercero y el Primer Mundo seguía siendo considerable.

En un balance económico general sobre aquellos años, Fernando Henrique Cardoso concluía que:

¹⁴⁸ Para un recuento sobre las condiciones de cada país véase los sendos tomos coordinados por Pablo González Casanova, *América Latina: historia de medio siglo. 1 América del sur*, México, Siglo XXI/UNAM, 12ª ed., 2001 y *América Latina: historia de medio siglo. 2 México, Centroamérica y el Caribe*, México, Siglo XXI/UNAM, 6ª ed., 1990.

¹⁴⁹ Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*, México, Siglo XXI, 8ª ed., 1990, pp. 204 y 211.

Las tendencias principales del último decenio muestran que la participación latinoamericana tanto en la expansión del comercio internacional como en las inversiones va disminuyendo. Utilizando la distinción entre dos sectores del comercio internacional —el centro y la periferia—, vemos que la tasa del crecimiento comercial llega al 7.9% anual en las economías centrales y al 4.8% en las economías periféricas. En consecuencia, las exportaciones de las economías periféricas, que alcanzaron su nivel máximo en 1948 (el 32% del comercio internacional), han bajado al 26% en 1958. En el caso de la América Latina esta participación ha bajado del 12% en 1948 al 6% en 1968. Lo mismo se aplica a la importancia de la periferia para las inversiones norteamericanas. La periferia ha absorbido el 55% de las inversiones directas totales de los Estados Unidos en 1950 y sólo el 40% en 1968. La participación latinoamericana en este proceso ha bajado durante el mismo periodo del 39 al 20%.¹⁵⁰

A partir de un análisis más amplio y pormenorizado, otros especialistas, Santana Cardoso y Pérez Brignoli, ofrecían un análisis diferenciado del crecimiento económico de la región: en su estudio advertían que

[...] desde la década de 1930 se observan tres variantes de crecimiento: *a)* Crecimiento rápido, que se desacelera al avanzar la década de 1950 (México, Brasil, Colombia, Ecuador, Venezuela, Guatemala, El Salvador, Honduras, Cuba, Paraguay y Costa Rica); *b)* Crecimiento rápido alternado con fuertes crisis (Argentina, Uruguay, Bolivia y Haití); *c)* Crecimiento sostenido (Perú, Panamá, Chile, República Dominicana y Nicaragua). [...] Este comportamiento —concluían— obedece a un cúmulo de factores que pueden detallarse caso por caso. Pero parece haber dos elementos básicos en la explicación: por una parte, la evolución de los precios en el mercado mundial, por otra, las tensiones desatadas por el crecimiento industrial, con su secuela de reajustes internos, que casi siempre afectaron al sector exportador.¹⁵¹

Fueron diez años de industrialización acelerada, de refriega partidista, de movilización política y social que fue definiendo el rostro moderno de algunas ciudades latinoamericanas, de juego geopolítico en un contexto bipolar, de revoluciones con desenlaces contrastantes (Guatemala, Bolivia y Cuba). Una década en la que América Latina se movía entre la incertidumbre y la esperanza. Tenía razones para cultivar ambas y la CEPAL contribuía a ello.

La CEPAL

Nunca volvió a ser lo que fue durante la década de los cincuenta. Aquellos primeros tres lustros de vida fueron los mejores de la CEPAL: años difíciles por ser los primeros pero también los de mayor creatividad teórica.

No son sus aportaciones concretas, expresadas en ese *corpus* teórico sostenido en el enfoque centro-periferia ni su estrategia de industrialización acelerada, tampoco su crítica a la

¹⁵⁰ Fernando Henrique Cardoso, "Imperialismo y dependencia en la América Latina", en René Villarreal, *Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 30), 1989, p. 308.

¹⁵¹ Ciro Flammarion Santana Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina, 2. Economías de exportación y desarrollo capitalista*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1979, p. 184.

teoría del comercio internacional lo que me interesa destacar de la CEPAL —temas, por cierto, ampliamente documentados y debatidos— sino la novedad de esa rara especie de *think tank* intergubernamental latinoamericano, la forma en que se distanció de agencias similares y la originalidad de sus enfoques para el análisis económico y su metodología para organizar la información sobre América Latina. En buena medida, a ello contribuyó enormemente el talento y liderazgo de Raúl Prebisch, así como las no pocas cualidades del grupo de economistas (entre los que destacaban Celso Furtado, Aníbal Pinto, Víctor Urquidí, Dudley Seers, José Antonio Mayobre, Juan Loyola, Cristóbal Lara, José Medina Echavarría, Manuel Balboa) que logró reunir durante sus años al frente de la CEPAL.

Por tanto, las siguientes líneas intentan responder algunas preguntas más bien elementales para el curso de esta investigación: ¿qué cambió con la aparición de la CEPAL en el plano de las ideas en América Latina? ¿En qué consiste, en dónde radica, la originalidad de la propuesta cepalina? ¿Qué argumentos explican la trascendencia de un puñado de tesis económicas, como el propuesto por la CEPAL, en el campo de las ciencias sociales? Las respuestas, intuyo, empiezan con los fundadores y en el origen de la institución.

La fundación

La historia es conocida pero merece la pena recordarla. El 11 de agosto de 1947 el Consejo Económico y Social (ECOSOC) de la ONU dispuso la integración de un comité especial que analizara la conveniencia de crear, como ya lo había hecho en Europa, Asia y lejano Oriente, una Comisión Económica para América Latina. Aunque el comité (del que formaba parte el propio Raúl Prebisch) recomendó la creación de dicha comisión, la batalla diplomática se anticipaba compleja. Sin el menor decoro, Estados Unidos se oponía abiertamente al proyecto. Veía con recelo el nacimiento de una agencia que “duplicaría” las funciones de la Organización de Estados Americanos (OEA), sobre la que ya ejercía cierto control político más o menos evidente en la definición de la agenda y políticas sobre seguridad hemisférica.

Luego de varios meses, el cabildeo del colombiano Alberto Lleras Camargo, presidente del ECOSOC, quien contó con el respaldo de Pierre Mendés France y David Owen, presencias relevantes del mundo político de la posguerra, vencieron las resistencias de Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia. Así, el 5 de agosto de 1948 fue aprobada la resolución

106/VI mediante la cual el ECOSOC ordenó la creación de la Comisión Económica para América Latina.

Siempre al último y a regañadientes, Estados Unidos habría aceptado la existencia de la CEPAL a condición de ser miembro activo de la Comisión, de asegurarse que no se ocuparía de asuntos hemisféricos (feudo de la OEA) sino globales y de imponer un periodo de prueba de tres años a la naciente institución.

Con sede en Santiago de Chile, la Secretaría Ejecutiva de la CEPAL quedó en manos del mexicano Gustavo Martínez Cabañas, quien en 1950 fue remplazado por Raúl Prebisch, arquitecto indiscutible del rumbo de la institución durante más de una década, quien empezó a llamar la atención desde su posición de “asesor externo” de la agencia. Y es que ya desde 1949, durante la segunda sesión de la CEPAL realizada en La Habana, Prebisch presentó un documento que la valió, meses después, la Secretaría Ejecutiva y que años más tarde sería conocido como *La Biblia* o —en la frase de Albert Hirschman— *el manifiesto* de la CEPAL. A decir de Hodara, en *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (el manuscrito presentado por Prebisch en aquella reunión), “se eslabonan los temas de la ‘tesis Prebisch’: el deterioro de la relación de precios del intercambio, la asimetría entre ‘centro’ y ‘periferia’, la menoscaba elasticidad de la demanda de bienes primarios, la perentoria industrialización sustitutiva y otros.”¹⁵²

Al año siguiente, Prebisch presentó el *Estudio económico de 1949 de América Latina* —le había sido encargado por la Secretaría Ejecutiva— que venía a completar el soporte teórico de los primeros años de la organización. A partir de estos documentos y de un intenso despliegue político-diplomático, la CEPAL de Prebisch estaba por superar el periodo de prueba que le habían señalado. Y no sólo eso: estaba dotando de algunos rasgos definitivos en el rumbo de la agencia.

Los primeros años

A diferencia del resto de las agencias regionales análogas creadas por la ONU, desde su origen y a lo largo de su primer trienio condicionado, la CEPAL manifestó algunas características que le dotarían de un perfil propio y que muy pronto la señalaban como una organización novedosa en más de un sentido. A mi juicio, las particularidades que la distinguen pueden condensarse en:

¹⁵² Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987, p. 29.

- 1) *La autonomía que alcanzó en muy poco tiempo, sobre todo por la calidad de su trabajo teórico.* Desde su nacimiento, la CEPAL había estado obligada a justificar su existencia, a ganarse un lugar dentro de América Latina y en la ONU. Su competencia inmediata era, en Naciones Unidas, las otras comisiones económicas de Europa y Asia/el lejano Oriente — también de reciente creación—;¹⁵³ en el continente se enfrentaba a la ejemplar oposición estadounidense y a una mediana OEA, acorralada por Estados Unidos en plena neurosis macarthista. En apenas dos años, la CEPAL produjo sendos documentos, críticos y originales, que le procuraron el reconocimiento de propios y extraños, lo cual Prebisch supo traducir en autonomía institucional.¹⁵⁴ En esa dirección apunta la interpretación de aquellos años por parte de Blomström y Hettne: “En oposición con la mayor parte de las otras agencias regionales de las Naciones Unidas, la CEPAL pronto desarrolló sus propios puntos de vista sobre los problemas de subdesarrollo y del desarrollo. Esta hazaña debe ser acreditada, en realidad, a Raúl Prebisch, quien llegó a ser cabeza de la CEPAL desde 1950.”¹⁵⁵ Desde luego, la autonomía alcanzada por la agencia en aquellos primeros años resultaba más bien *relativa*, no podía ser de otra forma en un contexto bipolar en el que el gobierno estadounidense había “prohibido” prácticamente en la región incluir, por ejemplo, la palabra “planeación” en documentos de política económica debido a su eufonía comunista.
- 2) *La originalidad de las tesis cepalinas.* Acaso uno de los temas más nutridos por el entusiasmo para criticar las aportaciones o disculpar las omisiones de la obra cepalina. La discusión sobre la “originalidad” de las principales tesis de la CEPAL habría que colocarla más allá del terreno pantanoso de la novedad y los descubrimientos empíricos y teóricos de Prebisch y su equipo. Como lo veo, parte de la originalidad cepalina radica no en descubrir sino en presentar un *corpus* teórico acerca del desarrollo económico a partir de un conjunto de ideas que si bien fueron exploradas con anterioridad, no habían tomado la forma que les dio la CEPAL ni habían sido propuestas y defendidas como una estrategia de políticas públicas para

¹⁵³ Ambas fueron creadas por decisión de la Asamblea General de la ONU el 2 de febrero de 1946; iniciaron sesiones al año siguiente. Véase Edmund Jan Osmańczyk, *Enciclopedia mundial de Relaciones Internacionales y Naciones Unidas*, México, FCE, 1976, pp. 247-248.

¹⁵⁴ Si bien el gobierno estadounidense aceptó la permanencia de la agencia, no desistió de su pertinaz hostigamiento: en febrero de 1953, por ejemplo, intentó recortar el presupuesto anual de la CEPAL que apenas llegaba a 800 mil dólares; tres años más tarde, durante la Conferencia de Quitandinha, Prebisch y la CEPAL fueron acusados de “comunistas” por el secretario del Tesoro.

¹⁵⁵ Blomström y Hettne, *La teoría del desarrollo...*, *op. cit.*, p. 59.

el desarrollo latinoamericano. Me explico. El origen, autoría y procedencia de algunas de las ideas retomadas por la agencia ha sido un expediente abierto durante varias décadas. Joseph Hodara, por ejemplo, destaca la crítica a la teoría ricardina del comercio internacional que Françoise Perroux formuló —desde principios de los cuarenta—, en la cual ya advertía acerca del comportamiento de los “términos del comercio” en favor de los “países dominantes” (*key countries*);¹⁵⁶ Francisco Zapata, por su parte, ha llamado la atención sobre la obra del economista chileno-alemán Ernest Wageman, en particular *Estructura y ritmo de la economía mundial* (1933), en donde se plantea por primera vez la noción de “periferia” para describir el lugar que ocupan ciertas naciones en la economía mundial.¹⁵⁷ Incluso, recientemente Theotônio Dos Santos ha recordado que la sustitución de importaciones empezó a ser teorizada desde los treinta por el economista brasileño Roberto Sismondi.¹⁵⁸ Lo dicho, la originalidad de la CEPAL no se localiza en sus “descubrimientos” sino en la sistematización y desarrollo de una serie de tesis —algunas apenas esbozadas—, en la articulación de un *corpus* teórico que respondía a problemas estructurales y contingentes de la región, en la identificación de problemas comunes de las economías latinoamericanas, en la formulación de una crítica a algunas teorías dominantes, en ofrecer un marco diferente de debate y teorización al problema del subdesarrollo en América Latina... “La temática del desarrollo —concluye Dos Santos—, tal como se presenta en las décadas de 1950 y 1960, bajo la influencia del pensamiento cepalino, se aparta del debate entre civilización y barbarie, entre progreso y atraso, para producir un debate más consistente en términos de desarrollo y subdesarrollo, entre una estructura industrial moderna, con todas sus consecuencias sociales y políticas, en oposición a una estructura agraria o minera, que debería ser progresivamente sustituida”.¹⁵⁹

- 3) *El tipo de organización que consolidaron en la CEPAL.* Uno de los rasgos de la incipiente ONU fue su complejidad burocrática: sus protocolos, sus jerarquías, su manía por el registro pormenorizado de foros y conferencias y demás problemas derivados de la aplicación de sistemas transnacionales en diferentes latitudes. En ese contexto de creciente burocratización,

¹⁵⁶ Hodara, *op. cit.*, pp. 95-96.

¹⁵⁷ Francisco Zapata Schaffeld, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1997 (colección: *Jornadas* 115), p. 146.

¹⁵⁸ Dos Santos, *op. cit.*, p. 68.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 73.

la CEPAL constituiría una rara excepción. “Prebisch y la CEPAL —sostiene Hodara— se distanciaron, en el arranque de la organización, de este modelo burocrático sin lesionar el respeto ceremonioso a las normas vigentes. [...] De este modo, Prebisch y su comisión se convirtieron en una ínsula carismática dentro de un nuevo marco francamente burocrático, que difería de otras comisiones, como la europea, dirigida, con otro estilo, por Gunnar Myrdal. Este carácter explica la fecundidad intelectual de la organización, el sentido de ‘apostolado’ que movió sus primeros miembros...”¹⁶⁰ Un tipo de organización institucional que repercutió favorablemente en el trabajo intelectual de la agencia, y que tenía su cimiento en el liderazgo de Raúl Prebisch, que por lo demás determinó la relación con el grupo de trabajo. Según Hodara, Prebisch y sus colaboradores habrían formado una “secta sociológica, es decir, un grupo primario, con nexos personales intensos, animado por una devota ‘misión’ que justificaba empeños entusiastas y casi excluyentes”.¹⁶¹

Además de la poca burocratización de la agencia, de la estrecha relación entre los miembros del núcleo cepalino y del indiscutible liderazgo de Prebisch, el trabajo de la CEPAL se distinguió por su riguroso soporte estadístico —inédito en aquellos años, en los cuales prevalecía la ausencia de información confiable sobre la región—, que al cabo de algunos años se convirtió en un banco de datos consistente, un referente canónico, sobre los principales indicadores económicos de los países latinoamericanos.

Las tesis

Si algo ha sido documentado y debatido, incluso demasiado, sobre la CEPAL, eso es su contribución teórica. Como en tantos otros temas relacionados con la Comisión, en este también prevalecen múltiples y, en ocasiones, contradictorias interpretaciones. Sin ser exhaustivo y sin ánimo de empobrecer —ni lo uno ni lo otro forma parte de los objetivos de este parágrafo—, el *corpus* teórico cepalino podía concentrarse en las siguientes tesis:

1. La noción centro-periferia como modelo estructural de la economía mundial

Se trata de la pieza central en el aparato teórico cepalino, cuyos antecedentes se localizan en la obra temprana de Prebisch (durante sus años al frente del Banco Central argentino, 1935-1943).

¹⁶⁰ Hodara, *op. cit.*, pp. 31-32.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 31.

Bajo esta perspectiva se concibe a la economía como una sola —es decir, se introduce una visión holística—, dentro de la cual prevalecen dos polos: el centro y la periferia, estructura que determina las ganancias y pérdidas de los procesos productivos, técnicos, comerciales y financieros internacionales. En otras palabras, la formación histórica centro-periferia señala la diferencia entre el desarrollo y el subdesarrollo. El *quid* se encuentra en que históricamente las economías centrales, por un lado, dispusieron de condiciones propicias para la acumulación de capital —en virtud de la explotación de buena parte del mundo no occidental— y, por el otro, han concentrado el progreso técnico, lo cual permitió la industrialización temprana de esas economías, que desde entonces ha favorecido la productividad y diversificación de esas naciones en la medida en que les ha permitido generar productos cada vez más elaborados —con mayor valor agregado. En contraste con las economías periféricas donde “el progreso técnico —según la expresión de Prebisch— sólo prende en exiguos sectores de su ingente población, pues generalmente no penetra sino allí donde se hace necesario para producir alimentos y materias primas a bajo costo, con destino a los grandes centros industriales.”¹⁶² De lo anterior se sigue la baja productividad de las economías periféricas, su especialización en productos primarios —de bajo precio—, su poca tecnificación y, en consecuencia, su desembocadura en el subdesarrollo.

Por si fuera poco, otra desigualdad derivada de esta estructura es la que se expresa en las enormes diferencias entre los salarios de las economías centrales y periféricas. Para Prebisch: “La mayor capacidad de las masas, en los centros cíclicos, para conseguir aumentos de salarios en la creciente y defender su nivel en la menguante, y la aptitud de esos centros, por el papel que desempeñan en el proceso productivo para desplazar la presión cíclica hacia la periferia, obligando a comprimir sus ingresos más intensamente que en los centros, explican por qué los ingresos en éstos tienden persistentemente a subir con más fuerza que en los países de la periferia, según se patentiza en la experiencia de la América Latina”.¹⁶³

2. La crítica a la teoría clásica del comercio internacional

El análisis de los términos de intercambio proporcionó la evidencia para sostener la crítica cepalina a la teoría ricardiana de las ventajas comparativas en el comercio internacional. La

¹⁶² Raúl Prebisch, “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas”, *Boletín Económico de América Latina*, núm. 1, 1949, citado en Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1989, p. 26.

¹⁶³ Prebisch, *op. cit.*, citado en Adolfo Gurreri, *La obra de Prebisch en la CEPAL*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 46), 1986, p. 123.

argumentación era contundente: al revisar la relación entre los productos primarios (propios de las economías periféricas) y aquellos “artículos finales de industria” (producidos en los países centrales) resultaba evidente un deterioro en los precios de las mercancías producidas en la periferia. En otras palabras, las de Prebisch: “desde los años setenta del siglo pasado [se refería al XIX], hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, la relación de precios se ha movido constantemente en contra de la producción primaria. [...] En los años treinta [del siglo XX] sólo podía comprarse el 63% de los productos finales de la industria que se compraban en los años sesenta del siglo pasado [por decir el XIX], con la misma cantidad de productos primarios; o sea que se necesitaba en término medio 58.6% más de productos primarios para comprar la misma cantidad de artículos finales de industria. La relación de precios se ha movido, pues, en forma a periferia adversa a la periferia.”¹⁶⁴ El círculo perverso del subdesarrollo parecía más claro: el atraso tecnológico y la insuficiente formación de capital condenaban a las economías periféricas a la exportación de productos primarios, justo el sector que cargaba con el deterioro de los precios de intercambio.

3. *La industrialización acelerada a través de la sustitución de importaciones*

La receta para superar las desigualdades estructurales resultaba obvia. Para empezar, las economías latinoamericanas debían acelerar su proceso de industrialización, que habían iniciado —en algunos casos, como Argentina y México— durante la Segunda Guerra Mundial, a efecto de elevar la productividad y generar productos industriales de mayor costo en el mercado internacional. Al mismo tiempo, si los términos de intercambio no favorecían a los productores primarios, entonces había que sustituir las importaciones, a partir del apuntalamiento del mercado interno, e intensificar las exportaciones de productos industriales, ya que “cuanto mayores sean las exportaciones de la América latina, tanto más intenso podrá ser el ritmo de su desarrollo económico.”¹⁶⁵ En el fondo, el sector industrial aparecía como eje estratégico para el desarrollo económico. Osvaldo Sunkel, quien se incorporó a la Comisión en 1952, refiere que “ese sector [el industrial] debía convertirse en el motor del desarrollo mediante la introducción del avance tecnológico y los aumentos de productividad, la modernización de las relaciones de trabajo y el desarrollo empresarial tanto público como privado, a la vez que se esperaba que constituyera la

¹⁶⁴ *Ibidem*, p. 114.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 140.

fuerza de absorción de la mano de obra que venía siendo desplazada del sector rural y un elemento que contribuiría a la superación de la pobreza y las desigualdades sociales.”¹⁶⁶

De forma implícita, esta estrategia requería de la participación del Estado como agente promotor de la industrialización y la formación de capital, regulador del mercado y la economía en su conjunto, que además de propiciar la industrialización pudiera sacar adelante la reforma agraria, ineludible para la elevación de la productividad, en suma, un Estado cercano al populista que aún prevalecía por aquellos años en algunos países de la región.

4. La teoría de la inflación

Más que a Prebisch, la aportación cepalina del análisis de la inflación se debe a los trabajos de Juan Loyola, Celso Furtado y Dudley Seers. Para estos autores, la estructura centro-periferia también determina la inflación, que opera en contra de la periferia. De acuerdo con la explicación de Juan Loyola, “La inflación no es un fenómeno monetario; es el resultado de desequilibrios de carácter real que se manifiestan en forma de aumentos del nivel general de precios. Este carácter real del proceso inflacionario es mucho más perceptible en los países subdesarrollados que en los países industriales.”¹⁶⁷ Loyola identifica dos causas de la inflación: a) presiones inflacionarias básicas, que “se originan casi siempre en dos sectores: el comercio exterior y la agricultura”; y b) los mecanismos de propagación, “que pueden ser muy variados, pero normalmente se pueden agrupar en tres categorías: el mecanismo fiscal (en el cual hay que incluir el sistema de previsión social y sistema cambiario), el mecanismo de reajuste de precios y el de ingresos.”¹⁶⁸ En el fondo, la tesis que sostiene la teoría estructural de la inflación parte del supuesto de que en la periferia los desequilibrios son estructurales y contingentes, lo cual constituye un campo fértil para la inflación.¹⁶⁹

¹⁶⁶ Osvaldo Sunkel, “La labor de la CEPAL en sus primeros dos decenios”, en Comisión Económica para América Latina y el Caribe, *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*, Chile, ONU/CEPAL, 2000, p. 36.

¹⁶⁷ Juan Loyola, “El desarrollo económico y la inflación en México y otros países latinoamericanos”, citado en Carlos Mallorquín, *Ideas e historia en torno al pensamiento económico latinoamericano*, México, Plaza & Valdés, 1988, p. 41.

¹⁶⁸ *Ibidem*.

¹⁶⁹ Véase Esthela Gutiérrez Garza, “Economía, teoría e historia: la CEPAL y los estilos de desarrollo”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 2ª ed., 1999, tomo II, pp. 124-126.

5. La integración latinoamericana

Pese a no ser una de sus primeras formulaciones, Prebisch y la CEPAL promovieron la idea de la integración regional. Si ya durante su primer trienio a la Comisión le había sido encargado el análisis sobre este tema, no fue sino hasta cerca de mediados de la década de los cincuenta cuando el proyecto tomó fuerza, aunque con resultados modestos. En la medida en que avanzaba la industrialización de las economías latinoamericanas, los teóricos cepalinos empezaron a insistir en la necesidad de impulsar la cooperación regional. Por lo demás, la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, antecedente de la Comunidad Europea, generó un clima favorable entre algunas naciones latinoamericanas. Paradójico, pero una de las principales trabas provenía precisamente de la industrialización nacional recomendada por la CEPAL: como ya se ha dicho, este proceso se sostenía en la sustitución de importaciones (que supone la aplicación de ciertas medidas proteccionistas), lo cual dificultaba los acuerdos interregionales; por lo demás, las evidentes desigualdades entre algunas economías latinoamericanas (entre México y Centroamérica) planteaban diversas complicaciones.

Con todo, en la década de los cincuenta el proyecto de integración latinoamericana arrojó resultados alentadores, entre otros, Rosemary Thorp refiere que “debemos tener en cuenta la formación del Mercado Común Centroamericano (MCCA), que se remonta a 1951, con la creación por parte de la CEPAL del Comité de Cooperación Económica del Istmo Centroamericano, que estableció el Tratado Multilateral de Libre Comercio e Integración económica Centroamericana, firmado en 1958. El apoyo y análisis de la CEPAL fue importante a su vez para la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y el Pacto Andino. Para mediados de los años cincuenta, se establece formulando otras propuestas a nivel regional, en especial la creación de un banco de desarrollo regional.”¹⁷⁰ En todo caso, el éxito de la integración nunca estuvo por completo en las manos de la CEPAL; dependía de los gobiernos latinoamericanos, entre quienes por cierto no siempre prevalecía un espíritu de cooperación regional, por decirlo así.

Estas son las tesis que, a mi juicio, integran el *corpus* teórico cepalino que avivó esperanzas y despertó sospechas. Desde luego, aún no está dicha la última palabra sobre el tema. Con el

¹⁷⁰ Rosemary Thorp, “El papel de la CEPAL en el desarrollo de América Latina en los años cincuenta y sesenta”, en *La CEPAL en sus... op. cit.*, pp. 25-26.

tiempo, se han construido varias y muy diversas versiones acerca de la contribución teórica de la CEPAL. Como botón de muestra, en el siguiente cuadro he incluido sólo algunas de las más conocidas.

Cuadro 1. Interpretaciones acerca de la contribución teórica de la CEPAL

Octavio Rodríguez ¹⁷¹	<ul style="list-style-type: none"> 1. Contribuciones teóricas fundamentales 2. Otros aportes teóricos 	<ul style="list-style-type: none"> a) La concepción centro-periferia b) La teoría del deterioro de los términos de intercambio (versión contable) c) La teoría del deterioro de los términos de intercambio (versión ciclos) d) La interpretación del proceso de industrialización e) La teoría del deterioro de los términos de intercambio (versión industrialización) a) La teoría de la inflación b) El análisis de los obstáculos estructurales al desarrollo
P. W. Preston ¹⁷²	<ul style="list-style-type: none"> 1. El análisis de las relaciones económicas en términos de centro y periferia, que reemplazó al de actores iguales en el mercado 2. La industrialización como estrategia para salir de la periferia 3. El análisis de las consecuencias sociales y culturales de la dependencia 	
Osvaldo Sunkel ¹⁷³	<ul style="list-style-type: none"> 1. El enfoque centro-periferia 2. El rol estratégico del Estado 3. Visión estructural, historia y de largo plazo 4. Crítica y alejamiento de los enfoques económicos neoclásicos 	
Joseph Hodara ¹⁷⁴	<ul style="list-style-type: none"> 1. La industrialización como estrategia de desarrollo 2. Crítica a la teoría del comercio internacional 3. La tecnología como factor determinante en el proceso industrial 4. La acumulación de capital en el proceso de desarrollo 5. La integración regional como complemento de la industrialización 6. La participación del Estado en la conducción económica para el desarrollo 	
Rosemary Thorp ¹⁷⁵	<ul style="list-style-type: none"> 1. Desarrollo de una identidad regional 2. Establecimiento de sistemas de análisis e información 3. Crítica no marxista de los mecanismos de mercado y sus resultados 	

¹⁷¹ Rodríguez, *op. cit.*, pp. 2-3.¹⁷² Preston, *op. cit.*, pp. 224-225.¹⁷³ Sunkel, *ibid.*, pp. 37-39.¹⁷⁴ Hodara, *ibidem*, pp. 130-167.¹⁷⁵ Thorp, *ibidem*.

Las críticas

Además de las resistencias políticas y del periodo de prueba, la CEPAL debió hacer frente a las críticas teóricas que despertaron las llamadas “tesis Prebisch”.¹⁷⁶ Una de las primeras reacciones provino de dos de los centros teóricos más influyentes, Harvard y la Universidad de Chicago. Fue el profesor Gottfried Harberler el primero en pronunciarse contra la tesis de Prebisch que sostenía la desigualdad en el comercio internacional, a través del muy conocido esquema del deterioro de los términos de intercambio. Harberler negaba que existiera “ley alguna que les permitiera [a los economistas cepalinos] predecir las tendencias de los precios a favor o en contra de los productores de materias primas.”¹⁷⁷ En el fondo, la estrategia argumentativa de Harberler no se interesaba por refutar el futuro “anticipado” que atribuía dolosamente a los cepalinos, sino por negar la evidencia histórica que sostenía la tesis de Prebisch.

Antes de abandonar el debate, Harberler introdujo un nuevo eje en su crítica: llamó la atención sobre el impacto de los ciclos económicos en la relación comercial entre los países exportadores de materias primas y los manufactureros; además de señalar —no sin artimañas— que incluso cuando los términos de intercambio juegan contra los productores primarios, esas economías han registrado crecimiento económico, argumento que ocultaba que en momentos de expansión económica internacional si bien las economías primarias crecen, ello no significa que su condición dentro del sistema económico internacional cambie sensiblemente, tampoco la calidad de vida de sus habitantes.

Menos afortunada aún fue la crítica de un destacado representante de la influyente Escuela de Chicago, Jacob Viner, quien con más desprecio que inteligencia sostenía lo siguiente respecto a la teoría cepalina:

All that I find in Prebisch's studies and the other literature along similar lines emanating from the United Nations and elsewhere is the dogmatic identification of agriculture with poverty, and the explanation of agriculture poverty by inherent natural historical laws by virtue of which agricultural products tend to exchange on over-deteriorating terms for manufactures, technological progress tends to confine its blessings to manufacturing industries, and agricultural populations do not get the benefit of technological progress in manufactures even as purchasers, because the

¹⁷⁶ Conocidas también como tesis Prebisch-Singer, debido a que en 1948 el economista Hans W. Singer planteaba también —en un estudio para las Naciones Unidas— el deterioro de los términos de intercambio. Véase Jaime Estay Reino, “La concepción inicial de Raúl Prebisch y sus transformaciones”, en Marini y Millán, *op. cit.*, pp. 28-29.

¹⁷⁷ Gottfried Harberler, “Los términos de intercambio y el desarrollo económico”, en H. S. Ellis, *El desarrollo económico y América Latina*, México, FCE, 1957, p. 349.

prices of manufactured products do not fall with the decline in their real costs. [...] This is neither more nor less than mistaking a simple conjuncture for non-existent tendential laws.¹⁷⁸

Tras la descalificación de las tesis cepalinas, Viner tropezó con las tautologías: sostenía que el problema “real” de América Latina no era ni la industrialización ni la producción primaria, sino “la pobreza y el atraso”, es decir, que el atraso y la pobreza —que según la CEPAL tendrían su explicación en la baja productividad derivada de la falta de industrialización e incorporación de tecnología a los procesos productivos— serían provocadas por sí mismas. El propio Prebisch da cuenta de este episodio:

Después de aparecer uno de nuestros primeros informes, acertó a pasar por aquí uno de los más ilustrados profesores en materia de comercio internacional. Formado en la más pura tradición clásica, sometido por largos decenios a los ejercicios de la lógica ricardiana, no bastaron breves semanas en Brasil para seducirle con el espectáculo de una industrialización que apenas comienza, si se toma como punto de mira las posibilidades cósmicas de este país. Ha condenado la industrialización latinoamericana, arrastrándonos en su execración a los economistas de CEPAL que la preconizamos. Ha impugnado también toda forma de control deliberado del crecimiento y de la orientación del comercio exterior. Pero por lo menos nos ha dejado una fórmula única y positiva de desarrollo económico: dedicarse a la agricultura y controlar la natalidad.¹⁷⁹

Algunas décadas después, y muy alejado de las meras reacciones de los economistas neoclásicos, Octavio Rodríguez emprendió un análisis crítico de “la teoría del subdesarrollo de la CEPAL”, en la que arriba a una interesante conclusión: “si bien el pensamiento de la CEPAL altera significativamente los supuestos de la economía convencional, brindando una interpretación *sui generis* del subdesarrollo, no supera los marcos de dicha economía, a los cuales en definitiva se circunscribe.”¹⁸⁰ Si bien se ve, la observación de Rodríguez parece transitar por caminos conocidos hace ya algunas décadas, pues señala precisamente el campo en el que se desplegó la crítica dependientista de las tesis cepalinas: las limitaciones teóricas del desarrollismo, tema al que dedico buena parte del segundo capítulo.

Para los dependientistas, Prebisch no pudo eludir el espejismo desarrollista, la idea del progreso como un *continuum*, que lo llevó a algunas conclusiones poco afortunadas: “el desarrollo económico de los países periféricos es una etapa más en el proceso de desarrollo

¹⁷⁸ Jacob Viner, *International Trade and Economic Development*, New York, Free Press, 1952, p. 44; la versión en español proviene de la serie de conferencias que el profesor Viner pronunció en la Fundación Getulio Vargas, en Brasil, durante julio y agosto de 1950, y que serían publicadas un año más tarde en la *Revista Brasileira de Economia*.

¹⁷⁹ Raúl Prebisch, “A mística do equilíbrio espontâneo da economia”, citado en Octavio Rodríguez, “fundamentos del estructuralismo latinoamericano”, *Comercio exterior*, México, febrero 2001, p. 101.

¹⁸⁰ Rodríguez, *op. cit.*, p. 12.

orgánico de la economía del mundo.”¹⁸¹ A partir de estas críticas, recuperadas por Rodríguez, comenzaba a escribirse la contribución dependientista en el análisis del subdesarrollo.

La herencia cepalina

En 1963 Raúl Prebisch asumió la conducción de los trabajos para crear la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, por sus siglas en inglés). Ello significó el fin de la etapa más fértil de la CEPAL, periodo que coincidió con el cese del acoso del gobierno estadounidense, en manos de John F. Kennedy, quien recuperó parte de la obra cepalina en la Alianza para el Progreso.

A la distancia, resulta evidente que se trataba de una época de tránsito en la discusión teórica en América Latina: se cerraba la etapa cepalina y despuntaba la crítica dependientista del desarrollo.

Como he adelantado en varias partes de este inciso, la CEPAL significó un magnífico esfuerzo colectivo e institucional de reflexionar desde la condición marginal de Latinoamérica sobre la economía internacional y el subdesarrollo de la región. Acertadas o no, las tesis cepalinas y su puesta en práctica irrumpieron en un ambiente político e intelectual dominado por los centros hegemónicos. Con todo y sus limitaciones, inauguraron una etapa de intensa producción teórica, de debate, de crítica, que acompañaba movilizaciones políticas y respondía a algunas de las expectativas de la sociedad latinoamericana. De allí su valía, de allí su trascendencia.

6. GERMANI: LA MODERNIZACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Última parada de este itinerario —teórico e histórico— por los recovecos del desarrollo. Arribamos, pues, a una estación obligada en la discusión sobre América Latina: el paradigma de la modernización.

Herederas de algunas corrientes sociológicas (de corte evolucionista) de finales del siglo XIX, la idea de la modernización de las sociedades se abrió paso en el debate de los cincuenta sobre el desarrollo y subdesarrollo en Latinoamérica.

Para decirlo pronto, el paradigma de la modernización planteaba el tema bajo una fórmula binaria: tradición-modernidad. La modernización se presentaba como la llave que abría las

¹⁸¹ Prebisch, *La economía mundial y el imperialismo*, Buenos Aires, Cuadernos del Pasado y del Presente, citado en Ruy Mauro Marini, “La crisis del desarrollismo”, en Marini y Millán, *op. cit.*, p. 142.

puertas del desarrollo. Modernizarse suponía dejar atrás estructuras tradicionales y emprender el camino hacia el desarrollo económico, la modernidad política, social y cultural. Según la definición de Samuel y Arturo Valenzuela: “la columna principal de la perspectiva de la modernización es la estructuración de tipos ideales paralelos de la organización social y los sistemas de valores en los dos extremos opuestos del proceso evolutivo. El empleo de la dicotomía ‘tradicición-modernidad’ implica la presencia de un cambio cualitativo a medida que las sociedades avanzan desde un extremo del continuo hacia el otro, aunque nunca se está claro el punto exacto en que las sociedades se vuelven modernas. Los países del Tercer Mundo, incluidos los de América Latina, se perciben situados detrás del umbral de la modernidad, con un predominio de las características tradicionales”.¹⁸²

En cualquier caso, había que andar sobre las huellas de “Occidente” en su camino hacia el desarrollo. La historia aparecía como una línea recta que podíamos abreviar a partir de acelerar el tránsito a través de una serie de etapas que desembocaban —se colegía, se esperaba— en el mundo desarrollado. Se trataba de asumir a “Occidente” (por decir el Primer Mundo) como modelo y rasero para saber qué tan cerca o lejos estábamos del desarrollo: “aunque deben reconocerse [escribía con todo ‘rigor científico’ y sin el menor rubor el historiador Cyril Black] los problemas derivados de las generalizaciones que se hacen a partir de una base más bien estrecha (los países ahora modernos), la definición de modernidad asume la forma de un conjunto de características que se creen aplicables a todas las sociedades. *Esta concepción de la modernidad, considerada como un modelo o un tipo ideal, puede usarse como norma para la medición de cualquier sociedad*”.¹⁸³ [Sin cursivas en el original]

No tardaron en multiplicarse los estudios y análisis (desde distintas disciplinas) que recurrían a la comparación entre América Latina y Estados Unidos o algunos países de Europa a efecto de deducir la distancia entre ambos polos. El esquema era casi siempre el mismo: la polaridad básica tradición-modernidad a partir de la cual se trataba de explicar la relación entre subdesarrollo y desarrollo, entre el centro y la periferia... La receta se repetía: América Latina debía de modernizarse, es decir, asumir los sistemas de valores, las costumbres, las formas de organización social, laboral y política, las fórmulas de crecimiento de los países desarrollados

¹⁸² J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela, “Modernización y dependencia: perspectivas alternas en el estudio del subdesarrollo latinoamericano”, en José J. Villamil (comp.), *Capitalismo transnacional y desarrollo nacional*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 37), 1981, p. 47.

¹⁸³ Cyril Black, *The dynamics of modernization*, New York, Harper & Row, 1966, p. 54.

como propias. En buena medida no fue otra la idea que sostenía la malograda Alianza para el Progreso durante los sesenta.

Pronto, las obras de Martin Lipset, Bert Hoselitz, Gabriel Almond, Kalman Silvert, Cyril Black..., se convirtieron en referente canónico sobre la modernización de América Latina. Mientras tanto, del otro lado del hemisferio empezaban a cobrar relevancia las tesis —más o menos en la misma sintonía— de un teórico de origen italiano educado en Argentina, Gino Germani, interesado en el estudio de la transición de las sociedades latinoamericanas (el salto histórico de la tradición a la modernidad).

Junto a la de otros, la obra de Germani permitió plantear el tema del subdesarrollo de América Latina bajo esta clave teórica (de la modernización) e introdujo metodologías y técnicas de investigación empírica poco conocidas en la región. Del análisis de su obra, sus alcances y limitaciones, me ocupo en este último inciso del primer capítulo.

El análisis de la transición

Debemos a Joseph Kahl una de las ideas que ha predominado sobre Germani y su obra: “se ha pasado toda su vida oponiéndose —escribe Kahl— a lo que él [Germani] llama *irracionalismo*.”¹⁸⁴ No muy diferente ha sido la interpretación más reciente de Marcos Roitman, quien sostiene que “para Germani el proceso de Modernización y racionalidad es una forma de oponerse y atacar radicalmente al irracionalismo político, identificado con el régimen fascista de Mussolini, el nazismo de Hitler y el sistema político de la Unión Soviética de José Stalin.”¹⁸⁵ Por ahora, no me interesa discutir tal afirmación. Lo que pretendo es determinar los ejes teóricos de las tesis de Germani que se relacionan con la modernización de América Latina.

Como lo veo, una de las claves para entender la obra de Germani es el *estudio de la transición histórica de las sociedades*.

Nuestra época [escribe en uno de sus libros más leídos] es esencialmente una época de transición. Si, por un lado, el cambio es un aspecto normal de la sociedad en todo momento, de manera que, en cierto sentido, siempre hubo transición, por el otro solamente el mundo moderno está asistiendo a la emergencia de un tipo de sociedad radicalmente distinto de todos aquellos que lo precedieron, de todas las formas históricas anteriores y a un ritmo de transformación cuya rapidez ya no se mide —como en el pasado— por siglos, sino por años, y es tal que los hombres deben vivirlo dramáticamente y ajustarse a él como a un proceso habitual. Este cambio tiene otras

¹⁸⁴ Joseph Kahl, *Tres sociólogos latinoamericanos. Germani, González Casanova, Cardoso*, México, UNAM, 1986, p. 49.

¹⁸⁵ Marcos Roitman, *Pensamiento sociológico y realidad nacional en América Latina*, México, IEESA, 2002, p. 41.

características inusitadas en la historia de la especie: abarca todas las regiones del planeta y a todos los grupos sociales, a todos los individuos.¹⁸⁶

Visto así, las sociedades se definían por el cambio permanente, que frecuentemente era experimentado —a decir de Germani— como un estado de crisis en donde convivían elementos contradictorios y paradójicos, derivados de la presencia simultánea de estructuras tradicionales y modernas. En sus palabras: “Lo típico de la transición, la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas, imprime un carácter particularmente conflicto al proceso que es inevitablemente vivido como *crisis*, pues implica una continua ruptura con el pasado, un desgarramiento que no sólo tiende a dividir a personas y grupos, sino que penetra en la conciencia individual, en la que también llegan a coexistir actitudes e ideas, valores, pertenecientes a diferentes etapas de la transición.”¹⁸⁷

Parte sustantiva de la obra de Germani es, entonces, su interés en el análisis y sistematización del *cambio social* —en varias dimensiones: institucional, social y psicológico. Punto de partida y de llegada: Germani ha observado a la sociedad y ha concluido que el cambio (cada vez más veloz) es la constante. A diferencia de algunos filósofos, la conclusión de Germani no es resultado de una abstracción acerca del “motor de la historia” o de sus “fines” —justamente ese es un vacío ostensible de su teoría, un flanco vulnerable explotado por sus críticos— sino del registro sistemático de algunos datos empíricos.

Vamos por partes. El modelo de análisis del “mundo social” que Germani construye presenta tres niveles: “Una dimensión de la *cultura*, como el conjunto de las normas, valores, conocimientos y objetos materiales creados y transmitidos por el hombre; una dimensión de la *sociedad* considerada como elemento humano, personal, que es portador de cultura y que está constituido por individuos socializados y grupos sociales en sus múltiples interacciones; su volumen y estructura y por fin una dimensión *motivacional* o de la personalidad en el que adquieren realidad psicológica los contenidos de la cultura.”¹⁸⁸

Este modelo expresa una de las principales preocupaciones metodológicas de Germani: ¿cómo integrar datos empíricos en un modelo científico? La respuesta está en la denominada “sociología científica”. Influído por *Sociología: teoría y técnica*, de José Medina Echavarría —

¹⁸⁶ Gino Germani, *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, 4ª ed., Buenos Aires, Paidós, 1979 [la primera edición se publicó en 1963], p. 89.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 90.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. 20.

sociólogo español emigrado a América, que se incorporó a la CEPAL—¹⁸⁹ y algunos sociólogos estadounidenses (Parsons, Merton, Radcliffe-Brown...), Germani recurre a la sociología cuantitativa y, en menor medida, al individualismo metodológico, en busca de herramientas para la recolección de datos empíricos; lo cual lo conduce a elaborar indicadores y variables del cambio social: población (tasas de natalidad y mortandad), urbanización (concentración urbana), empleo (sector y ramas de la producción que concentraban el mayor y menor número de trabajadores), movilidad política (militancia en sindicatos y partidos), valores y patrones de comportamiento (credos, formas de socialización, normas, roles), etcétera.

Recapitulando, Germani está convencido de la tenacidad del *cambio social* en el mundo. Ha reunido suficientes *pruebas*: “En 1800 apenas el 2.4% de la población mundial vivía en ciudades de 20, 000 o más habitantes; todo el resto vivía en el campo y estaba dedicado a tareas agrícolas. [...] Pero ahora ya no existe ningún rincón del planeta que permanezca aislado [del cambio]. Sí por un lado, más de un 20% de los habitantes vive en ciudades de ese tamaño, y más de 40% trabaja en tareas no agrícolas, por el otro, los medios de comunicación y la facilidad y frecuencia de contactos han destruido de manera completa todas las barreras, y las zonas rurales se hallan igualmente afectadas por el proceso global.”¹⁹⁰

Estas evidencias, que señalan altibajos y contrastes, le muestran a Germani uno de los rasgos esenciales del cambio: “su carácter asincrónico”, es decir, “que las modificaciones en el mundo sociocultural suelen producirse con diferente velocidad (y a veces dirección) en los distintos sectores, partes (u otra distinción entera) de la sociedad. Es lo que origina la noción, bien conocida de *retraso* cultural.”¹⁹¹ A través de este modelo asincrónico del proceso de transición, Germani explica la dinámica subdesarrollo-desarrollo económico. En otras palabras, el desarrollo económico puede verse como un proceso de cambio en el que, por un lado, la asincronía se expresa a través de la coexistencia de países atrasados y países modernos (subdesarrollados y desarrollados, países centrales y países periféricos) y, por el otro, exhibe los extremos —el principio y el fin— de este cambio: la tradición y la modernidad.

La historia aparece como el relato de un periodo de transición de muchos siglos, siempre en progreso y con un itinerario fijo, que se extiende de la tradición a la modernidad. El cambio no es sino progreso. Bajo ese encuadre, el desarrollo económico es una simple metáfora de la

¹⁸⁹ Véase Francisco Zapata, *op. cit.*, pp. 157-167.

¹⁹⁰ Germani, *op. cit.*, p. 90.

¹⁹¹ *Ibidem*, p. 21.

transición empleada por economistas: “aquello [asevera Germani] que suele llamarse en términos generales ‘desarrollo económico’ no es otra cosa que este cambio, visto desde la perspectiva del economista.”¹⁹² Por tanto, el desarrollo económico es el tránsito de la tradición a la modernidad. En contraste, el subdesarrollo no puede ser sino el fracaso, el descarrilamiento, de ese proceso de transición.

Sin revelar el por qué la historia estaría atada a la idea de progreso, o por qué la modernidad se presenta como la cúspide de la evolución humana, Germani reduce la historia y la realidad a una dicotomía: tradición-modernidad, dos tipos ideales, extremos, en los que reconoce distintas dimensiones (incluso advierte dinámicas dicotómicas semejantes al interior de cada polo, es decir, en las sociedades y grupos tradicionales habría expresiones de modernidad) y una diversidad significativa de grados e intensidades en el proceso de transición.

Si la historia avanza hacia la modernidad (por decir desarrollo económico, tecnológicos, científico, etc.), entonces América Latina debe que acelerar el proceso de transición. Para ello, además del molde, se requiere la receta para dar ese salto de la *pre* a la modernidad. Al igual que Lewis y Rostow, Germani cree haber encontrado la fórmula a través de sus tipos ideales y de una serie de etapas evolutivas que se proponen hacer más corto el camino hacia la modernidad, hacia el desarrollo.

El paradigma de la modernización

Aunque reduccionista, la tesis de la transición de Germani parece convincente, seductora... Ello se debe en buena medida a que Germani no es ningún incauto: sabe y reconoce que su tipología dicotómica es una “simplificación extrema”,¹⁹³ sin embargo, le ofrece un marco general a partir del cual puede derivar diferentes tipos de transición, de acuerdo con el momento histórico y la experiencia particular de cada país.

Bajo esas salvedades, Germani elabora un modelo de transición a través del cual caracteriza la modernización de América Latina (véase cuadro 2, en la siguiente página). Para empezar, el tránsito inicia con la *secularización* que supone tres cambios fundamentales: 1) de la “acción prescriptiva” a la “acción electiva” de los individuos, del imperio de la costumbre (donde “no hay elección”) al gobierno de la razón, si en las sociedades antiguas la tradición regulaba el

¹⁹² *Ibid.*, p. 91.

¹⁹³ “Esta tipología dicotómica es desde luego el resultado de una simplificación extrema y en ella reside a la vez la limitación y la utilidad de toda tipología.” Germani, *op. cit.*, p. 92.

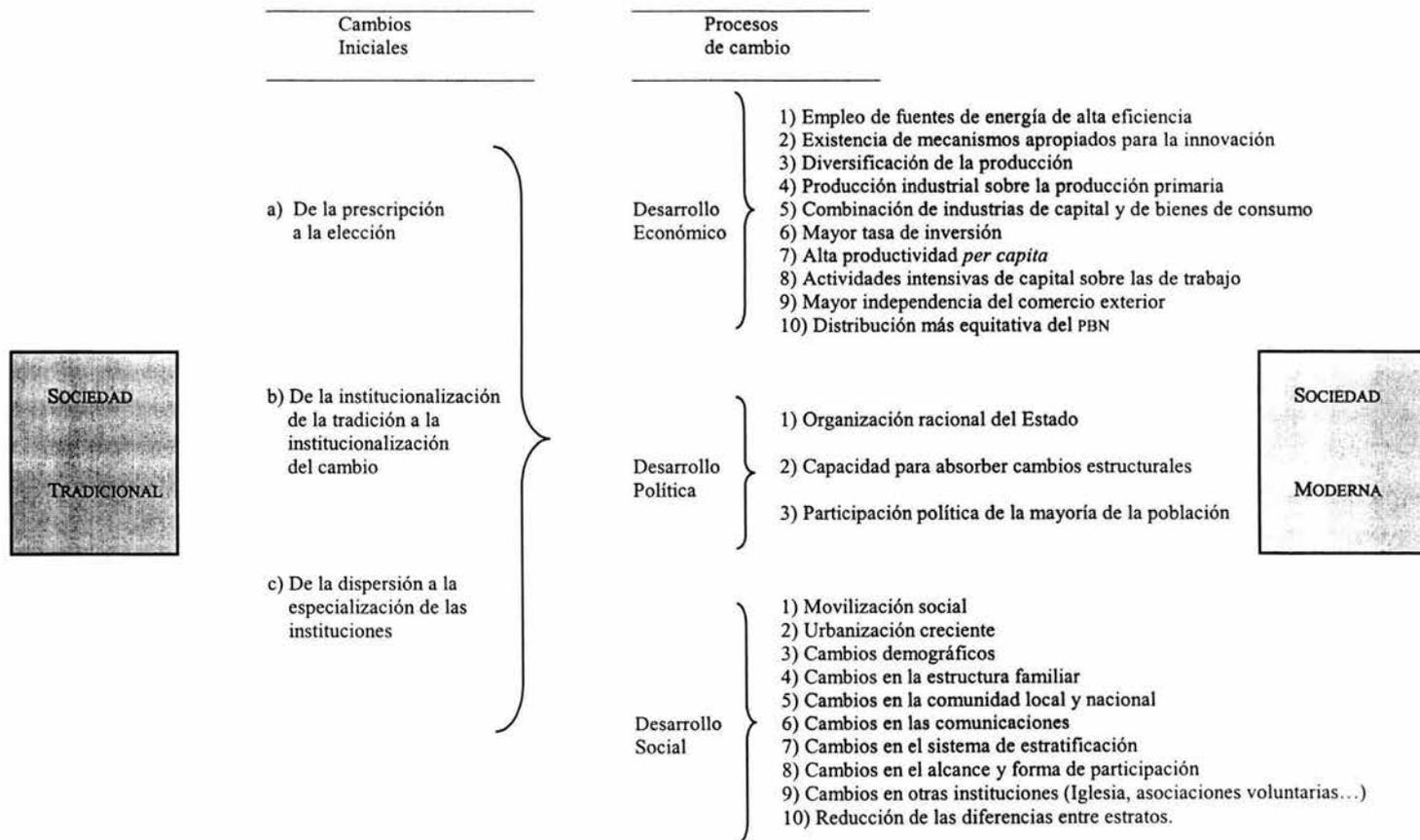
comportamiento, decisiones y acciones de los hombres, en las sociedades modernas apelan mayormente a la razón; 2) la alta especialización de las instituciones, de los oficios, de las funciones, de los sistemas valorativos y su creciente autonomía; 3) la institucionalización del cambio por encima en de la tradición, lo que supone la propensión “hacia lo nuevo”, hacia el conocimiento científico, hacia certezas casi siempre provisionales.¹⁹⁴

A partir de estos cambios, la transición de la sociedad premoderna a una sociedad de masas comprende tres procesos:

1) *Desarrollo económico*, que se define, por un lado, como “transformación estructural” de la economía y, por el otro, como “crecimiento autosostenido”, es decir, que —a diferencia de la expansión económica— genera las condiciones de reproducción estructural de la economía, que se resumen en un conjunto de variables (fuentes de energía y tecnología de

¹⁹⁴ *Ibidem*, pp. 93-97.

Cuadro 2. Modelo de modernización



alto rendimiento, diversificación de la producción, industrialización sobre producción primaria, crecimiento de la tasa de inversión, independencia del comercio exterior...).¹⁹⁵

2) *Desarrollo político*, comprende tres características: “a) la ‘organización racional del Estado’ (en términos weberianos); [...] b) la capacidad de *originar* y *absorber* los cambios estructurales en las esferas económica, política, social, manteniendo, al mismo tiempo, al menos un mínimo de integración; c) algún tipo de participación política de toda o la gran mayoría de la población adulta.”¹⁹⁶

3) *Modernización social*, entendida como “una categoría residual, ilustrada (antes que definida) mediante una enumeración (forzosamente incompleta) de los subprocesos que la componen”,¹⁹⁷ entre otros: la movilización social, urbanización, los cambios en la familia, en las iglesias, en la estratificación social, etcétera.

En cada uno de estos procesos, Germani advierte desfases y asincronías, desequilibrios y rezagos que, por un lado, muestran la *intermitencia* —en intensidad y dirección— que suele caracterizar el proceso de transición y, por el otro, generan rupturas, contradicciones y conflictos en la estructura social al enfrentar a la sociedad tradicional con la sociedad industrial.

Hasta aquí, Germani se mantiene en un nivel abstracto, trabajando con “tipos ideales”, con procesos genéricos, etc. El siguiente paso es el aterrizaje de su modelo en América Latina.

La modernización de América Latina

Germani no inventa las categorías y rasgos que definen su modelo analítico de la transición. En el fondo, son resultado de un ejercicio de comparación entre los países subdesarrollados y los desarrollados. Lo mismo sucede con las etapas de la modernización que plantea para América Latina: siguen las huellas del desarrollo dejadas por algunas naciones que poco o nada comparten con la experiencia de Latinoamérica. El ajuste entre las distintas experiencias históricas se resuelve con afinar las “equivalencias”. Germani lo explica en estos términos: “Se necesita algún criterio de comparación independiente para definir que es lo que caracteriza los grados

¹⁹⁵ Gino Germani, *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1971, pp. 17-18.

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. 19.

¹⁹⁷ *Ibid.*, p. 20.

‘equivalentes’ o ‘espeados’ en los diversos procesos parciales. Por lo general se siguen dos procedimientos diferentes: 1) la experiencia histórica del modelo occidental puede adoptarse como criterio o base de comparación general; 2) pueden emplearse equivalencias basadas en promedios y en la correlación estadística de los indicadores de los diversos procesos en varios países.”¹⁹⁸ Ninguno de los dos procedimientos convence a Germani. La razón parece obvia: “No hay razón alguna para creer que el modelo ‘occidental’ debería repetirse; en realidad lo contrario es lo más probable. [...] Otro problema de la definición de ‘equivalencias’ es que usualmente se obtienen combinando datos de países en los que *la transición se produjo en periodos históricos diferentes, en condiciones internacionales más bien divergentes*, y que se halla en niveles de transición muy distintos”.¹⁹⁹

La solución que propone Germani no es renunciar a este paradigma dicotómico sino a su generalidad. Se trata de aterrizar los tipos ideales en experiencias concretas. En otras palabras, a partir del modelo occidental construir un esquema 1) limitado a un número reducido de países, relativamente homogéneos en términos culturales e históricos; y 2) más bien *descriptivo* —no normativo— de las etapas de la transición, es decir, capaz de registrar las diversas peculiaridades, ritmos, secuencias y niveles, derivados de factores externos e internos, de cada país a lo largo de cada una de las etapas.

A partir de estas coordenadas, Germani ofrece una interpretación en clave evolucionista, esto es, que desde su inicio la historia latinoamericana no fuera sino el tránsito intermitente pero tenaz hacia la modernización. Para ello elabora un cuadro histórico de cuatro etapas, franqueadas por dos ejes: factores externos y tres grandes variables que definen el cambio estructural: economía, política y sociedad. (Véase cuadro 3).

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 26.

¹⁹⁹ *Ibid.*, p. 27.

Cuadro 3. Etapas del desarrollo latinoamericano

Etapa	Factores externos		Procesos estructurales condicionados por las circunstancias	
	Factores Externos	Economía	Sociedad	Política
I Sociedad tradicional	Descubrimiento, conquista y colonización	<i>Economía regional aislada</i> * Economía de subsistencia * Sector exportar pequeño pero significativo	<i>Estructura tradicional</i> * Estratificación: sistema dual * Sistema de hacienda * Alta tasa de mortandad y natalidad	<i>Gobierno colonial</i>
II Comienzo de derrumbe de la sociedad tradicional	Revoluciones francesa y americana	<i>Transición hacia la expansión económica dependiente</i> * Economía de subsistencia * Libre comercio	<i>Subsistencia del orden tradicional</i> * Estratificación: algunos cambios en el sistema dual * Sociedades locales y regionales aisladas * Tentativas de modernización	<i>Tentativas y fracasos para establecer un estado nacional moderno</i> * Guerras de independencia y revoluciones * Anarquía y caudillismo * Autocracias unificadoras
III Sociedad dual	Impacto de la Revolución industrial	<i>Economía primaria de exportación dependiente hacia fuera</i> * Diferentes grados de modernización * Evolución de la hacienda hacia la empresa * Expansión económica * Economías duales * Capital extranjero	<i>Efectos modernizadores limitados</i> * Modernización social limitada * Ciudades primates * Aparición de estratos medios * Comienzos de la movilización social * Coexistencia de patrones modernos y tradicionales * Marginación social	<i>Organización nacional y crisis de la participación de las clases medias</i> * Organización estatal racional-burocrática * Autocracia unificadora * Democracia representativa con participación limitada * Democracia representativa con participación ampliada
IV Movilización social de masas	Gran depresión Segunda Guerra Mundial Liberalismo Marxismo Nacionalismo Fascismo	<i>Industrialización y desarrollo hacia adentro</i> * Derrumbe del mercado de exportación primaria * Fin de la economía primaria * Industrialización no planificada * Sustitución de importaciones * Estancamiento económico * Reformas agrarias * Primer experimento de economía socialista	<i>Aumento en el ritmo y alcance de la movilización social</i> * Urbanización creciente * Migraciones internas de masas * Aumento de la clase media * Transición demográfica * Colonialismo interno * Irrupción de un proletariado urbano * Aumento de la movilización social	<i>Transición a la participación total y crisis de participación de las clases bajas</i> * Movilización política de los estratos urbanos * Nuevos partidos populistas * Corporativismo * Extensión de derechos sociales * Caída de la oligarquía * Tendencias reformistas * Carácter variables de la intervención militar * Nacionalismo de izquierda * Fragmentación de grupos políticos relevantes * Crisis de participación

1. *Sociedad tradicional*: comprende el periodo que va de la colonia a las guerras de liberación; esta sociedad se define por la preeminencia de la economía de subsistencia, las relaciones sociales gobernadas por la tradición y una administración dependiente de las potencias centrales.

2. *Comienzos del derrumbe de la sociedad tradicional*: corresponde al tiempo de la independencia formal seguida de la inestabilidad política generada por caudillos, guerras civiles y anarquía generalizada; esta etapa registra, también, los primeros intentos de organizar un Estado nacional moderno, la aparición de los partidos políticos, la formación de oligarquías.

3. *Sociedad dual y expansión hacia afuera*: señala el momento en que aún bajo el predominio de la sociedad tradicional se instalan los primeros rasgos de modernidad: algún caudillo se hace del poder y controla gran parte del territorio nacional, la administración empieza un periodo racional-burocrática, expansión económica —definida como aumento del PNB *per capita*—, economías duales, aparecen diferentes grados de modernización productiva, formación de enclaves de exportación, algunas haciendas inician su metamorfosis hacia la empresa, la sociedad se moviliza y se empiezan a conformar centros urbanos. El rasgo que define esta etapa es la dualidad: la coexistencia de expresiones tradicionales y modernizantes en una misma sociedad.

4. *Movilización social de masas*: Industrialización y urbanización caracterizan este periodo. Estamos en el siglo XX: se intensifica la industrialización (no planificada) de las economías latinoamericanas, sustitución de importaciones, estancamiento económico, movilización política de los estratos urbanos, irrupción de partidos populistas, corporativismo de organizaciones sindicales, transición demográfica, reformas agrarias, irrupciones militares de distinta índole, transición de la participación política democrática (que va de restringida pasa por la ampliada hasta llegar a la total).²⁰⁰

El laberinto de la modernización

Más que sus críticos, que nunca faltaron, a Germani lo desmintió la realidad. “La emergencia de las dictaduras del Cono Sur modifica el pensamiento de Germani. Su optimismo —apunta

²⁰⁰ De este cuadro aparecen dos versiones, la primera en *Política y sociedad en una época en transición*, en donde señala pero no esquematiza seis etapas: “1) Guerras de liberación y proclamación formal de la independencia, 2) Guerras civiles, caudillismo anarquía, 3) Autocracias unificadoras, 4) Democracias representativas con participación ‘limitada’ u ‘oligarquía’, 5) Democracias representativas con participación ampliada, 6) Democracias representativas con participación total”; la segunda, que incluye cuatro etapas, fue publicada tiempo después en *Sociología de la modernización*, a partir del cual —siguiendo, también, a Kahl— se han elaborado las siguientes páginas.

Roitman— generalizado en el proceso de racionalidad política propio e las sociedades modernas seculares e industriales se ve envuelto, en América latina, en una de las peores épocas de irracionalidad política.”²⁰¹ Si la historia es un relato de un menos hacia un más y mejor, cómo explicar —bajo la lógica del progreso— la regresión, el salto hacia atrás, que supuso el triunfo de algunas dictaduras militares.

El progreso no siempre lo es. Ciertos regímenes militares contribuyeron a la modernización de algunas naciones, a un costo humano que no puede calificarse como parte de un proceso racional.

El modelo de Germani seduce porque tiene un final feliz: el progreso. El desarrollo aparece como una promesa perenne de algo mejor. ¿No es eso lo que sostiene el caminar del burro tras la zanahoria?

Como sea, las tesis de Gino Germani contribuyeron a la construcción de un marco teórico general que explicaba las múltiples versiones de la teoría evolucionista del desarrollo. Derivado de su preocupación por el registro empírico de la transición, Germani difundió en el Cono Sur y el resto de América latina diversas técnicas de recolección de datos y metodologías para su interpretación. Sin embargo, su interés por la medición lo condujo a generalizaciones hoy insostenibles, por ejemplo, que la discriminación en América Latina atendiera a criterios socioeconómicos y no étnicos.

En suma, Germani intentó ponernos en la ruta del progreso pero nos extravió en algunas de sus etapas. Salimos de la tradición pero no entramos en la modernidad. Nos quedamos en pleno salto hacia delante sin red de protección. ¿Qué falló: la receta, los ingredientes o los cocineros?: Los dependentistas ofrecerían diversas respuestas, para ésta y otras preguntas, las cuales ocupan por completo el siguiente capítulo.

¿Progreso o las trampas de la fe?

¿Análisis científico o *las trampas de la fe* en el progreso? ¿Evidencia empírica o coartada de poder para que América Latina no abandonara la senda del desarrollo que por momentos se volvió laberíntica? ¿Dónde está el argumento acerca de los resortes de la historia; dónde la evidencia que compruebe que al principio fue el progreso y al final lo seguirá siendo? ¿A partir

²⁰¹ Roitman, *op. cit.*, p. 46.

de que experiencia, que no sea el modelo occidental y en un interpretación *ex post facto*, los hombres llegaron a la convicción de que el progreso era la ruta del bienestar?

Salta a la vista, más que arribar a certezas, este primer capítulo no ha hecho sino empezar por ponerle signos de interrogación a algunos lugares comunes —teóricos e históricos—, a establecer las coordenadas históricas mínimas en las que se inscribe el objeto de estudio de esta investigación.

Por lo demás, este largo itinerario por autores, tesis y hechos históricos parecen coincidir en que América Latina aspiraba a la modernización y nos convertimos en una mala copia de Occidente. Entramos a la *superautopista* del desarrollo y desembocamos en un callejón sucio y sombrío llamado subdesarrollo. Queríamos entrar por la misma puerta que Occidente a la Historia. Seguimos sus huellas como el burro sigue a la zanahoria. Andamos en el mismo camino, nada más que varios pasos atrás. La crítica al pensamiento clásico y a los modelos desarrollista en clave modernizadora empieza a arrojar algunos resultados.

CAPÍTULO II



DEPENDENCIA EN AMÉRICA LATINA HISTORIA Y CONCEPTO

Todo empezó con una revolución. La década de los sesenta inició —no cronológica, sino históricamente— en enero de 1959 cuando el movimiento revolucionario encabezado por un grupo de barbiluengos entró, triunfante, en La Habana. Tal vez sea desmedido decirlo pero en buena medida así fue: una isla incendió el resto del continente. La Revolución cubana despertó ilusiones, espejismos, esperanzas y sueños, pero también puso en guardia a los sectores más conservadores —anticomunistas, nacionalistas de distinto cuño, grupos oligarcas domésticos y foráneos— de la región y, peor aún, atizó los miedos y la paranoia anticomunista de Estados Unidos, ya de por sí enfermizos (el macarthismo aparece como un síntoma inequívoco).

Cuba fue el primer paso de una revolución latinoamericana que no consiguió dar el segundo, por lo menos no en el corto plazo. Cinco años después del triunfo de la Revolución cubana el optimismo empezaba a menguar con el golpe de Estado en Brasil. Como sea, la isla era la evidencia de que la Revolución era posible aún en las mismas narices del Imperio. En un testimonio de aquellos años, Mario Vargas Llosa, un liberal a toda prueba, reconoce: “Por primera vez pensamos que la revolución era posible en nuestros países. Hasta entonces la revolución había sido para nosotros una idea romántica y remota, y la tomábamos como una noción académica que nunca se podía convertir en realidad en países como los nuestros.”¹

Se sentía cerca. Se sabía inminente. La idea revolucionaria recorrió América Latina con distinta suerte. Eran los sesenta y el continente estaba agitado no sólo por las armas sino por las ideas —acaso igualmente peligrosas. Dentro y fuera de las universidades, el pensamiento latinoamericano daba muestras de una vitalidad muy a tono con el momento. La crítica y debate teóricos sobre el subdesarrollo latinoamericano se convirtieron en un campo de una guerra de muchos frentes contra el capitalismo y su discurso desarrollista para el Tercer Mundo.

¹ Mario Vargas Llosa, “Transforming a lie into truth”, en *A writer's reality*, Syracuse, Syracuse University Press, 1991, p. 145.

La década que prometía mucho para Latinoamérica, al final cumplió poco. La *mecha* cubana (tal vez debiera decir *candela*) no alcanzó para prender el fuego revolucionario de todo el continente en los sesenta. No resultó tan sencillo “exportar la revolución”. América Latina era un campo en donde se libraban diversas batallas (políticas, económicas, ideológicas, militares, culturales...), entre muy diversos contendientes (fuerzas locales comunistas y anticomunistas, nacionalistas, oligarcas, clases medias, revolucionarios, militares...), y todo ello ocurría en una coyuntura internacional que empezaba a advertir sobre el agotamiento de algunas de las estructuras económicas y políticas que sostenían el orden mundial de posguerra y que estallarían en la primera mitad de la década de los setenta, un periodo central para entender el fin de siglo latinoamericano.

Es, pues, en los sesenta donde se *cocina* la crisis global de la década siguiente. Durante esos años ya se dejan ver y, sobre todo, sentir los primeros síntomas de las crisis energética y monetaria, del Estado benefactor y de la democracia. Al interpretar las protestas estudiantiles de los sesenta, Eric Hobsbawm concluye que “1968 no fue ni fin ni principio de nada, sino sólo un signo. A diferencia del estallido salarial, del hundimiento del sistema financiero internacional de Bretton Woods en 1971, del *boom* de las materias primas de 1972-1973 y de la crisis del petróleo de la OPEP de 1973, no tiene gran relevancia en las explicaciones que del fin de la *edad de oro* hacen los historiadores de la economía. Un fin que no era inesperado.”²

Visto desde la epidermis, en los sesenta fueron los síntomas; una década después la crisis y en los ochenta una cura que parecía más dolorosa que la misma enfermedad. Los planes de ajuste estructural de la economía mundial empezaban a cobrar forma: un discurso político neoconservador —liberal— se abría paso entre las democracias capitalistas y aún en aquellos países que no eran ni lo uno ni lo otro, los tiempos de las crisis de alcance mundial parecían escribir el epitafio de la *edad de oro* de la segunda posguerra.

De la promesa revolucionaria a la imposición de la reforma neoconservadora, el ambiente político-intelectual de los sesenta y setenta en América Latina permitió uno de los debates más vigorosos e intensos en torno al desarrollo y el paradigma de la modernización en sus diversas versiones: las tesis cepalinas, el modelo etapista de Rostow, el enfoque dual (tradicción-modernidad) de análisis de las sociedades latinoamericanas.

Un debate en el que las tesis de los llamados “teóricos de la dependencia” ocuparon un lugar central. Este capítulo se propone la exploración de las tesis, obras y debates de algunos

² Eric Hobsbawm, *Historia del...*, op. cit., p. 288-289.

de los teóricos “dependentistas” más conspicuos, sobre la base de dos líneas de investigación: a) la reconstrucción histórica del ambiente político-intelectual de aquellos años, que permita inscribir el debate dependentista bajo coordenadas políticas y sociales; y b) el análisis de la llamada “teoría de la dependencia” a partir de la identificación de las tradiciones que definen —que “están detrás” por decirlo de algún modo— de las múltiples corrientes dentro de lo que se ha dado en llamar, también, escuela de la dependencia. En el fondo, el objetivo de este capítulo es adelantar los ejes que conducen el debate *al interior* de la “teoría de la dependencia” entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini, esto es: qué representa en términos teóricos, políticos e históricos la obra de cada uno de estos autores.

En la base de esta mirada que propongo no descansa sino la intuición de que en el debate entre Cardoso y Marini están discutiendo dos tradiciones teóricas, dos concepciones acerca del desarrollo, de la democracia y su viabilidad histórica en Latinoamérica; al mismo tiempo y derivado de lo anterior, se discuten dos paradigmas sobre las posibilidades y las rutas de transformación de las sociedades latinoamericanas y, por último, se enfrentan —en la discusión— dos modelos políticos.

Por cierto, en adelante me referiré a lo que algunos llaman “teoría de la dependencia” como situación, escuela o enfoque de la dependencia, en virtud de que difícilmente se podría sostener la noción de una “teoría” ya que cuando nos referimos a la dependencia no hablamos de un *corpus* teórico homogéneo y coherente a su interior, sino que aludimos una situación histórica, un grupo de científicos sociales que en ocasiones —no siempre— compartían puntos de vista y preocupaciones, que procedían de diversas tradiciones teóricas y que en su conjunto proponían una cierta manera de interpretar la historia latinoamericana y de analizar los principales problemas (económicos, políticos, sociales) que planteaba la coyuntura en los sesenta y parte de los setenta.³

1. LA COYUNTURA HISTÓRICA: AMÉRICA LATINA EN LOS SESENTA

Aunque no sólo desde la perspectiva teórica de la dependencia, las primeras críticas al modelo de desarrollo propuesto por la CEPAL y hacia el paradigma de la modernización, preconizado

³ Horacio Cerutti sugiere que “desde un punto de vista epistemológico es falso ‘afirmar’ que se trata de una ‘teoría’. Hay *situaciones* de dependencia pero no una ‘teoría’ de la dependencia. No es una ‘explicación’ para nada, sino una *situación a explicar*”, en *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México, FCE, 2ª ed., 1992, pp. 111-112; en la misma dirección, Magnus Blomström y Björn Hettne sostienen que “El concepto ‘teoría’ es inadecuado, puesto que diferentes teóricos de la dependencia han recibidos sus impulsos teóricos de diferentes fuentes”, en *La teoría del desarrollo...*, *op. cit.*, p. 95; Gabriel Palma también coincide en esta posición: “Bajo el título de ‘dependencia’ podemos encontrar teorías de una naturaleza tan distinta que, a lo mejor, sería más adecuado hablar de una ‘escuela de la dependencia’”, en “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers (comp.), *La teoría de la dependencia. Una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987, p.21.

por economistas como Lewis o Rostow o su versión latinoamericana a cargo de Germani, se registran a mediados de los sesenta.

Habían pasado ya varios años desde que la estrategia de sustitución de importaciones había sido adoptada por buena parte de los gobiernos latinoamericanos. El saldo había sido contrastante: desde luego, no en toda la región arrojó los mismos resultados; allí donde funcionó, la economía de algunas naciones había crecido, pero la economía mundial también, así que la dependencia hacia los centros económicos mundiales prevalecía, incluso se fortalecía, como lo habrían de demostrar varios autores dependentistas. Es cierto, el volumen de intercambio económico había crecido, las exportaciones habían aumentado y, aunque no se abandonó por completo, la exportación de materias primas dejó de ser la base del comercio latinoamericano, sin embargo, en la relación entre América Latina y las economías industrializadas aún prevalecía la subordinación y dependencia. Las cosas habían cambiado, pero seguían igual en términos estructurales.

El periodo de gracia que se había extendido a las tesis cepalinas y al discurso de la modernización empezaba a expirar. La agitación política que se vivía entonces, en buena medida avivada por la resonancia continental de la Revolución cubana, parecía hacer crecer la impaciencia entre muy diversos grupos sociales (estudiantes y maestros, sectores obreros y campesinos, franjas de la clase media, etc.). El tiempo y la falta de resultados favorecían la radicalización y la crítica de algunos de estos sectores.

Si tuviéramos que señalar alguna fecha de inicio de este periodo de crítica —en términos teóricos—, sin duda habría que recordar los últimos días de junio de 1965, cuando aparece en el periódico mexicano *El Día*, un artículo de Rodolfo Stavenhagen, publicado en dos partes: “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, que más tarde se reproduciría en varios países de la región. Desde luego, no fue el primero pero fue uno de los más serios e influyentes en la crítica a las interpretaciones que sobre Latinoamérica habían prevalecido durante los cincuenta y los primeros años de los sesenta. A partir de este artículo germinal, las críticas al *desarrollismo* se multiplicaron desde distintos frentes: de la misma CEPAL —a través de Furtado y Sunkel— o de su “anexo sociológico” chileno, el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social —en los trabajos de Fernando Henrique Cardoso, Faletto, Theotônio Dos Santos, André Gunder Frank, Ruy Mauro Marini, algunos de ellos habían salido de Brasil luego del golpe militar—, de otros centros de investigación en universidades sudamericanas y de algunos académicos (Pablo González

Casanova, Agustín Cueva, Sergio de la Peña) en México, que años más tarde se convertirá en sede intelectual de la discusión.

En muchos de los casos, la crítica empezaba por el diagnóstico histórico sobre América Latina, a partir del cual se construían las interpretaciones. De este modo, la economía latinoamericana, las relaciones económicas de la región con las principales potencias, las formaciones sociales en la zona, la estructura económica internacional, la Revolución cubana, el golpe militar en Brasil, la correlación de fuerzas entre capitalismo y socialismo en el mundo y en el continente..., servían de materia prima para los análisis e interpretaciones muy contrastantes, incluso encontradas.

Por ello, quizás, la forma más conveniente de empezar la exploración de estas primeras críticas sea seguir sus huellas: echar un vistazo a algunos de los hechos históricos y conocer ciertos datos económicos y políticos relevantes que les permitieron, a aquellos autores, articular sus críticas al desarrollismo y la modernización.

Según lo veo, el contexto de estas críticas y el posterior debate dependentista están determinados por, al menos, tres factores político-económicos: 1) la Revolución cubana; 2) el golpe de Estado en Brasil y 3) la crisis del modelo desarrollista. Aunque sea en unas cuantas páginas, me propongo documentar —mínima pero suficientemente— estos factores.

a) Revolución cubana: un fantasma recorre América...

Es el fantasma de la revolución, o para decirlo con la frase del *Che* Guevara: “Una nueva conciencia se expande por América, la certeza de la posibilidad de cambio. Y se afilan muchos machetes.”⁴ Cambio y machetes: una metáfora que no podía sino dar cuenta de la revolución, y la cubana se convirtió en inspiración y molde para el resto de América Latina. Para el mundo, como ha apuntado Hobsbawm, “la Revolución cubana lo tenía todo: espíritu romántico, heroísmo en las montañas, antiguos líderes estudiantiles con la desinteresada generosidad de su juventud —el más viejo apenas pasaba de los treinta años—, un pueblo jubiloso en un paraíso turístico tropical que latía a ritmo de rumba.”⁵

Pero además de juventud y ritmo, del heroísmo y el carisma de sus líderes, la Revolución cubana resultaba significativa para millones de latinoamericanos por diferentes razones históricas y políticas, entre ellas las siguientes:

⁴ Citado por Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara también conocido como El Che*, México, Plantea/Joaquín Mortíz, 1997, p. 503.

⁵ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 439.

1. *Porque la historia de Cuba no era sino una de las lecciones más brutales y fieles de la Real Politik estadounidense en el continente.* Se trataba de una de las joyas más preciadas del Imperio. Desde que Cuba alcanzó su independencia de España (tras una lucha de varios años, que concluyó con la intervención estadounidense contra el régimen ibérico),⁶ el gobierno de Estados Unidos asumió el control político y económico de la isla. Durante la primera mitad del siglo XX, Cuba se convirtió en una colonia estadounidense: “Poco a poco, va pasando —se leía a principios del siglo pasado en el *Louisiana Planter*— toda la isla de Cuba a manos de ciudadanos norteamericanos, lo cual es el medio más sencillo y seguro de conseguir la anexión a los Estados Unidos.”⁷ Una de las expresiones más diáfanas del imperialismo estadounidense es la infelizmente célebre enmienda Platt que condujo las relaciones entre Cuba y Estados Unidos desde principios de siglo hasta 1934; entre otras cláusulas, esta iniciativa del senador Orville Platt establecía que Cuba “permitiría a Estados Unidos intervenir con objeto de proteger la independencia” de la Isla, “ratificaría todas las actuaciones del gobierno militar de los Estados Unidos, [...] vendería a los Estados Unidos o permitiría la permanencia de éstos en los ‘terrenos necesarios para estaciones navales o de aprovisionamiento de combustible para los buques’”.⁸ Aunque perceptible, el giro en la política exterior que introdujo la administración del presidente Roosevelt (de *buena vecindad*) no modificó sustancialmente las cosas en Cuba: para evitar los costos políticos y económicos de un alzamiento isleño contra la dictadura de Gerardo Machado, Roosevelt *persuadió* —a través de su embajador Sumner Welles— al dictador de abandonar la isla; durante el periodo de inestabilidad que generó la caída de Machado, el gobierno estadounidense nunca renunció, con todo y el discurso de la *buena vecindad*, a la defensa de sus negocios e intereses en la Isla —por varios meses algunos barcos de guerra estadounidenses llegaron a Cuba “sólo para estar allí”.
2. *Porque aunado a la historia de obsecuencia, Cuba ocupaba una posición geopolítica que hacía aún más difícil suponer que Estados Unidos perdería el control de la Isla.* Desde su descubrimiento, la historia de Cuba ha sido determinada, en buena medida, por su situación geográfica (por lo menos en términos económicos y castrenses). Como refiere

⁶ Algunos historiadores suelen referir las luchas independentistas como “Guerras de Cuba”: Guerra de los diez años, *Guerra chiquita* y Guerra de independencia. Véase Dirección Política de las FAR, *Historia de Cuba*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.

⁷ Citado por Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 60ª ed., 1990, p. 111.

⁸ Federico G. Gil, *Latinoamérica y Estados Unidos...*, *op. cit.*, pp. 88-89.

Le Riverend, “Su condición insular le proporcionó una evidente especificidad, a la que se unía la posición geográfica en el golfo de México que hizo de ella, al compás de la historia americana, uno de los más importantes cruceros del mundo. Adquiere una significación más universal a medida que, por un lado, la América continental atrae el capitalismo europeo y por otro se constituye al norte una potencia económica de creciente peso en el mundo: los Estados Unidos.”⁹ Una posición “estratégica” que se potenció aún más en el complejo tablero de ajedrez geopolítico en que Estados Unidos y la Unión Soviética convirtieron a buena parte del mundo durante la Guerra Fría.

3. *Porque después de los intentos de Bolivia y Guatemala, Cuba demostraba que un programa reformista de gobierno era posible.* Desde finales de los treinta, con el frustrado ascenso del llamado “socialismo militar” boliviano —que dispuso la nacionalización de la industria petrolera nacional—, en América Latina la posibilidad de un giro revolucionario en algunas naciones era una posibilidad latente, tanto que hacia mediados del siglo esa posibilidad se concretó en Guatemala: una vez concluido el gobierno del presidente Juan José Arévalo, quien introdujo reformas sociales y políticas significativas (detuvo el clima de persecución hacia el partido comunista, las condiciones laborales mejoraron, incluidos los salarios, etc.), su sucesor, el coronel Jacobo Arbenz Guzmán, echó a andar —en 1952— un plan de reforma agraria que, junto a un proyecto de infraestructura que incluía carreteras, ferrocarriles y el puerto de San José, lo enfrentó a la muy influyente United Fruit Company, que tenía el monopolio —desde hacía varios años— del transporte y la exportación de frutas y otros productos. Sin ser radicales, las reformas promovidas por Arbenz afectaron al mayor propietario de tierras incultas en Guatemala, la United Fruit Co., suficiente para que desde Washington se financiara un “Ejército de Liberación” que el 18 de junio de 1954 bombardeó la ciudad de Guatemala, puerto Barrios y puerto San José; nueve días después el presidente Arbenz renunció, lo que señaló el inicio de uno de los regímenes más cruentos en América Latina. A partir de estos antecedentes tan violentos y cercanos, la Revolución cubana parecía aún más inviable, más amenazada por el gobierno estadounidense.

4. *Porque la experiencia cubana tradujo el ideal revolucionario en un programa de gobierno en el que, entre otros énfasis, se privilegió la educación y la salud.* A regañadientes, en su

⁹ Julio Le Riverend, “Cuba: del semicolonialismo al socialismo (1933-1975)”, en Pablo González Casanova, *América Latina: historia de medio siglo. México, Centroamérica y El Caribe*, México, Siglo XXI/ UNAM, 6ª ed., 1990, p. 39.

interpretación sobre el gobierno cubano de la revolución, el profesor emérito de Oxford, Leslie Bethell admite algunos éxitos: “La transformación educativa de Cuba fue el logro más convincente del gobierno revolucionario. El gobierno hizo avanzar la modernización social de Cuba reduciendo mucho el analfabetismo (que bajó de 12.9 por ciento en el censo de 1970 a un 5.6 en el de 1979), empezando con una importante campaña en 1961 que continuó por medio del extenso sistema de educación para adultos. [...] También obtuvieron un éxito apreciable en las medidas en el campo de la asistencia sanitaria. El gobierno se apresuró a decretar la asistencia sanitaria era un derecho de todos los ciudadanos y amplió el sistema de asistencia gratuita que ya existía antes de la revolución.”¹⁰ En contraste, más generoso González Casanova sostiene que “el éxito de los revolucionarios cubanos en el terreno militar y político fue tan impresionante como los que alcanzaron en la educación, en la justicia social, el desarrollo económico, la democracia completa, popular y socialista.”¹¹ Como sea, el gobierno revolucionario de Cuba emprendió un programa de reformas económicas y sociales (que incluyó tanto la nacionalización de decenas de empresas extranjeras como la masificación de un aparato de seguridad social) que resultaban impensables para cualquier otra nación de América Latina.

El triunfo de la Revolución cubana señaló, así, el inicio de un periodo en el que, pese a que la correlación de fuerzas políticas en la región no cambió sustancialmente (el avance de la izquierda y de la guerrilla continuó cosechando triunfos y derrotas parciales; a la par que se endureció la estrategia anticomunista en el continente), se registraron algunas novedades. Para el sepulturero precoz de la utopía, Jorge G. Castañeda,

Por primera vez en la historia de la región, tuvieron lugar tres procesos a la vez. Un régimen revolucionario, que perseguía profundas reformas sociales y económicas, desde la distribución de la tierra hasta la expropiación de los recursos naturales; desde la reforma urbana hasta una política de masas de educación y salud, tomó el poder, se consolidó en el gobierno y perduró. En segundo lugar, de 1961 en adelante, el régimen abrazó abiertamente el ‘marxismo leninismo’ adhiriéndose geopolítica, si no ideológicamente, al bloque soviético, y autodesignándose el enemigo principal de los Estados Unidos en el hemisferio. Cuba representaba una amenaza para los intereses norteamericanos no sólo en la isla, sino por su efecto de demostración, en toda la región. Por último, y sobre todo desde esta perspectiva, la Revolución cubana nació con una ambición latinoamericana. Proclamó desenfadadamente su intención de atizar el fuego de la revolución en todo el continente

¹⁰ Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina, 13. México y El Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 205 y 207.

¹¹ Pablo González Casanova, *Imperialismo y liberación...*, op. cit., p. 255.

contemplando la repetición de la experiencia cubana en otras partes de la región como uno de sus deberes principales y como una esperanza de sobrevivencia.¹²

Según se viera, Cuba era un buen o mal ejemplo para América Latina. La Isla condensaba los más caros ideales y esperanzas revolucionarias pero, al mismo tiempo, portaba una de las amenazas más serias para el gobierno de Estados Unidos, que no sólo había perdido una de sus colonias sino que de pronto se había encontrado con el enemigo comunista a menos de 100 millas náuticas de sus costas. En tales condiciones dio comienzo el despliegue de estrategias político-militares para contener —en la lógica estadounidense— o reproducir —atendiendo los objetivos del gobierno revolucionario de Cuba y la Unión Soviética— el ejemplo cubano. Desde diversos frentes (ideológico, político, militar, diplomático, económico...) se intensificaba la disputa por América Latina; la región vivía, pues, tiempos de febril actividad política, de intensa movilización social, de sendas discusiones teóricas, de marcados contrastes en la región y hacia dentro de cada nación.

b) Un golpe a Brasil y a Latinoamérica

Tan cerca, tan lejos. A partir de la experiencia cubana la revolución en América Latina nunca había sido tan inminente y, al mismo tiempo, tan complicada, tan reprimida, tan acosada. Cuba era un ejemplo difícil de seguir. A un tiempo, la Revolución cubana había abierto la posibilidad de cambios sociales y políticos de gran alcance para los países de la región, pero también —de cierta forma— la había cerrado: después de Cuba, difícilmente Washington aceptaría otro gobierno revolucionario en América Latina.

En unos cuantos años se dejaba ver que, pese a los esfuerzos y sacrificios, Cuba era un modelo difícil de imitar para la mayoría de los movimientos insurgentes latinoamericanos. Los éxitos tempranos del gobierno revolucionario de la Isla contrastaban con el modesto avance de la revolución en el resto del continente: “Para 1963 ya habían sufrido serias derrotas las guerrillas de Nicaragua, Brasil, Ecuador, y habían ocurrido golpes militares en Guatemala, Ecuador, República Dominicana, Honduras, Colombia, a los que se sucederían otros...”¹³

Cuba no sólo era un ejemplo difícil de seguir, sino un aliado de alto riesgo. El 19 de agosto de 1961, el presidente de Brasil, Jânio Quadros, decidió condecorar al comandante Ernesto Guevara, quien cumplía una gira por Sudamérica —rumbo a la conferencia de la OEA

¹² Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 2ª ed., 1995, p. 82.

¹³ González Casanova, *op. cit.*, p. 268.

sobre la Alianza para el progreso. Para la derecha brasileña y la cada vez más influyente diplomacia estadounidense en Brasil, tal acto habría sido la gota que derramó el vaso de su tolerancia frente al gobierno de Quadros. Desde luego, la renuncia, semanas después, de Jânio Quadros no puede atribuirse a la ceremonia del 19 de agosto, sin embargo, “al paso de los meses los dos países que habían manifestado en la conferencia [del Consejo Interamericano Económico y Social, de la OEA] independencia de criterio respecto a Estados Unidos en torno a la Alianza para el Progreso, Brasil y Bolivia, y los dos presidentes que habían tenido reuniones privadas con El Che, Quadros y Frondizi, caerían víctimas de golpes militares. El Che era muy peligroso en aquellos años en América Latina, su toque polarizaba.”¹⁴

La renuncia de Quadros evidenció algunos de los elementos que propiciarían la caída, tres años más tarde, de João Goulart (la creciente desconfianza de los militares en el gobierno civil, los temores de la burguesía, la oposición de algunos gobernadores, el agotamiento del populismo), quien, tras la renuncia de Quadros, en su calidad de vicepresidente asumió una Presidencia acotada, formalmente por una reforma constitucional aprobada entusiastamente por el Congreso, y fácticamente por los militares que habían condicionado su paso a la Presidencia y algunos sectores conservadores de la burguesía que veían con recelo el populismo del presidente Goulart, heredero político del caudillo Getulio Vargas.

A menos de dos años de haber asumido el cargo, João Goulart recuperó las facultades que le habían sido conculcadas a través de un plebiscito realizado en enero de 1963, al que había concentrado gran parte de su gobierno. No obstante, tres meses después, el mariscal Humberto Castelo Branco encabezó el golpe militar contra Goulart. Entre otras, las razones que explicarían la caída del presidente Goulart son:

1. *El agotamiento del populismo nacionalista*: El 24 de agosto 1954 el presidente Getulio Vargas jugó su última carta, con la que había conseguido aplazar la crisis terminal del populismo: su suicidio le dio casi una década más de vida al populismo nacionalista en Brasil. Con toda intención política, en su carta-testamento el presidente Vargas culpaba a los “grupos económicos internacionales” de su suerte.¹⁵ Con ello le aseguraba tiempo extra a sus herederos políticos y al régimen populista que Vargas había construido. Y es que la historia brasileña que va de 1930 hasta el golpe militar contra Goulart estuvo

¹⁴ Taibo II, *op. cit.*, p. 431.

¹⁵ En algún párrafo de aquella carta, en poder de João Goulart, se podía leer: “Yo sigo el destino que me han impuesto [...] Después de años de dominación y saqueo por los grupos económicos y financieros internacionales, yo me hice jefe de una revolución incontenible. Inicié una obra de liberación e instituí un régimen de libertad social. Fui obligado a renunciar. [...] Luché contra la explotación del Brasil [...] Ahora ofrezco mi muerte.” Citado en W. F. Dulles, *Vargas of Brazil: a political biography*, Texas, University of Texas Press, 1967, p. 335.

marcada por el populismo nacionalista que durante casi 20 años Getulio Vargas introdujo y fortaleció mientras estuvo en el poder, lo que se tradujo en la intervención directa del Estado (en algunas ocasiones se decretó la nacionalización) en algunos sectores industriales considerados estratégicos para el desarrollo nacional, como el petróleo, la generación de energía eléctrica, la explotación de carbón, la producción de café, etc. A decir, de Rabello y Ronci, “La conducta política de Vargas representa lo que llamaríamos un enfoque clásico al uso de los instrumentos económicos y de otra clase para producir los resultados más favorables para adquirir y conservar el poder autoritario. Vargas fue un dictador durante ocho años (1937-1945), pero no es lo que lo convierte en un populista clásico. Es más bien la manipulación de los mecanismos del poder, para influir en la opinión pública a favor de su autoridad centralizadora, lo que califica todo su periodo como populista.”¹⁶ En buena medida, la caída del heredero político de Vargas es una suerte de epitafio político del nacionalismo populista.

2. *La profundización de la dependencia económica brasileña*, que no sólo condicionó el proceso de desarrollo sino la correlación de las fuerzas políticas y sociales de Brasil. Sin duda, lo más relevante de la efímera Presidencia de Carlos Luz (apenas dos días) fue el establecimiento de la muy desafortunada “Instrucción 113”, que ofreció un régimen fiscal y jurídico muy favorable —por no decir dadivoso— a las empresas extranjeras, y que se mantuvo durante el gobierno de Juscelino Kubitschek; lo cual explica, en parte, la ampliación de la dependencia económica brasileña respecto al capital internacional, hecho que sin embargo pareció pasar desapercibido ante los “éxitos” del Plan de Metas (“alcanzar 50 años de progreso en 5 años de gobierno”).¹⁷ A la distancia respecto a ese ambicioso proyecto, Bambirra y Dos Santos han advertido que es a partir del gobierno de Kubitschek “que empieza el ocaso del nacionalismo populista y la apertura de una nueva época en la cual el capitalismo dependiente brasileño, como todos los demás capitalismo dependientes latinoamericanos, descartará su vieja máscara popular y asumirá una nueva

¹⁶ Paulo de Rabello de Castro y Marcio Ronci, “Sesenta años de populismo en el Brasil”, en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, México, FCE, 1992, p. 178.

¹⁷ Entre los objetivos que se formulaba el Plan de Metas se cuentan: “1) Incrementar la generación de energía hidroeléctrica y la producción de derivados del petróleo pretendiendo cerrar la brecha existentes entre los requerimientos energéticos y la capacidad energética instalada; [...] 2) Ampliar y hacer más eficaz la comunicación entre los mercados internos pretendiendo llevarse a cabo mediante la construcción de infraestructura básica y la modernización de las comunicaciones y transportes; [...] 3) La mayor producción de acero, merced a la ampliación y nuevas inversiones públicas en Volta Redonda [...] 4) La expansión de rubros industriales como la producción de vehículos de motor de combustión y de material eléctrico; [...] 5) La construcción de Brasilia, como nueva capital federal...” Daniel Bitrán (coord.), *Patrones y políticas de industrialización de Argentina, Brasil y México*, México, CIDE, 1992, pp. 80-81.

faz que resulta del nuevo carácter del sistema dependiente. Este se definirá por una masiva inversión directa de capitales monopólicos extranjeros en los sectores básicos de la economía brasileña, particularmente en el manufacturero. [...] La dependencia pasa a ser más profunda y a permear el propio sistema productivo industrial, eje de la acumulación del capital y fuente de poder de una posible burguesía nacional.” Además de la construcción de la ciudad de Brasilia y de una economía que se encaminaba a grandes zancadas hacia la recesión (ascendente inflación, creciente déficit presupuestal, un considerable aumento de la deuda pública brasileña), Juscelino Kubitschek le heredó a Jânio Quadros un país donde el capital extranjero era cada vez más influyente, y no sólo en las decisiones económicas como lo probaría el gobierno de Goulart en su fallido intento por estabilizar la economía brasileña a partir de un programa de inspiración cepalina —uno de las figuras más relevantes de la CEPAL, Celso Furtado se había integrado al gobierno como ministro de Planeación— que incluía, por un lado, fuertes políticas de austeridad y control de la inflación y, por el otro, un proyecto de reforma agraria que buscaba equilibrar el desarrollo entre los distintos sectores económicos brasileños, lo que atizaba los desencuentros sociales y políticos entre la burguesía y amplias franjas populares que se expresaban de diversas formas y en varias regiones del país.

3. *El interés político de Washington y los intereses comerciales y económicos de algunas de las empresas estadounidenses.* Después de la Revolución cubana, el gobierno de Estados Unidos seguía con particular recelo a todos aquellos gobiernos nacionalistas y populistas. Y Brasil reunía los elementos suficientes para preocupar a Estados Unidos: desequilibrios económicos que empezaban a traducirse en fuertes presiones sociales, inestabilidad política, un proyecto de reforma agraria..., en fin, una potencial amenaza que el presidente Lyndon B. Johnson no estaba dispuesto a dejar crecer: “El 31 de marzo de 1964 una intervención militar iba a eliminar radicalmente este supuesto peligro; invocada abiertamente por los gobernadores de los mayores estados del Brasil modernizado, contaba con el beneplácito apenas menos público de la embajada de los Estados Unidos, que había seguido de cerca el avance de la conspiración...”¹⁸ Al día siguiente del golpe, el presidente Johnson —como recuerda Galeano— se apresuró a felicitar al presidente del Congreso brasileño, quien había asumido temporalmente la presidencia de la República: “El pueblo norteamericano observó con ansiedad las dificultades políticas y económicas

¹⁸ Halperin Donghi, *Historia contemporánea...*, op. cit., p. 556.

por las cuales ha estado atravesando su gran nación, y ha admirado la resuelta voluntad de la comunidad brasileña para solucionar esas dificultades dentro de un marco de democracia constitucional sin lucha civil.”¹⁹

El golpe militar contra el gobierno brasileño hirió a toda la región. Habían pasado menos de cinco años del triunfo de la Revolución cubana y la experiencia brasileña contrastaba y contrariaba no sólo las expectativas de millones, sino algunas de las interpretaciones y teorías sobre la viabilidad del desarrollo, la revolución, la democracia en América Latina.

c) Desarrollismo en crisis: el *frente* económico

Además de la *mecha* cubana y la *sacudida* por el golpe militar en Brasil, la crítica y los debates en torno a América Latina crecían en la medida en que los resultados de la estrategia cepalista de sustitución de importaciones y de las políticas públicas para favorecer la modernización seguían siendo una promesa incumplida.

Aunque algunas economías nacionales registraban crecimiento, el asunto era la irregularidad y la lentitud de este proceso, que inscrito en un análisis más amplio casi siempre desembocaba en malas noticias. Cuando se comparaban, por ejemplo, las cifras de crecimiento de América Latina con el de otras regiones del mundo, las cosas se ponían peor. Por ejemplo, en un balance sobre aquellos años, Darcy Ribeiro destacaba que “Las datos referentes a 1968 muestran que los primeros conglomerados (América anglosajona, Europa occidental, Europa socialista) reúnen los pueblos más prósperos de la tierra, ya que contando sólo con el 26.3% de la población absorben el 70% de la renta, el 78.5% de la producción de acero, el 70% de la de cemento y el 82% de la energía eléctrica. Se observa así que a las siete décimas partes de la humanidad, que vive en las áreas subdesarrolladas, les corresponden apenas poco más de las tres décimas partes del producto del trabajo humano. [...] Dentro del cuadro mundial, América Latina —advertía Ribeiro—, que por su territorio constituye el 15.1% del total y cuya población casi alcanza el 7.3%, participa en menos del 5% en la renta producida.”²⁰

No mejoraban gran cosa los resultados cuando se comparaban diferentes periodos de América Latina. En un análisis histórico del crecimiento económico en la región, Agustín Cueva identificaba los años del “declive” a mediados de los cincuenta: “El impulso generalizado de la economía latinoamericana se manifiesta, todavía en el quinquenio 1950-55,

¹⁹ “De Lyndon Johnson a Rainieri Mazzali”, 2 de abril, 1964, citado en Galeano, *op. cit.*, p. 252.

²⁰ Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, México, Siglo XXI, 13ª ed., 1988, pp. 55 y 58.

por un crecimiento anual del producto interno bruto del orden del 5.1%, lo que en términos per cápita [sic] equivale al 2.2%. Pero a partir de allí el declive comienza. El producto por habitante sólo crece al ritmo anual de 1.7% en 1955-60, al 1.5% en 1960-65, y se estanca en 1965-66. La época de la 'bonanza' sin duda ha conducido al deterioro de los términos de intercambio internacional en un porcentaje que oscila entre el 15 y el 20% en el lapso 1955-65. Prebisch no tardará en constatar, con asombro, que el valor per cápita de las exportaciones latinoamericanas había sido bastante más elevado en 1929 que en 1960."²¹

Para Marcello Carmagnani el "declive" de la economía latinoamericana habría empezado un poco antes y encontraba su explicación en el déficit de la balanza comercial

El desarrollo económico latinoamericano aminora después de 1950. Teniendo en cuenta el incremento demográfico, la renta nacional pasa del 2.7% anual entre 1945 y 1950, al 1.7% anual entre 1950 y 1961. Ello significa que tiende a desarrollarse a un ritmo sustancialmente idéntico al de la población, lo cual no quiere decir desarrollo, sino más bien estancamiento económico. El descenso de la tasa de desarrollo de la renta nacional de los países latinoamericanos después de 1950 se debe a dos fenómenos estrechamente relacionados entre sí: la evolución del comercio exterior y la evolución del sector industrial. Por lo que hace referencia a la evolución del comercio exterior, observemos que, mientras entre 1950 y 1960 las exportaciones latinoamericanas aumentaron de 6,500 millones a 8,600 millones de dólares, las importaciones aumentaron más rápidamente: de 5,400 millones a 8,200 millones de dólares. La mayor expansión de las importaciones contribuyó a que la balanza de pagos se volviese negativa, cuando en el periodo anterior, gracias al mayor valor de las exportaciones con respecto a las importaciones, lograba cubrir su saldo negativo de las partidas corrientes y de las devoluciones de capitales en concepto de beneficios, amortización e intereses de las inversiones directas y de los préstamos.²²

Por donde se le viera, desde los cincuenta la economía latinoamericana pasaba por una crisis, para la cual hacia mediados de los sesenta aún no le encontraba salida. Por el contrario, la caída de los ingresos y salarios, el endeudamiento público, la creciente dependencia, etc., parecían un laberinto en el que América Latina había entrado sin hilo de Ariadna. Por ejemplo, la diferencia en el ingreso *per cápita* entre América Latina y Estados Unidos se había ensanchando en los últimos de forma preocupante: "La renta *per capita* de los norteamericanos, que en 1939 era de 555 dólares, aumentó en 1968, en tanto que en el mismo periodo, la de los mexicanos pasaba de 61 a 511, la de los argentinos de 218 a 551 y la de los brasileños de 44 a 271."²³

Lo único que crecía en aquellos años para las economías latinoamericanas era su dependencia hacia el capital extranjero, mayoritariamente estadounidense, ya sea como créditos o inversiones directas: "Los préstamos a los gobiernos latinoamericanos por parte de

²¹ Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 18ª ed., 1990, pp. 190-191.

²² Marcello Carmagnani, *América Latina de 1880 a nuestros días*, Barcelona, Oikós-Tau, 1975, pp. 42-43.

²³ Ribeiro, *op. cit.*, pp. 58-59.

Estados Unidos se duplicaron entre 1957 y 1962, pasando de 320 millones a 656 millones de dólares al año; asimismo entre 1950 y 1963 se duplicaron las inversiones directas acumuladas, pasando de 4,700 millones a 8,600 millones de dólares.²⁴ Con los capitales extranjeros llegaron una buena cantidad de empresas transnacionales: “En 1945 —sostiene Cueva— existían 182 subsidiarias norteamericanas dedicadas a actividades manufactureras en América Latina; en 1950 su número se eleva a 259 y en 1955 a 357; a partir de entonces experimentan un crecimiento aún más vertiginoso: 612 subsidiarias en 1960; 888 cinco años más tarde. En términos absolutos el capital norteamericano invertido en la industria latinoamericana ha pasado de 780 millones de dólares en 1950 a 2741 millones en 1965.”²⁵

Como si de una maldición se tratará, acaso un tragedia clásica en la que el destino latinoamericano estuviera comprometido, mientras más cerca del desarrollo se creían algunas naciones, más se enredaban en el subdesarrollo y más crecía su dependencia hacia Estados Unidos.

2. PRIMERAS CRÍTICAS, PRIMEROS DEBATES

PRIMER DEBATE: STAVENHAGEN Y GONZÁLEZ CASANOVA

Buenas y malas noticias. En los extremos geográficos e ideológicos del continente, Cuba y Brasil portaban las posibilidades y riesgos inmediatos para América Latina. El futuro de la región empezaba a insinuarse como una disyuntiva. La coyuntura política de aquellos días alentaba la polarización de las posiciones. Latinoamérica se pensaba a sí misma y se convertía en un campo de batalla de las ideas. Si bien la estrategia de *sustitución de importaciones* no había dado los resultados económicos prometidos, en el terreno de la reflexión y las ideas vivía sus mejores momentos en América Latina.

Rodolfo Stavenhagen

Descendiente de una familia emigrada de la Alemania nazi a México, Rodolfo Stavenhagen destapó la crítica contra —y los debates en torno— el desarrollismo y la teoría de la modernización. Luego de concluir sus estudios en la Universidad de Chicago (1949-1951) y de permanecer un año en la Universidad de París, Stavenhagen ingresó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en donde se inició en el trabajo de campo entre grupos y comunidades indígenas.

²⁴ Carmagnani, p. 43

²⁵ Cueva, *op. cit.*, p. 194.

En 1965 Stavenhagen era investigador de El Colegio de México y ese mismo año, el 25 y 26 de junio para ser precisos, *El Día* publicó un artículo de su autoría que se volvería referencia obligada en la discusión sobre el subdesarrollo latinoamericano: “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”. En unas cuantas páginas, hace casi cuarenta años que Rodolfo Stavenhagen planteó una severa crítica hacia algunos de los supuestos de la teoría de la modernización y del desarrollo, cultivados lo mismo por teóricos estadounidenses funcionalistas que por algunos sectores de la izquierda latinoamericana.

Para el actual relator especial de la ONU para los derechos humanos y libertades fundamentales de los indígenas, la discusión de los sesenta acerca del desarrollo y el subdesarrollo en América Latina estaba llena de falsos lugares comunes, de “dogmas”, de “tesis y afirmaciones equivocadas, erróneas y ambiguas [...]”, sobre todo en el extranjero”; así que, en pocas palabras, el objetivo de su artículo era refutar tales afirmaciones.

Sin referir ni identificar a las autores de las “tesis equivocadas”, la estrategia argumentativa que sigue Stavenhagen en su crítica sociológica consiste en enunciar cada una de las tesis para después refutarlas:

PRIMERA TESIS. *Los países latinoamericanos son sociedades duales.* “Esta tesis afirma que en los países latinoamericanos existen de hecho dos sociedades diferentes y hasta cierto punto independientes, aunque necesariamente conectadas: una sociedad arcaica, tradicional, agraria, estancada o retrógrada, y una sociedad moderna, urbanizada, industrializada, dinámica, progresista y en desarrollo. [...] Según esta tesis, cada una de las dos sociedades que se encuentran —y se enfrentan— así en cada uno de los países latinoamericanos tienen su dinámica propia.”²⁶

Para Stavenhagen, las ostensibles diferencias (económicas, políticas, sociales) entre zonas urbanas y rurales no justifican, pese a todo, la división dual de la sociedad por dos razones: “primera, porque los dos polos son el resultado de *un único proceso histórico*, y segundo porque las relaciones mutuas que conservan entre sí las regiones y los grupos ‘arcaicos’ o ‘feudales’ y los ‘modernos’ o ‘capitalistas’ representan el funcionamiento de *una sola sociedad global* de la que ambos polos son partes integrantes.”²⁷ [Cursivas en el original] Se trata de la irrupción temprana de un argumento, de una fórmula, de una imagen, que habremos de encontrar frecuentemente en la crítica dependencista: el desarrollo *como una*

²⁶ Rodolfo Stavenhagen, “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, en *Sociología y subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 3ª ed., 1975, pp. 15-16.

²⁷ *Ibidem*, p. 17.

moneda de dos caras, de múltiples apariencias pero siempre dicotómicas: sociedad tradicional-sociedad moderna, desarrollo-subdesarrollo, sectores feudales-sectores capitalistas de la economía...

Un solo proceso, simultáneo y global, con diferentes resultados para unos y otros (“ocurre —para decirlo con Galeano— que quienes ganaron, ganaron gracias a que nosotros perdimos”), en el que la “dualidad” de las sociedades latinoamericanas no expresa historias y dinámicas (económicas y políticas) independientes, sino las caras de esa misma moneda que es el desarrollo. Un polo determina al otro, no lo precede ni lo estorba, sino que lo condiciona: “Vemos, pues —colige Stavenhagen—, que en términos históricos el desarrollo y el subdesarrollo están ligados en América Latina, y que con frecuencia el desarrollo de una zona implicaba el subdesarrollo de otra.”²⁸ De allí que, según Stavenhagen, lo que importa para el análisis del subdesarrollo latinoamericano no sea la existencia de estas dos “sociedades” (dicotómicas) dentro de las naciones de la región sino explorar la relación (de sometimiento, de explotación, de lucro, de dominación) que existe entre el mundo moderno y la llamada sociedad tradicional.

SEGUNDA TESIS. *El progreso en América Latina se realizaría mediante la difusión de los productos del industrialismo a las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales.* “Esta tesis lleva implícitas otras, que no siempre se manifiestan con la misma claridad: 1) que el desarrollo del sector moderno, esencialmente expansionista, traerá consigo *ipso facto* el desarrollo del sector arcaico o tradicional; 2) que la ‘transición’ —como la llaman algunos estudios— del tradicionalismo al modernismo es un proceso actual, permanente e ineluctable en el que se verán envueltas las sociedades tradicionales que existen en el mundo de hoy; y 3) que los propios centros del modernismo no son sino resultado de la difusión de elementos ‘modernistas’ (técnicas *know how*, espíritu de empresa y, por supuestos, capitales) provenientes de los países actualmente desarrollados.”²⁹

Como se ve, se trata de algunos de los supuestos básicos de la teoría de la modernización que Stavenhagen refuta ampliamente: “a) Si bien es cierto que un sinnúmero de artículos de consumo han llegado en los últimos años a las zonas subdesarrolladas, ello no implica automáticamente el desarrollo de estas zonas, entendiéndose por desarrollo un aumento del bienestar social general [...]; b) La difusión de manufacturas industriales a las zonas atrasadas ha desplazado, con frecuencia, a florecientes industrias o artesanías locales

²⁸ *Ibid.*, p. 20.

²⁹ *Ibid.*, p. 21.

[...]; c) Este mismo proceso de difusión ha contribuido al surgimiento en las áreas rurales atrasadas de una clase social de comerciantes, intermediarios, usureros, acaparadores y habilitadores que concentran en sus manos una parte creciente del ingreso regional [...]; d) La 'difusión' no es con frecuencia más que la extensión al medio rural de los monopolios y monopsonios, con sus consecuencias negativas para un desarrollo balanceado y armónico. e) En cuanto al capital se refiere, el proceso de difusión ha sido más bien de las zonas atrasadas a las zonas modernas; existe una constante descapitalización de las áreas subdesarrolladas en los países latinoamericanos. f) El proceso de 'difusión' al que se atribuyen resultados tan benéficos ya tiene en América Latina más de cuatrocientos años y que, aparte ciertos focos dinámicos de crecimiento, el resto del continente está en la actualidad más subdesarrollado que nunca."³⁰

TERCERA TESIS. *La existencia de zonas rurales atrasadas, tradicionalmente y arcaicas es un obstáculo para la formación del mercado interno y para el desarrollo del capitalismo nacional y progresista.* En otras palabras, la sociedad agraria y sus tradiciones como un estorbo para la modernidad, los enemigos del progreso.

Una afirmación que Stavenhagen objeta por dos razones: "a) Porque, salvo raras excepciones, no existe en ninguna parte en América Latina un capitalismo nacional y progresista, ni existen las condiciones internacionales para que éste se desarrolle; b) Porque hasta ahora —y en el futuro previsible— existe un mercado interno suficiente entre la población urbana, un mercado en constante crecimiento por las razones apuntadas en los apartados anteriores, que tienen una gran potencialidad y que aún no es debidamente aprovechado, mientras que por otro lado existe, en esas mismas zonas urbanas, una capacidad industrial empleada a medias, por razones que nada tienen que ver con el mercado interno, sino con lucros, y que por mucho tiempo no necesitará preocuparse más que por abastecer estas zonas urbanas."³¹

Un planteamiento (éste que critica nuestro autor de marras) que, por lo demás, resultaba una especie de *broma cruel* de cara a los intentos frustrados —la mayoría de las veces, por el capital internacional y el gobierno de Estados Unidos en alianza con algunos sectores nacionales— por incentivar el desarrollo nacional a través del fortalecimiento del mercado interno, la modernización agraria, la formación de capital nacional en países como Brasil, Bolivia, Guatemala...

³⁰ *Ibid.*, p. 22.

³¹ *Ibid.*, p. 24.

CUARTA TESIS. *La burguesía nacional tiene interés en romper el poder y el dominio de la oligarquía terrateniente.* Lo que sostiene esta aseveración es, en el fondo, el supuesto de que existe “un conflicto de intereses profundo entre la nueva élite (o nueva clase alta), representada por los industriales y empresarios modernos, y la élite o clase alta tradicional (que deriva su preeminencia de la propiedad de la tierra). Si bien es cierto que en algunos países latinoamericanos la aristocracia latifundista ha sido eliminada por medios revolucionarios (siempre por parte del pueblo, nunca de la burguesía), en los demás no parece ocurrir ese conflicto de intereses. Por lo contrario, los intereses agrícolas, financieros e industriales se conjugan con frecuencia en los mismos grupos económicos, en las mismas compañías y aun en las mismas familias. [...] La burguesía encuentra en la oligarquía terrateniente más bien a un aliado para mantener el colonialismo interno, el cual en última instancia beneficia por igual a estas dos clases sociales.”³² Antes que conflicto, todo lo contrario entre la burguesía nacional y la oligarquía terrateniente: una alianza de intereses, de la cual se benefician mutuamente.

QUINTA TESIS. *El desarrollo en América Latina es creación y obra de una clase media nacionalista, progresista, emprendedora y dinámica, y el objeto de la política social y económica de nuestros gobiernos debe ser estimular la ‘movilidad social’ y el desarrollo de esta clase.*

Con un cierto tufo schumpeteriano, esta afirmación —colegia Stavenhagen— era una de las más difundidas, aunque igual que las anteriores, equívoca debido a que:

“1) En primer lugar, el concepto mismo de ‘clase media’ contiene ambigüedades y equívocos. Si se trata, como es el caso de frecuencia, de estratos que obtienen ingresos medios y que se sitúan, por lo tanto, entre los dos extremos de una escala económica, no se tiene más que un agrupamiento estadístico, no una clase social. Pero generalmente el concepto se refiere más bien a personas que se dedican a cierto tipo de ocupaciones, sobre todo en el sector terciario de la economía: el comercio y los servicios, y principalmente en el medio urbano; [...] 2) Muchas veces el término ‘clase media’ es un eufemismo para designar a la ‘clase dominante’; [...] 3) La tesis de la clase media da la idea de una masa potencialmente mayoritaria de la población que se recluta principalmente en los estratos bajos y que tarde o temprano ocupará totalmente el universo social, en el que los extremos altos y bajos ya no tendrán ninguna importancia económica los primeros, o numérica los segundos. Nada más utópico y falso. Ni

³² *Ibid.*, p. 26.

el crecimiento del sector terciario de la economía es garantía de desarrollo, ni el aumento de los sectores con ingresos ‘medios’ (una ficción estadística) hace desaparecer las desigualdades económicas y sociales. 4) Los sectores que integran la ‘clase media’ [...] no tienen generalmente las características que se le atribuyen. Dependen económica y socialmente de los estratos altos, están ligados políticamente a la clase dominante, son conservadores en sus gustos y opiniones, defensores del *status quo*, y sólo buscan privilegios personales. Como clase, se han enriquecido más en América Latina mediante la especulación y la corrupción que con el trabajo. 5) El concepto de ‘clase media’ es entendido a veces en términos de los hábitos de consumo de cierto tipo de poblaciones. 6) El fortalecimiento de la ‘clase media’ no tiene por meta esencialmente el desarrollo económico del país, sino la creación de una fuerza política capaz de apoyar a la clase dominante existente y de servir como amortiguadora de las luchas de clases que pueden poner en peligro la estabilidad de la estructura social y económica vigente. 7) Finalmente, la tesis de la clase media tiende a oscurecer el hecho de que en América Latina abundan las tensiones, las oposiciones y los conflictos entre las clases y las etnias; de que el desarrollo social y económico de nuestros países depende, en última instancia, de la adecuada solución de estos conflictos; y de que el crecimiento de los ‘sectores medios’ por muy impresionante que sea en ciertas regiones no constituye una solución a estos problemas, sino más bien su postergamiento y a veces hasta su agudización.”³³ Poco se puede agregar a lo dicho por Stavenhagen, si acaso que en esta tesis se expresa con mayor nitidez el filón ideológico del discurso desarrollista.

SEXTA TESIS. *La integración nacional en América Latina es producto del mestizaje.* Una aseveración frecuente, sobre todo, en naciones donde la diversidad étnica es significativa (como en Brasil, Bolivia, Perú...). A decir de Stavenhagen, “La falacia de esta tesis está en que el mestizaje biológico y cultural (proceso innegable en muchas partes de América Latina) no constituye, en sí mismo, una alteración de la estructura social vigente. Al igual que la tesis de la clase media, la del mestizaje atribuye a ciertos elementos de la población (definidos arbitrariamente, de acuerdo con criterios muy limitados) capacidades o características que no se poseen o, si las tienen, son ajenas a los criterios biológicos o culturales que sirvieron para definirlos. [...] Por lo demás, la tesis del mestizaje esconde generalmente un prejuicio racista (aunque sea inconsciente): y es que, en lo biológico, sobre todo en los países en que la población mayoritaria acusa rasgos indígenas, el mestizaje significa un ‘blanqueamiento’, por

³³ *Ibid.*, pp. 27-32.

lo que las virtudes del mestizaje esconden un prejuicio en contra de lo indígena.”³⁴ Un prejuicio que, hasta ahora, evita decir su nombre y, frecuentemente, utiliza el argumento de la integración nacional contra la diversidad étnica y cultural.

SÉPTIMA TESIS. *El progreso en América Latina sólo se realizará mediante una alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que impone la identidad de intereses de estas dos clases.* Más que una teoría, se trata de una fórmula retórica de la que insistentemente echaba mano la “izquierda ortodoxa”. Aspiración, deseo, estrategia... como sea, la alianza obrero-campesina no se concretó, incluso contra los mejores augurios revolucionarios: “[...] se afirma, con base en teorías desarrolladas por Lenin y Mao, que el éxito de la revolución socialista en América Latina depende de que la clase obrera y la clase campesina hagan un frente común ante la burguesía reaccionaria y al imperialismo.” Con todo, “Las experiencias históricas recientes no aportan un solo ejemplo de que la alianza obrero-campesina hubiera tenido lugar.”³⁵

A mi entender, la crítica de Stavenhagen puede comprenderse a través de un concepto clave: *colonialismo interno* —esa “relación orgánica, estructural entre un polo de crecimiento o metrópoli en desarrollo y su colonia interna atrasada, subdesarrollada y en creciente subdesarrollo”—³⁶, a partir del cual 1) refuta la difundida visión dualista de las sociedades latinoamericanas (lo tradicional *versus* lo moderno, el campo *versus* la ciudad, lo artesanal *versus* lo industrial), al establecer que ambos polos de esta dicotomía provienen de un mismo proceso; 2) cuestiona los presupuestos teóricos del industrialismo cepalista, al demostrar que el *proceso imitativo* no zanja la distancia entre el centro desarrollado y la periferia subdesarrollada y empobrecida; e 3) introduce el análisis de la dinámica local de la periferia (no respecto a los países centrales sino a la metrópolis nacional) como un factor que permite explicar el subdesarrollo latinoamericano.

Al concentrarse en el análisis “local” de las asimetrías políticas y económicas que definen la relación entre América Latina y las naciones más desarrolladas, Stavenhagen arriba a dos hallazgos: a) descubre que algunos de los mecanismos, formas y relaciones de dominación que gobiernan el orden internacional, se reproducen —por decirlo de alguna forma— hacia dentro de los países subdesarrollados; y b) que el discurso —dualista— de la

³⁴ *Ibid.*, pp. 32-33.

³⁵ *Ibid.*, p. 34.

³⁶ *Ibid.*, p. 37.

modernización que pretende ofrecer una explicación (¿justificación?) respecto a las diferencias entre naciones subdesarrolladas y países desarrollados —según la cual el subdesarrollo es el primer paso hacia el desarrollo— *no funciona* en el análisis local (las “siete tesis” lo demuestran) y, en consecuencia, tampoco en el sistema mundial.

En otras palabras, de la misma manera en que en una nación subdesarrollada la pobreza y el atraso de la “sociedad rural” explican la riqueza de la sociedad moderna, en el sistema mundial el subdesarrollo de algunas naciones es consecuencia del desarrollo de otras. Por tanto, no hay “retraso” del sector agrario respecto al industrial en una sociedad, tampoco entre un país de la periferia y otro del centro. El problema no es de tiempo, es decir, de que algunos sectores sociales o naciones enteras se subieron más tarde o al último al autobús del progreso, sino del tipo de relación histórica, política y económica —colonial— que se estableció entre unos y otros al exterior y al interior: entre la oligarquía agraria y los campesinos, entre la burguesía y los obreros, entre los países coloniales y sus colonias. “Casi todos los países subdesarrollados del mundo han sido colonias de las potencias europeas; y no sólo eso sino que los países más subdesarrollados en la actualidad (los de África) son los que sufrieron la colonización en épocas más recientes, en plena revolución industrial europea.”³⁷

Visto así, lo que explicaría el subdesarrollo no es el déficit de modernización o el retraso en el proceso de industrialización, sino el colonialismo, que además se reproduce hacia adentro de las naciones periféricas: *colonialismo interno*. “Al crear en sus colonias economías dependientes y vulnerables, las metrópolis coloniales contribuyeron a dos procesos paralelos: al desarrollo de sectores dinámicos y modernos y al desarrollo de sectores subdesarrollados y tradicionales (es decir, al desarrollo y al desarrollo del subdesarrollo). Los sectores ‘tradicionales’ llegaron a ser verdaderas ‘colonias internas’ de los sectores modernos, al servir a éstas como fuentes de abastecimiento de materias primas y mano de obra baratas, al ver su propio desarrollo limitado y aun desviado según los intereses de la metrópoli, al verse sometidos en lo político y social a los dictados de la metrópoli.”³⁸

Una a una, las “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” van descubriendo la trampa de la modernización: el encubrimiento del colonialismo. Como he dicho, no fue Stavenhagen el único ni el primero en apuntar sus críticas hacia la modernización. Incluso, no fue el único en recurrir al concepto de colonialismo interno para explicar el subdesarrollo latinoamericano. Igualmente crítico pero con una concepción distinta, Pablo González Casanova echó mano de la noción de *colonialismo interno*. Las diferencias respecto a la

³⁷ Stavenhagen, “Estructura social y subdesarrollo”, *Sociología...*, *op. cit.*, p. 195.

³⁸ *Ibidem*, p. 203-204.

interpretación de Stavenhagen dieron lugar a una de las primeras polémicas entre críticos de la modernización.

Pablo González Casanova

Académico y funcionario de larga trayectoria en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Pablo González Casanova ha contribuido significativamente, desde hace ya varias décadas, en la reflexión teórica, política e histórica sobre América Latina.

Hacia 1965, González Casanova —entonces director de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM— publicó uno de sus libros más difundidos: *La democracia en México* (editado por Era luego de ser rechazado por el Fondo de Cultura Económica), en el que emprendió la exploración de las estructuras sociales y políticas que prevalecían entonces en México, a través de un método en el que procura integrar el análisis marxista y la sociología cuantitativa. A lo largo del libro, pero sobre todo en el capítulo VIII (“Estructura política y desarrollo económico”),³⁹ Pablo González empieza a introducir categorías que más tarde serían centrales en su obra: explotación y colonialismo interno.

Unos años más tarde, en 1969, González Casanova reúne algunos de sus textos bajo un solo título: *Sociología de la explotación*. Además del abordaje sociológico sobre la explotación en la periferia, en este volumen desarrolla el concepto de *colonialismo interno*. Precisamente es este análisis lo que distingue —a juicio del sociólogo Marcos Roitman— a González Casanova respecto de sus contemporáneos, salvo por Stavenhagen cabría el mentís: “El enunciado y cuestionamiento de las relaciones sociales de explotación y de colonialismo interno abren una brecha y establecen distancia entre Pablo González Casanova y sus contemporáneos, enfrascados en el debate dependencia *versus* modernización.”⁴⁰

El *colonialismo interno*, para decirlo en pocas palabras, sostiene —en la versión de González Casanova— que el análisis de la explotación en los países subdesarrollados no puede explicarse con las herramientas marxistas, en particular a través del concepto de clase, ya que en la medida en que las sociedades subdesarrolladas son más complejas, los mecanismos sociales y económicos de explotación y dominación se multiplican y no dependen del enfrentamiento entre dos clases: “La estructura colonial y el colonialismo interno se distinguen de la estructura de clases, porque no son sólo una relación de dominio y explotación de los trabajadores por los propietarios de los bienes de producción y sus colaboradores, sino una relación de dominio y explotación de una población (con sus distintas

³⁹ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, Era, 11ª ed., 1979, pp. 163-179.

⁴⁰ Marcos Roitman, *Pensamiento sociológico...*, op. cit., p. 120.

clases, propietarios, trabajadores) por otra población que también tiene distintas clases (propietarios y trabajadores). La estructura interna colonial y el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con las relaciones de la estructura de clase, y suficientes diferencias con las relaciones de la estructura ciudad-campo como para utilizarla como instrumento analítico. Su función explicativa necesariamente aclarará estas diferencias.”⁴¹

La diversidad social y económica de las regiones subdesarrolladas de América Latina obligan a González Casanova a abandonar el análisis marxista más elemental del enfrentamiento entre clases, como si fueran bloques homogéneos y perfectamente definidos en la sociedad. La explotación se vuelve más compleja, observa con tino Pablo González. Procede de varios frentes y tiene varias dimensiones, por ejemplo, el piso más alto de esta explotación sería aquel que involucra la relación *colonial* entre las economías centrales y los países subdesarrollados: la explotación de materias primas y mano de obra barata, el monopolio comercial que la metrópoli ejerce sobre los productos de la periferia, el carácter secundario que tiene para la metrópoli la economía de los países subdesarrollados, etc.; un segundo nivel estaría localizado al interior de la periferia: en las estructuras que sostienen la relación entre la metrópoli (los centros urbano-industriales) y los suburbios. Pero además, al interior de cada una de estos polos, se registra una compleja red de explotación y dominación entre diversos grupos sociales.

Los dos bandos clásicos del análisis marxista parecen diluirse entre los múltiples intereses (económicos, políticos, sociales, culturales) de los diversos grupos que participan tanto en las formaciones centro-periferia de los países centrales, como en las estructuras centro-periferia en las regiones periféricas del sistema capitalista.

Pero la noción de colonialismo interno no sólo reemplaza la categoría de lucha de clases en el análisis del subdesarrollo. Hasta aquí, parece evidente que las relaciones de explotación en el capitalismo de los sesenta ya no se podían explicar a través del enfrentamiento entre dueños de los medios de producción y vendedores de su fuerza de trabajo.

Acaso la originalidad del concepto de colonialismo interno radica en sostener un cierto *continuum colonial*, es decir, la *permanencia de formas coloniales* aún en Estados nacionales formalmente independientes y soberanos: “Es un hecho conocido que al lograr su independencia las antiguas colonias, no cambia súbitamente su estructura internacional e interna. La estructura social internacional continúa en gran parte siendo la misma y amerita

⁴¹ Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, 10ª ed., México, Siglo XXI, 1980, p. 241.

una política de 'descolonización', según se ha visto con toda claridad, particularmente con por los dirigentes de las nuevas naciones y por los investigadores europeos. En el terreno interno ocurre otro tanto, aunque el problema no haya merecido el mismo énfasis sino observaciones ocasionales. Las nuevas naciones conservan, sobre todo, el carácter dual de la sociedad colonial, que ameritan un estudio objetivo y sistemático.⁴²

En suma, el colonialismo interno permite, a decir de González Casanova, constatar que 1) En las sociedades plurales las formas internas de colonialismo permanecen después de la independencia política y de grandes cambios sociales como la reforma agraria, la industrialización, la urbanización y movilización; 2) El colonialismo interno como *continuum* de la estructura social de las nuevas naciones, ligado a la evolución de los grupos participantes y marginalizados del desarrollo, puede constituir un obstáculo más a la integración del sistema de clases típico de la sociedad industrial, y oscurecer de hecho la lucha de clases, por una lucha racial; 3) El colonialismo interno explica, en parte, el desarrollo desigual de los países subdesarrollados; 4) El valor práctico y político de la categoría de colonialismo interno quizás se distingue de otras categorías en que éstas proporcionan sobre todo un análisis psicológico y valorativo, útil para el diseño de políticas de comunicación, propaganda y educación, en tanto que la noción de colonialismo interno no es sólo psicológica sino estructural.⁴³

Antes que la dependencia, sería el colonialismo lo que daría cuenta del desarrollo de unos cuantos países y del subdesarrollo de docenas de naciones formalmente autónomas y soberanas.

Recientemente, Marcos Roitman ha sugerido la evolución de ese concepto en la obra de González Casanova: "Si para González Casanova el colonialismo interno es una categoría que estudia fenómenos de conflicto y explotación, su evolución está marcada por el desarrollo que sufren los procesos de cambio en la producción y reproducción del orden social. Es este desarrollo lo que hace que la categoría colonialismo interno se transforme en una categoría más inclusiva denominada *colonialismo global*",⁴⁴ desarrollada en un largo ensayo ("El colonialismo global y la democracia"),⁴⁵ publicado en 1996.

La discusión

⁴² *Ibidem*, p. 239.

⁴³ *Ibidem*, pp. 249-250.

⁴⁴ Marcos Roitman, *op. cit.*, p. 131.

⁴⁵ Samir Amín y Pablo González Casanova (coords.), *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. II. El Estado y la política en el sur del mundo*, Barcelona, Anthropos/UNAM, 1996, pp. 11-144.

A la distancia, las discrepancias entre ambos autores no parecen mayores, al menos si se contrastan con las afinidades entre los dos planteamientos sobre el colonialismo interno. Como sea, esta discusión expresa una característica que definirá la reflexión latinoamericana de aquellos años: su vocación crítica, su abierta disposición a la confrontación teórica, su ánimo polemista..., que le permitirá, como en el caso que nos ocupa, abrirse paso hacia nuevas rutas de pensamiento.

En esa dirección apunta Zapata Schaffeld cuando acentúa que “El debate [...] que tuvo lugar entre 1963 y 1969, contribuyó significativamente a la elaboración de una perspectiva específica con relación a la cuestión de la dependencia. En efecto, la contribución de González Casanova y de Stavenhagen mostró la insuficiencia de enfocar la dependencia desde el punto de vista de la relación centro-periferia y la necesidad de referirse también a lo que ocurría en la periferia propiamente tal. Pues las relaciones sociales entre dominantes y dominados dentro de la sociedad periférica, si bien resultan de una determinada relación con el centro poseen también un grado de autonomía que repercute en la dirección que toma el proceso de desarrollo dentro de la periferia. Así, el aporte de los sociólogos mexicanos confiere al problema de la caracterización de nuestras necesidades un mayor grado de complejidad que vale la pena considerar en la perspectiva global.”⁴⁶

Con todo, más que el debate, lo que aporta este capítulo al análisis del subdesarrollo latinoamericano es el planteamiento del colonialismo interno, concepto que comparten, en términos generales, Rodolfo Stavenhagen y Pablo González Casanova.

Como lo veo, más que teóricas, las diferencias eran políticas: qué tan cerca o tan lejos se ubica cada autor respecto del análisis marxista. Conviene tener presente que aquellos eran tiempos de militancia y de compromisos intelectuales, rayanos en el dogmatismo —aunque no es el caso de los autores que nos ocupan.

En consecuencia, la lectura que propongo de este capítulo parte de esta hipótesis: el debate entre Stavenhagen y González Casanova tiene más filones políticos que teóricos, merced a dos elementos: a) las coincidencias teóricas entre ambos autores respecto al colonialismo interno son mayores que sus diferencias; y b) la discusión se centra en el alcance y función que le atribuye cada autor a la categoría de clases sociales dentro de las estructuras coloniales de dominación.

Al menos en cuatro puntos convergen Rodolfo Stavenhagen y Pablo González Casanova, acerca del colonialismo interno: 1) Para ambos, a través de este concepto se

⁴⁶ Francisco Zapata, *Ideología y política...*, op. cit., pp. 259-260.

explica el subdesarrollo de Latinoamérica; 2) El colonialismo es un *continuum* en las formas de explotación y dominio político, económico, cultural y social, que proviene de la colonización pero que aún durante los procesos de descolonización conserva ciertas estructuras que favorecen el “desarrollo del subdesarrollo”; 3) La permanencia de una *sociedad dual* como consecuencia calculada del desarrollo, en la medida que este proceso alienta —al mismo tiempo pero en diferente proporción—, el desarrollo que el subdesarrollo en distintas regiones de los países latinoamericanos; 4) El colonialismo interno es sobre todo un fenómeno estructural que determina la relación entre el desarrollo y el subdesarrollo.

En contraste, lo que da lugar a la polémica es el tratamiento analítico de las clases sociales: su estructura y funcionamiento dentro del sistema capitalista. Con mayor distancia respecto al análisis marxista, para González Casanova la relación de dominio y explotación dentro de las formaciones coloniales (en sus dos pistas, externa e interna) son muy distintas a la estructura “canónica” de clases —por llamarla de algún modo—, es decir, aquella representada por una estampa de las fábricas inglesas, donde los obreros eran explotados por los propietarios y azotados por los capataces.

La diferencia entre ambas es histórica: Inglaterra no fue una colonia, América Latina sí. La fábrica inglesa es producto del desarrollo de los centros capitalistas; en contraste, las relaciones de explotación en el Tercer Mundo expresan la forma en que fueron incorporadas al sistema capitalista las naciones latinoamericanas: como colonias; de allí que las formas de dominio y explotación, así como las relaciones que generan, sean mucho más complejas y diversificadas: en el colonialismo interno “la explotación es combinada —mezcla de feudalismo, esclavismo, capitalismo, trabajo asalariado y forzado, aparcería y peonaje, servicios gratuitos. Los despojos de tierras de las comunidades indígenas tienen las dos funciones que han cumplido en las colonias: privar a los indígenas de sus tierras y convertirlos en peones asalariados. La explotación de una población por otra corresponde a salarios diferenciales por trabajos iguales (minas, ingenios, fincas de café), a la explotación conjunta de los artesanos indígenas por la población ladina (lana, ixtle, palma, mimbre, cerámica) [...] Esta situación corresponde a diferencias culturales...”⁴⁷

Visto así, para González Casanova el colonialismo interno implica el reconocimiento de la multiplicación y entrecruzamiento de grupos y formas de dominación y explotación que no sólo señalan las limitaciones del análisis marxista de clases, sino de la configuración

⁴⁷ González Casanova, *op. cit.*, pp. 246-247.

centro-periferia en la medida en que esa polaridad impide ver con claridad algunas formas de explotación endémicas, sobre todo aquellas en las que se involucran minorías étnicas.

En sentido opuesto, Stavenhagen es la afirmación de la estructura de clases, incluso en estructuras coloniales. Es en la “quinta tesis” —la crítica al concepto de “clase media”— que Stavenhagen asegura la vigencia de una estructura elemental de clases sociales. En ese contexto, la “clase media” funciona como una ilusión que oscurece el enfrentamiento original entre clases. Además, entre otras roles funcionales al *establishment*, la “clase media” permite ocultar —o al menos lo intenta— los conflictos entre clases, ya que se presenta como una suerte de síntesis entre clases; la clase media es, también, una fuerza política funcional a la clase dominante; por último, la posibilidad de la que dispone esta clase para acceder a ciertos productos y servicios no implica cambio en la estructura de las clases ni en las desigualdades de ingresos de la población.

“En Stavenhagen —colige Zapata Schaffeld— nos acercamos a una perspectiva en la que el marco de referencia marxista tiene un papel central. Fiel a su concepción de la estructura de clases como un fenómeno de relaciones que definen determinados modos de organización de la sociedad y no como reflejo del grado de las fuerzas productivas, Stavenhagen identifica a las relaciones de clase y no a las clases como el objeto fundamental del análisis; así, el colonialismo interno constituye una etapa dentro de un proceso de relación entre clases que va siendo cada vez más claro y explícito.”⁴⁸

A pesar de la creciente diversidad de grupos sociales inmersos en estructuras coloniales, ¿permanece el esquema marxista de clases —como sostiene Stavenhagen? ¿La heterogeneidad cultural —que documenta González Casanova— supone que las grandes decisiones políticas, las ganancias económicas y las formas de explotación se han dividido en muchas manos? ¿Cuáles son las implicaciones, en términos de poder político y económico, de que las formas de explotación y dominio se hayan multiplicado?

¿Cuál es la importancia, para el análisis del colonialismo interno, la existencia de una estructura elemental de clases o una múltiple y compleja? ¿En qué cambia el análisis?

Hasta donde conozco, ninguna de estas y otras preguntas encontró respuesta entre los polemistas. Y es que cuando se confrontan ambas propuestas, acerca del colonialismo interno, salta a la vista que las diferencias entre Stavenhagen y González Casanova al final no los separan: ambos son teóricos del colonialismo interno y pese al lugar que conceden dentro de su análisis al concepto de clases, el planteamiento es muy parecido.

⁴⁸ Francisco Zapata, *ibidem*.

Insisto en la hipótesis que propuse acerca de este debate: más que teóricas, sus diferencias son político-ideológicas: qué tan cerca o lejos se encuentran de la tradición marxista. Al final, una polémica ideológica que, por lo demás, no sería la única ni la más sonora en aquellos años.

SEGUNDO DEBATE: GUNDER FRANK, PUIGGRÓS Y LACLAU

Aunque ya lo dije, lo diré de nuevo pero con otras palabras: en aquellos años parecía que todos tenían algo que decir, y lo decían. La discusión sobre el futuro —es decir el pasado y presente de América Latina— no era sólo un asunto de académicos, teorías y aulas, sino de movilizaciones, esperanzas y calles...

Paralelo al debate Stavenhagen-González Casanova, en la región irrumpe otra discusión entre André Gunder Frank y Rodolfo Puiggrós —que también fue publicada por primera vez en el periódico mexicano *El Día* en 1965—, a la que poco después se incorporará Ernesto Laclau. Más altisonante y rijoso que el anterior, en este debate a tres voces se polemiza, sobre todo, el “modo de producción” predominante en Latinoamérica, a partir de un diagnóstico acerca de la cuestión agraria en la región. De uno y otro lado, los argumentos teóricos, políticos e ideológicos resultan —a la distancia— un termómetro del clima intelectual y político de América Latina en aquellos años.

Gunder Frank: *capitalismo temprano de AL*

Un autorretrato. Dice Gunder Frank (1929) de sí mismo: “Yo era, fundamentalmente, un irresponsable, un intelectual esquizofrénico: mantenía separadas mis opiniones políticas y mi labor intelectual o profesional, aceptando las teorías científicas más o menos como me eran entregadas y formando mis criterios políticos en respuesta al sentimiento que los hechos aliados me inspiraban. Como muchos de mis colegas, yo era un liberal.”⁴⁹

Mea culpa o *contrición*, lo que se percibe en André Gunder Frank —al menos en su primer libro, del cual fue extraído el párrafo anterior— es la *conversión* de un *liberal* a un intelectual de izquierda, un teórico politizado, militante y comprometido con la “revolución socialista” en América Latina.

Berlinés de nacimiento pero avecinado en Estados Unidos, a partir de la segunda mitad de los sesenta la obra de André Gunder Frank se convierte en uno de los referentes teóricos más conocidos acerca del subdesarrollo latinoamericano. Egresado de la Universidad

⁴⁹ André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 6ª ed., 1978 [la primera edición en español es de 1970 y en inglés de 1965], pp. 6-7.

de Chicago, Luego de reunir una serie de artículos (escritos durante la primera mitad de esa década), el antropólogo y economista da forma a su primer libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, publicado —la primera versión— en inglés en 1965 y traducido al francés e italiano en 1969 y hasta 1970 al español, lo cual le da a Gunder Frank una enorme proyección (internacional), sobre todo en Europa y Estados Unidos.

Se vuelve uno de los teóricos más conspicuos que reflexionan sobre los problemas del llamado Tercer Mundo, de los más leídos pero quizás, también, uno de los más criticados. De todos lados le caen críticas y, en menor número, elogios: lo mismo desde la Unión Soviética (a través de las plumas de Víctor Volski y B. N. Brodovich), que de Italia (Renato Sandri y Ruggiero Romano), pasando por Estados Unidos (el historiador marxista Eugene Genovese) hasta llegar, desde luego, a América Latina, en donde Mauricio Lebedensky (Argentina), Armando Córdova (Venezuela), José Rodríguez (Chile), Theotônio Dos Santos (Brasil), entre otros, cuestionan algunas tesis o, en otros casos, el esquema general de Gunder Frank.

Una de las tempranas y más fuertes críticas a su obra y que, además, dio pábulo a uno de los primeros debates de Frank, es aquella formulada por Rodolfo Puiggrós en 1965. Como he dicho, este debate —mientras se mantuvo entre los dos teóricos, ya que más tarde se incorporó Ernesto Laclau— vio la luz en las páginas del *Gallo Ilustrado* (suplemento de *El Día*), el 31 de octubre y el 28 de noviembre. Al siguiente año (octubre de 1966), el debate fue reproducido en *Izquierda Nacional*, de Buenos Aires, Argentina. Años más tarde, en 1973, la editorial colombiana Oveja Negra reunió los textos de Gunder Frank, de Rodolfo Puiggrós y Ernesto Laclau en un solo volumen —del cual proviene la mayoría de las referencias que empleo en adelante.

En el origen, la polémica se derivó, a mi entender, de las siguientes tesis de Gunder Frank:

1. *La estructura metrópoli-satélite*. Esta es la clave de su modelo analítico. El lugar que se ocupe en el sistema capitalista determina la suerte histórica de las naciones y de millones de personas, en la medida en que la metrópoli y sus réplicas en la periferia se apropian del excedente económico de los países satélites; proceso que se traduce en el enriquecimiento de la metrópoli y el empobrecimiento de las economías satelitales.

Esta configuración metrópoli-satélite que propone Gunder Frank reconoce varios niveles: en cada uno de los dos polos existen conformaciones dicotómicas semejantes, de tal manera que dentro de las naciones que constituyen la “metrópoli-mundo” (por decir el centro del sistema capitalista mundial) habría varios satélites, los cuales funcionan —hacia abajo en este

encadenamiento— como metrópolis periféricas; cada uno de estos satélites que hacen las veces de metrópolis, da lugar a otros desdoblamientos semejantes, en otras palabras: dentro de las regiones satelitales —como América Latina— se encuentran algunas metrópolis, esto es, ciudades más o menos subdesarrolladas (como Buenos Aires, São Paulo, la ciudad de México) que el resto de los países que las rodean.

Es a partir de esta estructura que se pueden entender las siguientes premisas:

- a) *Que el desarrollo y subdesarrollo dependen de la posición que se ocupe dentro del sistema capitalista:* La clave está en el lugar y la distancia con respecto a la metrópoli mundial, por ello “en contraste con la metrópoli central, el desarrollo de las metrópolis nacionales y otras metrópolis subordinadas está limitado por su calidad de satélites”,⁵⁰ de allí que

- b) *Los satélites más subdesarrollados son aquellos más integrados (por decir subordinados) al encadenamiento estructural metrópoli-satélite,* por ello “los satélites experimentan su mayor desarrollo económico y especialmente su mayor desarrollo industrial clásicamente capitalista siempre y cuando los lazos con sus metrópolis sean los más débiles.”⁵¹ Una tesis que refuta, según destaca Gunder Frank, el lugar común acerca de que a menor distancia con las metrópolis, mayores posibilidades de desarrollo tendrían los países satélites; premisa que también explica que

- c) *Los satélites (regiones y países) más subdesarrollados y de apariencia feudal son precisamente aquellos que históricamente han estado más integrados al sistema capitalista, a las metrópolis;* se trata, pues, de esas “regiones que fueron los más grandes exportadores de productos hacia la metrópoli mundial y las fuentes más grandes del capital y que fueron abandonadas por la metrópoli cuando por una razón u otra los negocios decayeron. Esta hipótesis también contradice la tesis generalmente aceptada que la fuente del subdesarrollo de una región es su aislamiento y sus instituciones precapitalistas.”⁵² Hipótesis que además introduce uno de los planteamientos más polémicos de la obra de Gunder Frank:

2. *El subdesarrollo y las relaciones feudales de América Latina no son lastres o vestigios de un orden feudal aún no superado en la región, sino el resultado del desarrollo económico del*

⁵⁰ André Gunder Frank, “El desarrollo del subdesarrollo”, en *América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?*, Colombia, Oveja Negra, 2ª ed., 1974, p. 41.

⁵¹ *Ibidem*, p. 42.

⁵² *Ibidem*, p. 47.

sistema capitalista global. En palabras de Gunder Frank: “es difícil de entender por qué o de qué manera, como se afirma, el sistema capitalista comercial e industrial en expansión pudo tener el interés o la posibilidad de establecer un sistema feudal, es decir, cerrado, en América Latina. Desde luego, hizo todo lo contrario: incorporó a América Latina, o igualmente a Asia y África, dentro de su propia estructura. En este proceso, por cierto que surgió una especie de sociedad dual en América Latina, pero no en el sentido arriba mencionado de dos partes separadas, un sector campesino, ‘feudal’, aislado de la sociedad capitalista nacional e internacional. Al contrario, es una sociedad dialécticamente dual con partes diferentes, pero no separadas: una explotada por la otra.”⁵³

Desde este encuadre, Gunder Frank propone una interpretación a contracorriente de una de las *evidencias* de los resabios feudales en Latinoamérica: el latifundio, que habría surgido como una empresa funcional a los requerimientos de la expansión del mercado nacional y mundial.

Contrario a la opinión más o menos común e incluso la especializada, de entonces, acerca de que los latifundios latinoamericanos tenían su origen de la transferencia de instituciones feudales europeas y/o en la depresión económica, Gunder Frank sostiene que “el surgimiento de los latifundios, que ahora están realmente más o menos aislados (aunque no totalmente), podría ser atribuido a [...] la declinación de las empresas agrícolas antes provechosas cuyo capital era llevado, y cuyo superávit producido en la actualidad aún es llevado, a otras partes por dueños y comerciantes que frecuentemente son las mismas personas o familias.”⁵⁴ En todo caso, según esta interpretación, si prevalecen algunas relaciones o estructuras de tipo feudal, de este sistema “cerrado” o precapitalista en América Latina es porque aún siguen siendo funcionales al plexo de metrópolis y satélites que constituyen el sistema capitalista.

De este diagnóstico sobre el lugar de América Latina en la economía mundial, Gunder Frank arriba a una tercera tesis igualmente polémica:

3. *Si el subdesarrollo de aquellas naciones satélites depende del grado de integración a las metrópolis, entonces, estas naciones sólo pueden desarrollarse a condición de romper, por medio de una revolución socialista, estos lazos comunicantes por los que se drenan los excedentes de los satélites hacia las metrópolis.* El razonamiento de Gunder Frank era el siguiente: “La pobreza y la riqueza son los síntomas del subdesarrollo y del desarrollo, los

⁵³ André Gunder Frank, “Feudalismo no: capitalismo”, *América Latina, op. cit.*, pp. 15-16.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 50.

cuales a su vez están arraigados en la estructura explotadora del sistema colonialista-imperialista-capitalista y determinan que este tome la forma del rascacielos de aluminio o del camino del tabaco. El desarrollo no puede, por lo tanto, irradiarse desde el centro a la periferia. La periferia, en cambio, puede desarrollarse sólo si rompe las relaciones que la han hecho y mantenido subdesarrollada, o bien destruyendo la totalidad del sistema.”⁵⁵

De las tesis anteriores se sigue que la revolución que América Latina necesitaba no debía plantearse dejar atrás el feudalismo y, por tanto, ponerse en manos de la burguesía, sino que debía concentrarse en cortar el cordón umbilical con la metrópoli mundial. El enemigo no era el feudalismo sino el capitalismo. Y el protagonista de esta lucha no era la burguesía reformista sino el “pueblo revolucionario.” Asunto de suma y resta, lo que seguía entonces no era la revolución burguesa, sino la socialista. La interpretación de Gunder Frank pretendía ahorrarle varias décadas y una revolución a América Latina. Nobles intenciones, pero sólo eso.

Como lo veo, son estas tesis —según mi lectura del Gunder Frank— las que encienden la mecha de este memorable debate.

Rodolfo Puiggrós: *Latinoamérica feudal*

Exiliado en México a causa del golpe militar en Argentina, Rodolfo Puiggrós (1906-1980) leyó de primera mano, en las páginas del periódico *El Día*, las tesis de Gunder Frank.

Por aquel tiempo (1965), Puiggrós era profesor en la UNAM, pero más importante aún, ya había publicado gran parte de su obra: *De la colonia a la revolución* (1940), *Historia económica del Río de la Plata* (1945), *Historia crítica de los partidos políticos*, *La España que conquistó al nuevo mundo* (1961), *Génesis y desarrollo del feudalismo* (1965) y estaba a punto de publicarse *Las izquierdas y el problema nacional* (1966). Así que Puiggrós era un historiador conocido, especialista en la conquista española y en la Colonia. Pero además era un comprometido profesor marxista, un militante del Partido Comunista argentino (desde su fundación en 1921) y, a partir de 1946, un peronista confeso.

Si alguna intención tienen estas referencias biográficas es la de sostener que, a mi entender, la crítica del historiador argentino a Gunder Frank está construida, por un lado, desde su campo de especialización, la historia, y, por el otro, a partir de la tradición marxista. Estratégica en varios sentidos (por lo menos político y argumentativo), la acometida que Puiggrós emprende coloca en un segundo plano la discusión o, mejor aún, la interpretación

⁵⁵ *Ibid.*, p. 17.

marxista de América Latina, y en su lugar ataca por el flanco histórico: es allí donde emplaza el campo de batalla con Gunder Frank, es decir, un terreno ya conocido.

Según lo veo, la crítica de Rodolfo Puiggrós (*Los modos de producción en Iberoamérica*) se podría plantear en cuatro tesis:

1. *Tras la conquista española y portuguesa de América, prevaleció el modo de producción feudal.* Si en América Latina se conservan algunos resabios feudales es porque durante varios siglos la región fue feudal. “El sentido común, antes que la ciencia, se resisten a admitir que los españoles vinieran a nuestro continente como burgueses a organizar sociedades capitalistas. Además de no configurar una burguesía colonizadora no operaron sobre tierras vírgenes y despobladas como los colonizadores anglosajones de América del Norte. El modelo de producción que se organizó en nuestra América en el siglo XVI derivó de la simbiosis del orden social de los conquistadores con el orden social de las comunidades precolombinas.”⁵⁶ Y su resultado fue un orden feudal que se impuso por la preeminencia, a su vez, de Castilla en la empresa conquistadora y la colonización de América.

2. *El descubrimiento y colonización de América extendieron la vida del feudalismo español.* Si bien la idea original de conquistar toda una región proviene de ciudades mediterráneas donde se expresaron tempranamente algunas formas de capitalismo, fue finalmente el feudalismo español quien financió la incursión y con ello extendió —gracias a la explotación de las nuevas colonias su agonizante régimen feudal: “la burguesía comercial —afirma, contundente, Puiggrós— de las ciudades manufactureras de España e Italia descubrió América. Pero esa burguesía comercial era impotente por su propia naturaleza de clase y por sus escasos recursos para la magna tarea de ocupar y colonizar un gran continente. La conquista colonizadora de nuestra América tenía que ser militar y religiosa, y estar apoyada por la mayor potencia de fines del siglo XV, el reino de Castilla, Colón y sus financistas no tardaron en ser desplazados por quienes antes combatieron sus proyectos de viaje rumbo a Occidente.”⁵⁷ América se convirtió, durante varios siglos, en un feudo de España que “derramó en los territorios transatlánticos los elementos de su régimen feudal en descomposición.”⁵⁸

3. *América Latina se define como feudal porque su modo de producción no prevalecen algunos de los siguientes elementos que definen capitalismo:* Puiggrós reconoce como

⁵⁶ Rodolfo Puiggrós, “Los modos de producción en Iberoamérica”, en *América Latina...*, op. cit., pp. 61-62.

⁵⁷ *Ibidem*, pp. 62-63.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 65.

capitalista un modo de producción que se defina por: “1. La acumulación y la reinversión del capital; 2. La producción mercantil desarrollada, no la simple producción de excedentes de una economía de subsistencia; 3. La existencia de capitalistas y obreros; 4. La renta de la tierra y la movilidad mercantil de la propiedad agraria; 5. La amplia circulación de mercadería en mercados internos; 6. La manufactura independiente de la economía agraria; 7. Ideologías, instituciones y Estados que en alguna medida representaron a una burguesía naciente.”⁵⁹ Y en América, insiste Puiggrós, lo que prevalece son las estructuras y relaciones feudales de producción e intercambio, no obstante que reconoce la aparición de algunas expresiones mercantiles que ya anticipan el capitalismo.

4. *Quienes niegan el feudalismo en América Latina confunden comercio con capitalismo. Una golondrina no hace verano*, para Rodolfo Puiggrós el hecho de que se registren algunas formas incipientes de comercio, propio del capitalismo: “El error más cultivado es el de confundir economía mercantil con capitalismo. Como la producción y la circulación de mercancías son las premisas del modo de producción capitalista, no hay capitalismo sin economía mercantil, pero el modo de producción capitalista comienza al llegar la economía mercantil a determinada etapa de desarrollo, al universalizarse la producción de mercaderías y la mercadería misma, al extremo de ser mercadería también la fuerza de trabajo. [...] El comercio, y aún determinado tipo de inversiones en minas, obrajes y empresas colonizadoras, no cambiaron el peculiar modo de producción de la Colonia, ni transformaron a los millones de hijos de la tierra en asalariados de una inexistente industria, ni reformaron el régimen agrario, ni promovieron ponderables acumulaciones de capital.”⁶⁰

Aunque en su crítica Rodolfo Puiggrós no menciona una sola vez a Gunder Frank ni refiere ninguno de sus textos (prefiere refutar las afirmaciones del historiador chileno Volodia Teitelbom o del italiano Ettore Di Robbio), la reacción del economista alemán, acaso el destinatario original del texto, no se hizo esperar.

Diálogo de sordos

En adelante, el tono de la argumentación sube pero no en calidad sino en animosidad. No hay demasiadas novedades en las réplicas, sino vueltas de tuerca de uno y otro lados. *Un diálogo de sordos*, como mercedamente lo llamó Rodolfo Puiggrós.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 65.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 65-66.

En su airada refutación, André Gunder Frank despotrica no sólo contra Puiggrós sino, por un lado, contra Roger Bartra por su crítica a los modos de producción y, por el otro, contra Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen por el concepto de colonialismo interno. En ningún caso la argumentación parece completa, acabada; todo lo contrario: Gunder Frank dispara contra varios blancos y a ninguno alcanza por completo.

En sus dos contestaciones, la tesis de André Gunder Frank es la misma: desde el siglo XVI América Latina fue incorporada al sistema capitalista mundial, por lo que insiste en rechazar que hubiera feudalismo en la región. Entre la *vuelta de tuerca* y el *abanico* de autores a los que “responde”, Gunder Frank se ocupa sólo a medias de Puiggrós. Un botón de muestra, acerca de los siete elementos que Puiggrós plantea como definitorios del modo de producción capitalista, el economista alemán responde lo siguiente:

la primera característica cuya existencia Puiggrós considera importante fijar definitivamente, pero cuya presencia no lograr ver: ‘la acumulación y la inversión de capital’. Mirando un poco más allá de los puntos del estrecho marco latinoamericano, comprobamos cómo todos los hechos muestra que esta característica si la hubo, y en gran escala: la acumulación de capital iberoamericano y su inversión en Europa. ‘Segundo. La producción mercantil desarrollada, no la simple producción de excedentes de una economía de subsistencia’: esta fue precisamente la característica que más caracterizó la expansión mundial del sistema mercantil de la época colonial. ‘Tercero. La existencia de capitalistas y obreros’: la hubo en ambos lados del Atlántico, especialmente capitales europeos usando capital ibero-americano. Y así en adelante, con las cuatro características restantes, como lo podrá verificar el lector por cuenta propia.⁶¹

Si Gunder Frank reprocha a Puiggrós su “estrecho marco latinoamericano” que no le permite ver el sistema completo, éste último censura, a su vez, “su punto de vista” que “es el de la mentalidad colonial —mentalidad metafísica— que ve en las sociedades latinoamericanas meros reflejos de Europa, de los Estados Unidos o de los países socialistas, cuyo destino está unido desde el origen a causas externas decisivas.”⁶²

En tales términos, las diferencias entre ambos se confirman: la perspectiva de Gunder Frank es el sistema mundial y las causas del subdesarrollo son externas; en contraste, Puiggrós se sostiene en su mirador iberoamericano y mantiene su interés por los procesos internos de la región durante la Colonia.

En una segunda ronda, este debate —por decirlo de algún modo— se vuelve un verdadero duelo de citas marxistas y una retahíla de reproches acerca de interpretaciones erradas sobre el texto sagrado del marxismo: *El Capital*. Así, Gunder Frank se queja de que “al señor Puiggrós aparentemente no le interesan los hechos señalados [por lo que] recurriré a

⁶¹ André Gunder Frank, “¿Con qué modos de producción convierte la gallina, maíz en huevos de oro?”, *América Latina...*, op. cit., p. 70.

⁶² Rodolfo Puiggrós, “¿Diálogo entre sordos?”, *América Latina...*, op. cit., p. 88.

la ayuda de un compatriota mío cuya autoridad el señor Puiggrós parece reconocer cuando dicta la *Teoría económica y social del marxismo* en la Universidad Nacional Autónoma de México.⁶³ A su vez, Puiggrós reprocha a Gunder Frank no haber leído una de sus obras: “Si hubiera leído mi libro *Génesis y desarrollo del feudalismo* (Trillas, México, 1965 —que tuve el placer de obsequiarle—) no imputaría en mí tamaña ingenuidad antidialéctica [se refiere a la confusión que le atribuye Gunder Frank acerca del feudalismo y el capitalismo].”⁶⁴

En suma, un *diálogo de sordos* que mientras más se prolongaba más perdía en consistencia teórica. Pero estas son anécdotas. En el fondo de la discusión se registraron, de uno y otro lado, tesis y argumentos valiosos que obligan a renunciar a un análisis elemental en términos de contienda: la razón de uno no negaba la del otro. Difícilmente se podría refutar la claridad con la que André Gunder Frank alcanzó a discernir el funcionamiento estructural del sistema capitalista: el *desarrollo del subdesarrollo*. Tan es así que la crítica formulada por Rodolfo Puiggrós no pasa por esos terrenos. De la misma forma, sería equivocado disimular el desatino de Gunder Frank al insistir en su tesis que niega el feudalismo en América Latina. Pero incluso, como sugiere la crítica de Ernesto Laclau —que a continuación refiero—, este debate tiene otras *entradas*, se puede leer desde otros planos que no son aquellos que terminaron por encerrar a Gunder Frank y Puiggrós: la disyuntiva feudalismo o capitalismo.

Ernesto Laclau: *fe de erratas*

Tercero en discordia. Tres años después del intercambio epistolar entre André Gunder Frank y Rodolfo Puiggrós, el teórico bonaerense Ernesto Laclau (1935) se incorpora al debate a través de *Feudalismo y capitalismo en América Latina*,⁶⁵ cuya primera versión había circulando internamente hacia 1968 en el Instituto Torcuato di Tella, bajo el título de “Feudalismo y capitalismo como categorías de análisis histórico”.

Si bien dice dirigir su crítica hacia las inconsistencias teóricas de ambos lados, el profesor de la Universidad de Essex se concentra en las tesis de André Gunder Frank: “En este artículo se aspira a contribuir a la clasificación de los términos básicos de la polémica

⁶³ Gunder Frank, “Modesta respuesta”, *América Latina...*, *op. cit.*, p. 93.

⁶⁴ Puiggrós, “Errando, correjitur error”, *América Latina...*, *op. cit.*, p. 97.

⁶⁵ Este artículo aparece tanto en *América Latina...*, que he venido citando, como en Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1980 [el original en inglés se publicó en 1977, por New Left Books; un año más tarde se tradujo al español].

[Gunder Frank-Puiggrós]; porque a pesar de su apariencia contradictoria las dos posiciones mencionadas coinciden en un aspecto fundamental: ambas designan ‘capitalismo’ o ‘feudalismo’ fenómenos en el ámbito de la circulación de mercancías y no en la esfera de la producción, convirtiendo así la presencia o ausencia de un vínculo con el mercado en el criterio decisivo para distinguir entre las dos formas de sociedad.”⁶⁶

Luego de dar cuenta del “esquema teórico de Frank” y reconocer algunos de sus aciertos (la tesis del *desarrollo del subdesarrollo*, la visión estructural del sistema capitalismo, su crítica a las sociedades duales), así como de advertir una generalizada “falta de rigor”, la crítica de Laclau pronto se instala en esa especie de *discusión hermenéutica marxista* que sostienen Gunder Frank y Puiggrós. En el fondo, la acusación más sentida de Laclau es que en el debate acerca del feudalismo o capitalismo en América Latina se omite el análisis de las *relaciones de producción* como una característica que define los modos de producción.

A Laclau le sorprende la “imprecisión conceptual que padece toda la obra de Frank”, pero todavía más sorprendente le resulta el hecho de que “Frank deja totalmente de lado las *relaciones de producción* en sus definiciones de capitalismo y feudalismo.”⁶⁷ Lo cual permite comprender, según Laclau, el “inaceptable” concepto de capitalismo supuestamente “marxista” que elabora Gunder Frank. En el fondo, no lo es “porque para Marx el capitalismo es un modo de producción” mientras que para Gunder Frank es, sobre todo, intercambio de mercancías.

Laclau desmiente y corrige no sólo la interpretación sino la transcripción de las citas de Marx a las que recurre Gunder Frank, quien ha confundido (deliberadamente o no) *capital* con *capitalismo*: allí donde Marx escribe que “la historia moderna del capital comienza con la creación, en el siglo XVI, de un comercio y mercado mundiales”, Gunder Frank lee que “la historia moderna del *capitalismo* comienza con...”

Al igual que Puiggrós, Ernesto Laclau afirma la condición feudal de América Latina durante la colonización: “¿Existían las condiciones estructurales del capitalismo en Europa en el siglo XVI, cuando, según Frank, comenzó el proceso de dominación capitalista en América? ¿Podría considerarse como regla la existencia de trabajo libre? De ninguna manera.”⁶⁸

Hasta aquí, la crítica de Laclau apenas si se distingue de la planteada por Puiggrós. Es la segunda parte, sin embargo, de su análisis la que aporta elementos al debate: aunque no es

⁶⁶ Ernesto Laclau, “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, en *América Latina...*, op. cit., p. 120.

⁶⁷ Laclau, op. cit., p. 131.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 137.

del todo original, Laclau retoma el diagnóstico de Gunder Frank acerca del *desarrollo del subdesarrollo* pero corrige su explicación y sus conceptos.

A su entender —intuyo—, lo dota del rigor marxista del que carecía: “Confío en que podemos demostrar efectivamente, en acuerdo con Frank, que el desarrollo genera subdesarrollo, con la salvedad de que nuestro razonamiento se basa en relaciones de producción y no solamente en relaciones de mercado.”⁶⁹ Y a eso dedica Laclau en el resto de su artículo: a definir los conceptos (modo de producción feudal y capitalista, sistema económico, etc.) y a sacar a la superficie algunas de las suposiciones que sostienen de forma implícita los planteamientos de Gunder Frank, quien “se refiere a lo largo de todo su trabajo a la relación de dependencia entre satélite y metrópoli; más aún, éste es el eje articulador del cual se organiza su esquema teórico. Sin embargo, no hay en sus escritos intento alguno de definir la naturaleza de esta relación de dependencia; es decir, de situar las contradicciones económicas específicas sobre las que se articula la relación de dependencia.”⁷⁰ Pero si Gunder Frank no lo hizo, allí está Laclau para hacerlo.

Atar este cabo suelto sobre la dependencia, le permite a Laclau afirmar, por un lado, el carácter feudal de América Latina —al revisar los diferentes modos históricos de la dependencia— y, por el otro, la importancia de las relaciones y los modos de producción para interpretar los fenómenos económicos y sociales de la región.

En cierta forma, Ernesto Laclau se vuelve la *fe de erratas* de Gunder Frank. A partir de una “correcta” interpretación marxista, la crítica de Laclau se convierte en la síntesis de la discusión Gunder Frank-Puiggrós. Y en esa medida, la tesis central, el desarrollo del subdesarrollo, se fortalece.

EPÍLOGO

Tres-voces-tres. Un *botón de muestra* más acerca de la forma, profundidad y tono con el que se debatía *en y sobre* América Latina.

Contrario al desencuentro menor, derivado del concepto *colonialismo interno*, entre González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, en este debate las diferencias entre los polemistas eran mayores y muy significativas en términos teóricos y políticos.

A mi entender, los tres autores debaten desde el marxismo, pero los tres lo hacen desde lugares distintos. Y es en esos terrenos de la hermenéutica marxista, acaso será mejor decir de la doctrina, que el debate muestra su intención política e ideológica. Si Gunder Frank

⁶⁹ *Ibid.*, p. 149.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 152-153.

insistía en afirmar el *capitalismo temprano* (desde el siglo XVI) de América Latina, lo hacía —coligo— por *estrategia*: con su análisis, el bienintencionado Gunder Frank pretendía convencer que según la visión etapista de la historia, en su versión marxista, a Latinoamérica le había llegado el tiempo de la revolución socialista para dejar atrás el capitalismo. La justificación era obvia, si se negaba la existencia del feudalismo en América Latina, lo que seguía, entonces, no era la revolución burguesa.

Aunque estaba en el ánimo, los deseos y la voluntad de muchos, la tesis *hacia agua por todos lados*, desde dentro y fuera del marxismo. En consecuencia, los cuestionamientos sobre Gunder Frank se multiplicaron, hubo más críticos de los que aquí se han referido. Todos ellos, en su mayoría, entablaron un debate más ideológico que teórico con André Gunder Frank; casi todos, sin embargo —como Laclau—, terminaron por robustecer, en menor o mayor medida, la tesis del *desarrollo del subdesarrollo*, acaso la centella que había encendido el debate y que al final siguió más viva que antes. De entre los escombros ideológicos y políticos de esta discusión, propios de aquella década, es evidente que algunas tesis salieron más fortalecidas, entre otras: la estructura y funcionamiento del sistema capitalista mundial, la forma histórica en que América Latina fue incorporada a ese sistema, las articulaciones entre la metrópoli y los satélites y sus desdoblamientos adentro de las regiones periféricas, etc.

Como sea, estos debates expresan el clima y la actitud política, ideológica e intelectual que prevalecían en América Latina durante la segunda mitad de los sesenta y durante la siguiente década. Las *ideas* y las *causas* cargaban el ambiente de buenos y malos augurios. Sus ecos se escucharían poco después en los debates dependentistas.

3. DEPENDENCIA Y DEPENDENTISTAS

Salta a la vista, las tesis referidas y los debates expuestos ya anticipaban, en más de un sentido, la constitución de una *comunidad intelectual* —sociólogos, economistas, antropólogos, pedagogos, filósofos, historiadores— que compartía preocupaciones e intereses por el subdesarrollo económico, político, social de Latinoamérica, pero no lo observaba ni lo entendía de la misma forma en todos los casos: se asomaban la dependencia y los dependentistas y lo hacían en medio de polémicas fecundas, de reflexiones valiosas y ostensibles diferencias ideológicas y políticas.

Por lo demás, en tanto movimiento con vida y dinámicas propias, habría que reconocer que la reflexión en torno a la dependencia observó diferentes momentos en su desarrollo teórico, a lo largo de casi dos décadas de existencia, relacionados con hechos históricos (como

la influencia de la Revolución cubana, el contexto de Guerra Fría, los golpes militares en Brasil y Chile...).

Visto así, al interior de lo que algunos han dado en identificar como “teoría” de la dependencia nos encontramos con una abigarrada comunidad intelectual, ordenada de acuerdo con líneas de interpretación sobre el subdesarrollo latinoamericano. Sobre la “clasificación”, o identificación de corrientes internas, entre los dependentistas, las opiniones son diversas: en un análisis especializado, Bath y James identifican —con arreglo a los factores externos e internos que intervienen en el proceso de desarrollo— tres grupos: “conservadores”, aquellos que consideran poco relevantes las reformas internas; “moderados”, quienes encuentran en la dependencia externa el principal obstáculo para emprender cualquier reforma político-económica al interior de las naciones dependientes; y “radicales”, para quienes la solución era más bien “simple”: romper con la dependencia externa.⁷¹

Bajo otro criterio, que parece atender, por un lado, a la tradición teórica de la que provienen los autores y, por el otro, al tipo de análisis que emprenden (económico, histórico, sociológico), Francisco Zapata distingue “al menos tres grandes corrientes”: a) la concepción de André Gunder Frank, quien “liga el marxismo con el análisis de la dependencia y formula una proposición en la que el subdesarrollo de las formaciones sociales periféricas no hace sino acentuarse; de allí la expresión ‘desarrollo del subdesarrollo’, muy propia de esta corriente”; b) el enfoque de Cardoso y Faletto, “quienes insisten en que la dinámica del sistema capitalista internacional está ligada a la dinámica de los sistemas sociopolíticos de los países latinoamericanos”; y c) el planteamiento de Marini, identificada con un “enfoque economicista”, que “profundiza en aquellos aspectos que pueden ayudar a caracterizar mejor los elementos económicos (deterioro de los términos de intercambio por ejemplo) y se subraya la aparición de nuevos fenómenos como el de la *superexplotación del trabajo* y del *subimperialismo*.”⁷²

Desde otro encuadre, en busca del “núcleo teórico”, Horacio Cerutti advierte “dos líneas de desarrollo”: 1) “las líneas de Gunder Frank, Dos Santos, Caputto, Pizarro, etc., los cuales avanzan en la formulación de una propuesta política coyuntural [...] una tendencia de cargado matiz apocalíptico en el sentido de sostener el agotamiento y la inminente catástrofe del capitalismo dependiente y la revolución armada (según el modelo guerrillero, foquista en definitiva) como única vía de despegue económico hacia un desenvolvimiento autónomo de

⁷¹ Richard C. Bath y Delmus J. James, “Dependency analysis of Latin America: some criticisms, some suggestions”, en *Latin America Research Review*, núm. 3, 1976.

⁷² Francisco Zapata Schaffeld, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México (Jornadas 115), 1997, pp. 229-231.

nuestros países”; y b) “la otra línea, representada principalmente por Cardoso y Faletto, centra más la reflexión en el análisis de clase de las sociedades latinoamericanas y anuncia una preocupación muy marcada por el análisis de la función del Estado en situaciones de dependencia. Esta línea insiste en la posibilidad real de situaciones de dependencia con desarrollo capitalista circunscrito.”⁷³

Con la mira puesta en los significados de la dependencia, derivada del pensamiento marxista sobre el imperialismo, Gabriel Palma identifica “tres grandes enfoques”: “el primero es el iniciado por Frank, y continuado entre otros por la ‘Escuela del CESO’ (Centro de Estudios Sociales de Chile) y allí Dos Santos, Marini, Caputo y Pizarro especialmente con contribuciones de otros científicos sociales como Hinkelamert del CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Chile). Su característica esencial es el intento de elaborar una ‘teoría del subdesarrollo’ en la cual el carácter dependiente de las economías periféricas serían eje alrededor del cual giraría todo el problema del subdesarrollo: el carácter dependiente de esas economías generaría ciertos procesos que tienen una relación causal con su estado de subdesarrollo. El segundo enfoque, principalmente el de investigadores asociados a la CEPAL, como Sunkel y Furtado, se caracteriza por el intento de reformular los análisis de dicho organismo desde la perspectiva de una crítica de los obstáculos al ‘desarrollo nacional’. [...] Finalmente, el enfoque que deliberadamente evita desarrollar una teoría mecánico-formal de la dependencia, concentrando el análisis en lo que se ha llamado ‘situaciones concretas de la dependencia’”,⁷⁴ esto es, la corriente de Cardoso y Faletto.

Bajo una óptica más epistemológica, Heinz R. Sonntag advierte una “división temprana” al interior del dependentismo, que derivó en dos corrientes: aquellos que asumen la dependencia como una “teoría” y quienes la definen como “enfoque”. “En el seno mismo del dependentismo surgido tempranamente una división entre los que lo concebían como ‘enfoque’, esto es: una nueva manera (método) de aproximarse a la realidad, y los que pretendían que tuviera carácter de ‘teoría de la dependencia’.”⁷⁵ A cada una de estas corrientes corresponde una cierta visión de la dependencia: quienes la asumen como un “enfoque” (Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto y José Serra..., por ejemplo), mantienen —según Sonntag— una visión burguesa-nacionalista; en contraste, en los

⁷³ Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México, FCE, 2ª ed., 1992, pp. 70-71.

⁷⁴ Gabriel Palma, “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers (compilador), *La teoría de la dependencia, una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987, p. 49.

⁷⁵ Heinz R. Sonntag, *Duda, certeza, crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Venezuela, Nueva Sociedad, 2ª ed., 1989, p. 68.

partidarios de la dependencia como “teoría” prevalece una concepción marxista (Marini, Dos Santos y Bambirra).⁷⁶

Por último, Blomström y Hettne proponen una clasificación “multidimensional” sobre los diversos puntos de vista teóricos de la dependencia: *a)* holismo vs. particularismo, distinguen entre autores que formulan “modelos globales cuyas dinámicas están determinados más por el sistema en su totalidad que por procesos en las diversas partes del sistema”; *b)* externo vs. interno, el criterio de diferenciación reside en la importancia que se concede a los factores (externos, que escapan al dominio de la economía nacional, o internos, derivados de “relaciones causales” domésticas) que determinan la dependencia; *c)* análisis económico vs. análisis sociopolítico, de igual forma, esta distinción —relacionada con el “origen disciplinario” de los autores— refiere el tipo de análisis sobre situaciones concretas de dependencia; *d)* contradicciones sectoriales-regionales vs. contradicciones de clase, “mientras que algunos autores hacen hincapié en el hecho de que una polarización regional o sectorial es lo que ocurre en todo el sistema, tanto a nivel internacional como nacional, otros basan su análisis en el hecho de que el conflicto fundamental se encuentra en las contradicciones de clase”; *e)* subdesarrollo vs. desarrollo, la diferencia la señala la siguiente pregunta: “¿es posible el capitalismo en la periferia?”; *f)* voluntarismo vs. determinismo, en otros términos: revolución o la espera a que las contradicciones de clase resuelvan la historia, a través del etapismo de cuño marxista.⁷⁷

Más que arribar a una nueva clasificación, o aportar una versión original, lo que me interesa —al registrar las miradas anteriores— es mostrar la multiplicidad de propuestas y enfoques que se aglutinaron en torno a la noción de dependencia.

En todo caso, esta última parte del capítulo no pretende el rastreo exhaustivo de corrientes, tesis y autores que desemboque en taxonomías, sino que intenta *buscar* un concepto central (que en realidad es más que eso) de toda la investigación: dependencia, a través de las múltiples miradas, interpretaciones e hipótesis que se construyeron a su alrededor.

Autores y tesis

El signo y el garabato. Metáfora, símbolo y lugar común, la “dependencia” se convirtió en santo y seña de una nutrida corriente de científicos sociales, latinoamericanos en su mayoría —sin intención explícita de devenir en *grupo*—, procedentes de distintas tradiciones teóricas

⁷⁶ *Ibidem*, p. 69 y ss.

⁷⁷ Magnus Blomström y Björn Hettne, *op. cit.*, pp. 97-104.

y, en consecuencia, con conspicuas diferencias intelectuales, políticas e ideológicas que, sin embargo, concurrían en la observación, análisis y propuestas de solución acerca del mismo objeto de estudio: la situación de dependencia que definía a América Latina (y a otras regiones) en relación con los países más desarrollados del mundo (los llamados centros o metrópolis).

¿Qué es la dependencia? La pregunta es tan simple como compleja su respuesta, o mejor aún las respuestas que ofrecieron varios teóricos latinoamericanos a finales de los sesenta y durante los setenta. La pregunta parece más abstracta de lo que es: enunciada así, su respuesta exigiría quizás un esfuerzo que desborda por mucho los objetivos y las posibilidades de esta investigación. Insisto: no es mi intención ofrecer un catálogo exhaustivo de respuestas para la pregunta (¿qué es la dependencia?). A cambio de ello, lo que propongo es 1) analizar algunas de las respuestas —las que más aportaron al debate— de aquellos científicos sociales que abrieron la discusión en torno a la dependencia y que se inscriben en una primera etapa que llegaría —siguiendo la perspectiva histórica que guía esta investigación— hasta el final de la década de los setenta, cuyo corolario es el debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mario Marini; y 2) explorar algunas de las respuestas de aquellos autores que luego de varios años se han ocupado de recuperar ciertas tesis de este debate acerca de la dependencia, y cuyos trabajos se dieron a conocer durante los ochenta y noventa.

Como se detalla al principio de este acápite, el propósito es trazar las coordenadas históricas, teóricas y políticas en que se inscribe el debate entre Cardoso y Marini.

Y en el principio...

Salvo algunas excepciones, existe un consenso —entre dependentistas y algunos estudiosos del “dependentismo”, para emplear el término difundido por el *Diccionario UNESCO de ciencias sociales*— acerca del origen de la noción de dependencia. Para la mayoría de estos autores, la dependencia surge entre los años cincuenta y sesenta (a decir de Vânia Bambilra, Theotônio Dos Santos, Aníbal Quijano, Agustín Cueva, Ruy Mauro Marini, etc., así como de algunos estudiosos del tema como Blomström y Hettne, Marcos Roitman, Jaime Osorio...), ya sea como una reacción o crítica frente al modelo cepalino de desarrollo, o bien como resultado del análisis marxista acerca del subdesarrollo (vertiente en la que destaca sin duda la obra de Paul Baran).

Con una lente de mayor aumento, sin embargo, otros han identificado algunas de las fuentes más remotas de la noción de dependencia, señaladamente, Fernando Henrique

Cardoso, Gabriel Palma y Francisco Zapata. Para ellos, el concepto de *dependencia* tiene un poco más de historia. Cardoso y Zapata, por su parte, datan el origen de esta noción a principios del siglo pasado: “ya en Lenin y Trotsky —apunta quien fuera presidente de Brasil—, por ejemplo, la expresión dependencia aparece con cierta frecuencia. [...] Lenin formuló, con simplicidad, lo medular acerca de la dependencia como una forma de articulación entre dos partes de un mismo modo de producción y acerca de la subordinación de un modo de producción a otro.”⁷⁸ Un poco más remoto resulta, para Palma, el origen de esta noción. Todo habría empezado por el principio: en la obra de Marx y Engels, donde se “analiza el capitalismo como un sistema históricamente progresivo, transmitido desde los países avanzados (por medio del colonialismo, del libre comercio, etc.); y que una vez introducido se difunde dentro de las naciones ‘atrasadas’ por medio de un proceso continuo de destrucción y de sustitución de las estructuras precapitalistas. Como resultado de este proceso surgen una serie de nuevas sociedades capitalistas, cuyo desarrollo deberá ser semejante, en el periodo posterior a la colonia, al de los mismos países avanzados; y por esto, habría de seguir posteriormente el desarrollo de la serie de contradicciones propias del sistema capitalista — independientemente de donde tome lugar—, que inevitablemente los llevaría a una etapa de desarrollo superior.”⁷⁹

Siempre dentro de la tradición marxista, Palma identifica otra etapa en el desarrollo de la noción de dependencia: “los escritos llamados ‘clásicos del imperialismo’, [...] relacionados en primer lugar con las peculiaridades del desarrollo del capitalismo ruso y, luego, con las otras áreas atrasadas del mundo durante la fase ‘monopólica’ de dicho sistema.”⁸⁰

Según estas interpretaciones, el marxismo habría iniciado la reflexión sobre el subdesarrollo a partir del análisis de la relación asimétrica, en más de un sentido, entre las economías más industrializadas del mundo y algunos “países atrasados”; décadas más tarde —con Lenin, Rosa de Luxemburgo, Trotsky— habría dado otro paso mediante el estudio de la formación del capitalismo financiero y, consecuentemente, la expansión capitalista mundial, conocida como imperialismo, y sus secuelas en las estructuras coloniales y semicoloniales —unas y otras altamente explotadas—, incluida desde luego América Latina.

⁷⁸ Fernando Henrique Cardoso, “Notas sobre el estado actual de los estudios sobre dependencia”, en José Serra (ed.), *Desarrollo latinoamericano. Ensayos críticos*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 6), 1983, p. 325.

⁷⁹ Gabriel Palma, “Dependencia y desarrollo: una visión crítica”, en Dudley Seers (comp.), *La teoría de la dependencia. Una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987, 23.

⁸⁰ *Ibidem*.

Comoquiera que sea, ora como expresión del desarrollo teórico marxista, ora como crítica al paradigma de la modernización en sus distintas versiones, lo cierto es que a mediados del siglo pasado el término dependencia empieza a cobrar mayor relevancia intelectual y política, y una década más tarde se extiende y populariza. Irrumpe en la academia y en la política, marcha en sentido opuesto al desarrollo: va de la periferia hacia el centro, se multiplica y adquiere formas propias según cada corriente, incluso cada autor, al interior de esa comunidad teórica.

I. VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA:

LA DEPENDENCIA EN SUS AUTORES

En los sesenta, ya lo dije, el fantasma de la revolución (con traje inglés y barbiluenga o con boina y uniforme verde olivo) recorría América Latina. En los sesenta, también, el debate sobre las sociedades latinoamericanas, su economía y política, su relación con el Primer Mundo, estaba más vivo que nunca. Con menor o mayor profundidad y rigor, todo ello ha sido analizado en páginas anteriores; en consecuencia, no queda sino iniciar el recorrido de autores y variaciones acerca del concepto de dependencia.

a) Gunder Frank: *la dependencia como estructura*

Ya lo apuntaba más arriba: Gunder Frank fue uno de los primeros autores que, además de romper lanzas contra el paradigma de la modernización, intenta una explicación acerca del subdesarrollo latinoamericano. Por tanto, parece ser el punto de partida obligado para este amplio recorrido.

Polémico como era, como le gustaba ser, en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Gunder Frank identifica lo que podría llamarse una primera “teoría de la dependencia”, de procedencia cepalina que —al igual que el desarrollismo— se define por su “función ideológica de legitimación”. Aunque es largo, conviene reproducir un párrafo *in extenso* en el que Frank plantea estas ideas:

El desarrollo en América Latina de la ‘teoría de la dependencia’ del subdesarrollo en la época de la posguerra fue la respuesta a las cambiantes condiciones y oportunidades políticas que se habían dado, por razones históricas, en especial en esta región del mundo o en determinadas partes de la misma, por la crisis del capitalismo mundial durante las décadas del 30 y del 40. Análogamente al surgimiento de los frentes populares (comprendido el New Deal en los Estados Unidos) y el keynesianismo en la metrópoli imperialista, determinados países latinoamericanos experimentaron el surgimiento de regímenes burgueses populistas y nacionalistas que se dedicaron a la tarea económica de la

industrialización a través de la sustitución de importaciones, a la política del desarrollismo y a su legitimación ideológica a través del 'estructuralismo' y la 'dependencia'.⁸¹

A esta primera etapa o versión de la "teoría de la dependencia", le habría seguido una segunda —luego del fracaso de las tesis desarrollistas en los cincuenta, un tema ya abordado en esta investigación—, en la que Frank reconoce dos corrientes: una de derecha y otra de izquierda, esta última sería identificada como "nueva dependencia". Frank lo coloca en los siguientes términos: "Los numerosos publicistas, reseñadores y clasificadores de la teoría de la dependencia (Olmedo, Graciano, Filippi, Schi, Martinelli, Valenzuela Bodenheimer, Murga, Acevedo, Guzmán, etc.) están casi totalmente de acuerdo entre sí al distinguir un 'viejo' grupo de 'derecha' de teóricos desarrollistas de la dependencia mencionados anteriormente, y un 'nuevo' grupo de 'izquierda', entre los cuales ellos nombran primordialmente a Dos Santos, Quijano, Cardoso y Faletto, Marini y Gunder Frank, entre otros."⁸²

¿En qué consiste la "nueva dependencia", esa corriente de la que, por lo demás, Gunder Frank se considera pionero? Para empezar, Gunder Frank acostumbra repetirse, al menos esa es la impresión que me dejan sus primeras obras, muy influyentes todas ellas. Además de los artículos a través de los que polemiza con Puiggrós (ya citados), en *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (cuya primera edición en español es de 1970), *Lumpenburgesía: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica* (traducida y publicada en Barcelona hacia 1972) y *América Latina: subdesarrollo o revolución* (como las anteriores apareció a finales de los sesenta en inglés y, en México, ERA la publicó en 1973) el análisis de Gunder Frank se sostiene en el mismo modelo teórico: el desarrollo del subdesarrollo, ese encadenamiento estructural metrópoli-satélite a partir del cual emprende acercamientos particulares: sobre la historia económica de Argentina y Brasil, el desarrollo del latifundio latinoamericano, la coyuntura política de aquellos años, a otras teorizaciones sobre el desarrollo, etcétera.

En otras palabras, lo que sostiene todos estos textos es la misma tesis, que ya fue analizada más arriba: aquello que determina la dependencia de América Latina respecto a las naciones desarrolladas es una *estructura metrópoli-satélite*, cuya formación histórica habría iniciado en el siglo XVI, la cual favoreció la apropiación del excedente económico de los países satélites, lo que se tradujo, y aún lo hacía, en el enriquecimiento sistemático de la metrópoli y, como correlato, el empobrecimiento de las economías satelitales (el

⁸¹ André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, 6ª ed., México, Siglo XXI, 1978, pp. 307-308

⁸² *Ibidem*, p. 310.

subdesarrollo del desarrollo). Visto desde la perspectiva de Gunder Frank, el subdesarrollo latinoamericano no era sino el resultado del desarrollo económico del sistema capitalista global, en el que nuestra región habría desempeñado históricamente la función de satélite. En este sistema capitalista global, el desarrollo de América Latina no dependía del grado de integración a la economía mundial —como algunos pensaban— sino, por el contrario, de la capacidad de romper, por medio de una “revolución socialista”, las relaciones de dependencia con la metrópoli.

Entonces, para Gunder Frank la dependencia vieja o nueva es aquella teoría que, por un lado, revela la estructura, las relaciones de subordinación y explotación que de ella se derivan, que sostiene el subdesarrollo latinoamericano y, por el otro, ofrece alternativas revolucionarias (por decir reflexiones acerca de la “lucha armada antiimperialista”) para terminar con esta dependencia. Por lo que, entre otras críticas a la dependencia de procedencia cepalina, esta nueva dependencia rechaza la idea del “*dualismo* tanto en el plano nacional como internacional, reemplazándolo por un análisis insistente del conjunto de las relaciones imperialistas y de la participación activa, consciente y voluntaria de América Latina en el plan económico y político nacional en el sistema imperialista bajo el liderazgo burgués —incluida la burguesía nacional progresista.”⁸³

Al mismo tiempo, sostiene que “la dependencia no debe ni puede considerarse como una relación meramente ‘externa’ impuesta a todos los latinoamericanos desde afuera y contra su voluntad, sino que la dependencia es igualmente una condición ‘interna’ e integral de la sociedad latinoamericana, que determina a la burguesía dominante en Latinoamérica, pero a la vez consciente y gustosamente aceptada por ella.”⁸⁴

En suma, una relación estructural asimétrica entre la metrópoli principal (y las que de ellas se derivan) y los países satelitales que cumplen, a un tiempo, la función de satélites y de metrópolis al interior de cada nación o con respecto a otras regiones.

b) Dos Santos: la dependencia como *situación*

Protagonista conspicuo de aquellos debates, autoridad académica en la materia y, en la actualidad, defensor crítico del dependentismo, Theotônio Dos Santos fue —según Marcos Roitman—⁸⁵ el primero en aportar una definición acerca de la dependencia.

⁸³ *Ibidem*.

⁸⁴ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Barcelona, Laia, 2ª ed., 1979, p. 12.

⁸⁵ Marcos Roitman, *Pensamiento sociológico...*, *op. cit.*, p. 89.

Sociólogo y economista brasileño, exiliado en Chile luego del golpe de Estado en su país natal, en 1968 Dos Santos circuló un breve ensayo que pocos conocieron: “La estructura de la dependencia” —dos años más tarde se difundió ampliamente, cuando se publicó en *The American Economic Review*—, en el que definió la dependencia en los siguientes términos: “Por dependencia entendemos una situación en la cual la economía de determinados países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía, a la que están sometidas las primeras. La relación de interdependencia entre dos o más países, y entre éstos y el comercio mundial, toma la forma de dependencia cuando algunas naciones (las dominantes) pueden expandirse y ser autogeneradoras, en tanto que otras naciones (las dependientes) sólo pueden hacerlo como reflejo de esa expansión, la cual puede tener un efecto negativo o positivo sobre su desarrollo inmediato.”⁸⁶

Sobre la base de esta primera definición, Theotônio Dos Santos emprendió un amplio análisis sobre el concepto de dependencia y su historia. Al igual que otros teóricos dependentistas, Dos Santos compartió el punto de partida acerca del origen del concepto que “surge en América Latina —nos recuerda— como resultado del proceso de discusión sobre el tema del subdesarrollo y el desarrollo. En la medida en que no cumplen las expectativas puestas en los efectos de la industrialización, se pone en duda la teoría del desarrollo que sirve de base al modelo de desarrollo nacional e independiente elaborado en los años 50.”⁸⁷ Inscrito en este contexto reflexivo acerca del subdesarrollo, la dependencia se concibe, entonces, como una secuela de la conformación histórica (expansión y consolidación) del sistema capitalista mundial, un proceso histórico global, dentro del cual el desarrollo económico de América Latina ha sido condicionado, por las economías más industrializadas.

A partir de estos supuestos, Dos Santos concluye que son cuatro los rasgos que definen la dependencia:

“A. *En primer lugar debemos caracterizar la dependencia como una situación condicionante.* La dependencia es una situación en la cual un cierto grupo de países tienen su economía condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía a la cual la propia está sometida. [...] La situación de dependencia conduce a una situación global de los países dependientes que los sitúa en retraso y bajo la explotación de los países dominantes.”⁸⁸ [Empleo las cursivas para enfatizar] Esta situación de dependencia está sostenida sobre una estructura que responde a la “división internacional del trabajo que permite el desarrollo

⁸⁶ Theotônio Dos Santos, “La estructura de la dependencia”, en *Realidad nacional y latinoamericana*, Lima, Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo de la Educación, citado en Roitman, *ibidem*.

⁸⁷ Theotônio Dos Santos, *Imperialismo y dependencia*, México, ERA, 1978, p. 300.

⁸⁸ Dos Santos, *Imperialismo...*, *op. cit.*, p. 305.

industrial de algunos países y limita este mismo desarrollo en otros, sometiéndolos a las condiciones de crecimiento inducido por los centros de dominación mundial.”⁸⁹

Por tanto, este primer elemento define la dependencia como una *situación condicionante* derivada de la estructura capitalista mundial. Ahora bien, por situación condicionante se debe entender, según Dos Santos, aquella que “determina los límites y posibilidades de la acción y comportamiento de los hombres. Frente a ella, sólo caben dos posibilidades: a) escoger entre distintas alternativas dentro de esta situación (elección que no es completamente libre pues la situación concreta incluye otros elementos más, entre otros factores que actúan para conformar ciertas formas particulares de esta situación general y que limitan todavía más las posibilidades de acción y de elección); o b) cambiar esta situación condicionante a fin de permitir otras posibilidades de acción.”⁹⁰ En otras palabras, continuidad o ruptura.

“B. *La dependencia condiciona una cierta estructura interna que la redefine en función de las posibilidades estructurales de las distintas economías nacionales.*”⁹¹ Lo cual implica que el condicionamiento empieza *desde adentro* —por así decirlo—, en términos de las limitaciones que les plantea a las economías nacionales. Para evaluar el alcance de estas determinaciones, Dos Santos propone analizar este proceso mediante la siguiente secuencia: “a) en un primer momento, trátase de determinar las formas básicas de dependencia según el desarrollo histórico del sistema capitalista en el centro hegemónico y en sus relaciones con el sistema mundial; b) en un segundo momento, debemos estudiar cómo se estructuran estas economías nacionales dependientes dentro y en función de este sistema mundial y el papel que desempeñan en su desarrollo.”⁹² Como si de un juego de espejos se tratara, de lo expuesto por Dos Santos se desprende que el sistema capitalista mundial va dando forma a las economías internas según sus necesidades y requerimientos.

“C. *Un tercer aspecto que es esencial para la comprensión de la dependencia es el que se refiere a la articulación necesaria entre los intereses dominantes de los centros hegemónicos y los intereses dominantes en las sociedades dependientes.* La dominación ‘externa’ es impracticable por principio. Sólo es posible la dominación cuando encuentra respaldo en los

⁸⁹ *Ibidem.*

⁹⁰ *Ibidem*, p. 306.

⁹¹ *Ibid.*..., p.307.

⁹² *Ibid.*..., pp.307-308.

sectores nacionales que se benefician de ella.”⁹³ En virtud de esta alianza entre los intereses de la metrópoli y de aquellos locales que dominan en la periferia se posibilita, según la argumentación de Dos Santos, el condicionamiento *desde adentro* de las economías nacionales. En el fondo, se trata de la alianza de intereses entre capitalistas de distinta monta, nacionales y foráneos, pero al final los mismos: “Al mostrar la correspondencia necesaria entre los intereses de la dominación y los intereses de los ‘dominadores dominados’ (de ahí el carácter específico de las clases dominantes de los países dependientes) mostramos que, a pesar de que existen conflictos internos entre esos intereses dominantes, son intereses fundamentalmente comunes.”⁹⁴

“D. Si la situación de dependencia es la que configura una situación interna a la cual está estructuralmente ligada, no es posible romperla aislando al país de las influencias exteriores, pues esto simplemente provocaría el caos de una estructura interna que es dependiente por esencia. *La única solución para romperla sería, pues, cambiar estas estructuras internas, lo que conduce necesariamente, al mismo tiempo, al enfrentamiento con esta estructura internacional.*”⁹⁵ No lo decía pero Dos Santos lo tenía en mente: lo que suponía este “enfrentamiento” con los intereses locales e internacionales hegemónicos era algún tipo de conflicto entre los países dependientes y esta alianza de intereses capitalistas, incluida desde luego la *revolución*: “Todo indica —escribía Dos Santos unas páginas más adelante— que lo que les espera [a las naciones latinoamericanas] es un largo proceso de profundos enfrentamientos políticos y militares, de radicalización social profunda que lleve a estas sociedades a un dilema entre gobiernos de fuerza que tiendan a abrir paso al fascismo o gobiernos revolucionarios populares que tiendan a abrir paso al socialismo. Las soluciones intermedias se han mostrado vacías y utópicas en una realidad contradictoria.”⁹⁶ Fascismo o socialismo, continuidad capitalista o ruptura socialista...

No había demasiadas opciones en la perspectiva de Dos Santos. Su abordaje a la coyuntura político-económica internacional le llevaba a cerrar su libro exactamente en una encrucijada: “O se avanza revolucionaria y decididamente hacia el socialismo —enfaticaba en el último párrafo del multicitado *Imperialismo y dependencia*— y se abre un camino de

⁹³ *Ibidem*, pp. 308-309.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 309.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ *Ibidem*, p. 320.

desarrollo y progreso para las amplias masas de nuestros países, o se apela a la barbarie fascista...”⁹⁷

Salta a la vista que no es el análisis de coyuntura donde se encuentran las mejores páginas de Dos Santos. Es en el estudio de la dependencia donde este teórico resulta más sólido, valioso, pues no sólo elabora una definición sobre dependencia, sino que profundiza acerca de su estructura e historicidad: luego de arribar a un concepto, Dos Santos se interesa por indagar, por un lado, acerca de la estructura que asegura la dependencia y, por el otro, de su formación histórica: “podemos decir que las formas históricas de dependencia están condicionadas por: 1) Las formas básicas de la economía mundial, que tiene sus propias leyes de desarrollo; 2) el tipo de relaciones económicas dominantes en los centros capitalistas y los modos como se expanden hacia el exterior; 3) los tipos de relaciones económicas existentes en el interior de los países que se articularon en la condición dependiente, en el seno de las relaciones económicas internacionales generadas por la expansión capitalista.”⁹⁸

Desde una perspectiva histórica, Theotônio Dos Santos encuentra que a lo largo de la historia del sistema capitalista global, la dependencia se ha expresado bajo tres formas:

“1° La dependencia colonial, comercial exportadora, en la cual el capital comercial y financiero, aliado del Estado colonialista, dominaba las relaciones económicas en las economías europeas y coloniales, a través del monopolio del comercio.

“2° La dependencia financiero-industrial, que se consolida a fines del siglo XIX, caracterizada por el dominio del gran capital en los centros hegemónicos y su expansión hacia el exterior para invertir en la producción de materias primas y productos agrícolas consumidos en los centros hegemónicos.

“3° La dependencia tecnológico-industrial, en el periodo de la posguerra se consolidó en un nuevo tipo de dependencia caracterizada básicamente por el dominio tecnológico-industrial de las empresas transnacionales que pasan a invertir en las industrias destinadas al mercado interno de los países subdesarrollados.”⁹⁹ A esta dependencia tecnológico-financiera, Dos Santos le da el nombre de *nueva dependencia*, la cual expresaba, por un lado, el fracaso de la política de sustitución de importaciones promovida por instituciones internacionales de la posguerra (CEPAL, UNCTAD, BID...) y, por el otro, las entonces novedosas exigencias del mercado internacional hacia las economías latinoamericanas.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 471.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 310.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 310-311.

El avance de la *nueva dependencia*, y lo que ello suponía, fue lo que condujo a Theotônio Dos Santos a una disyuntiva fatal sobre el futuro de América Latina: fascismo o socialismo, reacción o revolución... Un planteamiento que, si bien se mira, no está a la altura del análisis pormenorizado de Dos Santos sobre la estructura e historia de la dependencia, y que tampoco se corresponde con la valía de sus aportaciones teóricas. A diferencia de Gunder Frank, en la obra de Dos Santos acerca de la dependencia se observa mayor rigor analítico, un énfasis holístico sobre el proceso de formación del sistema capitalista mundial y una argumentación que no rehuye la complejidad que planteaban las estructuras dependentistas y las formas de articulación entre los centros hegemónicos y los países periféricos.

c) Vânia Bambilra: *tipología de la dependencia*

Al igual que su colega y coterráneo Theotônio Dos Santos, la economista y socióloga Vânia Gelape Bambilra levanta velas desde el mismo puerto en su exploración en torno a la dependencia: la crisis de capitalismo: "la existencia de una situación de crisis estructural ya es de consenso bastante generalizado en Latinoamérica."¹⁰⁰ A partir de este diagnóstico y echando mano del marco teórico proporcionado por Dos Santos,¹⁰¹ Bambilra se propone elaborar una tipología de la dependencia con base en el proceso de integración de las economías latinoamericanas al sistema capitalista mundial.

Como se sabe, Vânia Bambilra formó parte del equipo de investigación que Theotônio Dos Santos constituyó en 1968, dentro del Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO), de la Universidad de Chile; de allí las notorias influencias de Dos Santos en los trabajos, de aquella época, de la doctora en economía por la UNAM, sobre todo del ensayo en el que plantea la tipología aludida: *El capitalismo dependiente latinoamericano* (que apareció por vez primera en una versión mimeografiada en 1970).

¿Cuál es la intención de elaborar una tipología sobre las formas de dependencia en América Latina? Según Bambilra, se trata de corregir el rumbo de las interpretaciones acerca de la crisis económica en la región: "creemos que las equivocaciones de muchas de las interpretaciones que se han hecho del proceso de desarrollo latinoamericano se deben, no a las limitaciones de los 'datos disponibles', sino principalmente a las deficiencias de las concepciones metodológicas, generalmente utilizadas, que produjeron teorías cuyo objetivo es, en el fondo y más que nada, *justificar* cierto tipo de desarrollo en vez de intentar

¹⁰⁰ Vânia Bambilra, *El capitalismo dependiente latinoamericano*, México, Siglo XXI, 15ª ed., 1999, p. 4.

¹⁰¹ En la obra referida, Bambilra reconoce que "El esfuerzo de conceptualización general fue realizado en el trabajo sobre *La crisis de la Teoría de la dependencia y las relaciones de dependencia en América Latina*, de Theotônio Dos Santos, que sirve de marco teórico de este estudio", Bambilra, *op. cit.*, p. 8.

explicarlo.¹⁰² El error común en las interpretaciones que Bambirra crítica (las de Rostow, Lambert, Germani...) es concebir la dependencia como un “fenómeno externo y coactivo de la situación latinoamericana”, que omite la exploración de las determinaciones internas de acuerdo con la estructura global del capitalismo.

En su tarea teórica, Bambirra recurre al concepto de *situación condicionante*, central en la definición de dependencia planteada por Dos Santos —y de la cual ya he dado cuenta. Según su propio dicho, Bambirra ubica su análisis en un “nivel intermedio” entre el marco teórico general, ofrecido por Dos Santos, y el análisis particular de las estructuras dependientes concretas, a saber: “El objeto específico de esta investigación [...] consiste en la elaboración de una tipología de la estructuras dependientes latinoamericanas a partir de la *posguerra*.”¹⁰³

Ahora bien, ¿por qué una tipología, por qué emplear una herramienta frecuentemente usada por la sociología del desarrollo? La misma respuesta que antes: porque a excepción de la propuesta por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, las tipologías que existen (Jacques Lambert, Gino Germani, Roger Vekemans, L. Segundo...) van —según Bambirra— por el camino equivocado: “No comprenden, estos autores, que el ‘atraso’ de los países dependientes ha sido una *consecuencia* del desarrollo del capitalismo mundial y, a la vez, la *condición* de este desarrollo en las grandes potencias capitalistas mundiales. Los países capitalistas desarrollados y los países periféricos componen una misma unidad histórica que hizo posible el desarrollo de unos e inexorable el atraso de otros.”¹⁰⁴ Así que se trata de aterrizar el análisis de la dependencia pero no tanto como para emprender el estudio pormenorizado de cada caso concreto; en consecuencia, Bambirra opta por la opción intermedia: una clasificación de las formas en que se han incorporado las naciones latinoamericanas al capitalismo global, que identifique las condicionantes estructurales que impone este sistema a las economías de la región y, al mismo tiempo, las “alternativas o posibilidades de acción” de algunos sectores y clases sociales de estos países periféricos.

Bien construido, el edificio de Bambirra se levanta sobre la base —ya lo he dicho— del concepto de *situación condicionante*, cuya concreción en la posguerra “es el proceso de integración del capitalismo periférico con el capitalismo hegemónico —especialmente el de los Estados Unidos—, a través del nuevo carácter que asumen las relaciones económicas internacionales en función de los cambios sustanciales en el funcionamiento del sistema

¹⁰² *Ibidem*, p. 7.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 9.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 13

capitalista mundial como consecuencia de la guerra en la economía norteamericana. Este nuevo carácter —agrega— se debe a la expansión de los consorcios monopólicos multinacionales...”, que se realiza a través de dos tipos de estructuras: a) “estructuras diversificadas, en las cuales aún predomina el sector primario exportador, existiendo sin embargo, ya un proceso de industrialización en expansión”; b) “estructuras primario-exportadoras, cuyo sector secundario estaba compuesto aún casi exclusivamente por industrias artesanales.”¹⁰⁵

Enunciados los criterios (estructuras diversificadas/estructuras primario exportadoras), Bamberger divide las economías latinoamericanas en tres tipos:

- A) *Países con comienzo de industrialización antigua*, en donde se incluyen a aquellas naciones que iniciaron procesos de industrialización (evidencia de un sector industrial aunque sea incipiente) antes de la posguerra, con una evidente orientación nacionalista, situación en la que identifica a seis países: Argentina, México, Brasil, Chile, Uruguay y Colombia.
- B) *Países cuya industrialización fue producto de la integración monopólica*, que describe a las economías nacionales (Perú, Venezuela, Ecuador, Costa Rica, Guatemala, Bolivia, El Salvador, Panamá Nicaragua, Honduras, República Dominicana y Cuba) que empezaron procesos de industrialización a partir de la posguerra, en los cincuenta y sesenta, y lo hicieron cuando el capital extranjero había ganado terreno frente al Estado; finalmente Bamberger identifica otro tipo intermedio —por decirlo de algún modo— entre los dos anteriores:
- C) *Países con estructura agario-exportadora sin diversificación industrial*, en el que se incluye apenas a Paraguay, Haití y, quizás, Panamá, economías que bien no han empezado su industrialización (como Haití) o no han diversificado este proceso (el caso de Paraguay).

A través de esta tipología, Vânia Bamberger sostiene la tesis de que la forma, coyuntura y tiempo en que los países latinoamericanos se incorporan al sistema global (el momento en que inician su industrialización) determina las estructuras económicas domésticas de cada país. Pero no sólo son estructuras determinantes de la dependencia económica lo que genera la

¹⁰⁵ *Ibid.*, p.23.

industrialización, sino que estas estructuras económicas condicionantes generan determinantes de la *dependencia política*:

La dependencia política no debe ser definida solamente como la imposición de la ingerencia extranjera en la vida nacional, sino sobre todo como parte de una situación de dependencia que hace que las tomas de decisiones de las clases dominantes, en función de los intereses políticos ‘nacionales’ internos, sean dependientes. Como los países dependientes son parte constitutiva del sistema capitalista internacional, sus clases dominantes jamás, han gozado de una efectiva autonomía para dirigir y organizar sus respectivas sociedades. [...] Se puede afirmar que, mientras se profundiza la dependencia económica a través del dominio del capital extranjero en los sectores claves de la economía, se ahonda también la dependencia política en la medida en que las tomas de decisiones más cruciales tienen que tener al capital extranjero como punto de referencia básico, y por tanto ser refrendadas por él.¹⁰⁶

Se cierra así el círculo: la dependencia económica se afirma en la dependencia política. El sistema capitalista mundial (a través de la industrialización) genera estructuras económicas condicionantes para la periferia, que son sostenidas no sólo por los centros hegemónicos sino por una alianza política de éstos con los sectores industriales domésticos, la alta burguesía y, en menor medida, por las clases medias (“coartada” de la industrialización). La economía que genera dependencia echa mano de la política y viceversa. Al final, por todos lados se crean estructuras condicionantes de dependencia.

Con resonancias marxistas y tras las huellas de Dos Santos, Bambera concluye que el resultado del proceso de industrialización y desarrollo dependentista, es la agudización de las contradicciones de clase y, su corolario violento, el enfrentamiento entre clases: “Tal contradicción [de clases], que lleva a la radicalización del régimen político de las clases explotadoras y que asume, en muchos países, características neonazistas conduce a una radicalización política acentuada de la clase obrera, del campesinado pobre y de sectores de la pequeña burguesía y de las clases medias, la que apunta en la dirección de la superación de sus ilusiones nacionalistas y reformistas y se orienta hacia una confrontación en términos de lucha de clases.”¹⁰⁷

De cierto modo, la tipología propuesta por Bambera es una continuación de los trabajos de Dos Santos; sin embargo, el esfuerzo teórico de quien fuera por varios años profesora de la Facultad de Economía de la UNAM permite observar con mayor claridad las articulaciones entre lo económico y lo político, que sostiene la dependencia de los países latinoamericanos hacia las naciones más desarrolladas.

d) Furtado y Sunkel: del subdesarrollo a la dependencia

¹⁰⁶ *Ibid.*, pp. 106-107.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 175.

Uno de los *blancos* más visitados por los *dardos* de la crítica dependentista fueron las tesis cepalinas. Aunque nunca le faltaron críticos y detractores, hacia la mitad de los años sesenta la CEPAL se encontró en medio de un fuego cruzado: por derecha e izquierda se criticaban las tesis cepalinas (su modelo de industrialización vía sustitución de importaciones, su énfasis en las estructuras externas como factores de subdesarrollo y en la desigualdad de los términos de intercambio, etc.). Las economías latinoamericanas no respondían como lo habían esperado Raúl Prebisch & compañía, y eso había encendido las críticas de algunos sectores de izquierda (partidos políticos, académicos, intelectuales), que se sumaron a las más añejas, formulas por la ortodoxia económica (los defensores de la llamada teoría clásica del comercio internacional: Harbeler, Nurkse, Viner, Robbins...), asociada, por cierto, a la campaña político-diplomática estadounidense contra la CEPAL.

Además de estas detracciones, la Revolución cubana, los magros resultados de las políticas cepalinas recomendadas, la salida de Prebisch de la CEPAL y el encendido ambiente político que predominaba en la Latinoamérica, contribuyeron a mermar la influencia cepalina en la región.

En medio de aquel complejo escenario, del interior de la CEPAL surgieron algunos intentos de reformulación de las tesis originales;¹⁰⁸ uno de los más significativos fue el que involucró a los economistas Celso Furtado y Osvaldo Sunkel. Bajo su propia perspectiva, cada uno empezó a incorporar en su análisis algunas de las tesis dependentistas más importantes, que se oponían a los planteamientos originales de la CEPAL, por ejemplo, ampliaron su visión economicista del subdesarrollo, aceptaron la idea de algunos factores internos que impedían el desarrollo de las naciones periféricas, admitieron que en aquellas condiciones difícilmente el subdesarrollo sería la antesala del desarrollo, aceptaron el carácter global del capitalismo...

Abogado y economista brasileño, doctorado en París y titular del Banco Brasileño de Desarrollo Económico y Social y de la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste de Brasil, Celso Furtado (1920) había destacado como una de las figuras más relevantes de la CEPAL, organismo al cual se incorporó en 1949. A partir del golpe militar en Brasil (1964), la perspectiva teórica y la propia vida de Furtado cambiaron sensiblemente: desde el exilio

¹⁰⁸ Sobre el desarrollo de las tesis cepalinas, como lo señalé en el capítulo anterior, pueden consultarse los conocidos trabajos de Octavio Rodríguez Araujo, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1989; de Joseph Hodara, *Prebisch y la CEPAL. Sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987; de Adolfo Gurreri, *La obra de Prebisch en la CEPAL*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 46), 1986, y la revisión llevada a cabo por la misma CEPAL: *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo*, Chile, ONU/CEPAL, 2000.

primero en Chile y Estados Unidos y, al año siguiente, en París, Celso Furtado revisa y rectifica algunos de los planteamientos de la CEPAL, priva en él —a decir de Blomström y Hettne— una visión pesimista acerca de las posibilidades de desarrollo en América Latina: “Su ‘aura’ pesimista se tornó más pronunciada: tal como él veía las cosas, la única salvación del continente consistía en incrementar la autoconfianza, posición que se manifestó muy claramente en su libro *Economic development of Latin American* (1969). Allí dice: ‘Un intento de solución para estos y otros problemas vinculados con las relaciones externas sería inconcebible sin un esfuerzo paralelo por provocar reformas estructurales y crear nuevas formas de cooperación en la región.’”¹⁰⁹

Pocos años después, Celso Furtado reunió en una obra sus trabajos de la primera mitad de los setenta: *El desarrollo económico: un mito*, un libro que permite constatar el tránsito teórico del autor desde el estructuralismo cepalino al enfoque de la dependencia, en un tono, en efecto, rayano en el pesimismo. El título de la obra es ya un anticipo de su contenido, la conclusión es precisamente esa: el desarrollo es un mito, al menos para los países periféricos.

Consternado, al parecer, por el muy conocido informe para el Club de Roma, publicado bajo el título de *Los límites del crecimiento* (*The limits to growth*), Furtado se sirve de las conclusiones del libro para sostener su idea de mito: “¿qué sucederá si el desarrollo económico hacia el cual están siendo movilizados todos los pueblos de la tierra, llega efectivamente a concretarse, es decir, si las actuales formas de vida de los pueblos ricos llegan efectivamente a universalizarse? La respuesta a esa pregunta es clara, sin ambigüedades: si ello sucediese, la presión sobre los recursos no renovables y la contaminación del medio ambiente serían de tal orden (o, alternativamente, el costo del control de la contaminación sería tan elevado) que el sistema económico mundial entraría necesariamente en colapso.”¹¹⁰ Tal es el tono y la perspectiva que priva en el diagnóstico sobre el subdesarrollo latinoamericano de Furtado: “la evolución del sistema capitalista, en el último cuarto de siglo, se caracterizó por un proceso de homogenización e integración del centro, un distanciamiento creciente entre el centro y la periferia y una considerable ampliación del foso que, dentro de la periferia, separa a una minoría privilegiada de las grandes masas de la población. Esos procesos no son independientes unos de otros: deben ser considerados dentro de un mismo cuadro evolutivo.”¹¹¹

¹⁰⁹ Magnus Blomström y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo...*, op. cit., p.80.

¹¹⁰ Celso Furtado, *El desarrollo económico: un mito*, 7ª ed., México, Siglo XXI, 1985, p. 18.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 52.

Como se ve, Furtado asumía una de las tesis del enfoque dependientista: la existencia de un solo sistema que generaba y mal distribuía el desarrollo, para pocos, y el subdesarrollo, para muchos.

En esta etapa de su pensamiento y en contraste con las dos décadas anteriores, Furtado supone que el subdesarrollo es un proceso que desborda —en su comprensión— la economía. Contrariando algunos de los supuestos cepalinos, Furtado sostiene que, en el origen, lo que habría generado subdesarrollo y dependencia en América Latina es la *modernización*, “ese proceso de adopción de pautas de consumo sofisticadas (privadas y públicas) sin el correspondiente proceso de acumulación de capital y progreso de los métodos productivos. Cuanto más amplio sea el campo de modernización más intensa tiende a ser la presión en el sentido de ampliar el excedente, lo cual puede ser alcanzado mediante la expansión de las exportaciones, o por medio del aumento de la ‘tasa de explotación’, es decir, de la proporción del excedente en el producto neto.”¹¹² Un proceso, la modernización, que se expresaba abiertamente cuando las economías latinoamericanas se *embarcaban* en la industrialización.

En este contexto, la dependencia —colige Furtado— se entendía, entonces, como aquella “situación particular de los países cuyas pautas de consumo han sido modeladas desde el exterior,” lo cual implicaba, sobre todo, formas de “dependencia o colonización cultural” de las zonas periféricas. En otras palabras, las de Furtado, “el proceso de colonización cultural radica originalmente en la acción convergente de las clases dirigentes locales, interesadas en mantener una elevada tasa de explotación, y de los grupos que, a partir del centro del sistema, controlan la economía internacional y cuyo principal interés es crear y ampliar mercados para el flujo de nuevos productos engendrados por la revolución industrial.”¹¹³ La adopción de estas pautas de consumo, la incapacidad de las economías latinoamericanas por sostenerlas y la alianza entre los sectores modernizantes de las naciones periféricas y los intereses del capital internacional generan situaciones de dependencia que, a su vez, condenan a las economías al subdesarrollo, que no es sino resultado de una mixtura entre “ciertas condiciones históricas, entre el proceso interno de explotación y el proceso externo de dependencia. Cuanto más intenso sea el influjo de las nuevas pautas de consumo, mayor deberá ser la concentración del ingreso. Por lo tanto, si aumenta la dependencia externa, también aumentará la tasa de explotación interna.”¹¹⁴

¹¹² *Ibid.*..., pp. 96-97.

¹¹³ *Ibid.*, p. 102.

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 114.

Según lo veo, la asimilación de las tesis dependentistas más conspicuas fueron articuladas en un esquema al parecer irresoluble: entre más modernos (por decir industrializados), más dependientes y subdesarrollados. Pesimismo que la coyuntura económica se encargaría de desmentir: según refiere Gabriel Palma, alrededor de esta conclusión se presentó una ironía, pues mientras Furtado difundía su idea del desarrollo como un mito, “el comercio internacional se recuperaba, los términos del intercambio se modificaban a favor de los exportadores latinoamericanos de productos agrícolas y mineros y algunos países trataban de aprovechar esta situación favorable y aceleraban su ritmo de crecimiento económico. Así pues —remata Palma— como Cardoso lo hace notar, ‘la historia le tendió una trampa a los pesimistas’”.¹¹⁵

En otra pista, con algunas diferencias pero en la misma dirección, el economista chileno Osvaldo Sunkel emprendió una revisión de las tesis cepalinas. Desde 1966, el doctor egresado de la London School aceptó parte del planteamiento dependentista pero, al mismo tiempo, se deslindó de aquellas propuestas “violentas y radicales”, ante las cuales oponía la idea (¿creencia?) de la formación de alianzas políticas entre segmentos de las clases medias y parte de los sectores obrero y campesino.

Al igual que Furtado, Osvaldo Sunkel inicia con un diagnóstico crítico: “la estrategia del desarrollo mediante la industrialización por sustitución de importaciones, que debería haber liberado a la economía de su fuerte dependencia de la exportación de productos primarios y de capital y tecnología externos, no sólo no ha logrado estas metas, sino que de hecho ha agravado la situación y naturaleza dependiente de nuestras economías.”¹¹⁶ Luego de más de una década del auge de la CEPAL, Sunkel sostenía —al final de una celebrada obra escrita alalimón con Pedro Paz—¹¹⁷ que el fracaso de aquella estrategia se debía a que la industrialización no había conseguido cambiar el sector exportador de las economías latinoamericanas, dominadas por los productos primarios, y que las importaciones que no se habían sustituido —bienes de capital, por ejemplo— eran estratégicas en el proceso de producción y las más rentables. Aunado a lo anterior, su diagnóstico registraba algunas de las novedades del sistema capitalista: como el creciente endeudamiento de los países periféricos y las consecuencias en la balanza de pagos, y la falta de capital para financiar el desarrollo nacional.

¹¹⁵ Gabriel Palma, “Dependencia y desarrollo...”, *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁶ Osvaldo Sunkel, “La naturaleza de la dependencia latinoamericana”, en René Villarreal (ed.), *Teorías del imperialismo...*, *op. cit.*, pp. 275-276.

¹¹⁷ Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano...*, *op. cit.*, pp. 366-368.

A mi entender, quizás la mayor aportación de la obra de Sunkel en los setenta sea, por un lado, la caracterización teórica e histórica de la teoría del desarrollo y, por otro, la actualización del diagnóstico sobre la estructura del sistema capitalista mundial —con base en algunos planteamientos dependentistas. Sobre esto último, Sunkel sostenía que “el sistema capitalista se encuentra en un proceso de reorganización que lo convierte en un nuevo sistema industrial internacional cuyos principales agentes institucionales son las corporaciones manufactureras multinacionales, respaldados por los gobiernos de los países desarrollados. [...] Esto tiende a reforzar el proceso relativo de subdesarrollo económico, social, político y cultural del Tercer Mundo, ahondando aún más su dependencia del exterior y su desintegración interna.”¹¹⁸

Siguiendo esa línea de interpretación, Sunkel arriba a una interesante reflexión acerca de lo que denomina “capitalismo trasnacional” y sus impactos “desintegradores” para las naciones, economías y Estados periféricos, análisis que sin duda evidencia un avance teórico significativo.

En contraste con Furtado, en su revisión de la obra cepalina, Osvaldo Sunkel —quien luego del golpe militar en Chile continuó su obra en la Universidad de Sussex— sostenía la posibilidad de desarrollo económico aún en la periferia a través de un proceso de integración al sistema capitalista mundial en otros términos, empujado por una alianza política interclasista; por lo demás, afirmaba la pertinencia de algunas tesis cepalinas. En algo muy parecido a un balance, al final de una de sus obras da cuenta de ello:

Las posibilidades de llegar a formular nuevas políticas de desarrollo basadas sobre una estrategia diferente a la de la sustitución de importaciones, se asienta sobre varias consideraciones importantes. Se ha logrado una significativa diversificación del sistema productivo, con la creación, por lo menos en algunos países, de sectores industriales relativamente complejos y avanzados. Con ese cambio se han formado un proletariado industrial importante, un sector empresarial y recursos humanos de elevada calificación técnica. Además, se ha registrado una notable expansión del sector público, particularmente en lo referente a la conducción y formulación de la política económica y social. El Estado tiene de este modo en sus manos, en principio, la posibilidad de formular y realizar nuevas estrategias de desarrollo más apropiadas a las características y perspectivas de los distintos países. Es un instrumento muy poderoso que el proceso de sustitución de importaciones estimuló y creó, y ahora debe responder ante sectores sociales relativamente amplios de la comunidad, para convertirse, dadas las condiciones de crisis de crecimiento, en el intermediario a través del cual se formulen las nuevas estrategias de desarrollo.¹¹⁹

Cada uno a su modo, Furtado y Sunkel representan la continuación crítica de las estrategias económicas que, durante los cincuenta, buena parte de la región puso en práctica bajo la

¹¹⁸ Sunkel, “La naturaleza...”, *op. cit.*, p. 286.

¹¹⁹ Sunkel y Paz, *op. cit.*, p. 380.

influencia de la CEPAL. La evidencia empírica los obligó a rectificar diagnóstico y pronóstico. Luego de más de una década, la cura había agravado la enfermedad del subdesarrollo latinoamericano. Para ambos teóricos, el enfoque de la dependencia les ofrecía un asidero para superar la visión cepalina del desarrollo.

Si bien Furtado y Sunkel compartieron ciertos principios, siguieron —como lo hizo el propio Prebisch— itinerarios distintos que los condujeron, en consecuencia, a puertos igualmente diversos. Si en Furtado lo que domina es el pesimismo, en Sunkel, por el contrario, lo que se observa es un intento por darle continuidad a la reflexión sobre el subdesarrollo latinoamericano. Como lo veo, más que una síntesis, parece que Sunkel se interesa por la construcción de un pensamiento latinoamericano que se sirva del pasado, incluso de las equivocaciones.

e) Agustín Cueva: ¿teoría? de la dependencia

Hombre de letras, crítico literario, profesor de varias generaciones de universitarios, Agustín Cueva Ibarra (1937-1992) fue una voz original dentro del debate dependentista. Polemista como era, Cueva protagonizó algunos de los debates más interesantes de la época. Desde una perspectiva marxista, el sociólogo ecuatoriano fue uno de los más insistentes en cuestionar el carácter “teórico” de la dependencia.

Uno de sus ensayos que más reacciones generó, sin duda, fue aquel que presentó como ponencia en el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en julio de 1974 en San José de Costa Rica, el cual reunió a un segmento muy considerable de la comunidad de científicos sociales latinoamericanos.

En aquel texto (titulado “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”), Cueva confrontó a algunos de los autores dependentistas más conspicuos de la época, como Gunder Frank, Cardoso, Faletto, Marini, Dos Santos... A mi juicio y sólo con fines narrativos, la crítica de Cueva Ibarra puede concentrarse en las siguientes tesis:

1. La “teoría de la dependencia” nace “mordiéndose la cola”. Para Agustín Cueva, el origen de la teoría determina su devenir de forma paradójica. Afirma que esta teoría nace, por un lado, “como una violenta impugnación de la sociología burguesa y de sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano” y, por el otro, “emerge en conflicto con lo que a partir de cierto momento dará en llamarse el marxismo ‘tradicional’”. Ahora bien, la “paradoja” propiciada por este “cruzamiento de perspectivas” del que proviene el enfoque de la dependencia consiste en que “mientras por un lado se crítica a las corrientes burguesas desde un punto de vista cercano al marxista, por otro se critica al marxismo-

leninismo desde una óptica harto impregnada de desarrollismo y de concepciones provenientes de las ciencias sociales burguesas.”¹²⁰ El dependentismo —razona Cueva— se muerde la cola. Sin pretenderlo queda atrapada en el desarrollismo que crítica y que lo confronta con la perspectiva marxista que asume: “Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, de *hecho*, dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista, e incluso atrapada en su perspectiva economicista.”¹²¹

2. *La dependencia es una interpretación presuntamente “marxista” que omite el análisis de clases.* Una de las flaquezas teóricas más evidentes de la perspectiva de la dependencia, según Cueva, es que prescinde de un análisis de clases y de lucha de clases en el estudio del capitalismo latinoamericano: “es el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las ‘oligarquías’ y las burguesías o, en el mejor de los casos, las capas medias, cuando los sectores populares aparecen es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento ‘populista’”.¹²² Casi siempre ausente, pero cuando se emprende este tipo de reflexión se realiza —a decir de Cueva— equívocamente: “tal es el caso de los análisis sobre la burguesía nacional (mediana y pequeña), a la que comienza por pedírsele virtudes revolucionarias que nunca poseyó, para luego negar pura y llanamente su existencia en América Latina. Con el loable propósito de evitar las posiciones reformistas, en este como en otros aspectos se cae en el otro extremo, la ultraizquierdización del análisis, al borrador de una plumada de todas las contradicciones secundarias de la sociedad y la posibilidad de actuar sobre ellas.”¹²³ En el fondo, esta crítica es la que sostiene la idea de Cueva acerca de que la “teoría de la dependencia” es “neomarxismo al margen de Marx”, esto es, marxismo sin análisis de clases.
3. *El capitalismo depende de leyes, no de modelos.* Estudioso de la historia del capitalismo latinoamericano (es muy conocida su obra *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, que hoy alcanza casi veinte ediciones), Agustín Cueva identifica acaso uno de los que considera más desafortunados desaciertos teóricos de la dependencia: la división —a

¹²⁰ Agustín Cueva, “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en Daniel Camacho (comp.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, Costa Rica, EDUCA, 1979, p. 64.

¹²¹ *Ibidem*, p. 68.

¹²² *Ibid.*, p. 76.

¹²³ *Ibidem*.

la que algunos autores recurren— del capitalismo en dos *modelos*, “clásico” y “dependiente”. Debatible, Cueva objeta la afirmación de los autores de *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, de que “la historia no se repite” y que por tanto no debe estudiarse el desarrollo del capitalismo con el propósito de encontrar repeticiones históricas en la periferia, por lo que —Cueva reproduce el texto de Cardoso y Faletto— “metodológicamente no es lícito suponer que en los países ‘en desarrollo’ se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en una caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo gracias a la acción denominada a veces *Bourgeoisie conquérante*, y en el otro se intenta el desarrollo cuando el mercado mundial se presenta dividido en un mundo capitalista y socialista.”¹²⁴ Para Cueva, la afirmación de que *la historia no se repite* resulta “una fórmula de perfiles peligrosos, puesto que puede conducir directamente al *empirismo* si es que no se precisa su alcance y su contenido.”¹²⁵ Cueva lo dice con todas sus letras: “plantear el problema en términos de ‘patrones’ o ‘modelos’ nos parece sustancialmente incorrecto. Lo que existe, al menos desde un punto de vista marxista, no son ‘patrones’ sino leyes, como las del desarrollo del capitalismo por ejemplo, que se cumplen en América Latina como por doquier, dentro de las condiciones históricas determinadas...”¹²⁶ Si el desarrollo capitalista obedece a leyes, entonces, colige Cueva, el enfoque de la dependencia se equivoca al considerar que la relación entre capitalismo clásico y capitalismo dependiente permite explicar el subdesarrollo latinoamericano. Según Agustín Cueva, el análisis debía concentrarse en “esas leyes que rigen el funcionamiento del capitalismo”; al final, lo que importa no es el carácter *dependiente* del capitalismo latinoamericano, sino el propio capitalismo, en consecuencia:

4. La “teoría de la dependencia” confundió el objeto de estudio: no es la situación de dependencia (“lo adjetivo”) sino las leyes del capitalismo (“lo sustantivo”): “nuestra tesis —advierte Cueva— es, por tanto, la de que no hay ningún espacio teórico en el que pueda asentarse una ‘teoría de la dependencia’, marxista o no, por la misma razón por la que no lo hubo ni en la Rusia de Lenin ni en la China de Mao. Aunque en todos estos casos haya, naturalmente, complejos objetos históricos concretos cuyo conocimiento es necesario producir a la luz de la teoría marxista.”¹²⁷ Para decirlo en pocas palabras, Cueva concluye

¹²⁴ *Ibid.*, p. 77.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 77.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 78.

¹²⁷ *Ibid.*, p. 81.

que con el marxismo alcanza para el análisis del subdesarrollo latinoamericano. Por si no fuera suficiente, Agustín Cueva añade una crítica más:

5. *El mecanicismo del enfoque de la dependencia*, que el sociólogo ecuatoriano describe como esa la relación “automática” (como si de un reflejo se tratara) que el dependentismo establece entre lo externo y lo interno. “Además de los problemas ya mencionados, la teoría de la dependencia presenta otro, que consiste en el tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno, lo que lleva en muchos casos a la postulación de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa.”¹²⁸ Reacción en cadena, lo anterior conduce a otro equívoco: la insistencia del enfoque de la dependencia en explicar el subdesarrollo latinoamericano a partir de su articulación con los países capitalistas desarrollados: lo interno es determinado por lo externo. En contraste, Agustín Cueva pone de cabeza la premisa: “¿no será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina en última instancia su vinculación al sistema capitalista mundial?”, en otras palabras: lo interno determina lo externo. ¿No será que —siguiendo esas pautas “dialécticas” que Cueva sugiere— se determinan mutuamente?

Frente a tantos y tan profundos desatinos y yerros dependentistas, Cueva arriba a una conclusión predecible: *el ocaso de la “teoría de la dependencia”*, entendida como esa “caja de Pandora de la que, en un momento dado, llegaron a desprenderse todas las significaciones e ilusiones, [...] Caja de Pandora que desde luego no era un ‘lugar sin límites’, sino un marco de representación de contornos definidos por la idea de que toda nuestra historia es *deducible* de la oposición ‘centro-periferia’, ‘metrópoli-satélite’ o ‘capitalismo clásico-capitalismo dependiente’, eje teórico omnímodo sobre el cual podían moverse desde los autores cepalinos hasta los neomarxistas.”¹²⁹

Conviene recordar que era apenas 1974 cuando Agustín Cueva ya formulaba esta crítica hacia la dependencia. En cierto modo, las tesis de Cueva expresaban el sentir —cierta antipatía— de un sector del marxismo ortodoxo contra los dependentistas. Surgían así las primeras amenazas de muerte contra la escuela de la dependencia.

Como sea, con su enérgica crítica Agustín Cueva enriqueció el enfoque de la dependencia: señaló sus vulnerabilidades pero también reveló que no era la única “atrapada”

¹²⁸ *Ibidem.*

¹²⁹ *Ibid.*, p. 93.

en aquello que criticaba. Lo mismo le sucedió al mismo Cueva Ibarra: ¿pensar que la historia tiene *leyes* no lo colocaba en la misma posición que el desarrollismo? De la misma forma, ¿invertir la ecuación dependencista —lo externo determina lo interno—, como hace Agustín Cueva, no es igualmente una salida “no dialéctica” como la que él critica por parte de los dependencistas?

Al igual que la escuela de la dependencia —según esta crítica—, Cueva queda atrapado en sus propias paradojas. Al final, su crítica se muerde la cola...

f) Weffort: dependencia como teoría de clase

Sociólogo e investigador, profesor universitario durante muchos años y, más recientemente, ministro de Cultura en el gobierno de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, Francisco Weffort —al igual que Agustín Cueva, Aníbal Quijano y José Luis de Imaz—¹³⁰ emergió como una de esas voces críticas (desde la izquierda) y disonantes hacia el dependencismo.

Desde la *Revista Latinoamericana de ciencia política*, Weffort puso en cuestión la consistencia del concepto de dependencia: “mi sugestión es que sería deseable someter esta noción a un reexamen antes que caigamos nuevamente en la ilusión de un falso consenso...”; pero antes de acometer la empresa, Weffort le reconoce a este concepto una “doble” aportación: “primero, por haber avanzado en el campo de la crítica de las teorías convencionales del desarrollo; segundo, por haber señalado un problema teórico de la mayor importancia política en América Latina: la cuestión de la *posición teórica del ‘problema nacional’ en el cuadro de las relaciones de producción y de las relaciones de clase.*” [Cursivas en el original]¹³¹ Para Weffort, la escuela de la dependencia avanza en lo primero, pero se queda trunca en lo segundo: “mi impresión —apunta— es que este segundo tema toca necesariamente la crítica de la propia noción de dependencia.”¹³²

La crítica de Weffort empieza con un *blanco* relativamente fácil: la ambigüedad del concepto de dependencia, el cual parece contener dos nociones distintas o, si se quiere, dar cabida a dos situaciones de dependencia diferentes y no necesariamente complementarias, antes al contrario según nuestro autor. En principio, Weffort advierte que algunos autores

¹³⁰ Véase Aníbal Quijano, *Redefinición de la dependencia y proceso de marginación en América Latina*, Santiago, 1970; y José Luis de Imaz, “¡Adiós a la teoría de la dependencia? Una perspectiva desde la Argentina”, en Daniel Camacho (comp.), *Debates sobre...*, op. cit., pp. 136-169; y, sobre todo, el libro de Weffort y Quijano, *Populismo, marginación y dependencia: ensayo de interpretación sociológica*, Costa Rica, Universidad Centroamericana, 1973.

¹³¹ Francisco C. Weffort, “Notas sobre la ‘teoría de la dependencia’: ¿teoría de clase o ideología nacional?”, en *Revista Latinoamericana de ciencia política*, Chile, vol. 1, núm. 3, diciembre, 1970, p. 390.

¹³² *Idem.*

entienden dependencia como una relación externa; mientras que para otros el término describe una relación estructural, interna y/o externa. En la misma dirección que la crítica de Aníbal Quijano, Francisco Weffort sostiene que estas nociones de dependencia no hacen sino expresar dos “encuadres teóricos distintos”, en el primero la idea de fondo es la “subordinación nacional” respecto de los “centros hegemónicos”; en este caso, la dependencia —según esta crítica— muestra una función más denunciativa que explicativa. El segundo “encuadre” tiene como base la relación que se establece entre la hegemonía nacional y el sistema capitalista mundial, a partir de las relaciones de producción y las relaciones políticas.¹³³

Vista así, la cuestión —sugiere Weffort— es cómo conciliar ambos encuadres, cómo “combinar la dependencia externa con la interna”, si cada encuadre acentúa diferentes relaciones. En otras palabras, las del autor, “la imprecisión de la noción de dependencia, en cualquiera de las acepciones mencionadas, está en el hecho que oscila, irremediamente desde el punto de vista teórico, entre un enfoque nacional y un enfoque de clase. En el primer concepto de Nación, opera como premisa de todo el análisis posterior de las clases y relaciones de producción; o sea, a la atribución del carácter nacional (real, posible o deseable), la economía y la estructura de clase juegan un papel decisivo. En el segundo se pretende que la dinámica de las relaciones de producción y de las relaciones de clase, determine en última instancia el carácter (real) del ‘problema nacional’”.¹³⁴

Luego de ejemplificar la adopción de estos encuadres (se detiene en particular en la obra de Gunder Frank y de Cardoso y Faletto)¹³⁵ y advertir sus limitaciones, Weffort arriba a una primera conclusión: al intentar fundir la dependencia interna y externa, articular ambos encuadres en uno solo, el enfoque de la dependencia lo hace al “estilo de una dialéctica de la ambigüedad”, que no resuelve la cuestión central: definir la dependencia a partir de la nación o la clase, ambigüedad que, por lo demás, debería ser disuelta —según Weffort— desde una perspectiva de clase, que no se detiene en la “cuestión nacional”, en la medida en que la nación no es un “principio teórico explicativo”.

Una vez planteada la ambigüedad en que se debate el concepto de dependencia, Weffort embate de nuevo. No obstante que reconoce el potencial crítico de la dependencia,

¹³³ En el fondo, el planteamiento de Weffort es el mismo que el de Quijano. VÉASE Aníbal Quijano, “Dependencia y marginalidad. El concepto de polo marginal”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (comps.), *La teoría social latinoamericana, textos escogidos*. (Tomo II. *La teoría de la dependencia*), México, UNAM, 1994, p. 204.

¹³⁴ *Ibidem*, p. 392.

¹³⁵ Su crítica a Cardoso y Faletto da lugar a un debate, que será materia del próximo capítulo de esta investigación.

sostiene que esta crítica es incompleta: “me parece que la crítica —dependentista se refiere Weffort— cometió el error de ceder en dos puntos: primero, aceptó aunque en forma más o menos vaga, la idea de ‘modelos clásicos’ de desarrollo capitalista; segundo, aceptó que estos ‘modelos’ estuvieran circunscriptos al ámbito de la Nación.”¹³⁶ Lo que Weffort quiere decir —coligo— es que la escuela de la dependencia se muerde la cola: crítica la “transposición mecánica de modelos europeos y americanos” pero, al mismo tiempo, acepta la idea de esos “modelos”.

En virtud de esta aceptación, en América Latina y a través del discurso dependentista se abrieron paso modelos dicotómicos: dictadura/democracia, burguesía/aristocracia.

Luego de discutir las inconsistencias de la dependencia ahora a la luz de la teoría del imperialismo (con la que el dependentismo comparte algunos elementos, pero traiciona al asumir la idea de nación), Francisco Weffort concluye con cuatro tesis su crítica a la escuela de la dependencia que, con base en la idea de nación, se plantea como alternativa teórica:

- “1. la noción de dependencia toma la idea de Nación del mismo modo que el concepto de clase (relaciones de producción, etc.) como principios teóricos;
- “2. una teoría de clase no necesita de la premisa nacional para explicar el desarrollo capitalista;
- “3. si se acepta el segundo argumento, la dependencia deja de ser una teoría o un concepto totalizante sobre la sociedad latinoamericana debiendo entonces ser tomada como la indicación más seria hecha sobre la importancia del ‘problema nacional’ en la América Latina;
- “4. desde el punto de vista de una teoría de clase, el problema mencionado jamás ha sido concebido como permanente;”¹³⁷

En suma, lo que Weffort critica de la escuela de la dependencia es 1) la ambigüedad —predominante en los teóricos dependentistas— entre la dependencia como situación externa (subordinación a los centros hegemónicos centrales) y como condición estructural interna/externa (relaciones de producción y relaciones políticas entre los poderes domésticos y el sistema capitalista transnacional) y, 2) la adopción de la idea de nación que —según él— obstruye el análisis de las relaciones políticas y económicas internas-externas en términos de clase.

¹³⁶ Francisco C. Weffort, *op. cit.*, p. 395.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 401.

Como se ve, Weffort está más cerca de la teoría del imperialismo que de la dependencia (al menos en el debate clase *versus* nación); precisamente la respuesta de Fernando Henrique Cardoso a la crítica que le formula Weffort, se conduce por esta línea argumentativa. No será sino hasta el siguiente capítulo cuando demos cuenta de esta discusión.

Por lo pronto y a reserva de continuar esta discusión más adelante, se puede advertir que si bien la propuesta de Weffort acerca de poner fin a esa ambigüedad que, según dice, caracteriza a la dependencia por la vía de privilegiar —como lo hace la teoría leninista del imperialismo— el análisis de clase, ofrece, en efecto, algunos ventajas, no obstante se corre el riesgo de pasar por alto particularidades nacionales, diferencias culturales entre pueblos, esto es, elementos históricos significativos para entender con precisión la forma, orden y peculiaridades del proceso de incorporación de esas naciones al sistema capitalista mundial.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La omisión es tan grande como deliberada: ni Fernando Henrique Cardoso ni Ruy Mauro Marini (al igual que otros teóricos, pues se entiende que no es el objetivo un análisis exhaustivo de autores y tesis) han sido convocados en este recuento sobre la dependencia. Ambos tienen su lugar —central por lo demás— en el siguiente capítulo. Por ahora, a este apartado no le resta sino arribar a algunas conclusiones sobre el concepto de dependencia.

Recapitemos apenas lo necesario. La pregunta sigue siendo la misma: ¿qué es la dependencia? Para empezar, un concepto cargado de historia y de significados, que nos coloca en un espacio y tiempo históricos de América Latina y del debate de las ideas en la región. Pero no sólo eso, el concepto de dependencia hace referencia a lo que hemos identificado como esa comunidad (que también se conoce como escuela) de científicos sociales —latinoamericanos y marxistas buena parte de ellos— que, en algunos casos, compartían puntos de partida, hipótesis, supuestos y enfoques teóricos y, en algunos otros, apenas tenían en común el momento histórico en que vivían y algunas preocupaciones.

Pero hay más. La dependencia articula, también, una serie de tesis que dan cuenta, desde las ciencias sociales y a través de distintas voces, de la relación económica y política de América Latina con las naciones desarrolladas que ocupan una posición hegemónica dentro del sistema capitalista mundial, y sus consecuencias para los países que, como los latinoamericanos, se encuentran a la zaga del proceso de desarrollo capitalista. Por lo demás, la dependencia refiere una interpretación acerca del proceso histórico, que tomó varios siglos

—según algunos autores—, a través del cual América Latina fue incorporada al capitalismo internacional.

¿Demasiado para un solo concepto? ¿Apenas lo suficiente para una escuela? ¿Análisis de coyuntura o enfoque crítico del capitalismo? ¿Ideología marxista? ¿Qué es y qué no es la dependencia?

A juzgar por los conceptos y debates —sus alcances y limitaciones—, de los que he dado cuenta a lo largo de este apartado, podríamos caracterizar la dependencia a través de los siguientes ejes:

1. *Historia y dependencia*: esta relación tiene por, lo menos, dos planos: *a)* la historia y el concepto y *b)* la historia del concepto. En el primero, la dependencia resulta —para la mayor parte de los teóricos identificados con este enfoque— una *consecuencia histórica* del proceso de acumulación capitalista, sobre la cual se habría levantado el sistema económico capitalista mundial. En estos términos, la dependencia es un capítulo de varios siglos (desde la Colonia hasta la posguerra) en la historia de América Latina, que describe, por un lado, el proceso de incorporación/subordinación de nuestras economías y sociedades en la organización internacional del capital y, por el otro, da cuenta de las formas y métodos, que ha adoptado esta desventajosa articulación entre América Latina y las sedes nacionales del desarrollo económico. En el segundo plano (la historia del concepto), en la dependencia se encuentran —y desencuentran— varias formas de teorizar el desarrollo del capitalismo: *a)* la crítica marxista del capital, que incluiría los textos originales de Marx así como algunas de sus interpretaciones; *b)* la crítica en términos imperialistas del capitalismo, que va desde los “autores clásicos” de principios del siglo XX hasta algunos teóricos de la posguerra; y *c)* la crítica al desarrollismo cepalino y anglosajón, que prevaleció a partir de los sesenta, y en la que aparecen algunas tesis reformuladas de las anteriores críticas.

2. *Estructura y dependencia*. Idea difundida entre varios autores, la dependencia no es sino una cierta *estructura* de dominación (por decir esa armazón económico, política y social que articula lo externo con lo interno) de los países hegemónicos hacia las economías latinoamericanas, la cual permite, a un tiempo, el desarrollo de las economías centrales y el subdesarrollo de los países menos industrializados (la muy conocida tesis del “desarrollo del subdesarrollo”, que se repite en varios autores). Para decirlo en unas cuantas palabras, todo habría empezado con la formación de esta estructura, trascendental en la medida en que *a)* determina la *forma* en que se incorporan las economías latinoamericanas al sistema capitalista internacional; *b)* define, al menos en parte, la estructura económica interna (limitando su

desarrollo potencial), las instituciones públicas e incluso —si atendemos las sugerencias de Furtado— las pautas de consumo; *c*) permite establecer una alianza entre el capital nacional y el foráneo a partir de la comunidad de intereses; *d*) influye en el tipo de relaciones que se establecen al interior de las naciones subdesarrolladas (los enclaves industriales hacen las veces de metrópolis periféricas respecto a las regiones o provincias nacional menos industrializadas), que aparecen como un reflejo del sistema capitalista internacional.

3. *Sistema y dependencia*. De distintos modos, pero en la mayoría de los autores dependetistas prevalece un cierto enfoque *holístico*, que les permite, por un lado, concebir la economía capitalista como un sistema de alcance mundial, una *totalidad* en la que países desarrollados y subdesarrollados establecen relaciones económicas y políticas asimétricas, y, por el otro, discernir el desarrollo económico como un solo proceso con dos caras.

A mi juicio, son estos ejes que nos permiten, si no definir exhaustivamente lo que algunos siguen llamando teoría de la dependencia, al menos *cercar* lo que en ciertos autores aparece como un concepto que pretende explicarlo casi todo. Desde luego, no desconozco que no son estas las únicas tesis que se identifican con la dependencia, pero son, eso sí, las que permiten hablar de una cierta comunidad de tesis, temas y autores, que posibilita sostener la noción de una “escuela de la dependencia”.

No soslayo que, por ejemplo, el análisis de las clases sociales —desde distintas perspectivas—, así como el diagnóstico político sobre la América Latina de los setenta, (sólo por mencionar algunos de los temas más conspicuos) fueron origen de muy diversas críticas desde diferentes frentes externos, pero sobre todo materia prima de un amplio debate al interior de la escuela de la dependencia, en el que precisamente se inscribe la polémica entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mario Marini, asignatura que habré de desahogar en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III



DEBATE

CARDOSO-MARINI

Largo, es cierto, pero valioso ha resultado —a mi juicio— este trajinar por una etapa muy significativa y fecunda de la historia intelectual, política y económica de la América Latina contemporánea. Ineludible para los fines que se propone la investigación, este luengo recorrido desemboca en el debate entre dos de los teóricos dependencistas más influyentes: Ruy Mauro Marini y Fernando Henrique Cardoso.

Polémica —severa, rijosa incluso— como tantas otras que tuvieron lugar “al interior” de la dependencia, pero diferente, en más de un sentido, entre otras razones, porque se presenta en un contexto de creciente crítica —desde distintos flancos— hacia el enfoque de la dependencia. Por ejemplo, durante el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, celebrado en Costa Rica a mediados de 1974 (al que aludí), ya se planteaba “el adiós a la teoría de la dependencia” y, al mismo tiempo, las “alternativas sociológicas” sobre el subdesarrollo en América Latina.¹ Un par de años más tarde, el propio Cardoso parecía expresar parte del estado de ánimo intelectual que prevalecía hacia el dependencismo: “las más generales y formales obras de Gunder Frank son recibidas como si fueran sus mejores obras, se agrega la definición formal de la dependencia dada por Theotônio Dos Santos; a veces se inserta la problemática del subimperialismo y la marginalidad, se añade uno u otro de mis trabajos o de Sunkel, con notas a pie de página, y el resultado es una teoría de la dependencia, un hombre de paja fácil de destruir.”²

Aunado a este ambiente intelectual, el enfoque de la dependencia empezaba a acusar los efectos de otros factores que, en menor o mayor medida, impactaban su propio desarrollo, entre otros, los siguientes: 1) el contexto político en América Latina —señaladamente el golpe militar del general Pinochet contra el gobierno democrático de Salvador Allende, al que más tarde habría que sumar la caída del general Velasco Alvarado en Perú (agosto de 1975) y el

¹ Véase Daniel Camacho (comp.), *Debates sobre la teoría de la dependencia...*, op. cit., en particular las ponencias de Agustín Cueva, “Problemas y perspectivas de la dependencia”, y de José Luis de Imaz, “¿Adiós a la teoría de la dependencia?”

² Fernando Henrique Cardoso, *The consumption of the Dependency Theory in the US*, Tercera Conferencia Escandinava de Investigación sobre América Latina, Bergen, junio de 1976, p. 13, citado por Blomström y Hettne, op. cit., p. 95.

ascenso del teniente general Jorge Rafael Videla al frente de la junta militar que, desde marzo de 1976, asumió el control del gobierno argentino— impuso una nueva correlación de fuerzas, lo cual planteó una redefinición/radicalización política por parte de algunos teóricos de la dependencia, que se expresó en las discusiones en torno a las alternativas (“revolución o fascismo”, por ejemplo) frente al subdesarrollo periférico; 2) las crisis energéticas y monetarias globales que, entre otros efectos, ampliaron el margen de maniobra de los principales países exportadores de petróleo (algunos de ellos latinoamericanos), anticipaban el fin del Estado de Bienestar y con ello la ofensiva neoconservadora, abrieron el financiamiento a los países “en vías de desarrollo” que más tarde se convirtió en un enorme lastre financiero, etc.; 3) la cuesta abajo de la teoría marxista en Europa (principalmente en los centros de producción teórica, como Francia e Italia) hacia finales de los setenta, lo que acentuó un ambiente intelectual y teórico empobrecido y confuso a nivel mundial³ y que, por lo demás, atizó los ánimos del debate entre los dependencistas y sus críticos; 4) quizás de menor importancia, que luego del golpe militar en Chile, México se convirtió en la nueva sede intelectual de los dependencistas, quienes se encontraron en este país con una tradición marxista más ortodoxa que la del cono sur y con mayor oposición hacia sus tesis.

Es en este contexto en el que se inscribe, a finales de 1978, una de las polémicas que, en virtud de la fecha en que se presenta, la obra que recupera y los teóricos que involucra, abrevia y, de cierta forma, cierra la etapa más influyente del enfoque de la dependencia en América Latina.

Tarea pendiente del pasado capítulo, empezamos éste precisamente con la exploración de las principales tesis y planteamientos teóricos, así como de las diferencias más ostensibles, de los protagonistas de este debate.

1. FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Ora en la academia ora en la política, Cardoso ha sido protagonista de la historia contemporánea latinoamericana. Como pocos teóricos en el continente, Cardoso dio un salto—relativamente “exitoso”— hacia el terreno siempre resbaladizo de la política, en donde coronó una carrera de veinte años al convertirse en el presidente brasileño con el mayor apoyo electoral (54.3%) desde 1945, cuando Eurico Gaspar Dutra (ex-ministro de Guerra) ganó los comicios presidenciales.

³ Véase Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio, la izquierda ante el fin de siglo*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1989, pp. 1-24.

Descendiente de una familia de militares, oriundo de Río de Janeiro, Fernando Henrique Cardoso (1931) es uno de teóricos latinoamericanos con mayor reconocimiento entre la academia del mundo occidental.⁴ (Por ejemplo, Manuel Castells reconoce sin más, en su obra mayor, que “Fernando Cardoso y Enzo Faletto fueron la fuente intelectual del planteamiento más productivo y sensible de la relación entre dependencia y desarrollo...”)⁵ Prestigio ganado —hay que decirlo— no sólo a fuerza de ideas y aportes a las ciencias sociales y al pensamiento latinoamericano, sino en buena medida gracias a la enorme influencia y proyección personal que supone ocupar —en dos ocasiones— la Presidencia de un país como Brasil, líder regional y novena economía —en tamaño— a nivel mundial.

Aunque no es el momento para discutir el lugar que ocupa Cardoso en el ámbito académico internacional, no habría que pasar de largo, sin embargo, comentarios como el de Theotônio Dos Santos, quien ha señalado que “en Brasil, por lo menos, Fernando Henrique ya ganó ese título de autor de la teoría [de la dependencia], entre otras razones por su desempeño electoral y por el cerco realizado a la teoría de la dependencia en el país durante toda la década de 1980, cuando regresamos del exilio.”⁶ Es oportuno señalarlo, también, para evitar —hasta donde sea posible— prejuicios (a favor o en contra del ex-presidente carioca) en la interpretación del debate que sostuvo con Ruy Mauro Marini.

Como sea, más allá de prestigios y famas, de feudos e historias de poder, lo que me interesa en este apartado es documentar, por un lado, la cercanía entre el pensamiento de Cardoso y el funcionalismo sociológico estadounidense y ciertas tesis de Schumpeter —que influyeron significativamente su pensamiento, como lo evidencian algunos de sus escritos— y, por otro lado, analizar algunas de sus tesis principales (acerca de la dependencia, del “desarrollo dependiente-asociado, de la política, las clases sociales y el estado) para entender desde dónde y cuáles son los ejes y supuestos que sostienen su argumentación frente a la de Marini.

DESARROLLO Y EMPRESARIOS

No era el primer libro que publicaba, pero *Empresario industrial y desarrollo económico en Brasil* (1964) se convirtió en la obra más destacada de Fernando Henrique Cardoso de esos años, desde luego hasta la aparición de su muy conocido *Desarrollo y dependencia en*

⁴ No me refiero a la calidad de su obra sino al reconocimiento que le ha merecido. En su biografía destacan los doctorados *honoris causa* por las universidades de Rutgers, Notre Dame, Cambridge, Lumière de Lyon, Libre de Berlín, Londres, Bolonia, Central de Caracas, Oporto, Coimbra y Chile.

⁵ Manuel Castells, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad red*, México, Siglo XXI, vol. 1, 1999, p. 142.

⁶ Dos Santos, *La teoría de la dependencia...*, *op. cit.*, p. 146.

América Latina, escrito al alimón con Enzo Faletto y que desde 1967 circulaba —como documento mimeografiado— en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES, dependiente de la ONU), con sede en Chile.⁷

Lo que importa señalar de este libro es que, en mi opinión, no sólo expresa las influencias teóricas e intereses intelectuales más conspicuos de Cardoso, sino que deja ver algunos de los planteamientos —en estado embrionario, en algunos casos— más importantes de toda su obra: a) el análisis sociopolítico del subdesarrollo; b) el enfoque “histórico-estructural” que critica la generalización en que caen los modelos generales y, en contraste, enfatiza las particularidades del proceso de desarrollo capitalista en cada uno de los países de América Latina; c) la importancia de la lucha entre clases sociales por la hegemonía nacional, que permita la consolidación de un “agente” que encabece el proceso de desarrollo; d) las posibilidades de desarrollo económico para los países periféricos bajo condiciones de dependencia.

En *Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil* se deja ver la influencia del funcionalismo estadounidense y la huella de Joseph Schumpeter, particularmente de sus tesis relacionadas con la interpretación acerca del empresario y su función en el proceso de desarrollo económico. Acerca, precisamente, de sus influencias, según relata el propio Cardoso, uno de sus mentores más influyentes en los años de licenciatura (Ciencias Sociales en la Universidad de São Paulo) fue Florestan Fernandes, a través de quien accedió a algunas de estas corrientes:

quien más influyó en mí fue Florestan Fernandes, que impartía la clase de sociología de primer año. Tenía 28 años y era adjunto de Fernando Azevedo [decano profesor del departamento de Ciencias Sociales]. Era muy entusiasta, creía en la ‘sociología como estilo de vida.’ [...] Leíamos algo de Marx, aunque se le daba más importancia a Weber. Florestan era funcionalista en esos años, al igual que Malinovski y Radcliffe-Brown. [...] Pero además de esas complejas ideas europeas, Florestan tenía otra faceta: hacía hincapié en los aspectos empíricos y estaba realizando un estudio antropológico de una pequeña comunidad. Florestan se había formado con Donald Pierson, sociólogo norteamericano que daba clases en la Escuela de Sociología (universidad privada de São Paulo), y con el antropólogo Emilio Willens, quien nos impartía un seminario muy bueno y extenso. Nunca conocí a Pierson. En ese entonces la influencia norteamericana que recibíamos era escasa y nos llegaba fundamentalmente de la antropología, pues leíamos escritos de Robert Redfield sobre Yucatán y el texto de Ralph Linton. Conocíamos también los libros sobre métodos de investigación de Pauline Young y de George Lundberg y un poco de Robert Pack, pero teníamos la idea de que la sociología norteamericana consistía en la realización de estudios empíricos y descriptivos carentes de imaginación. Nuestra formación era fundamentalmente

⁷ Además de una cantidad considerable de artículos (en *Problemas*, revista del Partido Comunista Brasileño, *Revista Brasiliense*, *Fundamentos*, *Ciência e Cultura*; y en los periódicos *Opineão* y *Diário de São Paulo*), antes de 1964 Cardoso había publicado ya dos libros en coautoría con Octavio Ianni, *Cor e mobilidade social em Florianópolis: aspectos das relações entre negros e brancos numa comunidade do Brasil meridional*, São Paulo, Editora Nacional, 1960; y *Homen e sociedade*, São Paulo, Editora Nacional, 1961; por su cuenta, publicó su tesis doctoral *Capitalismo e escravidão no Brasil meridional*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1963.

de origen europeo. Leí con cuidado a Robert Merton y a Talcott Parsons un poco después, al terminar mis estudios de maestría; fue entonces que me impresionó su funcionalismo, particularmente *El sistema social*, de Parsons, del cual traduje algunas partes para mis alumnos.⁸

Fueron estos referentes teóricos las herramientas con las cuales Cardoso emprendió sus primeras investigaciones empíricas sobre la situación de los negros y la esclavitud en ciertas zonas de Brasil, a lo que se dedicó hacia finales de la década de los cincuenta.

Al poco tiempo, cambió de objeto de estudio: del análisis de los negros pasó al del empresariado brasileño, al estudio de su comportamiento como potencial “clase hegemónica”. Para ello, a inicios de los sesenta fundó —con algunos de sus colegas de la Universidad de São Paulo— el Centro de Sociología Industrial y del Trabajo.⁹ Entre julio de 1961 y octubre de 1962 este Centro llevó a cabo un extenso trabajo de campo (entrevistas y cuestionarios a propietarios y/o administradores de 288 empresas de São Paulo, Belo Horizonte, Recife, Salvador y Blumenau), que suministró el material empírico para, entre otras obras, *Empresário industrial e desenvolvimento econômico*. A partir de las respuestas de 82 directores de grandes empresas y de un análisis “estructural”, Cardoso explora el papel de la burguesía industrial en el proceso de industrialización puesto en marcha a mediados de los cincuenta por Juscelino Kubitschek.

En otras palabras, se trataba de examinar las posibilidades de liderazgo político de la burguesía industrial: “Al iniciar este trabajo —habla el propio Cardoso—, creía que los miembros de la clase empresarial quizá podrían ser los nuevos dirigentes, puesto que ese era el espíritu del momento; Kubitschek, la Alianza para el Desarrollo Nacional e incluso los comunistas pensaban lo mismo. Sin embargo, mientras realizaba mi investigación, cambié de opinión. Algunos de los izquierdistas extremos, trotskistas, creían que yo estaba a favor de un capitalismo nacional, pero si leyeran el libro se darían cuenta de que no es así, pues mi análisis estructural muestra las debilidades de la posición de los empresarios.”¹⁰

Es cierto. Son varias las críticas hacia la burguesía industrial que Cardoso desprende de su análisis, sin embargo no oculta una cierta decepción por la incapacidad del empresariado brasileño para asumir el liderazgo político que el país necesitaba en ese periodo de industrialización. De allí su cercanía con Schumpeter, con quien mantiene diferencias serias pero, al mismo tiempo, comparte el interés y, algunas hipótesis, acerca de la

⁸ Joseph A. Kahl, *Tres sociólogos...*, op. cit., pp. 217-218.

⁹ Un proyecto apoyado y muy parecido al Laboratorio de Sociología Industrial de la Universidad de París, dirigido entonces por George Friedmann, y en el que también colaboraba Alain Touraine, con quien un año más tarde trabajaría Cardoso.

¹⁰ Kahl, op. cit., p. 223.

importancia de los empresarios dentro del proceso de desarrollo. No sería el primero en verse atrapado en aquello que crítica: “no podemos expresar —sostiene Derrida— una sola proposición destructiva que no se haya deslizado ya a la forma, la lógica y los postulados implícitos de lo que justamente desea cuestionar”. Veamos.

Empresário industrial e desenvolvimento econômico está dividido en dos partes. En la primera, Cardoso construye su marco teórico a partir de la crítica de diversos “modelos generales y abstractos” acerca del crecimiento y desarrollo económicos, que atribuyen gran importancia al empresario dentro de este proceso. En la segunda, elabora un perfil del empresario brasileño —de su “conducta” y “mentalidad”— a partir de su propia investigación empírica.

Al igual que Schumpeter, aunque no en los mismos términos, Cardoso atribuye al empresario un papel relevante —en más de un sentido— en las sociedades periféricas, al menos en la brasileña. Sin bien no comparte el credo schumpeteriano sobre la capacidad innovadora de los empresarios —que para el economista austríaco es el detonante del “desenvolvimiento económico”—,¹¹ parece coincidir en reconocer el liderazgo empresarial en el capitalismo contemporáneo: “sem dúvida, o homen de empresa é hoje, mais do que tudo, um líder no sentido político.” Incluso, para Cardoso, la capacidad innovadora del empresario —a la que tanto alude Schumpeter— dependía de su capacidad política: “A inovação, que formalmente é função de qualquer grupo dirigente, dependerá, para concretizar-se na só do talento inventivo quanto capacidade de persuasão e pressão política dos chefes de empresa.”¹² Es más, la innovación que Schumpeter atribuye a los empresarios, según Cardoso, sería una característica propia del capitalismo moderno.

Aunque en uno y otro casos reconocen ciertas capacidades empresariales determinantes para el desarrollo económico, la diferencia entre ambos teóricos reside —en palabras del propio Fernando Henrique— en que “Schumpeter não viu o empreendedor como ‘político’, porque economia e política, em su tempo, não eram tão claramente duas faces solidárias de um mesmo sistema de vida.”¹³ Para decirlo pronto, el empresario deja de ser —para Cardoso— sólo un agente económico y se convierte también en un agente político con capacidad no sólo para generar “nuevas combinaciones” de los factores de la producción

¹¹ Véase el capítulo 1 de esta investigación.

¹² Fernando Henrique Cardoso, *Empresário industrial e desenvolvimento econômico*, São Paulo, Difusão Européia do Livro, 1964, p. 42.

¹³ *Ibidem*, p. 44.

(como sostenía Schumpeter)¹⁴ sino de tomar decisiones económicas y políticas. Ello explicaría, en esta lógica, la importancia de analizar la conducta política de los empresarios, un tema que, a decir de Cardoso, había sido ignorado tanto por los “autores clásicos” como por la crítica estructuralista de la CEPAL —pero que, por cierto, no habría pasado de largo por los teóricos, como David Easton y Oran Young, que promovían la llamada “Revolución de las ciencias sociales”, basados en un enfoque sistémico-conductista de la sociedad, particularmente de la política.

Hay más: si no fuera suficiente este argumento para considerar al empresario como un objeto de estudio relevante para el análisis del desarrollo económico, Cardoso sostiene que esta exploración de la conducta política y la mentalidad empresarial le permitirá demostrar — en consonancia con su enfoque histórico-estructural— que el desarrollo económico en sociedades periféricas tiene sus propios patrones, lo cual muestra la insuficiencia de “modelos abstractos” (como el de Rostow o el de Lewis) para explicar el subdesarrollo de los países periféricos: “[...] se ordenarmos numa classificação única modelos construídos por um conjunto de variáveis sem considerar o tipo de estrutura em que se inserem, o resultado será a caracterização que chamamos de abstrata porque não leva em consideração os modos de ser estruturalmente determinados, de tipos e possibilidades diversas de desenvolvimento, e é por isto também que o valor explicativo destes esquemas é restrito: o resultado que eles querem explicar não decorre da ação nem do tipo de relação das variáveis que compõem o modelo.”¹⁵

Así, Cardoso emprende un análisis político bajo un marco histórico-estructural que le permite construir —no sin correr el riesgo de caer en las abstracciones que critica a los modelos generales— una tipología del empresariado brasileño. Su punto de partida es una caracterización en la que destaca la heterogeneidad y el tradicionalismo (que se expresa en el control familiar sobre las empresas, en la escasa racionalización de las funciones gerenciales, la falta de planeación y administración de acuerdo con metas a partir de criterios técnicos, el temor a la expansión, etc.) como rasgos que definen al sector empresarial brasileño.

Sobre esa base, Cardoso divide a los empresarios en dos grandes grupos: *tradicionales* y *modernos*. Un esquema dualista que, por cierto, ya había sido empleado por algunos de los teóricos del desarrollo (como Lewis o Rostow, los mismos que Cardoso critica por recurrir a “modelos abstractos”) para caracterizar a las sociedades latinoamericanas.

¹⁴ Con todas sus letras: “El desenvolvimiento, en nuestro caso, se define por la puesta en práctica de nuevas combinaciones.” Joseph A. Schumpeter, *Teoría del desenvolvimiento...*, *op. cit.*, p. 76.

¹⁵ Cardoso, *op. cit.*, p. 72.

Más que una conducta empresarial, el carácter tradicional o moderno que lo define se puede atribuir, según el autor, a diversos factores estructurales de la economía y política brasileñas:

Existen razones ligadas a las condiciones particulares de la industrialización en Brasil que permiten que se conserve [el] control familiar en las empresas y, en ocasiones, incluso lo fomenten. En primer lugar, las condiciones generales del mercado en la sociedad brasileña no son las requeridas para garantizar que la racionalización de la administración pueda conducir a cálculos apropiados de las metas de una empresa por basarlos exclusivamente en fundamentos técnicos y racionales. El mercado relativamente restringido es en sí un obstáculo para la racionalización completa de la vida económica. Más aún, el papel preponderante que el Estado desempeña en el control de las finanzas y las divisas y la influencia relativamente reducida que los industriales, como grupo, ejercen sobre el gobierno, significa que con frecuencia las empresas están obligadas a modificar sus metas y su planificación a gran velocidad. Las alteraciones de los tipos de cambio, en cruzeiros, del precio de la maquinaria importada, lo que posibilita el cumplimiento de los planes de expansión previos; de igual manera, las alteraciones de las políticas crediticias oficiales requieren ajustes rápidos en el volumen de existencias.”¹⁶

Involuntariamente —imagino—, Cardoso acaba de tropezarse con su mismo argumento: antes se ha afanado en demostrar la relevancia política de los empresarios, sin embargo, en este párrafo advierte sobre la “influencia relativamente reducida que los industriales, como grupo, ejercen sobre el gobierno”. ¿La tienen o no? Salvo que la política no significara una cierta influencia sobre las decisiones del gobierno, entonces Cardoso habría salvado el mal paso; de lo contrario, habría dado de bruces.

Ahora bien, de entre el grupo de empresarios tradicionales, Cardoso distingue dos tipos: los “capitanes de la industria” y la “industria tradicional”. Los primeros, aquellos que “sabían sacar dinero de una piedra”, fueron quienes crearon monopolios al amparo de la explotación de mano de obra barata y no calificada, de la protección del Estado (a través de fuertes barreras a las importaciones), del alza de precios en los productos, de la usura, de su relación personal con gobernantes a través de quienes obtenían concesiones de tierras, recursos, servicios... Hubo otros empresarios, los de la industria tradicional, que hicieron posible el tránsito hacia la empresa moderna, estos hombres optaron por el “ahorro metódico”, por introducir “nuevas técnicas” de producción, por recurrir —aunque en pocos casos— a socios fuera de su familia e incluso del país para expandir su empresa.¹⁷

Los empresarios modernos, en contraste, “no están obsesionados por obtener ganancias inmediatas mediante la manipulación del mercado o por medio de favores oficiales

¹⁶ Kahl, *ibidem*, p. 244.

¹⁷ Cardoso, *ibid.*, pp. 138 y ss.

[...] son metódicos en su trabajo, el cual basan en su conocimiento tecnológico de la producción; esperan obtener ganancias a mediano plazo, y están imbuidos de un espíritu de competencia más que de un deseo de monopolizar su sector.”¹⁸

Otra diferencia, medular entre ambos tipos, es la capacidad que tienen unos y otros para incidir en las decisiones políticas: mientras los empresarios tradicionales buscan —a través de sus relaciones personales— que el Estado ofrezca las condiciones necesarias para que perpetúen sus ganancias, lo que supone la protección gubernamental de la industria, restricciones para la inversión extranjera y otras ventajas frente a la competencia internacional; los empresarios modernos observan el capitalismo en términos globales y atribuyen al Estado parte de la responsabilidad de controlar la incertidumbre a efecto de planear negocios en el mediano y largo plazos, se oponen a la utilización nacionalista del Estado en materia económica.

Pero además, una diferencia *ideológica* se levanta entre tradicionales y modernos: los primeros son nacionalistas, están por un crecimiento económico independiente, cuya plataforma sean las empresas nacionales estatales y privadas, un modelo económico que siga el camino recorrido por los países desarrollados. Por el contrario, los empresarios modernos son “internacionalistas”, apoyan la “integración económica subordinada” con el capital internacional. De acuerdo con la interpretación de Roberta Traspadini: para Cardoso, “os empreendedores modernos seriam tipicamente internacionalistas, no sentido de que vislumbriam na associação com o capital internacional, uma perspectiva de continuidade de ganhos advinda da evolução do processo capitalista em um ambiente global.”¹⁹

Son estas ostensibles diferencias las que determinan, en su conjunto, las estrategias y el proyecto que protege cada grupo empresarial y, en la medida en que resultan tan contrastantes, reducen la capacidad política del empresariado para encabezar el desarrollo económico en el largo plazo, el tema —según lo veo— que más interesa a Cardoso.

En suma, la heterogeneidad del sector empresarial, la ausencia de un proyecto común, la persistencia de rasgos tradicionales en la administración de las empresas, sus contradicciones como clase y su incapacidad para asociarse con otros sectores sociales, explicarían, según Cardoso, la fragilidad del liderazgo empresarial para encabezar un proyecto modernizador de desarrollo económico y, en consecuencia, su connivencia con el orden político y económico tradicional.

¹⁸ Kahl, *ibid.*, p. 247.

¹⁹ Roberta Traspadini, *A Teoria da (inter)dependência de Fernando Henrique Cardoso*, Brasil, Topbooks, 1999, p. 57.

Las conclusiones son obvias y la decepción de Cardoso acerca de los empresarios también: “Las decisiones fundamentales no dependen únicamente de la voluntad de la burguesía industrial, que al parecer, ha optado por el orden, renunciado al intento de imponer su hegemonía dentro de la sociedad, satisfecha, en cambio, con su condición de socio menor del capitalismo occidental, y con su papel de avanzada en la agricultura nacional, que muy lentamente se vuelve capitalista. Queda por ver cuál será la reacción de las masas urbanas y de los grupos populares y quién, en el país, encontrará la capacidad de organización y de decisión que permitan llevar adelante la capacidad de organización política que requiere el desarrollo económico. En última instancia el dilema será: ¿subcapitalismo o socialismo?”²⁰

Empresário industrial e desenvolvimento econômico demuestra que, a contrapelo de las tesis schumpeterianas, en el caso de Brasil la burguesía no era ese agente innovador/transformador, ese sujeto histórico que iba a cambiar el rumbo del país.

Años más tarde, Cardoso lo pondría en los siguientes términos: “após uma minuciosa dissecação da burguesia industrial brasileira, o ‘empresario’ conclui que esa classe não aspirava a realizar qualquer ruptura com as oligarquias agrárias numa revolução burguesa, que a aproximara do proletariado. Muito menos havia qualquer intenção de afastar-se do capital estrangeiro, do qual ela queria mais era se tornar sócia, se não nas empresas, pelo menos no processo de acumulação.”²¹

Como lo veo, *Empresario industrial y desarrollo económico* permite colegir que, para Cardoso, la burguesía industrial no había respondido al llamado de la historia como palanca hacia la modernización de la economía brasileña, que el tradicionalismo dominante no sólo había impedido que el empresariado asumiera, como clase, la hegemonía política nacional sino que detuvo la asociación —subordinada, como lo reconoce el propio Cardoso— de la economía brasileña con el capital internacional, la única alternativa, según el autor, para romper con el atraso. Tesis polémica ésta —que pronto se convierte en blanco de críticas y materia de debate— que desarrolla con mayor amplitud en la que es, sin duda, su obra más (re)conocida: *Dependencia y desarrollo en América Latina*.

DESARROLLO DEPENDIENTE: LA VIDA EN LA PERIFERIA...

No todos los libros son leídos y juzgados por lo que dicen. Para bien o para mal, lo que no está dentro del libro también se lee. Un ejemplo de ello es esta obra de Cardoso y Faletto.

²⁰ Kahl, op. cit., p. 234.

²¹ Citado en G. Mantega, “O pensamento econômico brasileiro de 60 a 80: os anos rebeldes”, en Loureriro, R. M. (coord.), *50 anos de ciência econômica no Brasil*, Petrópolis, Vozes, p. 132.

Escrita en el exilio e inscrita en una coyuntura política muy significativa —ascenso de las dictaduras militares y recrudecimiento de la guerra sucia contra los movimientos revolucionarios—, fue leída desde diferentes *lugares*, por ejemplo, según el espacio del espectro político en donde se estuviera colocado. “No cabe duda de que la posición de Cardoso fue vista como populista, sin embargo, una lectura más serena de sus textos revela que no hay justificación para esa acusación. De lo que tampoco cabe duda es de que las formulaciones de Cardoso y Faletto, mal digeridas, fueron esgrimidas generalmente por los sectores populistas para enfrentar el avance de la izquierda.”²² Como sea, para dependentistas y desarrollistas, para simpatizantes y detractores, *Dependencia y desarrollo en América Latina* se convirtió en una *parada* obligada en la reflexión y debate sobre América Latina.

Tras la aparición de *Empresário industrial e desenvolvimento econômico*, Fernando Henrique Cardoso obtuvo una cátedra —vacante por el retiro de Fernando de Azevedo— en la Universidad de São Paulo y continuó sus estudios sobre los empresarios, esta vez bajo una perspectiva comparada (que años más tarde se publicó con el título de *Política e desenvolvimento em sociedades dependentes* —en español apareció, en editorial Siglo XXI, como *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes, Argentina y Brasil*), por lo que se trasladó a Argentina para realizar trabajo de campo.

De regreso, mientras continuaba ese estudio, lo sorprendió el golpe militar contra el gobierno del presidente João Goulart, por lo que Cardoso —quien había sido detenido durante unas horas, algunas semanas atrás— decidió salir del país: “temí una reacción violenta en mi contra debido a mi posición en la universidad. Tenía algunos enemigos conservadores. Verá usted [le habla a su entrevistador, Joseph Kahl], aunque me encontraba dentro de la administración universitaria, yo representaba a la izquierda, y la izquierda que estaba fuera de la estructura académica también me apoyó algunas veces. Tal vez mi comportamiento haya sido un poco ambiguo. Nunca me consideré parte del sistema, pero tampoco me separé de él: hay caminos que no puedo tomar. Por mi formación, pienso que tengo cierta habilidad para desenvolverme dentro del sistema, para alcanzar metas pero si fuese cooptado sería terrible, por ello siempre busqué una manera de defenderme para conservar mi independencia.”²³

Cardoso se exilió en la capital chilena, donde se incorporó a la División de Asuntos Sociales del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), dirigida por el sociólogo español José Medina Echavarría. Fue aquí donde escribió, con el joven historiador chileno Enzo Faletto, un “ensayo de interpretación sociológica” sobre la situación

²² Horacio Cerutti Guldberg, *Filosofía de la liberación latinoamericana*, México, FCE, 2ª ed., 1992, p. 71.

²³ Kahl, *op. cit.*, p. 225.

política y económica de América Latina, que empezó a circular entre sus compañeros del ILPES poco antes de que Cardoso regresara a Brasil, en 1967. Desde entonces, Cardoso ocupó la cátedra universitaria que había ganado. Al siguiente año fue invitado a impartir clases a la Universidad de París-Nanterre y a la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París. De nuevo en Brasil, hacia 1969 funda —con José Serra, Octavio Ianni, Vilmar Faria, Juárez Brandao López, Francisco de Oliveira, entre otros— el Centro Brasileño de Análisis y Planificación (CEBRAP), financiado por la Fundación Ford. Ese mismo año aparece, por fin, su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina, ensayo de interpretación sociológica*, que se convirtió en un referente canónico de la literatura dependentista.

Aunque buena parte de los temas ya habían sido abordados por Cardoso en otras obras, la forma crítica, el desarrollo teórico y la contundencia de sus argumentos hacen de éste uno de los libros más logrados de su obra.

Como lo veo, en *Dependencia y desarrollo en América Latina* Cardoso defiende las mismas tesis que —según sostengo— estaban planteadas en *Empresario industrial y desarrollo económico*, pero cambia de evidencia, de pruebas: ya no son cuestionarios y entrevistas a empresarios, sino la historia de América Latina, de allí la participación del historiador Enzo Faletto. Bajo este encuadre, me propongo revisar sólo algunos pasajes de esta influyente obra.

Desde el primer párrafo del libro, Cardoso y Faletto abren con una crítica hacia el modelo de desarrollo vía sustitución de importaciones a través del cual las economías latinoamericanas conseguirían industrializarse, consolidar su mercado interno y entrar en una etapa de desarrollo auto-sustentado. Sin embargo, los resultados económicos en la región — particularmente en Argentina, Brasil y México— durante los cincuenta habrían evidenciado el fracaso o, por lo menos, la insuficiencia de esta estrategia.

Según los autores, “queda la impresión de que el esquema interpretativo y las previsiones que a la luz de factores puramente económicos podían formularse al terminar los años de 1940 no fueron suficientes para explicar el curso posterior de los acontecimientos.”²⁴ En otras palabras, el problema era el economicismo predominante de la CEPAL. Abogada del diablo, frente a estas críticas de Cardoso y Faletto y en defensa de Prebisch y su grupo de economistas, la economista brasileña Roberta Traspadini sostiene que “o diagnóstico do desenvolvimento latino-americano estava correcto em sua análise essencial. O que ocorreu foi que os formuladores de política econômica do período de substituição de importações, não

²⁴ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina, ensayo de interpretación histórica*, México, Siglo XXI, 27ª ed., 1996, p. 8.

souberam como lidar com esta problemática. Assim, objetivaram endogenizar o progresso técnico, via processo de industrialização substitutiva, mas não resolveram o problema da concentração de renda.”²⁵

Sin embargo, para Cardoso y Faletto, ante el economicismo cepalino cabía preguntarse, por lo menos, “¿Hasta qué punto el hecho mismo de la Revolución mexicana, que rompió el equilibrio de las fuerzas sociales, no habrá sido el factor fundamental del desarrollo logrado posteriormente? ¿No habrían sido los factores inscritos en la estructura social brasileña, el juego de las fuerzas políticas y sociales que actuaron en la década ‘desarrollista’, los responsables tanto del resultado favorable como de la pérdida de empuje posterior del proceso brasileño de desarrollo?”²⁶

Como en obras anteriores, Cardoso opta y defiende su enfoque “histórico-estructural” que implica un acercamiento sociopolítico sobre el proceso de desarrollo económico en América Latina. Pero esta vez lo describe de otra forma, *análisis integrado del desarrollo*: “Aunque los grados de diferenciación de la estructura social de los diversos países de la región condicionan en forma distinta el crecimiento económico, no es suficiente remplazar la interpretación ‘económica’ del desarrollo por un análisis ‘sociológico’. Falta un análisis integrado que otorgue elementos para dar respuesta en forma más amplia y matizada a las interrogantes generales sobre las posibilidades del desarrollo o estancamiento de los países latinoamericanos, y que responda a las preguntas decisivas sobre su sentido y sus condiciones políticas y sociales.”²⁷

En unas cuantas palabras, el *análisis integrado* sobre el desarrollo que Cardoso y Faletto proponen consistiría en la articulación, por un lado, de variables externas al proceso económico, es decir, factores sociopolíticos (como los intereses de clase, la lucha por la hegemonía entre diferentes grupos sociales, las alianzas entre ellos, su capacidad para incidir en las decisiones del Estado, su participación en el régimen político, etc.) y, por el otro, incorporar el análisis de situaciones concretas, renunciar a la formulación de modelos abstractos y, en su lugar, trabajar a partir del estudio de la formación de estructuras económicas determinadas por la forma en que se articulan los intereses de una clase frente a otra, y hacia el exterior, en cada país.

A mi entender, Cardoso y Faletto parten de que el desarrollo es un fenómeno económico y político —lo cual no resulta una tesis novedosa del todo—, que difícilmente

²⁵ Traspadini, *op. cit.*, p. 72.

²⁶ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 9.

²⁷ *Ibidem*, p. 10.

admite generalizaciones y que, en buena medida, depende de la correlación de fuerzas entre las distintas clases sociales, sus proyectos de nación y sus alianzas con otros actores nacionales y foráneos; de allí que su enfoque se proponga identificar esas bisagras o goznes entre lo político y económico que devienen estructuras —productivas, financieras, sociales, políticas...— de dominación dentro del proceso de desarrollo, a partir del análisis de casos concretos. En sus propias palabras:

Como el objetivo de este ensayo es explicar los procesos económicos como procesos sociales, se requiere buscar un punto de intersección teórica donde el poder económico se exprese como dominación social, esto es, como política; pues a través del proceso político, una clase o un grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que le permitan imponer al conjunto de la sociedad un modo de producción propio, o por lo menos intenta establecer alianzas o subordinar al resto de los grupos o clases con el fin de desarrollar una forma económica compatible con sus intereses y objetivos. Los modos de relación económica, a su vez, delimitan los marcos en que tiene lugar la acción política.²⁸

La tesis parece conocida. Y lo es. Planteado así, se parecería demasiado a esa versión marxista acerca de la lucha de clases en el capitalismo, donde la “estructura económica” determina la superestructura ideológica, incluida, claro está, la forma de participación política. Cardoso y Faletto lo saben, quizás por ello advierten que las articulaciones entre lo económico y lo político “no deben entenderse en términos de una relación ‘causal-analítica’, ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de lo interno por lo externo”, en su lugar, los autores proponen una relación “causal-significante”, que alude a aquellas “implicaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado”.²⁹ La diferencia entre una y otra es la siguiente: por causal-analítico los autores entienden una relación mecánica entre lo económico y lo político, entre lo interno y lo externo; por causal-significante refieren un conjunto de “hechos y situaciones” históricas que permiten explicar la “conexión” entre lo político y lo económico, lo interno y externo.

Como sea, a partir de este enfoque “integrado” (histórico-estructural/sociopolítico-económico) Cardoso y Faletto redefinen —“corrigen”— algunos de los conceptos fundamentales relacionados con el desarrollo económico latinoamericano: periferia, dependencia y subdesarrollo.

Desde una perspectiva histórica, afirman que “la situación de subdesarrollo se produjo cuando la expansión del capitalismo comercial y luego del capitalismo industrial vinculó a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema

²⁸ *Ibid.*, p. 20.

²⁹ *Ibid.*

capitalista. De ahí que entre las economías desarrolladas y las subdesarrolladas [...] exista diferencia de función o posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y de distribución.”³⁰ Visto así y no sólo como una estructura económica (“como se le emplea comúnmente”), el subdesarrollo supone, por un lado, analizar las condiciones históricas que determinaron la forma en que las economías latinoamericanas se incorporaron —de forma subordinada— a la economía mundial, es decir, las condiciones sociopolíticas y económicas en que se registró este hecho; y, por el otro, examinar aquellos grupos sociales —su proyecto político e intereses como clase— que participaron y construyeron la relación “hacia fuera”, porque allí tienen su origen histórico la *dependencia*: “Tal enfoque implica reconocer que en el plano político-social existe algún tipo de dependencia en las situaciones de subdesarrollo, y que esa dependencia empezó históricamente con la expansión de las economías de los países capitalistas originarios.” En los hechos, esta dependencia, como forma de dominación, se expresa, afirman, “por una serie de características en el modo de actuación y en la orientación de los grupos que en el sistema económico aparecen como productores o consumidores.”³¹

En suma, “la noción de dependencia alude directamente a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países como al externo. La noción de subdesarrollo caracteriza a un estado o grado de diferenciación del sistema productivo sin acentuar las pautas de control de las decisiones de producción y consumo, ya sea internamente (socialismo, capitalismo, etc.), o externamente (colonialismo, periferia del mercado mundial, etc.). Las nociones de ‘centro’ y ‘periferia’, por su parte, subrayan las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial, sin destacar para nada los factores político-sociales implicados en la situación de dependencia.”³²

Una de las consecuencias de pensar en estos términos el desarrollo —como un proceso que depende de condiciones históricas concretas— es que la idea evolucionista, difundida por las teorías de la modernización, se viene abajo. Cardoso y Faletto lo dicen con todas sus letras: “Metodológicamente no es lícito suponer que en los países ‘en desarrollo’ se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en un caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo

³⁰ *Ibid.*, p. 23.

³¹ *Ibid.*, p. 24.

³² *Ibid.*, pp. 24-25.

gracias a la acción de la denominada a veces *bourgeoisie conquérante*, y en el otro se intenta el desarrollo cuando ya existen relaciones de mercado, de índole capitalista, entre ambos grupos de países y cuando el mercado mundial se presenta dividido entre el mundo capitalista y socialista.”³³

Suficiente. Aunque en unas cuantas citas y a riesgo de empobrecer el planteamiento, esta es la base metodológica que sostiene el “análisis integrado del desarrollo”, propuesto por Cardoso y Faletto, quienes ponen en práctica este enfoque a través del estudio de situaciones concretas que determinaron la relación entre algunas naciones latinoamericanas y el sistema capitalista mundial.

Su punto de partida de esta revisión histórica del siglo XIX latinoamericano es la ruptura del “pacto colonial” y, en consecuencia, la irrupción de nuevas formas de vinculación entre las economías periféricas y el centro desarrollado. De esa revisión histórica desprenden dos tipos de vinculación: 1) aquella relación que se registró en países que lograron mantener el *control nacional del aparato productivo* (como en Argentina y Brasil); y 2) la “economía de enclave”, que refiere aquellas economías nacionales (Bolivia, Chile, Perú, Centroamérica, por ejemplo) donde el sector exportador —minería, petróleo y algunos productos agrícolas— estaban controlados “desde afuera”, es decir, por el capital extranjero.

Ambas formas de vinculación son analizadas por Cardoso y Faletto en distintos momentos del proceso de desarrollo económico por el que ha pasado América Latina durante los siglos XIX y parte del XX:

- a) *expansión hacia fuera*, un periodo de gran dinamismo del sector exportador —de materias primas, sobre todo— ya sea a través de “economías de enclaves”, controladas por el capital extranjero, o bien de aquellas en donde predomina la industria nacional bajo la égida de los grandes grupos exportadores —mineros, comerciantes, banqueros y terratenientes—, respaldados, en algunos casos, por gobiernos “caudillescos”.
- b) *momento de la transición*, caracterizada por el ascenso de las clases medias urbanas y la creciente participación, en las “estructuras de dominación”, de la burguesía industrial y comercial, y que en algunos países se relaciona con la crisis económica de 1929, que detona y en otros casos se combina con la crisis del sistema de dominación oligárquico.
- c) *consolidación del mercado interno*, asociado con el periodo de industrialización, cuyo correlato político-ideológico fue el nacionalismo y populismo, que implicó, entre otros

³³ *Ibidem*, p. 33.

procesos, una mayor participación del Estado y una etapa de alianzas políticas entre algunos sectores sociales (la clase política, burguesía industrial y clases medias) en favor del desarrollo nacional; y

- d) *internacionalización del mercado*, una etapa signada por la crisis de populismo, de las estructuras políticas de dominación y de la industrialización vía sustitución de importaciones, por la apertura de los mercados nacionales, la creciente importancia — política y económica— de los grupos empresariales, la formación y fortalecimiento del sector de bienes de capital y los intentos por redefinir el tipo de relación entre las economías nacionales y el sistema capitalista mundial.

Etapas históricas y formas de vinculación configuran una suerte de matriz en la que Cardoso y Faletto introducen prácticamente a toda América Latina,³⁴ y cuyo propósito es mostrar cómo ha transcurrido —en términos sociopolíticos y económicos— el proceso de desarrollo capitalista en cada país y, a partir de ello, demostrar las limitaciones estructurales del modelo de industrialización nacional populista y, al mismo tiempo, convencer de las posibilidades de desarrollo económico periférico, es decir, bajo condiciones de dependencia respecto al sistema capitalista mundial.

Tal es la estrategia argumentativa y el contenido del último capítulo de *Dependencia y desarrollo en América Latina*, por ello —y porque en esta parte contiene uno de los argumentos centrales en la discusión de Cardoso con Marini— conviene detenerse, aunque sea brevemente, en esa sección.

En el fondo, Cardoso y Faletto se proponen fundamentar su tesis acerca del “nuevo carácter de la dependencia”, que evidencia 1) la crisis del modelo desarrollista, que se constata a través de un “doble movimiento”: por un lado, “crisis del sistema interno de dominación anterior” y algún intento de recomposición y, por el otro, “transformación del tipo de relación entre la economía interna y los centros hegemónicos del mercado mundial”; 2) la internacionalización del mercado, que se expresa “mediante una reorientación en la pugna de los intereses internos y en la redefinición de la vinculación centro-periferia”, lo que

³⁴ A lo largo de casi cien páginas, los autores ilustran, con un país o varios, cada combinación de esa matriz. El sociólogo Francisco Zapata ha esbozado un cuadro (“con ocho celdas donde cabe analizar los correlatos políticos del modo de inserción de la economía periférica en la economía internacional”), que reproduce, de forma atinada, el análisis propuesto por Cardoso y Faletto, véase Francisco Zapata Schaffeld, *Ideología y política...*, *op. cit.*, pp. 241 y 262-264.

da paso “al sistema capitalista industrial tal y como éste puede desarrollarse: en la periferia del mercado mundial y a la vez integrado en él.”³⁵

En pocas palabras, el modelo desarrollista (y su correlato político nacional-populista) entró en crisis terminal, las condiciones y coyunturas políticas y económicas que la hicieron viable durante varias décadas (la segunda guerra mundial que permitió la estabilidad de los precios de exportación, favoreció la industrialización de las economías latinoamericanas, la consolidación del mercado interno y la ampliación de sectores urbanos; además de las alianzas políticas nacionales en favor del desarrollo y la mediación aceptablemente eficaz del Estado en el conflicto entre clases) empezaron a cambiar al ritmo del sistema económico internacional de la posguerra.

Frente a un escenario de crisis como este, América Latina no tenía más opción, según Cardoso y Faletto, que la apertura del mercado interno con todas sus implicaciones en la reorganización político-administrativa del Estado: “En esas circunstancias —de crisis política del sistema cuando no puede imponer una política económica de inversiones públicas y privadas para sostener el desarrollo—, las alternativas que se presentarían, descartando la apertura del mercado interno hacia fuera, es decir, hacia los capitales extranjeros, serían inconsistentes, como lo son en realidad, salvo si se admite la hipótesis de un cambio político radical hacia el socialismo. El examen de algunas de ellas, cuando el mismo se intenta en el marco de la estructura política vigente, pone de manifiesto su falta de viabilidad.”³⁶

¿Pensamiento único, pragmatismo, falta de alternativas o miopía interesada de los autores? Comoquiera que sea, para Cardoso y Faletto el futuro de América Latina estaba puesto —a querer o no— en la “apertura del mercado interno al control externo”: *desarrollo económico asociado y dependiente*.

¿Qué sostiene esta contundente afirmación? Primero, el diagnóstico sobre la crisis del desarrollismo latinoamericano, que habría tenido su origen en un encadenamiento de hechos derivados de la desaceleración de la sustitución de importaciones (innegable, sobre todo, durante los cincuenta); que generó, a su vez, una baja en el ritmo de crecimiento económico nacional, que resultó insuficiente para mantener las lealtades de los diferentes sectores sociales alrededor del pacto nacional desarrollista; es decir, la desaceleración económica provocó la erosión de la alianza política populista a favor del desarrollo económico autosostenido y, asimismo, la fractura de las estructuras de dominación y la división de las clases y grupos sociales.

³⁵ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, pp. 130-131.

³⁶ *Ibidem*, p. 138.

Segundo, que al mismo tiempo que el modelo de industrialización vía sustitución de importaciones se agotaba, los capitales internacionales se convirtieron en un factor clave para el crecimiento económico, lo cual propició una nueva dinámica de búsqueda de mercados que ofrecieran amplios márgenes de renta. En su conjunto, son estas nuevas condiciones estructurales y coyunturas político-económicas las que hacen inviable, según Cardoso y Faletto, cualquier alternativa que no pase por la apertura del mercado y la subordinación hacia los centros económicos dominantes a escala global.

De los males, el menor para América Latina: dependencia y desarrollo. Desarrollo dependiente. Industrialización periférica. Capitalismo asociado. ¿Más de lo mismo? ¿Otra vuelta de tuerca? A decir de Cardoso y Faletto, la dependencia se mantiene, pero no es la misma. Algunas diferencias entre la *nueva* dependencia y las formas y estructuras de dependencia anteriores son las siguientes: “a) un elevado grado de diversificación económica; b) salida de excedentes relativamente reducida (para garantizar las reinversiones, especialmente en el sector de bienes de capital); c) mano de obra especializada y desarrollo del sector terciario y, por lo tanto, distribución relativamente más equilibrada del ingreso en el sector urbano industrial; y d) como consecuencia, un mercado interno capaz de absorber la producción.”³⁷ Para ellos, estos factores hacen la diferencia, aunque no mucha, pues reconocen que “a partir de esta situación podría suponerse que existe simultáneamente desarrollo y autonomía; sin embargo, aunque es cierto que la dependencia subsiste es de otra índole, o tiene un nuevo carácter, este tipo de desarrollo sigue suponiendo heteronomía y desarrollo parcial, de donde es legítimo hablar de países periféricos industrializados y dependientes.”³⁸ ¿Dependientes pero más desarrollados? ¿Más desarrollo a cambio de más dependencia? ¿Cuál es la diferencia, entonces, respecto al pasado reciente, si al final las estructuras que mantienen la dependencia de América Latina hacia los centros hegemónicos cambian pero siguen funcionando, es decir, prolongan —quizás bajo otras características— la estructura centro-periferia?

Por si fuera poco, esta *nueva* dependencia ha implicado —advierten los autores— la reorganización político-administrativa del Estado que en algunos países ha desembocado en regímenes autoritarios (militares o civiles): “En la actualidad, las fuerzas armadas, como corporación tecnoburocrática, ocupan al Estado para servir a intereses que creen ser los de la nación. Ese paso es decisivo. Los sectores políticos tradicionales son aniquilados y se busca transformar la influencia militar permanente como condición necesaria para el desarrollo y la

³⁷ *Ibid.*, p. 146.

³⁸ *Ibid.*, p. 147.

seguridad nacional, gracias al ropaje de una especie de arbitraje tecnocrático que se pretende asignar a las intervenciones militares en la vida económica política y social. Así se logra la fusión parcial de las dos grandes organizaciones que alcanzan influencia política y control efectivo permanente en el conjunto del país: las fuerzas armadas y el Estado.”³⁹

El peor, o casi, de los mundos posibles: la alternativa más viable, según Cardoso y Faletto, genera más desarrollo pero no rompe —acaso replantea— los lazos de dependencia entre las económicas latinoamericanas y los países desarrollados, a ese replanteamiento, que supone un mayor grado de integración entre el centro y la periferia, los autores le dan el nombre de *interdependencia*.

No hay demasiadas opciones ni mucho espacio para la esperanza en este escenario fatal por inevitable, ni siquiera en ellos:

la superación o el mantenimiento de las ‘barreras estructurales’ al desarrollo y a la dependencia, más que de las condiciones económicas tomadas aisladamente, dependen del juego de poder que permitirá la utilización en sentidos variables de esas ‘condiciones económicas’. En este sentido, intentamos sugerir que podría haber oposiciones —presentes o virtuales— que dinamizaran a las naciones industrializadas y dependientes de América Latina y que habría posibilidades estructurales para uno u otro tipo de movimiento social y político.

[...] el curso de los acontecimientos futuros [...] dependerá, más que de las previsiones teóricas, de la acción colectiva encaminada por voluntades políticas que hagan factible lo que estructuralmente apenas es posible.⁴⁰

Al final, un verdadero callejón sin salida, una aporía, un laberinto: abrir el mercado interno al control del sector externo, acompañar el desarrollo capitalista mundial, profundizar la integración económica con los centros hegemónicos para lograr más desarrollo y, al mismo tiempo, más dependencia.

¿Y la posibilidad de un cambio político —un giro en ese “juego de poder”— que trastocara las estructuras económicas y rompiera, por fin, la inercia subdesarrollista? Remota, si hemos de considerar, según los autores, la fragilidad de las alianzas políticas entre clases sociales, la debilidad de la burguesía —en tanto clase que pudiera encabezar un proyecto nacional—, la fragmentación de las clases y grupos sociales y, en contraste, el ascenso de las fuerzas armadas y la “tecnoburocracia” al poder.

Escrito casi diez años después de la primera versión de *Dependencia y desarrollo en América Latina*, en el *postscriptum* que apareció a partir de la edición de 1976, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto dan, en el fondo, *otra vuelta de tuerca* al incorporar en su análisis algunos de los hechos políticos-económicos más relevantes y de las tendencias más

³⁹ *Ibid.*, p. 156.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 165-166

conspicuas. No obstante que parte de la nueva evidencia, que recuperan en su análisis del desarrollo, parece no confirmar su hipótesis acerca de las posibilidades de desarrollo para las economías latinoamericanas a través de la vía “capitalista dependiente y asociada”, los autores insisten en que, por ejemplo, los embates contra el dólar, las crisis energéticas, la irrupción de las empresas transnacionales en la economía internacional, el fracaso de Estados Unidos en Vietnam, el fortalecimiento del bloque europeo, etcétera, ofrece una coyuntura favorable para los países periféricos.⁴¹ Pese a su optimismo, los autores reconocen que no en todos los casos el nuevo orden internacional político y económico benefició a América Latina, que se seguía debatiendo en un dilema más o menos fatal entre revolución o autoritarismo: “En los últimos diez años el fortalecimiento del Estado, la penetración de las multinacionales y el desarrollo dependiente asociado se dieron en el contexto de una nueva relación de clases. Esta implicó, por una parte, tentativas de ruptura (a veces radicales) con la situación global de dependencia, teniendo como límite la transformación de la sociedad en la perspectiva del socialismo. Por otra parte implicó un reordenamiento de las clases dominantes acentuando el papel represivo del Estado, al mismo tiempo que lo transformaba en aval para el fortalecimiento del orden económico capitalista.”⁴²

Al igual que una década atrás, los autores concluían esta adenda en favor del “desarrollo dependiente y asociado”, como la alternativa que podría romper con el atraso económico de América Latina, ayudada por un cambio en la correlación de fuerzas (clases sociales y alianzas políticas) dentro del Estado.

NUEVA DEPENDENCIA

Cardoso siguió siendo el mismo y pensando igual, por lo menos durante toda la década de los setenta (cuando, también, decidió participar en la política electoral brasileña). A lo largo de esos años, sus artículos, entrevistas y conferencias —luego reunidos en libros— dan cuenta de la persistencia de sus tesis sobre el “desarrollo dependiente-asociado”.

Acerca de esta “continuidad” teórica en la obra de Cardoso, comparto, en buena medida, la hipótesis de Roberta Traspadini, quien ha documentado —en su tesis de maestría que luego fue publicada por Topbooks— no sólo esta continuidad del pensamiento de Cardoso sino la correspondencia entre la teoría y su práctica política: “a obra teórica de Fernando Henrique Cardoso —de seu estudo sobre os empresários brasileiros, passando pela

⁴¹ En sus propias palabras: “el equilibrio político mundial se rompió y este hecho dio un margen de maniobra mayor para situaciones políticas nuevas en el Tercer Mundo.” *Ibid.*, p. 175.

⁴² *Ibidem*, p. 191.

teoría da dependência até chegar a seu conjunto de artigos, colocando as ideais em sus devidos lugares, como ele mesmo sustenta— sempre apouitou para aqueilo que seu governo terminou concretizando: a inserção subordinada da economia brasileira ao capital internacional que, ao contrário das promessas originais, bloqueia qualquer capacidade de desenvolvimento e termina comprometendo a própria democracia. A teoria da dependência, na versão elaborada por Cardoso e Enzo Faletto, está na realidade comprometida com uma relação de *interdependência* com o capital internacional que, na prática, significa uma relação de subordinação.”⁴³

Acaso el único mentis que cabría ante la argumentación de Traspadini es su hipótesis acerca de que el concepto de interdependencia sería la prolongación del pensamiento de Cardoso, no obstante que en varios de sus textos de los sesenta y setenta se muestra un tanto reacio a asumir el concepto como eje de su teoría: por ejemplo, en las conclusiones de *Dependencia y desarrollo...*, Cardoso y Faletto sostienen, al hacer el recuento de su planteamiento: “procuramos verificar hasta qué punto, a pesar de las transformaciones señaladas, sería posible mantener la idea de dependencia, o por el contrario, si sería necesario sustituirla por la de interdependencia. [...] la existencia de un ‘mercado abierto’, la imposibilidad de la conquista de los mercados de los países más desarrollados por las economías dependientes y la incorporación continua de nuevas unidades de capital externo bajo la forma de tecnología altamente desarrollada y creada más en función de las necesidades intrínsecas de las economías maduras que de las relativamente atrasadas proporcionan el cuadro estructural básico de las condiciones económicas de dependencia. Pero la combinación de éstas con los intereses políticos, las ideologías y las formas jurídicas de reglamentación de las relaciones entre los grupos sociales permiten mantener la idea de ‘economías industriales en sociedades dependientes’”.⁴⁴

Casi una década después, en un crítico artículo (“Los Estados Unidos y la teoría de la dependencia”, donde rompe lanzas contra los llamados “dependentistas”), Cardoso sostiene que uno de los argumentos más utilizados para caracterizar la relación entre los estados nacionales y el capital internacional fue el de la interdependencia, “sin embargo, cuando se examinan las relaciones entre las economías de ‘desarrollo dependiente asociado’ y las economías centrales, no es difícil darse cuenta de que la división internacional del trabajo continúa operándose a través del soporte real que constituyen grados muy diferentes de riqueza, formas de apropiación desiguales del excedente internacional y el monopolio de los

⁴³ Roberta Traspadini, *op. cit.*, p. 22.

⁴⁴ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 165.

sectores capitalistas dinámicos por los países del centro, no existiendo duda alguna sobre las diferencias entre las economías centrales y las dependientes.”⁴⁵

A contrapelo de lo que sostiene Traspadini acerca de la centralidad de la “interdependencia” en la obra de Cardoso, me parece que lo que guía su reflexión es, como el mismo Fernando Henrique lo afirma en distintos momentos y lugares, la noción de “desarrollo dependiente asociado”, que además involucra temas como el de la transición política, la democratización —incluso bajo estructuras capitalistas dependientes— de los regímenes autoritarios, militares y civiles, en la periferia. Fue hasta la década de los ochenta cuando Cardoso empezó a cambiar de parecer.⁴⁶ Pero ese es otro tema, que le preocupa más a Roberta Traspadini que a mí, por el momento. Así que luego de esta extensa digresión, conviene profundizar sobre esa *nueva dependencia* descrita por Cardoso y que, en cierta forma, prepara el campo de batalla, enciende la mecha, para la discusión con Ruy Mauro Marini.

Un buen lugar para empezar el análisis es la obra *Autoritarismo e democratização*, publicada en 1975 y que reúne algunos artículos extensos de quien unos años más tarde se convertiría en senador por el estado de São Paulo, postulado por el Movimiento Democrático Brasileño (MDB). Las razones son simples pero de peso: a lo largo del libro, Cardoso expone, por un lado, ampliamente sus tesis acerca del desarrollo dependiente asociado y, por el otro, responde a algunas críticas y emprende la contraofensiva.

En unas cuantas palabras, la *nueva dependencia* consistiría en reconocer la “internacionalización del mercado interno”, que genera una forma distinta de organizar el capital internacional y que, a un tiempo, significa la articulación de nuevas alianzas políticas, la emergencia de empresas multinacionales —que adquieren enorme importancia—, la redefinición del Estado y, sobre todo, la viabilidad de desarrollo económico en los países

⁴⁵ Fernando Henrique Cardoso, “Los Estados Unidos y la teoría de la dependencia”, en AA. VV., *América Latina: cincuenta años de industrialización*, México, Premia, 1978, pp. 21-22.

⁴⁶ En algunos textos de la segunda mitad de los noventa, Cardoso parece regresar a la noción de dependencia, pero en un contexto —de globalización— más complejo aún para América Latina: “Estamos tratando, efectivamente, de un fenómeno mais cruel [que el desarrollo dependiente asociado]. Houve uma *mudança substancial* na relação de dependência entre o Norte e o Sul e, afirmaria, trata-se de uma dupla mudança: 1) certas áreas do planeta são de importância muito reduzida para a economia mundial (mesme considerando sua condição de exploradas e dependentes); e 2) em outras partes do Sul, o desafio não é apenas ‘econômico’, porém envolve toda a *sociedade*.” Véase Fernando Henrique Cardoso, “Relações Norte-Sul no contexto atual: uma nova dependência?”, en Baumann, Renato (comp.), *O Brasil e a economia global*, Rio de Janeiro, Campus/Sobéet, 1996, p. 12.

periféricos.⁴⁷ En menos palabras aún, la nueva dependencia no se define sino por el desarrollo dependiente y asociado, que Cardoso explica en los siguientes términos:

Basicamente, ao falar em 'desenvolvimento' quero ressaltar que existe acumulação e portanto expansão econômica capitalista real. Portanto, não penso que tenha razão o catastrofismo ingênuo que vê de modo linear e não contraditório o crescimento da miséria. [...] Entretanto, a forma *dependente* da acumulação quer dizer precisamente que o setor da produção de bens de produção e o setor financeiro do sistema se abrem para o exterior e dele requerem os elementos para su expansão continuada. Ou seja, não se pode pensar o ciclo da acumulação como un sistema fechado no mercado nacional, nem o tipo de 'abertura' por ele requerido é análogo ao que também requerem as economias centrais. Estas 'dependem' mas de matérias-primas e trabalho no exterior e não de R & B [research and development] e de capitais. Por fim, o qualitativo *associado* (sem nunca esquecer o qualificativo anterior, de dependente) indica que na acomodação prevalecente na forma de organização e de controle econômico, existe espaço para que os capitais locais e estatais também se expandam na proeza do desenvolvimento.⁴⁸

Desde aquí, se puede anticipar que la discusión que sostendrá Cardoso con varios de sus contemporáneos —como Dos Santos, Weffort y Marini— está relacionada, precisamente, con esta definición de desarrollo como un proceso de expansión económica que poco o nada tiene que ver con la repartición de la renta nacional y, menos aún, con la pobreza, la marginalidad y el desempleo, características propias del capitalismo, cuyo funcionamiento —según Cardoso— no supone necesariamente menos pobreza y menos desempleo, problemas que, por tanto —colige el autor—, deberán ser tratados y eventualmente resueltos desde la política, es decir, desde ese espacio de lucha de intereses y valores entre los diferentes grupos y clases sociales, de correlación de fuerzas que determina no sólo lo propiamente político —dominación entre grupos e intereses o conciliación y superación de las contradicciones entre clases y grupos— sino en lo económico-social. Vale repetirlo: para Cardoso la política —en tanto dominación social— no sería sino una expresión del poder económico: “a través del proceso político, una clase o un grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que permite imponer al conjunto de la sociedad un modo de producción propio. [...] Los modos de relación económica, a su vez, delimitan los marcos en que tiene lugar la acción política.”⁴⁹

Con todas sus letras lo escribe Cardoso en un artículo titulado “As novas teses equivocadas” —en clara alusión al famoso texto de Stavenhagen—, que apareció en 1974 y

⁴⁷ Tanto en *Dependencia y desarrollo...*, como en otros textos posteriores, Cardoso sostiene este nuevo carácter de la dependencia, que por lo demás también fue documentado por Theotônio Dos Santos, Vania Bambirra, Marini, entre otros. Véase Fernando Henrique Cardoso, “¿Teoría de la dependencia? o análisis de situaciones concretas de dependencia?”, *Revista latinoamericana de ciencia política*, núm. 3, vol. 1, Chile, diciembre, 1970, pp. 413-414.

⁴⁸ Fernando Henrique Cardoso, *Autoritarismo e democratização*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1975, p. 16.

⁴⁹ Cardoso y Faletto, *op. cit.*, p. 20.

fue incluido en *Autoritarismo e democratização*: “Toda economía capitalista e não só a periférica cresce contraditoriamente, criando problemas sociais, políticos e econômicos. Assim por exemplo, *strictu sensu*, a marginalidade urbana é consequência de uma certa fase do desenvolvimento capitalista, em condições sociais dadas.”⁵⁰ Visto así, el crecimiento económico —por decir la acumulación de capital, la actividad de algunos sectores, la formación de un mercado interno, el surgimiento de una clase media con cierta capacidad de consumo...— tiene su costo social y político.

El desarrollo capitalista es desigual, la frase es de Cardoso. No se le pueden pedir peras al olmo. *Ergo*, no se puede exigir o esperar que el desarrollo capitalista sea equitativo e incluyente. Para eso está la política, si acaso: “Os caminhos para alcançar uma transformação são políticos”. Y no obstante que en los regímenes autoritarios —que en aquellos años ganaban terreno en América Latina— la actividad política estaba proscrita, Cardoso se mantenía optimista por dos razones: 1) porque las dictaduras latinoamericanas no eran políticamente “movilizadoras”, no organizaban partidos políticos ni convertían sus doctrinas en las bases ideológicas de su dominación; y 2) porque no respondían a los intereses del capital internacional. Merece la pena reproducir las palabras de Cardoso sobre este último punto: “Eu penso que os regimes deste tipo [autoritário], nas sociedades dependentes, encontram sua *raison d’être* menos nos interesses políticos das corporações multinacionais (que preferem formas de controle estatal mais premeáveis a seus interesses privatistas) do que nos interesses sociais e políticos dos estamentos burocráticos que controlam o Estado (civis e militares) e que se organizam cada vez mais no sentido de controlar o setor estatal do aparelho produtivo.”⁵¹

Son estas condiciones, precisamente, las que permiten —a decir del polémico autor— la movilización y acción sociales y la formación de nuevas alianzas políticas en virtud de las fracturas y contradicciones en el “bloque de poder”, a partir de las cuales se explicaría, también, la existencia de una “burguesía de estado”, concepto muy criticado, y que define en los siguientes términos:

Esta expressão, que é formalmente contraditória, ganha relevo quando se vê que a expansão do setor público das economias latinoamericanas que enveredaram para o caminho da internacionalização do mercado (que se constitui quase como uma resposta nacional ao desafio imperialista), dá-se de maneira que a *forma* da propriedade das empresas estatais é pública, mas o controle delas se faz por um grupo que eu tenho chamado de burocrático mas que começa a ter características que o fenômeno da burocracia não explica. [...] Refiro-me especificamente à formação de uma camada social que controla politicamente os aparatos estatizados de produção, apesar de não deter a propriedade privada dos meios de produção.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 29.

⁵¹ *Ibid.*, p. 40.

Esta camada está sendo recrutada nos escalões da burocracia civil e militar, entre os técnicos e profissionais liberais e algumas vezes entre empresários locais que perderam chances no setor privado.⁵²

Como lo veo, esta nueva “camada social” a la que se refiere Fernando Henrique Cardoso y respecto a la cual no logra ocultar cierta esperanza (al final, de los males el menor) pues la percibe como un potencial aliado político de la clase media en su tarea por enmendar las desigualdades y problemas sociales derivados del desarrollo capitalista dependiente, no es sino la tecnocracia de cuño neoliberal que unos años más tarde llevaría a cabo —con un muy alto costo social en todos los casos— la llamada agenda de reformas estructurales para América Latina.

Con mayor amplitud, en un artículo sobre las clases sociales en la región, Cardoso explica la coyuntura favorable a la movilización social en virtud de la “crisis de hegemonía”: “Con la internacionalización del mercado interno [por decir ese proceso de apertura de los mercados nacionales, el avance del capital extranjero a través de las transnacionales, el fortalecimiento del sector de bienes de capital, que se acompañó del ascenso de algunos grupos empresariales “aperturistas” a las esferas de decisión política y económica nacionales, la afirmación de la dependencia económica de la periferia respecto a las naciones desarrolladas], los dos procesos marcantes que se abrieron fueron la asociación creciente de las burguesías locales, en carácter subordinado, con los intereses monopolistas internacionales y la ocupación de ciertos sectores del estado y del sector público de la economía por categorías sociales que pertenecen a las ‘clases medias’: por los militares y por los sectores profesionales de orientación tecnocrática. Esta nueva coyuntura sociopolítica abrió de nuevo un ‘proceso de crisis de hegemonía’.”⁵³ Es en este contexto crítico en el que se inscribe —siguiendo la argumentación de Cardoso— este tipo de “revolución burguesa de los países dependientes”, que el autor define como un proceso de *apertura social*, que refiere el intento de los estados autoritarios latinoamericanos para, por un lado, cooptar a grupos significativos de las clases medias y, por el otro, recurrir a símbolos nacionales para legitimar su dominación.

Además de incluir este proceso de apertura social, la “revolución burguesa” a la que alude Cardoso incluye, también, “el dislocamiento en el bloque de poder de los intereses de los antiguos grupos nacionalistas burgueses populistas, que fueron sustituidos por la burguesía

⁵² *Ibid.*, p.41.

⁵³ Fernando Henrique Cardoso, “Las clases sociales y la crisis política de América Latina”, en Raúl Benítez Zenteno (coord.), *Clases sociales y crisis política en América Latina, Seminario de Oaxaca, México*, UNAM/Siglo XXI, 5ª ed., 1988 (la primera edición data de 1977), pp. 231-232.

internacionalizada y por el tecnocratismo civil y militar. La otra, la revolución burguesa, democrático liberal, pertenece no al pasado sino a la historia de las formaciones sociales que no constituyeron de forma análoga en los países de economía dependiente.”⁵⁴

Por lo demás, esta forma específica de revolución burguesa es favorecida, según Cardoso, por las diferencias y contradicciones de la relación entre el capital internacional y los estados autoritarios, que “sirven de apoyo político más para los ‘funcionarios’, los técnicos, los militares, los fragmentos alejados de la burguesía local no integrados a la internacionalización del mercado, que a los grandes intereses burgueses.”⁵⁵

Aunque breve, este itinerario teórico por la obra de Fernando Henrique Cardoso es, de suyo, una fiel expresión de la historia intelectual de América Latina. Cardoso no fue el único que asumió la dependencia como una situación que ofrecía “oportunidades” de desarrollo económico para los países periféricos de América Latina. No fue el único pero fue uno de los más convencidos. Fue uno de los que más claramente lo escribió y más lo repitió. Y acaso por ello, no fue el único que lo sostuvo pero fue de los que más influyeron en el debate posterior sobre la transición democrática y las reformas económicas en Latinoamérica, durante los ochenta.

Con todo y la marginación, el desempleo, el subdesarrollo como método de crecimiento..., también desde la periferia —a decir de Cardoso— se podía acceder al desarrollo económico, por decir, acumulación de capital, expansión del sector productivo y financiero, internacionalización del mercado... Lo de más, era lo de menos.

Aunque no para la mayoría, lo económico —el desarrollo, aunque dependiente y asociado— estaba resuelto, según Cardoso. Quedaba, entonces, por resolver lo social a través de lo político: aprovechar la coyuntura definida por una crisis hegemónica, las fracturas en el bloque de poder, para renovar las alianzas políticas (las multinacionales aparecían como el mejor candidato para acompañar el movimiento de masas, en la medida en que ambos se beneficiarían, aunque de forma distinta, de esa *apertura* política del régimen) y, en esa medida, trastocar la correlación de fuerzas y avanzar en la democratización de los países latinoamericanos, que permitiera paliar las desigualdades inherentes —como lo escribe en varias ocasiones Cardoso— al desarrollo capitalista.

En efecto, el modelo de transición democrática estaba planteado. Este era el Cardoso, y esta su postura, que enfrentaría las críticas de Ruy Mauro Marini.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 234.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 236.

2. RUY MAURO MARINI

Aunque no lo pareciera, Ruy Mauro Marini y Fernando Henrique Cardoso compartieron más de lo que podría pensarse de dos antagonistas teóricos, políticos e ideológicos: ambos padecieron, en carne propia, la dictadura brasileña; aunque en circunstancias disímiles, se trata de prestigiados científicos sociales con formación y reconocimiento en influyentes centros académicos occidentales; en ambos casos escriben su obra más fecunda precisamente a finales de los sesenta y los setenta, en el marco de la discusión acerca de la dependencia y el desarrollo en América Latina; cada quien a su modo, expresa el aliento y fecundidad del pensamiento latinoamericano de aquellos años.

Nacido en la ciudad de Barbacena, localizada en el segundo estado más poblado de Brasil, Minas Gerais, Ruy Mauro Marini (1932-1997) fue un científico social crítico y combativo, militante y disidente, polemista agudo, marxista tenaz y difusor del pensamiento latinoamericano, cuya obra le ha merecido un lugar sobresaliente dentro de la tradición intelectual de América Latina, particularmente en México, en donde, por un lado, produjo y publicó buena parte de su obra y, por otro, ejerció la docencia e investigación durante varios lustros en la Universidad Nacional Autónoma de México (en la Facultad de Filosofía, en Ciencias Políticas y Sociales, en Economía, donde fue fundador de la División de Estudios de Posgrado y, hacia el final de su carrera, en el Centro de Estudios Latinoamericanos, de Ciencias Políticas) y en El Colegio de México (Centro de Estudios Internacionales).⁵⁶

El sociólogo chileno Jaime Osorio, por ejemplo, no duda en sostener que “cuando hablamos del paradigma de la dependencia hacemos especial énfasis en la obra en donde el tema alcanza su mayor madurez: el ensayo *Dialéctica de la dependencia*, de Ruy Mauro Marini, autor que —al igual que Prebisch— recoge una serie de propuestas que flotaban en el ambiente, rearticulándolas, reformulándolas y añadiéndoles la impronta de su original interpretación, amén de gestar nuevas categorías, todo lo cual le permite alcanzar la más elaborada y seria interpretación de las especificidades del capitalismo latinoamericano desde la teoría de la dependencia.”⁵⁷

Antes de incursionar en la sociología y la ciencia política, a principios de los cincuenta Marini intentó estudiar la carrera de medicina y derecho. Hacia mediados de esa década, Ruy Mauro Marini se incorporó a la flamante Escuela Brasileña de Administración Pública, donde

⁵⁶ Véase Adrián Sotelo Valencia, “La vigencia del pensamiento marxista de Ruy Mauro Marini y la Teoría de la dependencia”, en *Tareas*, núm. 111 (Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosamena), Panamá, mayo-agosto, 2002.

⁵⁷ Jaime Osorio Urbina, “Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica”, en Ruy Mauro Marini y Marga Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. IV. Cuestiones contemporáneas*, México, UNAM/El Caballito, 1996, p. 26.

estudió ciencias sociales. En 1958 se trasladó a París para estudiar, por dos años, ciencia política en la Universidad de París. Como en otros casos, Europa le ofreció a Marini múltiples experiencias académicas y políticas y, sobre todo, un distanciamiento respecto a las teorías dominantes entonces sobre América Latina: “Las teorías del desarrollo —refiere en su *Memoria*— en boga en los Estados Unidos y en los centros europeos se me revelaron, entonces, como lo que realmente eran: instrumento de mistificación y domesticación de los pueblos oprimidos del Tercer Mundo y un arma con la cual el imperialismo buscaba hacer frente a los problemas creados en la posguerra por la descolonización. Comenzaba, entonces, mi distanciamiento en relación a la CEPAL, fuertemente influenciado, además, por mi creciente adscripción al marxismo.”⁵⁸

A principios de los sesenta, Marini regresó a Brasil para incorporarse a la investigación y la docencia. Al poco tiempo de haber ingresado en la Universidad de Brasilia, Marini tuvo que abandonar el país tras el golpe militar y luego de haber sido detenido en dos ocasiones.⁵⁹ Empezaba así un exilio de casi 15 años que lo llevó por varios países de América Latina (México, Chile y Panamá) e incluso a la República Federal Alemania, en donde impartió varios cursos en el Instituto Max Plank.⁶⁰

Durante esos años de ostracismo en México (1964-1969) y Chile (1969-1973), Marini escribió dos de las obras que le harían ganar reconocimiento en gran parte de América Latina: *Subdesarrollo y revolución* (1969) y, su libro más conocido y criticado, *Dialéctica de la dependencia* (1973). Ambos contienen, sin duda, la parte más sustantiva de su obra, por ello es que resultan dos estaciones obligadas no sólo en el itinerario del autor, sino en la historia del pensamiento latinoamericano.

DESARROLLO Y SUBDESARROLLO

Fueron cinco años los que le tomaron a Marini escribir *Subdesarrollo y revolución*. En el texto se dejan ver ese tiempo y las *suturas* a través de las cuales fue *hilvanando* diversos documentos, desde 1969 (cuando apareció la primera edición del libro) hasta 1974, cuando se publica la quinta edición, la “definitiva”, de esa obra. Es más, el origen del libro se remonta,

⁵⁸ Ruy Mauro Marini, *Memoria, mimeo*, Brasil, traducción de Claudio Colobani, 1990, p. 6. (Agradezco al doctor Adrián Sotelo haberme proporcionado este material)

⁵⁹ Marini lo relata de la siguiente forma: “Mi estancia en Brasilia fue cortada drásticamente por el golpe de 1964. En aquel momento yo estaba en Río. Después de evitar caer en prisión en mayo, caí, finalmente en julio, en manos del Centro de Información de la Marina. En septiembre, beneficiado por el *habeas corpus* del Supremo Tribunal Federal (STF), fui secuestrado por la Marina y entregado al Ejército, en Brasilia, debido a otro proceso que se había abierto allí. Repetí el itinerario Justicia militar-STF, y obtuve, en diciembre, un nuevo *habeas corpus* que, esta vez fue respetado.” Marini, *op. cit.*, p. 10.

⁶⁰ Véase López Nájera, Verónica Renata, *La construcción de una teoría marxista de la dependencia. Aportes y vigencia de la obra de Ruy Mauro Marini*, México, UNAM (tesis de licenciatura, FFYL), 2003, pp. 95-101.

precisamente, a un artículo que le solicitó la revista cubana *Tricontinental*, publicado hacia 1967 y que fue ampliamente difundido y comentado en la región.⁶¹ A este texto (cuyo título original fue “Subdesarrollo y revolución en América Latina”), Marini añade casi 80 páginas de un artículo sobre Brasil (“La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”) y así forma la primera edición de *Subdesarrollo y revolución*, al que años más tarde —en 1974— le incorpora otros artículos (“Vanguardia y clase” y “Lucha armada y lucha de clase”) y, acaso de mayor importancia para los fines de esta investigación, un “Prefacio a la quinta edición” que contiene su respuesta frente a algunas de las críticas que se habían hecho al libro, lo cual va perfilando —de alguna manera— el debate que sostendrá algunos años después con Cardoso y José Serra.

Salta a la vista que, a juzgar por las fechas aludidas, *Subdesarrollo y revolución* es una *reacción* intelectual —un esfuerzo de análisis e interpretación— hacia dos hechos históricos determinantes para la región: los golpes militares en Brasil (1964) y en Chile (1973), de los cuales Marini fue testigo presencial.

Entre otros destinatarios, la réplica que Ruy Mauro Marini introduce en su “Prefacio” se dirige hacia Fernando Henrique Cardoso, a quien identifica con aquellos que erraron su interpretación acerca del golpe contra el gobierno de João Goulart: “los que pretendían ver en el golpe militar un accidente sin mayores consecuencias [para la sociedad brasileña], similar en cierta medida a otros que habían producido allí anteriormente, han debido darse cuenta de su error. La amplitud y profundidad de los cambios que el régimen militar entonces implantado introdujo en la vida económica, social y política del país han orillado incluso a algunos estudiosos a posiciones que bordean ya la apologética —como cuando pretende, por ejemplo, identificar ese régimen con la revolución brasileña.” Y a nota de pie de página, Marini da santo y seña, nombre y apellido: “Esta tesis fue sustentada por Fernando Henrique Cardoso en el Seminario sobre Clases Sociales y Crisis Política en América Latina, organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, realizado en Oaxaca, en junio de 1973.”⁶²

La época transpira a través de ese texto. Se percibe la urgencia de precisar opiniones, de tomar distancia frente a otras, de develar interpretaciones equívocas, de procurar un análisis contundente y, por decirlo de algún modo, “útil” para la acción social. A ello Marini dedica el “Prefacio”, en particular a demostrar *1)* que el golpe de Estado en Brasil no coloca a

⁶¹ Nildo Domingos Ouriques ha llamado la atención acerca de un artículo pionero en esta línea de trabajo de Marini, anterior incluso a “Subdesarrollo y revolución...”, el artículo, “Brazilian ‘interdependence’ and imperialist integration”, fue publicado en *Monthly Review*, en diciembre de 1965.

⁶² Ruy Mauro Marini, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 10ª ed., 1980, p. VIII.

esa nación más cerca del desarrollo ni de la revolución burguesa ni de la crisis del capitalismo; y 2) que lo anterior no supone, necesariamente, estancamiento económico, por el contrario, luego del golpe militar la economía brasileña experimenta una etapa de expansión (el llamado “milagro brasileño”) que acentúa la dependencia, la explotación y la desigualdad en la distribución del ingreso, en suma, lo que ha permitido, a un tiempo, crecimiento económico con pobreza y marginación.

En un adelanto de lo que desarrollará con detenimiento a lo largo del volumen, en este “Prefacio” Ruy Mauro refuta algunas interpretaciones equívocas o sesgadas sobre dos conceptos fundamentales no sólo del libro sino, a la postre, de toda su obra: subimperialismo y superexplotación. Antes de entrar a la crítica de Marini sobre la forma en que fueron leídos estos conceptos (desarrollados con amplitud en el libro), conviene avanzar en los capítulos que integran toda la obra.

Por su origen, la edición “definitiva” de *Subdesarrollo y revolución* parece insistir, en cada uno sus capítulos, en algunos planteamientos sobre las peculiaridades del desarrollo económico brasileño, así como de la articulación entre capitalismo y dictadura militar en aquella nación. Como yo lo veo, la tesis central de Marini comparte, en buena medida, la idea —expresada, entre otros, por Gunder Frank— de que desarrollo y subdesarrollo serían caras de una misma moneda.⁶³

De allí que el propio Ruy Mauro Marini sostenga que ese ensayo (*Subdesarrollo y revolución*) “resume su contenido en la declaración inicial —‘la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del sistema capitalista mundial’— y se dedica a demostrar que ese subdesarrollo es simplemente la forma particular que asumió la región al integrarse al capitalismo mundial.”⁶⁴ Sobre esta hipótesis, en el primer capítulo del libro documenta cuándo y cómo se integró Latinoamérica al mercado capitalista mundial, lo que determinó la historia de la región: “América Latina surge como tal al incorporarse al sistema capitalista en formación, es decir, cuando la expansión mercantilista europea del siglo XVI.”⁶⁵ Integración que se fortaleció durante el industrioso siglo XIX, que atestiguó la consolidación del capitalismo: “En el curso de los tres primeros cuartos del siglo XIX, y concomitantemente a la afirmación definitiva del capitalismo industrial en Europa, sobre todo en Inglaterra, la región latinoamericana es llamada a una participación más activa en el mercado mundial, ya como

⁶³ Sobre este punto, en *Dialéctica de la dependencia*, Marini reconoce que “la conocida fórmula de Andre Gunder Frank sobre el ‘desarrollo del subdesarrollo’, es impecable, como impecables son las conclusiones políticas a que ella conduce.”

⁶⁴ Marini, *Memoria*, op. cit., p. 17.

⁶⁵ Marini, *Subdesarrollo y revolución*, op. cit., p. 3.

productora de materias primas, ya como consumidora de una parte de producción liviana europea. La ruptura del monopolio colonial ibérico se impone entonces como una necesidad, desencadenado el proceso de independencia política, cuyo ciclo queda prácticamente terminado al final del primer cuarto de siglo, dando como resultado las fronteras nacionales que, por lo general, rigen todavía en nuestros días. A partir de este momento, tiene lugar la integración dinámica de los nuevos países al mercado mundial...⁶⁶

Las condiciones (económicas, políticas, sociales) en que cada colonia alcanza su independencia política, por un lado, y la expansión del sistema capitalista, por el otro, determinan la suerte de las flamantes naciones en la integración a la economía mundial: más o menos, pero todas dependientes de los centros desarrollados, el grado deriva, en todo caso, de la infraestructura económica con que se cuenta y del grado de desarrollo alcanzado durante la etapa colonial. Chile, Brasil y Argentina serán las primeras naciones en integrarse al sistema capitalista internacional.

Efecto estructural, los reacomodos entre las potencias industriales (el paulatino ascenso de Alemania y Estados Unidos) desencadena un proceso, hacia el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del siguiente, de expansión del sistema cuyas repercusiones alcanzan, desde luego, a los países periféricos: “En parte por el efecto multiplicador de la infraestructura de transportes y del flujo de capital extranjero, mas sobre todo por la aceleración del proceso de industrialización y de urbanización en los países centrales, la cual infla la demanda mundial de materias primas y alimentos, la economía exportadora latinoamericana experimenta un auge sin precedentes. Este auge está, sin embargo, marcado por una acentuación de su dependencia frente a los países que se vinculan en este momento, de manera dinámica, al mercado mundial, desarrollan una modalidad particular de integración.”⁶⁷ Desarrollo con dependencia: fórmula que va a marcar el curso, la fisonomía y fisiología de las economías latinoamericanas y su rumbo.

Nos acercamos a las tesis más originales de Marini, es decir, aquellas que articulan el capitalismo y la dominación política, y gracias a las cuales el autor logra sortear, entre otras cosas, ciertas dicotomías como endogenismo *versus* exogenismo, en las que algunos teóricos dependentistas se habían enganchado.⁶⁸ A partir de este diagnóstico, Marini introduce el polémico concepto de superexplotación. La argumentación es la siguiente: “con mayor o menor grado de dependencia, la economía que se crea en los países latinoamericanos, a lo

⁶⁶ *Ibidem*, pp. 3-4.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 5.

⁶⁸ Véase Jaime Osorio, *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, México, Triana, 1995, pp. 57-60.

largo del siglo XIX y en las primeras décadas del actual, es una economía exportadora, especializada en la producción de unos cuantos bienes primarios. Una parte variable de la plusvalía que ahí se produce es drenada hacia las economías centrales, ya sea mediante la estructura de precios vigente en el mercado mundial y las prácticas financieras impuestas por esas economías o a través de la acción directa de los inversionistas foráneos en el campo de la producción.” Como consecuencia, sigue Marini: “las clases dominantes tratan de resarcirse de esta pérdida aumentando el valor absoluto de la plusvalía creada por los trabajadores agrícolas o mineros, es decir, sometiéndolos a un proceso de superexplotación. La superexplotación del trabajo constituye así el principio fundamental de la economía subdesarrollada, con todo lo que implica en materia de bajos salarios, falta de oportunidades de empleo, analfabetismo, subnutrición y represión policiaca.”⁶⁹

En pocas palabras, la superexplotación sería una consecuencia de la sustracción —a manos del capital extranjero— de la plusvalía que se genera en las economías periféricas latinoamericanas, lo que, a su vez, genera —hacia abajo— un proceso similar a cargo de la burguesía local. Capítulos más adelante, Marini se extiende en el tema de la plusvalía. Vale la pena seguir su argumentación. En unos cuantos trazos, el autor define la plusvalía como “la diferencia entre el valor producido por el obrero y la parte del mismo que le es devuelta, devolución que se hace en diversas formas, de las cuales la más general es el trabajo. Considerada desde el otro extremo, la plusvalía es la parte del valor producido por el obrero de la que se adueña el propietario de los medios de producción, o sea, el capitalista. La tasa de plusvalía consiste, pues, en la relación existente entre el valor de ésta —es decir, el que es apropiado por el capital— y el valor restituido al obrero, cualquiera que sea su forma.”⁷⁰ Bajo cualquier perspectiva, la plusvalía es una relación de explotación, en cuyo seno, apunta Marini: “El obrero, trabajando para obtener una remuneración dada, crea un valor correspondiente a la misma en un límite que es inferior a la jornada de trabajo a que se encuentra adscrito; en consecuencia, en el tiempo excedente al que corresponde estrictamente la reproducción del valor expresado por su remuneración, crea un valor excedente, una plusvalía. La relación entre esos dos tiempos de producción contenidos en la jornada de trabajo representa el grado de explotación a que se somete al obrero, grado que es, pues, igual a la tasa de plusvalía.”⁷¹

⁶⁹ Marini, *Subdesarrollo...*, *op. cit.*, p. 8.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 113.

⁷¹ *Ibid.*

Para aumentar la plusvalía —lo que está a la base de la superexplotación del trabajo— el capitalista tiene dos alternativas: “el aumento de la jornada de trabajo o, **manteniéndose** igual la jornada o incluso disminuyéndola, la reducción del tiempo de trabajo necesario [‘aquel en el cual el obrero reproduce su propio valor’]. A estas alternativas básicas corresponden las categorías de plusvalía absoluta y de plusvalía relativa, siendo importante notar que la última corresponde a la desvalorización *real* de la fuerza de trabajo.”⁷² En América Latina, observa Marini, se ha limitado —sin eliminarse por completo— la producción de plusvalía absoluta; en contraste, la regla para la acumulación de capital ha sido el aumento de la explotación a través del “abatimiento real de la fuerza de trabajo”, es decir, la generación de plusvalía relativa, determinada, principalmente, “por la reducción del valor de los bienes que requiere para su subsistencia. Con ello, la desvalorización constante de la fuerza de trabajo se ha constituido en un elemento decisivo en la producción y acumulación capitalista en las economías centrales, a tal punto que se podría afirmar que la historia del desarrollo capitalista es en ese sentido la historia de la depreciación del valor real de la fuerza de trabajo.”⁷³

Pero no sólo la explotación económica se va reproduciendo del centro hacia la periferia y aún dentro de ésta. Lo mismo sucede con las formas de dominación política, lo que explicaría el ascenso de los regímenes militares en la región, particularmente en Brasil.

Un ejemplo: Marini plantea que, entre otras consecuencias, la crisis de 1929 habría puesto fin a la integración de las naciones periféricas al sistema capitalista a partir del modelo de economía primario-exportadora. Ello habría conducido a un “cambio de actividad económica en la región. La industrialización sustitutiva de importaciones se impuso, pues, en líneas generales, en todos los países latinoamericanos, según las posibilidades reales de su mercado interno y, en consecuencia, del grado de desarrollo logrado en la etapa anterior.”⁷⁴ La industrialización de las economías agrario-exportadoras en América Latina propició el ascenso de la burguesía industrial, la cual, pese a lo que algunos esperaban —aquellos que veían en la industrialización el preludeo de una revolución burguesa— y a ciertos reacomodos, no entró en conflicto con la oligarquía terrateniente. Antes al contrario, ambos sectores de la burguesía lograron beneficiarse con la industrialización. Marini describe esta alianza en los siguientes términos:

El sector exportador había sabido defenderse de la coyuntura de depresión vigente en el mercado mundial, ya adoptando políticas de defensa del empleo manifestadas en la compra

⁷² *Ibid.*, p. 114.

⁷³ *Ibid.*, p. 115.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 10.

y la formación de existencias por el Estado, ya estableciendo acuerdos comerciales desventajosos, que garantizaban, empero, la salida de la producción. En estas condiciones, dicho sector mantenía su actividad y, correlativamente, por las dificultades experimentadas para importar, ejercía una presión estimulante sobre la oferta interna, creando la demanda efectiva que la industria trataría de satisfacer. Es este mecanismo lo que explica que, a pesar de algunos desajustes eventuales en sus relaciones, la burguesía agrario-mercantil y la burguesía industrial ascendente hayan podido pactar en provecho mutuo.⁷⁵

Además de económica, esta alianza devine política: “El Estado que así se establece es un Estado de compromiso, que refleja la complementariedad objetiva que cimentaba sus relaciones.”⁷⁶ Sin embargo, esta alianza no durará demasiado. El ritmo de la industrialización impuesto por la Segunda Guerra Mundial acelera los conflictos entre ambos polos de la burguesía. En la medida en que avanza la creación de una industria pesada nacional —capaz de satisfacer la demanda interna de bienes intermedios—, en esa medida aumentan, por un lado, los conflictos en el bloque hegemónico y, por el otro, el poder de la burguesía industrial (que impulsa esta segunda etapa de industrialización).

En su disputa contra la oligarquía latifundista —asociada en algunos casos al capital foráneo—, la burguesía industrial recurre a un discurso nacional-populista (“bonapartista”, a decir de Marini) que, además de proteger el mercado interno, atiza los ánimos de las masas urbano-populares, muy receptivas a esta soflama chauvinista, que incluye ciertas reivindicaciones sociales. Por lo demás, es esta estrategia la que da lugar al “mito de la burguesía nacional” enfrentada al imperialismo y, en esa medida, potencial aliado de las clases populares.⁷⁷

Al final, esta disputa conduce al fracaso general de la “política burguesa”. Un fracaso que Marini atribuye “a la imposibilidad de la industria para sobreponerse al condicionamiento que le ha impuesto el sector externo, desde sus primeros pasos.” En otras palabras, para sostener la segunda etapa de la industrialización (que implica elevar “el monto de divisas disponibles para la importación de equipos y bienes intermedios”), esta burguesía “tiene que descargar sobre las masas trabajadoras de la ciudad y del campo el esfuerzo de capitalización, con lo que se afirma una vez más el principio fundamental del sistema subdesarrollado, es decir, la superexplotación del trabajo. Este fenómeno, claramente manifiesto en la aceleración de la inflación y luego en las políticas de ‘estabilización’ así como en la renuncia a realizar una reforma agraria efectiva, da como consecuencia la ruptura de la base en que se apoyaba la

⁷⁵ *Ibid.*, p. 11.

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ Las contradicciones y antagonismos entre estos sectores de la burguesía brasileña, así como la historia de las fisuras más significativas en el bloque hegemónico, son desarrolladas con mayor amplitud por Marini en el siguiente capítulo, “La dialéctica del desarrollo capitalista en Brasil”, pp. 27-58.

política bonapartista. Al transigir con las antiguas clases dominantes, la burguesía industrial tuvo que abandonar su fraseología revolucionaria, el tema de las reformas de estructura, las políticas de distribución del ingreso. Con ello se divorció de las aspiraciones de las grandes masas y echó por tierra la posibilidad de mantener con ella una alianza táctica.⁷⁸ Tras esta fractura viene una nueva forma de dependencia, caracterizada por la entrada de capitales, bajo la forma de inversión extranjera directa, la asociación de la burguesía local con esos capitales y la intensificación la superexplotación del trabajo.

En términos políticos, esta derrota de la burguesía industrial “arrastra a la caída de los regímenes liberal-democráticos que habían intentado afirmarse en la posguerra y conduce a la implantación de dictaduras tecnocrático-militares.” Se reproduce, así, el imperialismo del centro en la periferia, que Marini definirá como subimperialismo: “Con las deformaciones de escala naturales, el imperialismo reproduce así en las economías periféricas de América Latina los mismos rasgos fundamentales que afirmó en las economías centrales, en su tránsito hacia los sistemas de producción.”⁷⁹ En unas cuantas palabras, el subimperialismo “es la forma que asume el capitalismo dependiente *al llegar a la etapa de los monopolios y del capital financiero*”.⁸⁰

Frente a este escenario que consolida la dependencia y acentúa la superexplotación del trabajo y endurece el régimen, no hay más salida, para Marini, que la “práctica revolucionaria”, en la que advierte dos tendencias en aquellos años: “La primera tiene que ver con el establecimiento de una relación más efectiva entre las clases explotadas y sus vanguardia políticas, de las cuales muchas se han lanzado ya a la empresa suprema de la lucha armada. La segunda se refiere a las relaciones que deben establecerse entre estas clases en el marco más amplio del contexto internacional.”⁸¹ A la exploración de las posibilidades de la revolución en el continente y el futuro de los regímenes tecnocrático-militares (como en Brasil y Chile), Marini dedica no sólo las últimas páginas del primer ensayo sino el último capítulo de su libro.⁸²

⁷⁸ *Ibidem*, p. 16.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 17.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 192.

⁸¹ *Ibid.*, p. 21.

⁸² Por cierto, acerca de este último capítulo Marini refiere, en su *Memoria*, que “suscitó un entusiasmo en la intelectualidad joven y, en general, en la militancia de izquierda; sin embargo, el libro llegó a provocar la preocupación en los editores, que —como no habían tenido conocimiento previo de ese último capítulo, que fue entregado por mí directamente a la imprenta, cuando ya estaba en proceso la impresión— temieron, al verlo publicado, que la empresa resultara comprometida. Problemas, es verdad, el libro los creó, pero en los países como Brasil y la Argentina, que requisaron y destruyeron todos los paquetes remitidos.” Ruy Mauro Marini, *Memoria, op. cit.*, pp. 22-23.

Son tres las bases que sostienen, según Marini, económicamente el estado autoritario brasileño: 1) la exportación de manufacturas, que permite la mayor absorción de bienes de capital para las empresas y su crecimiento tecnológico; 2) el aumento de la capacidad de compra del Estado, gasto en infraestructura y armamento, lo que genera, a su vez, la expansión del mercado de bienes de capital, y 3) la sociedad de consumo, creada "artificialmente" a partir de la transferencia de ingreso desde las capas más pobres hacia los sectores medios y cuyo fin sería garantizar el consumo de productos, suntuarios y altamente tecnificados.

Es esta tercera "pata" del *trípode* la que Marini encuentra más débil: "la elevación permanente del ingreso de las capas medias y altas es impracticable, sin romper con la ley capitalista de los salarios y sin convertir el subsidio en un factor antieconómico en términos capitalistas. El aumento numérico de estas capas, sobre todo de la pequeña burguesía asalariada, es un recurso que seguirá siendo utilizado por el sistema, pero representa muy poco en el conjunto de las necesidades de mercado que plantea la industria, además de ser ampliamente neutralizado por la baja del poder adquisitivo de las grandes masas."⁸³ La imposibilidad de mantener el consumo a través de un sector social cada vez con mayor capacidad adquisitiva conduce a una mayor participación del Estado en dos direcciones: como garante de los intereses de la burguesía y como promotor de la demanda de bienes intermedios para un creciente industria militar, como la que despuntó en la segunda mitad de los setenta en Brasil: "la militarización del capitalismo brasileño no es accidental ni circunstancial. Es la expresión necesaria de la lógica monstruosa del sistema, como el nazismo lo fue para la Alemania de los treinta. Así como pasó con el nazismo, la guerra debe ser resultado, y no es casual que Castelo Branco pretendiera invadir Uruguay, intervenir en la guerra colonialista que Portugal hace en Africa e incluso mandar tropas a Vietnam."⁸⁴

Para Marini, estas limitaciones estructurales del sistema ofrecen una coyuntura política favorable a la organización de trabajadores urbanos y rurales, lo que dependerá de la capacidad de "abrir al proletariado brasileño la posibilidad de conformar su organización de combate, su partido, y asegurarle así su capacidad de conducir a la victoria al movimiento de masas."⁸⁵

⁸³ Marini, *Subdesarrollo y...*, op. cit., p. 199.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 200.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 202

Se empiezan a perfilar algunas de las marcadas diferencias entre los planteamientos de Marini y Cardoso. Parece claro que la internacionalización del mercado interno (proceso de apertura económica, acompañada con ciertas dosis de “liberalización” política) que tanto optimismo despertó en Cardoso, para Ruy Mauro Marini no es sino otra forma de dependencia, que representa la derrota de la burguesía industrial y la consiguiente renuncia a un desarrollo autónomo, la desnacionalización de la industria nacional, la intensificación de la explotación, aumento de la pobreza y la marginación, el endurecimiento del régimen... Todo ello no como una imposición externa, sino como expresión periférica del sistema capitalista.

Por lo demás, lo que para Fernando Henrique Cardoso es un avance de la periferia — el desarrollo dependiente— en la medida en que se registra “acumulación y expansión de capital”, lo que se traduce en “desarrollo” para las economías periféricas, en Marini es exactamente lo contrario: un motor que genera más dependencia, que fortalece los mecanismos de explotación de los países subdesarrolladas.

DIALÉCTICA, DEPENDENCIA Y DESARROLLO

Lo que Marini escribió como una “introducción” se convirtió, a la postre, en su obra más (re)conocida y trascendente. Si bien como reza el lugar común se trata del texto más celebrado de su toda su producción intelectual, *Dialéctica de la dependencia* es exactamente lo que el propio Marini dice: una parte de su obra, a saber, la parte más teórica.

Pieza canónica de la extensa tradición intelectual latinoamericana,⁸⁶ la primera versión de este ensayo de Marini apareció publicada (bajo el título de “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora”), en marzo de 1972, en *Desarrollo y sociedad*, revista del Centro de Estudios Socio-Económicos (CESO) de la Universidad de Chile; ese mismo año el texto fue presentado, por su autor, en el Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Santiago de Chile.⁸⁷ Desde entonces, empezaron, también, las críticas: la primera fue, precisamente, de Fernando Henrique Cardoso durante dicho Congreso y que más tarde sería publicada en la *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*.

⁸⁶ Adrián Sotelo ha llamado la atención acerca de que la Internacional Sociological Association ha clasificado este libro como uno de las más importantes del siglo XX, “al lado de obras universales como *One dimensional man*, de Herbert Marcuse, *Phenomenology of perception* de Maurice Merleau-Ponty, *Marxist theory of alienation* de Isvan Meszaros, *Political power and social theory* de Barrington Moore...”. Véase Sotelo, “La vigencia del pensamiento...”, *op. cit.*

⁸⁷ En sentido estricto, la primera versión nunca fue publicada en virtud de que —como refiere el propio autor— su llamado “libro rojo” (que “reunía materiales desde 1966, incluyendo esquemas de clases, notas de lecturas, reflexiones e información histórica y estadística sobre América Latina”) se “perdió” cuando su departamento en Chile fue “invadido”. Véase Marini, *Memoria, op. cit.*, p. 28.

Al siguiente año (1973) y luego de que el texto fuera difundido y comentado en algunos países de la región, *Dialéctica de la dependencia* fue publicado por la editorial mexicana ERA, en cuya edición fue incluido un posfacio (“En torno a *Dialéctica...*”) en donde Marini dice haber procurado “aclara[r] las razones del método adoptado (que, al partir de la circulación para la producción, de ahí regresando a la circulación, me valió el apodo de ‘circulacionista’), justificar el uso de categorías marxistas en el análisis de una formación capitalista aún en gestación y disipar las confusiones surgidas sobre la superexplotación del trabajo.”⁸⁸ A esta edición le siguieron las de Portugal, Francia, España, Argentina y Alemania (algunas de ellas sin la autorización del autor).

Como puede verse, muy pronto, el texto se convirtió —por el reconocimiento de unos o las críticas de otros— en una referencia obligada en la discusión sobre la dependencia y el desarrollo de América Latina. Con *Dialéctica de la dependencia* nació lo que para algunos es la teoría marxista de la dependencia: con esta obra, asegura Jaime Osorio, “el marxismo latinoamericano alcanza su punto más alto en tanto formulación de las leyes y tendencias que engendran y mueven al capitalismo *sui generis* llamado dependiente.”⁸⁹

En *Dialéctica de la dependencia* los temas son los mismos que Marini planteó en *Subdesarrollo y revolución*, pero el abordaje cambia: es más profundo y riguroso, se privilegia la reflexión teórica por encima, en cierta medida, de la demostración histórica a partir de estadísticas y guarismos económicos.

Según mi lectura, en la obra de marrras —como en algunos de sus otros trabajos más conocidos— Marini se propone elaborar una explicación acerca de cómo funciona y ha funcionado el capitalismo en América Latina, a partir de las principales tesis de Marx. Para ello, sostiene que a la luz del modo de producción capitalista “puro”, el capitalismo latinoamericano presenta ciertas “peculiaridades” que lo hacen *sui generis*,⁹⁰ por lo que parte de la tarea que se propone es la de explicar esas *formas* que el capitalismo ha asumido en Latinoamérica y que han determinado su lugar dentro de la economía mundial y la suerte de cada nación.

⁸⁸ *Ibidem*, p. 31.

⁸⁹ Jaime Osorio, *Las dos caras...*, op. cit., p. 65. En contra de esta afirmación, se levantan voces como la de Domingos Ouriques, quien sostiene que “no creemos que exista ya una teoría marxista de la dependencia sino que sólo están dadas las bases teóricas y el método por el cual la podremos parir: la reflexión sobre la dependencia en términos de las categorías anunciadas por Marx en sus escritos fundamentales.” Véase Nildo Domingos Ouriques, “Hacia una teoría marxista de la dependencia”, en Ruy Mauro Marini y Mária Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana. II. Subdesarrollo y dependencia*, México, El Caballito, 1994, p. 195.

⁹⁰ “En otros términos —apunta Marini—, es el conocimiento de la forma particular que acabó por adoptar el capitalismo dependiente latinoamericano lo que ilumina el estudio de su gestación y permite conocer analíticamente las tendencias que desembocaron en este resultado.” *Dialéctica de la dependencia*, México, ERA, 6ª ed., 1982, p. 14.

Origen es destino. Así que la forma cómo América Latina, por un lado, asumió el modo de producción capitalista y, por el otro, cómo se incorporó al mercado mundial, definieron su desarrollo capitalista. En términos históricos, este proceso de integración de Latinoamérica a la economía capitalista internacional habría empezado —como ya había apuntado en *Subdesarrollo y Revolución*— en el siglo XVI, cuando la región se convierte en gran proveedor de metales preciosos, y se consolidó durante la segunda mitad del siglo XIX, apoyando, con materias primas, la industrialización de las economías desarrolladas.

Se afirma entonces, según Marini, la *dependencia*. “Es a partir de este momento que las relaciones de América Latina con los centros capitalistas europeos se insertan en una estructura definida: la división internacional del trabajo, que determinará el curso del desarrollo ulterior de la región. En otros términos, es a partir de entonces que se configura la dependencia, entendida como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes, en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia. El fruto de la dependencia no puede ser por ende sino más dependencia.”⁹¹ ¿Había o no dependencia de las colonias latinoamericanas hacia la metrópoli? ¿Cuál era ese tipo de relación?: “la situación colonial —la respuesta es de Marini— no es lo mismo que la situación de dependencia. Aunque se dé una continuidad entre ambas, no son homogéneas...”, la diferencia estriba en que no sería sino hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando América Latina se incorpora plenamente en la economía mundial, como consecuencia del surgimiento de la gran industria, que se establece una sólida división internacional del trabajo, en la que a las naciones periféricas se les asignan nuevas funciones: no sólo como abastecedoras de materias primas —como en el pasado— sino como parte de la oferta mundial de alimentos y como unidades económicas que contribuyen a la formación de un mercado de materias primas industriales.⁹²

A lo largo del proceso de desarrollo del sistema capitalista mundial, las naciones periféricas latinoamericanas contribuyeron, de manera fundamental, en el desarrollo e industrialización de las economías centrales. Entre otras funciones que desempeñó la periferia, Marini destaca tres en particular:

- 1) En una primera etapa, que comprende los siglos XVI al XVIII (quizás, incluso, alcanza a las primeras décadas del siguiente siglo), América Latina cumplió “un papel muy relevante en la formación de la economía capitalista mundial principalmente con su producción de

⁹¹ *Ibidem*, p. 18.

⁹² *Ibid.*, p. 22

metales preciosos, [...] sobre todo en el siglo XVIII, gracias a la coincidencia entre el descubrimiento del oro brasileño y el auge manufacturero inglés.”⁹³

- 2) En una segunda etapa, particularmente a partir de 1840, la industrialización de las economías centrales impone nuevas funciones a la periferia:
- a. Proveer de medios de subsistencia —tan elementales como los de origen agrícola— a las sociedades industriales, en pocas palabras, la periferia *alimentó* —y no es metáfora— la industrialización de los países centrales: “El fuerte incremento de la clase obrera industrial y, en general, de la población urbana ocupada en la industria y en los servicios, que se verifica en los países industriales en el siglo pasado [XIX], no hubiera podido tener lugar si éstos no hubieran contado con los medios de subsistencias de origen agropecuario, proporcionados en forma considerable por los países latinoamericanos. Esto fue lo que permitió profundizar la división del trabajo y especializar a los países industriales como productores mundiales de manufacturas.”⁹⁴
 - b. Contribuir en el creciente mercado internacional de materias primas industriales, en auge debido al propio proceso de desarrollo industrial que vivían los países centrales: “El crecimiento de la clase trabajadora en los países centrales y la elevación aún más notable de su productividad, que resultan del advenimiento de la gran industria, llevaron a que la masa de materias primas volcada al proceso de producción aumentara en mayor proporción. Esta función, que llegará más tarde a su plenitud, es también la que se revelaría como la más duradera para América Latina, manteniendo toda su importancia aún después de que la división internacional del trabajo haya alcanzado un nuevo estado.”⁹⁵ Latinoamérica sigue siendo abastecedora de medios de subsistencia y de materias primas para los países industriales, pero no sólo eso.
 - c. Más importante aún que las funciones anteriores, o acaso su consecuencia, las economías latinoamericanas integradas, de forma dependiente, a la economía mundial contribuyeron —según esta polémica tesis de Marini— “a que el eje de la acumulación en la economía industrial se desplace de la producción de plusvalía

⁹³ *Ibid.*, p. 19.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 21.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 22.

absoluta a la de plusvalía relativa, es decir, que la acumulación pase a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajo que simplemente de la explotación del trabajador. Sin embargo, el desarrollo de la producción latinoamericana, que permite a la región coadyuvar a este cambio cualitativo en los países centrales, se dará fundamentalmente con base en una mayor explotación del trabajador.”⁹⁶

Son estas funciones, significativamente la última —relacionada con la producción de plusvalía relativa— las que explicarían el carácter *sui generis* y “contradictorio” del capitalismo periférico latinoamericano: *la industrialización de las economías centrales es un mal negocio para la periferia*. En pocas palabras, mientras los países centrales se industrializan y, en consecuencia, su producción gana en valor, al mismo tiempo las economías periféricas afirman su dependencia y sus productos (materias primas) se deprecian: se trata de la muy conocida fórmula del deterioro de los términos de intercambio.

Frente a este escenario, las preguntas son obvias: ¿por qué participar en un *mal negocio*? ¿Por qué las oligarquías latinoamericanas o burguesía latifundista consienten estas “pérdidas”, que Marini no atribuye a presiones militares o diplomáticas ni a la ley de la oferta y la demanda? ¿Por qué sostener o incrementar durante décadas la producción de materias primas cuyos precios fueron cayendo de manera sostenida —desde el último cuarto del siglo XIX— frente a las manufacturas y los bienes intermedios?

La respuesta reside —puesta en términos muy llanos— en que la burguesía local transfería las pérdidas. También para ellos, la industrialización de las economías centrales fue un *buen negocio*. Al final de esta larga cadena, quien pagó la industrialización de las economías centrales fueron las masas de trabajadores de la periferia, la base para la producción de plusvalía. Se trata de una de las tesis centrales en la argumentación de Marini. Así que vamos por partes.

La depreciación de los bienes primarios exportados por las economías latinoamericanas no obedece a una sobreproducción que —bajo la ley de la oferta y la demanda— haya deteriorado los precios de estas mercancías; tampoco se puede atribuir a la imposición —a través de coacción político-militar de las naciones desarrolladas— de los precios de esos bienes. El “secreto del intercambio desigual” —un secreto que, como en el

⁹⁶ *Ibid.*, p. 23.

cuento de Edgar Alan Poe, “La carta robada”, está a la vista de todos—⁹⁷ se halla en las condiciones bajo las cuales América Latina comercia, es decir, el lugar desde dónde comercia —la periferia—, aquello que comercia —bienes primarios— y con quién intercambia esos bienes —países industrializados productores de manufacturas y bienes intermedios.

Desde su incorporación al sistema capitalista, las debilidades de las economías latinoamericanas —en términos del modo de producción capitalista— las colocaron en un lugar desventajoso dentro de la economía mundial.

No es [escribe Marini] porque se cometieron abusos en contra de las naciones no industriales que éstas se han vuelto económicamente débiles, es porque eran débiles que se abusó de ellas. No es tampoco porque produjeron más de lo debido que su posición comercial se deterioró, sino que fue el deterioro comercial lo que las forzó a producir en mayor escala. Negarse a ver las cosas de esta manera es mixtificar la economía capitalista internacional, es hacer creer que esa economía podría ser diferente de lo que realmente es. En última instancia, ello conduce a reivindicar relaciones comerciales equitativas entre las naciones, cuando de lo que se trata es de suprimir las relaciones económicas internacionales que se basan en el valor de cambio.⁹⁸

Las *formas* en que se ha configurado históricamente el intercambio comercial desigual permitieron —en mayor o menor medida— la depreciación de las mercancías latinoamericanas y, más grave aún, propiciaron la superexplotación del trabajo. Marini distingue dos formas en que se ha presentado este intercambio desigual: a través del aumento de la productividad o a través del monopolio o ventajas comparativas en la producción de ciertos bienes.

En el primer caso, dentro del ámbito de la producción y siguiendo incluso la ley del intercambio, “por efecto de una mayor productividad del trabajo, una nación puede presentar precios de producción inferiores a sus concurrentes, sin por ello bajar significativamente los precios de mercado que las condiciones de producción de éstos contribuyen a fijar. Esto se expresa, para la nación favorecida, en una ganancia extraordinaria, similar a la que constatamos al examinar de qué manera se apropian los capitales individuales del fruto de la productividad del trabajo.”⁹⁹

Una segunda forma —intercambio entre economías que comercian distintas clases de mercancías—, más cercana a la experiencia latinoamericana, es aquella situación en la que algunas economías pueden producir bienes que otras no pueden o no al mismo costo, ritmo y en la misma cantidad, estas ventajas le permiten a esas economías eludir “la ley del valor”,

⁹⁷ Žižek ha desarrollado de manera brillante los temas relacionados con el secreto de la plusvalía en Marx y ha establecido una original relación con el *sinthome* lacaniano. Véase Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 2001.

⁹⁸ Marini, *Dialéctica...*, op. cit., p. 31.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 34.

esto es, subir los precios de las mercancías por encima de su valor —en virtud de sus ventajas en la producción de esas mercancías—, generando así un intercambio desigual, lo que implica que “las naciones desfavorecidas deberán ceder gratuitamente parte del valor que producen, y que esta cesión o transferencia se acentúe a favor de aquel país que les vende mercancías a un precio de producción más bajo, en virtud de su mayor productividad. En este último caso, la transferencia de valor es doble, aunque no necesariamente aparezca así para la nación que transfiere valor, ya que sus diferentes proveedores pueden vender todos a un mismo precio, sin perjuicio de que las ganancias realizadas se distribuyan desigualmente entre ellos y que la mayor parte del valor cedido se concentre en manos del país de productividad más elevada.”¹⁰⁰ Para compensar esta depreciación de las mercancías producidas en la periferia —es decir, el deterioro de los términos de intercambio—, la burguesía latinoamericana no recurre a mecanismos de compensación que equilibren la relación entre valor de producción y precios de mercado (como podría ser el incremento de valor intercambiado), sino que intensifica la explotación del trabajo: la *superexplotación*.

Los dueños del capital disponen de tres maneras diferentes para aumentar la explotación: 1) a través de la extensión de la jornada de trabajo, 2) el incremento o intensificación del trabajo sin un aumento correspondiente del salario del trabajador y 3) la reducción del salario real o de los niveles de consumo de los trabajadores (el llamado “fondo de consumo necesario del obrero”).

En todos los casos, se trata del incremento de la explotación laboral, lo que significa “que se le niega al trabajador las condiciones necesarias para reponer el desgaste de su fuerza de trabajo: en los dos primeros casos, porque se le obliga a un dispendio de fuerza de trabajo superior al que debería proporcionar normalmente, provocándose así su agotamiento prematuro; en el último, porque se le retira incluso la posibilidad de consumir lo estrictamente indispensable para conservar su fuerza de trabajo en estado normal.”¹⁰¹ En cualquier caso, son los trabajadores quienes pierden: su trabajo es remunerado por debajo de su valor.

Como en cascada, la burguesía traslada los costos de la industrialización de las naciones desarrolladas a los obreros, a través de la apropiación de plusvalía generada a partir de la explotación del trabajo en la periferia. “Así, la contrapartida del proceso mediante el cual América Latina contribuyó a incrementar la cuota de plusvalía y la cuota de ganancia en los países industriales implicó para ella efectos rigurosamente opuestos. Y lo que aparecía como un mecanismo de compensación a nivel del mercado es de hecho un mecanismo que

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 35.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 41-42.

opera a nivel de la producción interna.”¹⁰² Hacia ese ámbito, doméstico, Marini conduce el resto de su análisis: se trata de responder a la pregunta acerca de cómo se presenta el proceso de formación de capital en la periferia, bajo las condiciones descritas —señaladamente la superexplotación del trabajo.

Comparado con los países desarrollados, en América Latina el proceso de acumulación de capital observó dos particularidades: 1) más que en la productividad, se basó en la explotación del trabajo, lo que implicó una presión o un “bloqueo” sobre la capacidad de consumo individual, del consumo interno, que condicionó la industria nacional hacia la exportación; por otro lado, 2) la integración de Latinoamérica a la economía mundial tenía como objetivo atender la demanda de productos primarios por parte de las naciones centrales en plena industrialización, ello significó que las economías latinoamericanas no crearan su propia demanda, lo cual se tradujo —en el ámbito de las economías periféricas nacionales— “en la separación de los dos momentos fundamentales del ciclo de capital —la producción y la circulación de mercancías— cuyo efecto es hacer que aparezca de manera específica en la economía latinoamericana la contradicción inherente a la producción capitalista en general, es decir, la que opone el capital al trabajador en tanto que vendedor y comprador de mercancías.”¹⁰³ Lo que explica que la producción latinoamericana haya sido orientada, históricamente, hacia un mercado de exportación cada vez más demandante, cuyo costo en términos del deterioro del intercambio lo asume el trabajo.

En otras palabras: como la producción latinoamericana no depende de su consumo interno —la circulación se da hacia fuera de la economía nacional— entonces el trabajador no participa en la realización del producto. “En consecuencia, la tendencia natural del sistema será la de explotar al máximo la fuerza de trabajo del obrero, sin preocuparse de crear las condiciones para que éste la reponga, siempre y cuando se la pueda reemplazar mediante la incorporación de nuevos brazos al proceso productivo.”¹⁰⁴

Una secuela de la separación de esferas (producción y circulación), es su replica al interior de la periferia. En palabras de Marini:

Es así como el sacrificio del consumo individual de los trabajadores en aras de la exportación al mercado mundial deprime los niveles de demanda interna y erige al mercado mundial en única salida para la producción. Paralelamente, el incremento de las ganancias que de esto se deriva pone al capitalista en condiciones de desarrollar expectativas de consumo sin contrapartida en la producción interna (orientada hacia el mercado mundial), expectativas que tiene que satisfacer a través de las importaciones [bienes suntuarios, sobre todo]. La separación entre el consumo individual fundado en el salario y el consumo

¹⁰² *Ibid.*, p. 37.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 50.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 52.

individual engendrado por la plusvalía no acumulada da, pues, origen a una estratificación del mercado interno, que es también una diferenciación de esferas de circulación: mientras la esfera 'baja', en que participan los trabajadores —que el sistema se esfuerza por restringir— se basa en la producción interna, la esfera 'alta' de circulación, propia a los no trabajadores —que es la que el sistema tiende a ensanchar—, se entronca con la producción externa, a través del comercio de importación.¹⁰⁵

Por si fuera poco, además de los impactos ya descritos, esta estructura —a decir de Marini— va a determinar la forma en que América Latina se industrializó, luego de la crisis capitalista del periodo entreguerras. La razón es simple: el predominio del sector exportador en las economías periféricas estableció los límites —estructurales— de su propia expansión industrial. Se trata de un proceso de doble vía: por un lado, no hay, pues, acumulación de capital en la medida en que el consumo interno es deprimido por la explotación del trabajo; y, por el otro, la oferta interna (que no incluyó, en un principio, bienes suntuarios y tecnificados) no cumple con las expectativas de los reducidos sectores sociales con una gran capacidad de compra. Por momentos, una salida para esta contradicción será —como lo advirtió Marini en *Subdesarrollo y revolución*— la creación artificial —a través de la transferencia de valor generado a partir de la superexplotación de las masas obreras— de una clase media que influya en el consumo interno y el aumento del gasto público en armamento y bienes intermedios.

En suma, el latinoamericano es un proceso industrializador *sui generis* que desemboca en una industrialización atípica respecto a las economías centrales: “a medida que avanza la industrialización latinoamericana, se altera la composición de sus importaciones, mediante la reproducción del reglón relativo a bienes de consumo y su reemplazo por materias primas, productos semielaborados y maquinaria destinados a la industria. Sin embargo, la crisis permanente del sector externo de los países de la región no habría permitido que las necesidades crecientes en elementos materiales del capital constante se pudieran satisfacer exclusivamente a través del intercambio comercial. Es por ello que adquiere singular importancia la importación de capital extranjero, bajo la forma de financiamiento e inversiones directas en la industria.”¹⁰⁶

No es fortuito, concluye Marini, que la abundancia de capital sobre todo en manos de grandes corporaciones, coincida con la necesidad de profundizar la industrialización de América Latina. “La industrialización latinoamericana corresponde así a una nueva división internacional del trabajo, en cuyo marco se transfieren a los países dependientes etapas inferiores de la producción industrial [como la siderurgia], reservándose a los centros

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 53-54.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 67.

imperialistas las etapas más avanzadas y el monopolio de la tecnología correspondiente.”¹⁰⁷ A este último punto, la tecnología y su impacto en la producción y en la plusvalía, dedica las últimas páginas de su libro. Sin embargo, es en un ensayo posterior (“Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”),¹⁰⁸ en el que Marini desarrolla con mayor amplitud y rigor este tema.

Como sea, en unos cuantos párrafos al final de su libro, Marini señala que también la tecnología en la periferia tiene sus peculiaridades, por ejemplo: *a)* es introducida por el capital individual; *b)* se orienta hacia los sectores que producen bienes suntuarios; y *c)* su introducción responde a las preferencias del capital individual y, en esa medida, no responde a la dinámica de la acumulación de capital.

Con cierta prisa y de forma un tanto abrupta —apunta, pero sólo eso, el tema del subimperialismo—, Ruy Mauro Marini concluye *Dialéctica de la dependencia*, un obra que —como *Subdesarrollo y revolución*— señala profundas diferencias, acaso irreconciliables con otros autores, también dependentistas, señaladamente con Fernando Henrique Cardoso, con quien desde este libro —al menos en la edición mexicana de 1973: “En torno a *Dialéctica de la dependencia*”— empezará un debate que se extenderá varios años y que alcanza su clímax a finales de 1978, en las páginas de la *Revista Mexicana de Sociología*.

3. LA DISCUSIÓN ENTRE CARDOSO Y MARINI

No fue el único, pero Cardoso fue de los primeros en reaccionar contra la *Dialéctica de la dependencia*. Y es que a Marini le sobraron críticos —de muy distinta laya. No a todos respondió. Con muy pocos, como el caso de F. H. Cardoso y José Serra, mantuvo un debate.

En un valioso intento por sistematizar las polémicas que siguieron a la publicación de *Dialéctica...*, el economista Andrés Barreda ha identificado alrededor de cincuenta “polemistas”, a quienes ha dividido —no tan afortunadamente— en tres etapas: en la primera reúne a aquellos autores que apenas aparecido el libro (1972) intentan “relativizar y, si es posible, apagar la tesis más radical del ensayo. Vale decir, el desciframiento de la especificidad del capitalismo latinoamericano maduro como una sociedad dependiente organizada en torno a la superexplotación del trabajo.”¹⁰⁹ Algunos de los protagonistas más ubicuos de este grupo son Fernando Henrique Cardoso (el artículo aludido de 1972) y Agustín

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 68-69.

¹⁰⁸ Ruy Mauro Marini, “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 20, abril-junio, 1979, pp. 18-39.

¹⁰⁹ Andrés Barreda Marín, “La *Dialéctica de la dependencia* y el debate marxista latinoamericano”, en Marini y Millán, *La teoría social...*, op. cit., p. 210.

Cueva (su ponencia en el XI Congreso Latinoamericano de Sociología, de 1974, referida en el capítulo anterior).

En una segunda etapa, que comprende la segunda mitad de la década de los setenta, Barreda advierte que “aparecen intentos más meditados, sea para revocar, sea para profundizar la teoría crítica de la *Dialéctica de la dependencia*”, entre estos distingue tres grupos: *a*) “aquellos polemistas que intentan revocar por completo los fundamentos y las principales conclusiones de la interpretación marina” (como Jorge Castañeda y Enrique Hett, José Antino Silva Michelena), *b*) quienes “intentan retomar para tematizar la crítica de la *Dialéctica de la dependencia*” (Jaime Osorio, Arroio y Cabral); y, finalmente, *c*) quienes “aceptando de entrada los principales fundamentos de la *Dialéctica de la dependencia*, intentan, sin embargo, replantear, desde su punto de vista, con mejor consistencia y fuerza conceptual la teoría crítica de Marín [como Gustavo Leal, Bolívar Echeverría, Ana Esther Ceceña, J. A. Machuca, S. Kuntz...]. Así, se proponen esclarecer hasta qué punto la superexplotación es un proceso de producción o de distribución de la riqueza; cuáles son la esencia, modalidades, límites e interrelaciones entre el plusvalor absoluto, relativo y extraordinario; dónde residen las dificultades para hablar del valor de la fuerza de trabajo; y cómo formular rigurosamente los axiomas (retomando puntualmente los razonamientos globales de Marx) del concepto de dependencia.”¹¹⁰

La tercera etapa incluye, a decir de Barreda, *a*) los trabajos posteriores del propio Ruy Mauro Marín; *b*) la recepción y discusión de la *Dialéctica...*, por parte de autores europeos (se refiere en particular a algunos trabajos publicados en el Instituto Max Plank, donde Marín realizó algunas estancias); por último, *c*) ciertos estudios históricos sobre el pensamiento crítico latinoamericano que han incluido una suerte de balance sobre el marxismo latinoamericano (Jaime Osorio, M. Lowy, T. Bottomore, V. Davydov, C. Kay, Gabriel Palma...).¹¹¹

Si algo deja ver esta clasificación de polemistas, es que *Dialéctica de la dependencia* se convirtió en una obra que, para bien o para mal, muy pocos pudieron dejar pasar de largo en la década de los setenta. Es hacia el final de esa década que Fernando Henrique Cardoso y José Serra (ex-presidente brasileño y ex-candidato presidencial derrotado por Luís Inácio Lula da Silva, en el 2002, respectivamente) deciden examinar la “fuerza teórica” de la dialéctica de la dependencia y para ello eligen a Marín, no por ser el único, sino porque fue él —según reconocen los autores— quien habría llevado más lejos —hasta el terreno de la acción

¹¹⁰ *Ibidem*, pp. 211-221.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 213-214.

política— este planteamiento. Veamos. Para ello, propongo enunciar las principales tesis de cada uno de los autores —la crítica y su respuesta— y reservar para el final un balance personal de esta discusión.

3.1 CARDOSO-SERRA: DESVENTURAS DE LA DIALÉCTICA

Publicado en un número extraordinario de la *Revista Mexicana de Sociología*, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, escrito al alimón entre Cardoso y José Serra —fundadores del Centro Brasileño de Análisis y Planificación (CEBRAP)—, reúne y sistematiza las críticas que Cardoso, en mayor medida que Serra, venía realizando desde la aparición de *Dialéctica de la dependencia*, de allí el notorio predominio de sus tesis, incluso de su estilo en ese largo artículo.

Preocupados por las consecuencias políticas de un diagnóstico equivoco —como el que denuncian en *Dialéctica...*—, Cardoso y Serra critican las principales tesis de Marini: la superexplotación del trabajo y el subimperialismo en América Latina. Su ensayo (cerca de las cincuenta páginas) inicia con una síntesis de los diversos análisis sobre el desarrollo nacional, un proyecto malogrado que se sostenía en la idea de que las fuerzas productivas en la periferia, a través de una alianza entre la burguesía nacional hegemónica y las masas de trabajadores, conseguirían la industrialización de las economías periféricas, lo que mermaría los lazos de dependencia con los centros desarrollados.

A partir de una caracterización que será materia —como casi todo el artículo— de debate con Marini, los autores identifican dos corrientes que sustentaban esta tesis del desarrollo nacional: la “izquierda ortodoxa”, “para quien la revolución nacional-democrático-burguesa representaba una etapa a ser cumplida y un camino fundamental a ser recorrido antes de que pudiese pensarse en el socialismo”; otra versión, más académica, de esta tesis se atribuye a “sectores de la intelectualidad considerados ‘reformistas’, [y que] dio en llamarse ‘desarrollismo’”¹¹²

Desde diversos frentes, el fracaso de este proyecto nacional fue denunciado “hasta la saciedad”. Los saldos de estas críticas resultaron contrastantes: por un lado, permitieron avanzar en el tema de la dependencia, pero, por el otro —acaso más costoso—, se asoció la inviabilidad del proyecto nacional-desarrollista con el *estancamiento económico*: “la izquierda latinoamericana dedujo que, una vez ‘quemada’ por su inexistencia, la etapa nacional democrático-burguesa, la alternativa inmediata que se planteaba para las clases explotadas era

¹¹² José Serra y Fernando H. Cardoso, “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia”, en *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario, año XL, vol. XL, México, UNAM, 1978, p. 13.

la de que ellas mismas tomaran en sus manos la tarea de promover el desarrollo, removiendo los obstáculos de la estructura agraria tradicional y de la dominación externa y abriendo el camino al socialismo, dentro de un proceso de revolución permanente.”¹¹³ Tales planteamientos —a guisa de ejemplo los autores citan algunas líneas de Theotônio Dos Santos y de Ruy Mauro Marini— son los que habrían “justificado” teóricamente la lucha armada en el continente.

Visto así, para Cardoso y Serra la dialéctica de la dependencia —en tanto corriente teórica— compartiría, con base en la tesis del estancamiento económico, la convicción acerca de la inviabilidad del desarrollo latinoamericano bajo condiciones de dependencia y la necesidad de llegar al socialismo por la vía de la lucha armada. Una conclusión que será impugnada por Marini.

De este diagnóstico los autores parten hacia la crítica de las tesis de la dialéctica de la dependencia, empezando por un tema clásico del estructuralismo: el intercambio.

a) Intercambio desigual

Con base en los postulados de Prebisch y Singer, los autores refutan el planteo del “intercambio desigual” de Marini. Así que primero ofrecen su interpretación sobre la “versión” cepalina del deterioro de los términos de intercambio y, en seguida, la contrastan con la de Marini.

“¿Qué desgracia —se preguntan— sufrió el análisis de Prebisch en los escritos de Ruy Mauro Marini?” En la respuesta que ofrecen los autores se encuentra, al mismo tiempo, una de las principales críticas hacia la dialéctica de la dependencia: la ausencia de un análisis en términos de lucha de clases. Conviene, por tanto, reproducir, en extenso, el siguiente párrafo:

Marini, en *buen marxismo*, trató de hacer la revolución copernicana: no se debe explicar la desigualdad por el comercio (por el mercado); es preciso detectarla en el sistema productivo. Entretanto, como vimos, Prebisch no la explicaba a nivel del mercado. No hacía derivar del comercio *en sí* la diferencia de precios relativos entre la industria y la agricultura, ni desconocía los avances relativos mayores del progreso técnico en la industria, aunque no menospreciara (como lo hace erróneamente Marini) el hecho de que el progreso técnico también en la agricultura y en la minería. Introducía en el seno de la explicación, sin embargo, un elemento que si Marini hubiese aprovechado bien los textos cepalinos habría por cierto utilizado: *la lucha de clases es el componente dinámico en la explicación del fenómeno.*¹¹⁴

¹¹³ *Ibidem*, p. 14.

¹¹⁴ *Ibid.*, pp. 19-20

En contraste con este razonamiento, Cardoso y Serra censuran a Marini haber confundido el intercambio desigual con la tendencia al deterioro de los términos de intercambio. Sus argumentos son los siguientes.

Las tesis equivocadas de Marini

En mi opinión, son al menos seis las críticas que Cardoso y Serra plantean a la argumentación de Marini acerca del “intercambio desigual” y sus consecuencias en la relación centro-periferia:

PRIMERA TESIS. *Las exportaciones latinoamericanas no operan, a un tiempo, en beneficio de la tasa de ganancia del capital en el centro —desarrollado— y en detrimento de la periferia:* “en cuanto a la tendencia doblemente contradictoria de los efectos de las exportaciones sobre la tasa de ganancia de los países industrializados, la inconsistencia del análisis es flagrante. [...] cuando Marini dice que las exportaciones latinoamericanas de alimentos, al abaratar el capital variable y elevar, por lo tanto la composición orgánica del capital, generan una tendencia hacia que la tasa decline, está afirmando justamente lo opuesto a lo que de hecho tendería a ocurrir, de acuerdo con la lógica más elemental del análisis económico basado en conceptos marxistas. La reducción en valor del capital variable, aun causando un aumento en la composición orgánica del capital, no hace sino elevar la tasa de ganancia, al provocar un fuerte aumento de la tasa de plusvalía.”¹¹⁵ En el fondo, lo que Cardoso y Serra refutan es una de las principales tesis identificadas con ciertos autores dependentistas: aquella que Marini recupera de Gunder Frank: “el desarrollo del subdesarrollo”.

SEGUNDA TESIS. *El aumento de la productividad en la producción de bienes manufacturados en el centro no supone merma para la tasa de ganancia en la periferia.*

Lo que Marini ignora u omite —a juicio de los autores— es que “la diferencia [de valores de los distintos productos del centro y la periferia], obtenida por los aumentos de productividad, se distribuye, de acuerdo con el avance de la lucha de clases, entre los trabajadores y los capitalistas de los países industrializados. Así, el centro se enriquece *relativamente*. Este proceso no afecta la tasa de ganancia en la periferia y no induce, consecuentemente, a cualquier *inevitabilidad económica* de la tendencia a la superexplotación.”¹¹⁶

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 23.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 24.

TERCERA TESIS. *El deterioro del índice de los términos de intercambio no supone pérdida en la tasa de ganancia en la periferia.* Es una de las principales críticas a Marini: haber malinterpretado a Prebisch acerca de los términos de intercambio. “Cuando el índice de los términos de intercambio —ejemplifican los autores— del país periférico B, se deteriora por causa del intercambio desigual, esto no significa, *ceteris paribus*, que la tasa de ganancia en B se reduce, o que B está transfiriendo ingresos hacia fuera. En rigor, la disminución de la tasa de ganancia o la transferencia de ingresos se dan a través del deterioro del índice de los términos del intercambio cuando y solamente cuando ésta *no es causada directamente por el intercambio desigual por sí mismo* sino por razones relativas, por ejemplo, a la oferta y a la demanda.”¹¹⁷ Para mayor claridad, añaden que “el intercambio desigual implica deterioro del índice de los términos del intercambio para un país determinado cuando y solamente cuando, *ceteris paribus*, el aumento de la productividad en la producción de sus artículos de exportación es transferido a los precios. Cuando el intercambio desigual se da por el aumento de la productividad en las actividades exportadoras en los países que con él comercian (sin transferencia a los precios), no hay, *ceteris paribus*, deterioro del índice de los términos de intercambio.”¹¹⁸ Todo se habría derivado de una confusión de Marini, quien “antes que nada confunde ingenuamente intercambio desigual con deterioro del índice de los términos de intercambio. [...] Intercambio desigual se refiere a las relaciones entre *productividad y precios*, así como a la evolución de esas relaciones. [...] El concepto de deterioro del índice de los términos de intercambio se refiere solamente a las variaciones de las relaciones de precios, sin considerar directamente la productividad.”¹¹⁹ Y es que para Marini —explican Cardoso y Serra— poco importa la oferta y la demanda en el intercambio desigual: “si bien la concurrencia —se lee en *Dialéctica de la dependencia*— desempeña un papel decisivo en la fijación de los precios, ella no explica por qué, del lado de la oferta, se verifica una expansión acelerada independientemente de que las relaciones de intercambio se estén deteriorando.”¹²⁰ En respuesta, Cardoso y Serra sostienen que “La oferta *puede* expandirse aunque el índice de los términos del intercambio se esté deteriorando y esté habiendo intercambio desigual, siempre que haya una elevación de la productividad que compense a nivel de los costos, la disminución de precios.”¹²¹

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 25.

¹¹⁸ *Ídem*.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 27.

¹²⁰ Marini, *Dialéctica...*, *op. cit.*, p. 30-31.

¹²¹ Serra y Cardoso, *ídem*.

CUARTA TESIS. *Como el incremento de la productividad en el centro no significa pérdida en la tasa de ganancia en la periferia, la superexplotación del trabajo, como mecanismo compensador de esas pérdidas, es insostenible.* “Todo el análisis de la ‘superexplotación necesaria’ está basada en un presupuesto gratuito: el de que hubo aumento en la producción exportadora en la periferia en condiciones necesarias de productividad decreciente (o estancada), hipótesis básica para la explicación de Marini sobre la tendencia a la intensificación o extensión de la jornada de trabajo, a salarios constantes. Esta suposición hace caer inadvertidamente al razonamiento de Marini en una trampa: le da un sabor ricardiano, pero engloba argumentos que el propio Ricardo rechazaría. En efecto, para Ricardo, la teoría sobre los rendimientos decrecientes de la tierra no conduce a una inevitable *baja* de salarios, puesto que éstos, para él, estarían regulados por las necesidades de subsistencia, lo que es una suposición razonable para ser adoptada cuando se está lidiando, como en nuestro caso, con modelos estilizados de economías primario-exportadoras con ‘oferta elástica de mano de obra’”.¹²²

QUINTA TESIS. *Incluso si la premisa anterior fuera cierta (el incremento de la productividad en el centro supone la pérdida de ganancias para la periferia), habría otros mecanismos para compensar “tales” pérdidas.* A Cardoso y Serra les cuesta trabajo “creer que para compensar la supuesta ‘transferencia de valor’, en vez de recurrir *exclusivamente* a la intensificación del trabajo, los capitalistas no hubiesen producido más mercancías utilizando el expediente que Celso Furtado mostró que era básico: simplemente, dada la abundancia de la oferta de tierras y de mano de obra ¿por qué no incorporar más tierras y más trabajadores (a salarios iguales, alrededor del nivel de subsistencia) para aumentar la producción?”¹²³ Para ambos, la opción más cercana y sencilla para que los capitalistas de la periferia compensaran las pérdidas por el intercambio desigual era el aumento de tierras y trabajadores.

SEXTA TESIS. *Omisión de un elemento central en las relaciones de dependencia: la lucha de clases.* “El reduccionismo economicista que hace reposar la imposibilidad de expansión capitalista de la periferia en límites estructurales del tipo de los señalados por Marini, además de ser, como vimos, falsos teóricamente, matan el nervio del análisis político, llevándolo a basarse en un catastrofismo que no se cumple.”¹²⁴ Como en otras obras, Cardoso sostiene el

¹²² *Ibidem*, pp. 25-26

¹²³ *Ibid.*, pp. 26-27.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 27.

argumento de que la lucha de clases y las contradicciones políticas, sociales y económicas derivadas de esa dinámica permiten explicar, en gran parte, la relación de dependencia entre el centro y la periferia. Así que para él, al no incluir esta variable, Marini aparece como un economicista que “reduce” o de plano “omite” el análisis político de la dependencia.

No acaban aquí las críticas de Cardoso y Serra. De lo “teórico” pasan a lo empírico: los datos que “sostienen” —las comillas son de los autores— las tesis de Marini son fragmentarios e incluso equívocos. Al abrir este flanco, Cardoso y Serra se proponen “liquidar” lo que —a su juicio— han dejado de la dialéctica de la dependencia. Así que empiezan por una pregunta elemental: “¿es cierto que América Latina exportó productos básicos?”

Consecuentes con su argumentación opuesta al “intercambio desigual”, para ambos, no es en las exportaciones de materias primas latinoamericanas donde se encuentra el *quid* de la dependencia, en virtud de que

América Latina podría tener una participación importante sólo en la exportación de carne (que difícilmente sería bien de consumo importante de los trabajadores ingleses) y de trigo. Peor aún para el argumento de Marini: la carne y el trigo eran exportados del Uruguay y de la Argentina, países que, junto con Australia y Nueva Zelanda, constituían las piezas fundamentales de la división internacional del trabajo entre Inglaterra y su periferia. Que nos conste, no fueron estos países los que se caracterizaron dentro de la periferia por tener burguesías agrarias más débiles y peores niveles de vida para los trabajadores. Por cierto, a pesar de eso, podría haber habido ‘transferencia de valor’ Pero, al creer en la teoría de la superexplotación habría que explicar porqué los demás países de la periferia que no exportaban productos básicos y no cargaban con el peso de la ‘transferencia de valor’ hacia el centro (porque no comerciaban esos productos), continuaron siendo, por mucho tiempo, los más pobres y sus obreros y trabajadores del campo mantuvieron sus salarios más bajos que los de los argentinos y uruguayos.¹²⁵

De ser así —como afirman estos críticos severos— no sólo la dialéctica de la dependencia resulta insostenible, sino que la tesis del subimperialismo en América Latina, también se viene abajo. A esta tarea dedican una parte significativa de su artículo.

b) Subimperialismo

En plena ofensiva, Cardoso y Serra ponen la mira en otra de las tesis fundamentales de Marini: el subimperialismo, que no sería más que otra expresión “reduccionista”, una “teoría” construida de “deducción en deducción”.

Luego de una debatible —al menos a decir de Ruy Mauro Marini— interpretación sobre el subimperialismo, los autores descargan sus críticas. *Once again*, para Cardoso y Serra, Marini habría sido víctima de sus propios errores: como la industrialización de Brasil

¹²⁵ *Ibid.*, p. 28.

puso en entredicho la tesis acerca de la inviabilidad del crecimiento económico en la periferia, la reacción de Marini habría sido —según los autores— explicar este proceso a través de la exportación de manufacturas y financiado con capital extranjero, lo cual sería parte de una nueva “etapa” del capitalismo periférico en el que se vuelve necesaria la participación creciente de las fuerzas armadas para sostener a las dictaduras militares, garantes del “nuevo tipo de desarrollo” denominado “capitalismo de estado” o “subimperialismo”.

A partir de este diagnóstico, los autores enuncian la forma “más rápida” de evidenciar la “fragilidad” de la “teoría del subimperialismo”, y que

consiste en comenzar recordando una relación macroeconómica simple, según la cual el Gasto Interno Bruto (GIB) de una economía depende en razón directa del Consumo Privado (C), de la Inversión (privada y de las empresas públicas) (I), del Gasto del Gobierno (consumo e inversión) (G) y del exceso de Exportaciones (X) de bienes y servicios sobre las Importaciones de bienes y servicios (M), (servicios que excluyen pagos por ‘servicios de factores’, como impuestos y ganancias). En términos *ex post*, GIB es siempre igual al Producto Interno Bruto (PIB), pero en términos *ex-ante*, puede variar de acuerdo con la variación de los componentes mencionados, afectando en consecuencia, el nivel del PIB. Según está implícito en el análisis del subimperialismo, a partir de mediados de los años sesenta se habría cristalizado en el Brasil la tendencia crónica a que el crecimiento del GIB se desacelerase como consecuencia de la desaceleración de C (lo que también repercutiría en I), comprometiendo así el crecimiento de las ganancias y del PIB. El régimen militar habría surgido precisamente como respuesta a la crisis provocada por ese problema debiendo entonces buscar la solución para el mismo vía gastos militares a través de las exportaciones.¹²⁶

Con datos, la dupla Cardoso/Serra intenta desvirtuar la premisa de Marini acerca del presupuesto militar: sostienen que durante el régimen castrense en Brasil el gasto militar no aumentó o fue apenas significativo. Según su información, si en 1959 el gasto total del sector público, como porcentaje del PIB, llegó a 21.1%, para 1970 se había incrementado poco más de un punto porcentual (22.4%) y tres años después, había crecido apenas una décima (22.5%). Peor aún para Marini, los autores explican que estos incrementos no provienen del gasto militar sino del aumento de transferencias a la previsión social, derivado del financiamiento para la construcción de viviendas, indemnizaciones, jubilaciones y pensiones.¹²⁷ Ello explica, para los autores, que contrario a lo que sostiene la tesis del subimperialismo —incremento de la demanda efectiva a través del gasto público—, el sector público actuó como factor de “absorción de la demanda efectiva.”

La misma suerte corre la afirmación de Marini acerca de la función de las exportaciones manufactureras en el proceso de industrialización de la economía brasileña: “el indicador más correcto para evaluar la hipótesis subimperialista no consiste, como parecen

¹²⁶ *Ibid.*, p. 36

¹²⁷ *Ibid.*, p. 36.

suponer sus formulistas, en un simple examen de la evolución del impacto de las ventas externas en el GIB. Lo que interesa considerar es, sobre todo, la diferencia entre exportaciones e importaciones (SBC), o sea, la magnitud del *export-surplus*. Solamente cuando éste fuera positivo estará contribuyendo positivamente al nivel del GIB y solamente cuando crezca estará incidiendo positivamente en el crecimiento del GIB.¹²⁸ Con base en los datos que presentan Cardoso y Serra, durante una década (de 1965-1975) la diferencia entre exportaciones e importaciones (la llamada SBC) en términos del gasto interno bruto (GIB) mostró una tendencia hacia la baja, que a partir de 1967 fue negativa. Por lo que —de nueva cuenta—, contrario a lo que plantea Marini —acerca de las manufacturas como factor de incremento de la demanda efectiva—, el SBC resultó lo opuesto: un factor “absorbedor” de la demanda.

Si no fueron —como sostenía Marini— las exportaciones de manufacturas ni el incremento del gasto militar, entonces ¿en qué se sostendría la industrialización brasileña, qué explicaría el crecimiento de esa demanda efectiva?: el consumo de las clases medias en pleno ascenso.

“La componente fundamental —coligen Cardoso y Serra— del crecimiento de la demanda (en términos *ex-post*) fue, en vez del *export surplus* o los gastos militares, el *consumo privado*, cuyo crecimiento, entre 1965-75 explicó casi dos tercios del aumento del GIB. Y esto se debió a factores del tipo elevación del ingreso de los grupos medios altos, financiamiento al consumo, crecimiento del empleo, etcétera.”¹²⁹ Como en otros momentos, esta aseveración de Cardoso revela una constante: la completa oposición entre Cardoso y Marini, quien —como ya lo mencioné—, en el caso particular, considera la clase media y su capacidad de consumo como una respuesta artificial del sistema capitalista para resolver algunas de las propias contradicciones que genera en la periferia, señaladamente el de los límites estructurales del consumo interno.¹³⁰

c) Superexplotación

Una crítica más. A la ya larga retahíla de objeciones hacia las tesis de Marini se agrega esta última, otra *vuelta de tuerca*, sobre la superexplotación del trabajo. Esta vez Cardoso y Serra dan algo de crédito a las premisas de Marini, dos en particular: a) aquella que sostiene que los bienes de consumo duradero (BCD) se convirtieron en el “eje dinámico” del crecimiento en las economías periféricas (señaladamente en Brasil) y b) la tesis acerca de la “disparidad

¹²⁸ *Ibid.*, p. 38.

¹²⁹ *Ibid.*, p. 41.

¹³⁰ Véase página 47 y siguientes de este capítulo.

atípica” entre las formas de consumo moderno que adoptan las sociedades periféricas y su ingreso medio.

El reconocimiento no es gratuito: Marini se habría inspirado en las tesis cepalinas para (re)formular estas premisas, pero en el camino de su argumentación las habría desvirtuado: “Las dos premisas estructural-cepalinas nos parecen correctas, pero el razonamiento que desarrolla y las conclusiones a que llega Marini a partir de ellas, constituyen el ejemplo típico de la inhabilidad para retener el carácter contradictorio de todo proceso económico-social y se basan en la correlativa propensión a llevar siempre al límite las tendencias que se manifiestan en determinadas fases del referido proceso, aprisionándolas, estáticamente, bajo la forma de supuestas leyes.”¹³¹ Al igual que ese famoso rey de Frigia, Midas, “favorecido” por Dionisos, para los autores parece que todo lo que Marini toca, lo descompone. Así que salvo esas dos premisas, el resto de la argumentación es impugnabile. Cardoso y Serra enumeran los “equivocos” de Marini:

1. Contrario a lo que supone Marini —apuntan sus implacables críticos—, más que la tasa de plusvalía al empresario le interesa la tasa de ganancia. “Y aunque no pudiera elevar su tasa de plusvalía, debido a que sus trabajadores no consumen sus productos [premisa que atribuyen a Marini], la industria podría elevar su tasa de ganancia, mediante el abaratamiento en valor del capital constante, o sea, la elevación de la productividad de la fuerza de trabajo empleada en su producción.”¹³² Por otro lado, para los autores, Marini parece soslayar o ignorar el “papel” del progreso técnico en la elevación de la producción y, en consecuencia, en la tasa de ganancia. De lo que se sigue, según Cardoso y Serra, que “aun si la hipótesis de que los trabajadores no consumen productos industriales fuese correcta, esta circunstancia no bloquearía necesariamente el desarrollo capitalista ni llevaría necesariamente a que la única ‘solución’ para el sistema consista en el aumento de la jornada de trabajo o en la reducción absoluta de salarios.”¹³³ De ser así, la superexplotación del trabajo no sería ni la única ni la más cercana posibilidad para la burguesía periférica.
2. Tras haber desvirtuado la “aberración teórica” en que incurrió Marini al suponer que los trabajadores no consumen bienes manufacturados, Cardoso y Serra se proponen demostrarlo con cifras: entre 1959 y 1970 en Brasil aumentó en un 75% la productividad de la fuerza de trabajo industrial; al mismo tiempo, el número de horas

¹³¹ Serra y Cardoso, *op. cit.*, pp. 42-43.

¹³² *Ibidem*, p. 45.

¹³³ *Idem*.

trabajadas a la semana aumentó 4.4%, lo cual —coligen— “podría” apenas explicar más “una pequeña parte del aumento de la tasa de explotación.” En otras palabras, estos datos “desmienten la idea que atribuye un papel crucial del aumento de la jornada de trabajo para explicar el crecimiento que hubo.”¹³⁴

3. ¿Qué consume la clase obrera? Productos manufacturados, así que, a decir de Cardoso y Serra, Marini se ha equivocado al “suponer que los productos industriales son irrelevantes en la canasta de consumo de la masa de trabajadores.”¹³⁵ Error que demuestran con algunas cifras: según un estudio sobre los trabajadores de la ciudad de San Pablo, alrededor de un tercio de su ingreso (32%) lo destinaban para comprar productos y servicios no alimenticios y de vivienda. Para los sectores con mayor capacidad de consumo (ingresos de entre 3.1 y 6.2 salarios mínimos) ese porcentaje se incrementaba al 37%.
4. Marini yerra —*once again*— cuando sostiene que en el sector de los bienes de consumo duradero (BCD) el aumento de la productividad a través de la técnica no se traduce en ganancias. Desacierta porque “aun admitiendo que los trabajadores prácticamente no consumen sus productos [los BDC], ese sector puede elevar la tasa de ganancia mediante la ‘devaluación’ de su capital, y aumentar la productividad mediante la mejora de la calidad o del uso más eficiente de su capital.”¹³⁶
5. Por último, rematan su crítica señalando la inconsistencia “lógica” de Marini al plantear que al comprimirse la capacidad de consumo de los trabajadores en la periferia, “se cierra cualquier posibilidad de estímulo a la inversión” en el sector de productos básicos. Para Cardoso y Serra no necesariamente tendría que suceder así, sobre todo porque las cifras “demuestran” que si bien el sector de productos básicos estuvo —en términos de crecimiento e inversión— por debajo del promedio del sector industrial, no obstante su crecimiento e inversión durante la década de los sesenta fue considerable, lo cual les permite colegir que no hubo “congelamiento tecnológico” ni “estancamiento de la productividad de la fuerza de trabajo”, por tanto, no habría tenido lugar la superexplotación del trabajo.¹³⁷

¹³⁴ *Ibid.*, p. 46.

¹³⁵ *Idem.*

¹³⁶ *Ibidem*, p. 46.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 48.

Nada o casi nada han dejado fuera de su crítica Cardoso y Serra. Si acaso, les falta responder una pregunta que resulta casi obligada, luego de tantos “equivocos y yerros” de Marini, y que ellos mismos formulan: “¿por qué tanto empeño en la crítica?”

A no querer, Cardoso y Serra dan —por fin— cierto crédito al trabajo teórico de Marini, aunque de inmediato corrigen: “tal vez nadie haya sido, en la línea de pensamiento de Marini, más ambicioso intelectualmente que él. Siendo así, mostró, mejor que nadie, que su análisis, de apariencia dialéctica, en realidad practica un impío reduccionismo económico que, al proyectar un cono de sombra sobre las alternativas históricas y las opciones políticas en cada coyuntura, instaura la primacía del *economicismo* y del *voluntarismo*.”¹³⁸ Si apuntaron su crítica hacia Marini no fue sino porque él representa una de las expresiones mejor logradas de un análisis equívoco sobre América Latina, cuyas implicaciones políticas (acerca de la revolución en el continente) parecen preocupar, sobremanera, a Cardoso y Serra.

3.2 MARINI: LAS RAZONES DEL NEODESARROLLISMO

Los adjetivos aumentan. El debate sube de tono. Las posiciones se polarizan. La respuesta de Ruy Mauro Marini no esconde la irritación que le produjo una crítica que considera deshonesto, injusta, equívoca y que, además, emboza un ataque político de parte de los “ideólogos del neodesarrollismo”: Cardoso y Serra.¹³⁹ Al referirse a “Las desventuras de la dialéctica”, Marini suelta, con todas sus letras, que “es, sin duda, la cosa más estúpida que se había escrito en contra mía, lo que me obligó —haciendo a un lado cierta indiferencia que siempre sentí por mis escritos— a hacer una réplica en forma.”¹⁴⁰

Con todo y los adjetivos, “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)”, no deja de ser un documento interesante y fértil en el que Marini profundiza sus tesis, advierte sobre errores de interpretación y, al mismo tiempo, plantea una crítica sobre algunas ideas de Cardoso. Pero, sobretudo, esta respuesta de Marini nos permite observar —de forma diáfana— las diferencias teóricas y políticas ente ambos pensamientos.

Marini empieza con adjetivos su respuesta: “En su conjunto —advierte sobre la crítica Cardoso y Serra—, constituye un texto desaliñado y truculento, que deforma casi siempre mis planteamientos para poder criticarlos, manipula los que utiliza (o no utiliza) y que brilla por la

¹³⁸ Véase “Un casi epílogo”, *ibid.*, p. 51.

¹³⁹ En su *Memoria*, Marini refiere que el texto de Cardoso y Serra tenía dos motivaciones: “la primera era el antiguo desentendimiento con la posición de Cardoso, que él expusiera en diversos trabajos, y que yo respondiera parcialmente en el posfacio de *Dialéctica de la dependencia* y en el prefacio de 1974 a *Subdesarrollo y revolución*. La segunda era la clara preocupación de los autores con la amnistía política que se aproximara y que podría abrirme espacio en Brasil.” Marini, *Memoria, op. cit.*, p. 52.

¹⁴⁰ *Ibidem*.

falta de rigor, la torpeza e incluso el descuido en el manejo de hechos y conceptos. El lector lo entenderá mejor si toma en cuenta que va dirigido fundamentalmente a la joven generación brasileña, que conoce poco o casi nada de lo que he escrito. Esto es lo que lleva a los autores no sólo a ‘exponer’ mi pensamiento, sino también a permitirse adaptarlo libremente a los fines que se han propuesto.”¹⁴¹ Como dije, tras los epítetos —esparcidos a lo largo del texto—, aparecen los argumentos, explicaciones y, también, algunas acusaciones hacia sus críticos.

Una a una, Marini se propone responder a todas las objeciones que Cardoso y Serra le plantean y para ello se ciñe al orden establecido en el texto de sus críticos, aunque ello implica que por momentos parezca repetitivo en sus argumentos.

Como sea, Marini empieza con el pie derecho: refutando la afirmación de sus críticos acerca de su adscripción a las tesis del “estacionismo” económico, que afirmaba la “inevitabilidad” del estancamiento en la región. Para demostrarlo, Marini ofrece dos pruebas:

- 1) la confusión de sus críticos respecto a crisis y estancamiento: “para un marxista, la crisis corresponde a saltos del capitalismo hacia su destrucción, pero no se confunde con el estancamiento; todo lo contrario, resultan de la acumulación capitalista misma, es decir, del *desarrollo capitalista*”;¹⁴² y, más grave aún,

- 2) la manipulación malintencionada de sus textos a manos de Cardoso y Serra, que será una constante en la defensa que Marini adopta (para ello reproduce el fragmento citado por sus críticos y le opone un fragmento mayor en el que cambia el sentido de las ideas expuestas.)

Marini gana su primera batalla, relativamente fácil. Por donde se le vea, resulta desafortunado colocar a Marini dentro de los teóricos “estacionistas” —por decir aquellos que sostenían el estancamiento de la economía brasileña. No como árbitro sino como una opinión, conviene reproducir las palabras de un viejo conocido, Theotônio Dos Santos: “Ruy Mauro Marini tampoco puede incluirse en esta visión estancacionista, pues sus tesis de 1967 sobre el subimperialismo brasileño partían de la idea del surgimiento del capital financiero (unión del capital bancario e industrial) en Brasil y en su fortalecimiento a través del golpe militar. Estas mostraban exactamente el papel del Estado brasileño como creador del mercado interno como sustitución de las reformas estructurales que el golpe militar inviabilizó.”¹⁴³

¹⁴¹ Ruy Mauro Marini, “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, op. cit., p. 58.

¹⁴² *Ibidem*.

¹⁴³ Dos Santos, *La teoría de la dependencia...*, op. cit., pp. 114-115.

Antes de entrar al debate sobre sus propias tesis, Marini hace otra parada para señalar un segundo equívoco de sus críticos: asociar la tesis del estancamiento con la “ideología socialista” de los sesenta, que habría provocado una crisis en el pensamiento latinoamericano. La intención, de fondo, de esta “ligazón” —colige Ruy Mauro— habría sido escamotear el “verdadero carácter” de esa crisis: que no era otra que la del pensamiento desarrollista (sostenido en algunas de las tesis de la CEPAL) y del *reformismo político*, que poco o nada tenía que ver con la ideología socialista y que en esa medida resulta injustificado la “ligazón”; aún más, con el “pensamiento latinoamericano”, como si lo hubiera alcanzado en su totalidad.

Luego de este primer intercambio de críticas, Marini pasa a la defensa de sus tesis principales.

a) Intercambio y superexplotación: críticas y precisiones

Irreconciliables, las posiciones sobre este punto son bastante claras: Cardoso y Serra refutan la idea del intercambio desigual, en los términos planteados por Marini, y, en consecuencia, se oponen también a que ese intercambio conduce, en el capitalismo periférico, a la superexplotación del trabajo como un mecanismo para compensar las pérdidas derivadas del intercambio desigual.

La discusión se torna algo especializada, al menos para los legos. Las fórmulas matemáticas empleadas por Cardoso y Serra son respondidas por Marini con conceptos y axiomas económicos. Se discute sobre la tasa de plusvalía y su relación con las fluctuaciones del capital variable y constante, específicamente su comportamiento en el intercambio comercial entre América Latina y Europa. Como se recordará, Cardoso y Serra sostienen que las exportaciones latinoamericanas no benefician la tasa de capital de los países centrales y tampoco operan en detrimento de las economías periféricas. Pero Marini insiste: asegura que la inserción de América Latina en la economía mundial explica que la producción latinoamericana “se realiza en función de la revolución industrial europea y *coadyuva* (no determina de manera exclusiva) la baja del capital variable, necesaria para la elevación de la productividad, sobre la base del *aumento del capital constante*, no presione hacia abajo la cuota de ganancia. Como indiqué en el texto, esto corresponde a la inserción dinámica de América Latina en la división mundial del trabajo, impuesta por la gran industria, que permitió a los países avanzados concentrarse en la producción manufacturera, desatendiendo a la producción agrícola, y que se llevará enseguida a la especialización de la periferia también

en la producción de materias primas industriales.”¹⁴⁴ Pero no sólo es la interpretación errónea de sus textos, sino la deformación dolosa que emprenden sus críticos: “En la distorsión de mis planteamientos, las *Desventuras* no utilizan sólo el método de la inversión, sino también el de la adición.”¹⁴⁵ Enseguida documenta que Cardoso y Serra citan fragmentos que le atribuyen y que no se encuentran en sus textos, una queja que se repetirá a lo largo del artículo.

Para rematar su defensa sobre el intercambio desigual, otra vuelta de tuerca, Marini persevera en su tesis: “Lo único que sostengo es que, en condiciones de intercambio marcadas por una neta superioridad tecnológica de los países avanzados, las economías que, permitiendo el aumento de la masa de valor y plusvalía realizada, así como de su cuota, contrarrestara al menos parcialmente las pérdidas de plusvalía a que tenían que sujetarse, ese mecanismo fue la superexplotación del trabajo.”¹⁴⁶ Lo cual explicaría, según nuestro autor, el auge de la economía de exportación en América Latina, aún en condiciones de intercambio desigual.

La crítica de Cardoso y Serra no se cristaliza, a decir de Marini, debido a que ninguno de ellos conoce bien el terreno sobre el que lidian esta batalla teórica: el marxismo.

El no contar con conocimientos elementales [se refiere, por ejemplo, al “descubrimiento triunfal” de sus críticos de que “el valor no es lo mismo que el precio”] lleva a los autores de las *Desventuras* a afirmaciones sorprendentes. Es así como, al discutir el efecto de las variaciones de precios en la cuota de ganancia de países con distinto grado de desarrollo, sostienen que, al aumentar los precios de los productos de los países de mayor desarrollo, dicha cuota no tendría por qué reducirse en el país de desarrollo inferior, pues ‘la importación de productos manufacturados continuaría realizándose por *el mismo precio* por unidad de producto industrializado. Lo que ocurre de hecho no es el encarecimiento absoluto de los productos industriales, sino la mantención [*sic*] de su precio de venta, pese a la reducción de su valor unitario’. Como vemos, mis ‘críticos’ —continúa Marini— suponen que los movimientos *de precios no implican movimiento de valor*; de tal manera que, la mantenerse el precio de mercado *por encima del valor*, esto no implicaría una transferencia de valor por parte de aquel que lo adquiera, dando en cambio una mercancía cuyo precio se mantuviera a la par con su valor. Llegamos, pues, a un punto en que no sólo los intercambios no son ‘bien iguales’, sino que son *absolutamente diferentes!*

Aunque larga, la cita se muestra sustanciosa en la medida en que 1) evidencia una constante en la defensa de Marini, una veta que explotará repetidamente: la apelación al marxismo para corregir a sus críticos; 2) las notables diferencias en la interpretación económica acerca de un —aparente— mismo proceso: el intercambio comercial entre América Latina y algunas naciones desarrolladas de Europa; y, quizás de menor monta, 3) el tono ríspido —expresado en descalificaciones— que acompaña la argumentación en ambos lados.

¹⁴⁴ Marini, “Las razones...”, *op. cit.*, p. 63.

¹⁴⁵ *Ibidem*, p. 63.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 63.

b) Lucha de clases

Una vez descalificadas, por ignoras, las críticas a sus tesis del intercambio desigual y la superexplotación, Marini pasa a la ofensiva para cerrar este apartado: criticar el enfoque desde donde interpretan la situación de América Latina y, al mismo tiempo, responder a una de las críticas que no sólo Cardoso y Serra —en otros críticos aparece la misma observación—¹⁴⁷ le formulan acerca de la omisión en su análisis de una variable mayor: la lucha de clases.

Parece, pero no es una crítica marxista. Según Marini, la objeción sobre la ausencia de la lucha de clases en su análisis proviene, más bien, del “sociologismo” de Cardoso, ya planteado ampliamente en *Desarrollo y dependencia en América Latina*.

Marini se sabe y se siente —y así se percibe en el texto— en terreno conocido: el marxismo. Parece haber dado con un flanco vulnerable de sus críticos. En su *Memoria* lo recuerda con toda claridad: “pretendiendo situarse en el terreno del marxismo, el ataque no logra ir más allá del instrumental teórico ricardiano (autor que Serra seguramente estudiara en su curso de doctorado recién concluido), confundiendo por tanto valor de uso y valor, así como ganancia y plusvalía; a la vez que —preocupados en combatir tesis inerciales que yo, supuestamente, había defendido— incurre en una grotesca apología del capitalismo periférico.”¹⁴⁸

Así que Marini emprende la ofensiva:

cualquier marxista sabe, con Marx y Engels, que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases y, con Lenin, que la lucha de clases es el único terreno en que un marxista se mueve con firmeza. Sin embargo, esto no quiere decir que la lucha de clases se explique *por sí misma* o, si se quiere, que sea el *deus ex machina* que permite explicarlo todo. Más bien, para un marxista, la tarea reside siempre, en el plano del análisis abstracto como en el del concreto, en conocer qué es lo que explica la lucha de clases y esto remite, necesariamente, al examen de las condiciones materiales en que ella se da. [...] La lucha de clases *no es* un proceso que *actúa* en un *marco estructural*: la lucha de clases es la *síntesis* de las condiciones en que los hombres hacen su existencia y se encuentra, por esto mismo, regida por leyes que determinan su desarrollo.¹⁴⁹

Como se puede ver, que Marini conozca el terreno que pisa no lo libra de plantear tesis polémicas y debatibles, como la que supone la existencia de leyes que gobiernan la lucha de clases y, en general, la historia. Es a partir de esta hipótesis que Marini afirma que todo aquel

¹⁴⁷ Por ejemplo, en su crítica, Castañeda y Hett son particularmente insistentes en este punto: “La lucha de clases, meollo del marxismo, está singularmente ausente de los análisis de Marini. Su presencia intermitente se manifiesta sólo en comentarios sobre la magnitud de ejército de reserva que, aunque siendo un factor de lucha de clases, no es ni su factor constitutivo ni su factor determinante.” Jorge Castañeda y Enrique Hett, *El economismo...*, *op. cit.*, p. 56.

¹⁴⁸ Marini, *Memoria*, *ibidem*.

¹⁴⁹ Marini, “Las razones...”, *op. cit.*, p. 68.

análisis que se pretenda marxista —como el suyo— “está siempre informado por la lucha de clases y remite necesariamente a ella”; por tanto, sigue nuestro autor, las acusaciones en su contra —respecto a la omisión de esta variable central del análisis marxista— son infundadas y, por el contrario, tratan de *echar tierra* sobre la filiación ideológico-política de quienes lo critican.

La argumentación es la siguiente: Marini sostiene que es en la lucha de clases en donde se expresan las relaciones sociales —por más ajenas que parezcan—; de allí que la crítica y las tesis de Cardoso y Serra no sean sino expresión de esa lucha de clases, que evidencian el lugar desde donde articulan esta crítica. A partir de esta premisa es que Marini reprocha a sus críticos: “un marxista no se contenta con decir [como ellos] que ‘los aumentos de productividad en la producción de M (máquinas textiles, por ejemplo) son rápidos y n se traducen en reducción proporcional significativa del precio unitario de M’, mientras que los aumentos de productividad son más lentos y tienden a reflejarse en reducciones proporcionales de los precios.’ [...] un marxista toma la relación entre *trabajo vivo* y *trabajo muerto* y la aplica a la producción de materias primas y alimentos, así como a la producción manufacturera, y constata que, en la primera, *prima el trabajo vivo*, la acción directa del hombre sobre la naturaleza, mientras que en la segunda se amplía la parte que cabe al trabajo muerto (materias primas e instrumentos de trabajo).”¹⁵⁰

En un solo movimiento, Marini parece haber reivindicado su rigor marxista y, al mismo tiempo, evidenciado el “compromiso de clase” de sus críticos. Para no dejar duda, nuestro autor remata con estas palabras el apartado:

Los autores de las *Desventuras* se darán cuenta, ahora, que hacer reverencias a la lucha de clases no es la panacea para los problemas del conocimiento (menos aún cuando ésta es olvidada en la primera ocasión que se presenta, a favor de proposiciones tautológicas que la excluyen) y que las cuestiones que los preocupan en este apartado se rigen por *leyes económicas objetivas*, que la CEPAL nunca fue capaz de formular. El enfoque sociologista, por atractivo que parezca, no nos permitirá jamás saber *porqué* la clase obrera de los países capitalistas avanzados ha podido librar su lucha de clase con mejores resultados que la de las economías capitalistas dependientes. Para entenderlo, hay que tomar en cuenta ‘la presión sorda de las condiciones económicas’, como diría Marx.¹⁵¹

c) Brasil: subimperialismo y superexplotación

De lo teórico, Marini pasa a la refutación de las críticas —planteadas por Cardoso y Serra— a su análisis empírico sobre la economía brasileña. Continúa el debate sobre la superexplotación y el subimperialismo pero se concreta al caso brasileño.

¹⁵⁰ *Ibidem*, pp. 6970.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 71.

Como en otras partes de su defensa, Marini denuncia la “deshonestidad” y “falta de rigor” de sus críticos al “mutilar o alterar” sus textos. Tras citar una cantidad considerable de imprecisiones y alteraciones que Cardoso-Serra llevan a cabo cuando refieren fragmentos de *Dialéctica de la dependencia*, Ruy Mauro Marini encara la crítica de fondo que le formulan: su interpretación equívoca, basada en las tesis de la superexplotación y el subimperialismo, de la industrialización brasileña y su caracterización de la economía durante la dictadura.

Posiciones irreconciliables, se trata, colige nuestro autor, de un error de sus críticos en el planteamiento: “su preocupación es la demanda interna, la mía es la demanda global que exige producción capitalista brasileña. Adicionalmente, la suposición de que yo afirmo que los trabajadores no participan del mercado interno es una caricatura... [...] Lo que sostengo es, simplemente, que la superexplotación, al restringir el consumo popular, no lo convierte en el factor dinámico de realización y lleva a que las ramas orientadas al consumo popular ‘tiendan al estancamiento e incluso a la regresión’ o se expandan con base en el mercado mundial.” En otras palabras, las del propio autor, “*el capitalismo dependiente, basado en la superexplotación del trabajo, divorcia el aparato productivo de las necesidades de consumo de las masas*, agravando así una tendencia general del modo de producción capitalista; ello se expresa, a nivel de la diversificación del aparato productivo, en el crecimiento monstruoso de la producción suntuaria, respecto al sector de producción de los bienes necesarios, y, por ende, en la distorsión equivalente que registra el sector de producción de bienes de capital.”¹⁵²

A las pruebas... Se abre, así, un nuevo capítulo de esta querrela: la confrontación de guarismos, el manejo de la evidencia empírica sobre las mismas ramas y sectores económicos, pero con muy diferentes resultados.

Empieza el duelo de cifras, tendencias, interpretaciones y descalificaciones. Un botón de muestra: “Lo primero que llama la atención, en el razonamiento de las *Desventuras*, no es ya tanto su falta de rigor, como su torpeza o mala fe. Así, analizando los gastos generales del gobierno como porcentaje del PIB, por principales rubros, sostienen que el incremento de 1.4% del total, observado entre 1959 y 1973, podría ‘probablemente haberse dado antes de 1964’, para, enseguida, decir que ese incremento ‘se explicó primordialmente por la elevación de los gastos de transferencias... cuyo destino principal fue el financiamiento de la construcción de viviendas’; de este modo, un incremento que ‘puede’ haberse dado *antes de*

¹⁵² *Ibid.*, pp. 73 y 74.

1964 es achacado a un instrumento *creado en 1967...*¹⁵³ En adelante, este será el tono que defina la discusión.

Con base en cifras de periodos más amplios, utilizando estadísticas de otros sectores, comparando y precisando datos, ordenándolos de otra forma, Marini intenta demostrar, siguiendo su tesis acerca de la caída del consumo interno y la insuficiencia en la demanda del consumo suntuario —derivado del “divorcio” entre el “aparato productivo y las necesidades de las masas”— que reclama una mayor participación del Estado en la demanda, los siguientes hechos que caracterizan la economía brasileña:

1. *La participación del Estado brasileño como factor de realización de mercancías*, lo que demuestra mediante cifras del gasto total del sector público que, contrario a lo que sostienen Cardoso y Serra, tuvo un impacto determinante en la economía nacional, pues —tomando como referencia 1969— significó 50% del PIB; por lo demás, ese mismo año el sector público —documenta Marini— representó el 61% de la inversión fija nacional;
2. *La importancia de las empresas estatales en la participación del Estado*, hecho que, según Marini, sus críticos necesitan “escamotear” para negar, así, la tesis anterior sobre el papel del Estado como promotor de la demanda (hipótesis que defiende Marini); para ello aporta un dato que parece contundente: de las 25 empresas más grandes en Brasil (en 1971), 17 pertenecían al Estado y concentraban el 82% de los activos del total. Hay más, en ese entonces, “el Estado detentaba, respecto al valor de los activos de la rama, el 72% en la industria siderúrgica, el 60% en la minería de hierro, el 81% de en la explotación, refino y distribución de petróleo...”¹⁵⁴
3. *El incremento del gasto militar, como parte de la tendencia al aumento del gasto público total*, una afirmación que Cardoso y Serra critican pero que, según Marini, no refutan con pruebas. Para demostrar su afirmación, señala que una de las características de un “régimen tecnocrático-militar”, como el que gobierna Brasil, es la propensión hacia un incremento de los gastos militares: hacia 1963 estos gastos, como porcentaje del presupuesto público total, registraron un aumento de 15.2%, en 1965 ese porcentaje se incrementó a 25%.

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 76.

Sin abandonar el terreno de las cifras, Marini enfrenta el planteamiento de Cardoso y Serra sobre el papel de las exportaciones en la economía brasileña. De acuerdo con el esquema propuesto en *Dialéctica de la dependencia*, las exportaciones latinoamericanas aseguran —merced el intercambio desigual— la reproducción de la dependencia en la medida en que responden a la demanda global de mercancías.

Para refutar, empíricamente, esta tesis, sus críticos analizan la participación de las exportaciones manufactureras en la economía, la cual consideran “insignificante porque [las manufacturas] explicaron tan sólo un tercio del crecimiento de las exportaciones totales, las cuales, como dijimos antes, explicaron a su vez, solamente un octavo del GIB.”¹⁵⁵ Marini censura esta interpretación: “el hecho de que dichas exportaciones hayan pasado del 7% del valor exportador en 1964 al 34% en 1976, aumentando a tasas anuales que llegan a veces al 60%, no les preocupa en lo más mínimo.”¹⁵⁶ Diferentes interpretaciones sobre los mismos hechos. *Datos duros* que sostienen lecturas encontradas. Los números que parecen no tener la última palabra en esta discusión, y menos en ésta, en donde la aceptación de algunas interpretaciones supone, a su vez, la de todo el planteamiento.

d) Empleo

Toca el turno a otras de las bases empíricas que sostienen la tesis de la superexplotación: el empleo. Para ambas posiciones teóricas, el empleo es una variable central. Vale recordar que para Cardoso y Serra, contrario a lo que sostiene Marini, fue el consumo privado lo que sostuvo el gasto interno bruto,¹⁵⁷ ello implicó, en principio, una fuerte base de consumidores —clases medias— que sostuvieran esa demanda; lo cual supuso, también, mantener —o incluso hacer crecer— el nivel de empleo y elevar su remuneración, lo que habría permitido mantener la capacidad de consumo de esas clases medias.

En sentido contrario, Marini asegura que la creación de esas clases medias es artificial y que el desempleo y el deterioro del salario se agravaron incluso durante los años del *milagro económico*. Eso es lo que se discute con ideas y cifras, con adjetivos y estimaciones. Esta vez, Ruy Mauro empieza por reconocer la dificultad de estimar con precisión la tasa de desempleo (problemas que, por lo demás, siguen vigentes). Sin embargo, a partir de distintas fuentes,

¹⁵⁵ Cardoso y Serra, “Las desventajas...”, *op. cit.*, p. 39.

¹⁵⁶ Marini, “Las razones...”, *op. cit.*, p. 82.

¹⁵⁷ Cardoso y Serra, *ibidem*, p. 41.

sostiene que, en términos relativos y absolutos, el desempleo en Brasil es superior a lo que reconocen las estadísticas oficiales sobre desempleo abierto.¹⁵⁸

Además de la falta de empleo, Marini refiere el deterioro de las condiciones de éste, señaladamente en la disminución de los salarios, una política apoyada por la dictadura militar. De su análisis, concluye que “en el marco de la carrera inflacionaria hincada en 1959, los salarios salieron perdedores, pese a la fuerte resistencia obrera; a partir de 1965, la contención salarial es impuesta por el Estado, expresando, a nivel de la política económica, la tendencia profunda de la economía.”¹⁵⁹ Esta tendencia se evidencia de diferentes formas:

- a) *el aumento de la brecha entre el salario de los trabajadores y el valor de la fuerza de trabajo*: por ejemplo “si tomamos las horas de trabajo que el obrero debe rendir para adquirir sus medios de vida: datos del DIEISE [Departamento Intersindical de Estadística y Estudios Socioeconómicos], revelan que, sólo para la adquisición de la dieta mínima que estableció la legislación, y tomando como base el salario mínimo de São Paulo (el más alto del país), el obrero rinde hoy al capital casi el doble del trabajo de 1959: en diciembre de ese año, el costo de esa dieta representaba 78:17 horas de trabajo semanal; en diciembre de 1965, 87:20 horas; en diciembre de 1970, 103:19 horas y, en marzo de 1978, 147:14 horas.”¹⁶⁰
- b) *la desigualdad salarial entre hombres, mujeres y niños*, de acuerdo con datos de la Universidad de São Paulo, Marini refiere que las mujeres reciben 57% menos en salario que los hombres, por el mismo trabajo, en todas las ramas de la industria paulista. Lo mismo sucede con el trabajo infantil: “pese al criterio de igualdad que la preside, la ley ha establecido un mecanismo de escape: si se trata de un aprendiz, la empresa sólo le paga 50% del salario mínimo en el primer año y, en el segundo y último, el 66%. Los abusos a que esto ha dado lugar son clamorosos. No contento con ello, el gobierno militar de Castelo Branco decidió reducir legalmente a 50% del salario mínimo la remuneración de los menores de 18 años.”¹⁶¹
- c) *la prolongación e intensificación de la jornada de trabajo*, por ejemplo en el sector metalúrgico, en el que los obreros trabajan más de 12 horas diarias, lo que significa un aumento hasta de 40% más de trabajo y no de 4.4% como estimaban Cardoso y Serra;

¹⁵⁸ Marini se basa tanto en las fuentes consultadas por sus críticos, como en censos industriales y anuarios estadísticos publicados por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística. Véase Marini, *op. cit.*, pp. 85-86.

¹⁵⁹ *Ibidem*, p. 90.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pp. 90-91.

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 93.

por lo demás, esta intensificación se ha expresado, también, en el aumento en lo que Marx llamó “los partes de guerra del ejército industrial”, los accidentes de trabajo: que en cinco años pasaron de 1.2 millones a 2 millones de casos.

Epílogo: los ideólogos del neodesarrollismo

Termina como empezó: con argumentos y adjetivos, con razones y diatribas. Para concluir su defensa, Marini emprende una última ofensiva, ya no teórica sino política, es decir, desde el campo de batalla de donde provino, también, la crítica de Fernando Henrique Cardoso y José Serra.

Ya lo había señalado, pero esta vez la observación cobra estatuto de recriminación: Cardoso y Serra son los “nuevos ideólogos de una burguesía insaciable y rapaz”. Lo escribe —lo increpa— con todas sus letras. Y va más lejos aún: las críticas que le plantean tienen un sustento político más que teórico, y se insertan en el proceso de lucha ideológica que se vive en Brasil y, en general, en toda América Latina.

De allí que algunas de las objeciones teóricas que le formulan no sean sino una estrategia política de descalificación. Un botón de muestra: según Marini, la acusación acerca del economicismo de sus tesis no hace sino tratar de separar la economía y la política lo cual, desde una perspectiva marxista, es imposible: “la política —recuerda con Lenin— es la expresión concentrada de la economía”. Ello explica por qué Marini rechaza por completo la aseveración de Cardoso y Serra acerca de la “autonomía” de la política, que se explicaría por las acciones de las fuerzas que allí intervienen.

A decir de Marini, en su acometida contra la *Dialéctica de la dependencia* y a falta de sustento teórico que emboce su ofensiva política, Cardoso y Serra recurren —a decir de Marini— a una hipótesis que evidencia su filiación ideológica y, a un tiempo, su militancia política:

todo el esfuerzo de las *Desventuras* se encausa en el sentido de borrar las diferencias entre el capitalismo de los países avanzados y el capitalismo dependiente, asimilándolos a un solo proceso: el desarrollo capitalista en la periferia y en el centro. [...] La utilización misma del aparato conceptual ‘centro-periferia’, en reemplazo del que corresponde a la dependencia, indica un regreso al redil de la CEPAL y a las ilusiones desarrollistas con que ésta revistió la primera emergencia de la burguesía industrial, en la post-guerra, ilusiones que, como señalamos, la vida misma destruyó. Pero hoy, los nuevos ideólogos de la burguesía están obligados a retomar esa tradición y a intentar dar claridad en un desarrollo capitalista brasileño al estilo norteamericano o europeo. En suma, nos encontramos ante un neodesarrollismo, todavía vergonzante, pero que tardará en ir perdiendo sus inhibiciones.

Marini ha dado —al menos eso cree— con las motivaciones de fondo de sus críticos. Sin embargo, ha ocupado medio centenar de páginas en responder a las críticas que le plantearon Cardoso y Serra. Parece demasiado para una ofensiva puramente política.

Por donde se vea, Fernando Henrique Cardoso y José Serra —ideólogos o no de la burguesía— interpelan teóricamente las tesis de Ruy Mauro Marini. El debate no sólo es político, también es intelectual y, pese a lo que consideran sus protagonistas, deja algunos hilos sueltos: la discusión acerca de la revolución, la democracia, el socialismo..., materia prima para el capítulo final de esta investigación.

4. PAISAJE DESPUÉS DE LA BATALLA

No empezó ni terminó en las páginas de la *Revista Mexicanas de Sociología*: ese debate no es más que una extensión o un capítulo más de larga discusión que ambos teóricos sostenían desde hacía algunos años y que se prolongó durante la década de los ochenta, aunque ya no de forma directa, y que escaló hacia otros temas.

Rijoso y febril, el intercambio no fue sólo de ideas y tesis, se debatieron, también, posiciones y acciones políticas frente al capital internacional, los regímenes militares, las burguesías nacionales, los movimientos revolucionarios, la coyuntura internacional...

Sería tan ocioso como arbitrario interpretar este debate como una especie de duelo en el que sólo puede haber un ganador. ¿En qué terreno: político, teórico, ideológico? ¿Bajo qué circunstancias? ¿Qué significaría una victoria cuando ello se puede traducir en el empobrecimiento de millones de personas o en violencia política?

Sin hacer a un lado las responsabilidades históricas y políticas, este debate, por principio, permite constatar la necesidad de pensar el desarrollo de América Latina desde distintas perspectivas y enfoques, para después confrontarlas en diferentes terrenos.

Más que las tesis de dos teóricos influyentes, el debate entre Cardoso y Marini — como plantea la hipótesis que ha conducido esta investigación— expresó la contienda entre dos formas muy distintas de concebir el desarrollo económico y político de América Latina, de interpretar su historia, de analizar la coyuntura en la que estaba inscrita, de conjeturar respuestas, de tomar partido, de apostar por acciones políticas y sociales...

Aunque Cardoso y Marini piensan en los mismos temas, los piensan de forma muy distinta. De principio a fin, es evidente la imposibilidad de síntesis: mientras que Cardoso concibe el desarrollo económico como la acumulación de capital, la expansión del sector productivo y financiero, la internacionalización del mercado..., aún bajo condiciones de dependencia; para Marini ese desarrollo con dependencia no es sino subdesarrollo.

Se trata de una diferencia mayor que define el resto del planteamiento: si el desarrollo es lo que señala Cardoso y no guarda relación con la distribución del ingreso, con el desempleo, la marginación, la desigualdad, con las condiciones y calidad de vida..., entonces es viable en América Latina y todo eso que falta en el desarrollo no es cuestión sino de “política”—esto es, en términos de Cardoso, que esa lucha entre diferentes intereses y grupos sociales, la correlación de fuerzas, cambiara favorablemente hacia los movimientos populares— y de promover, institucional y gradualmente, reformas.

De no ser así, como lo supone Ruy Mauro Marini, si el *desarrollo dependiente y asociado* no es sino crecimiento económico que afirma la dependencia (a través, por ejemplo, de la intensificación de la explotación del trabajo), entonces había que trastocar, de alguna forma, esas estructuras, y una de esas formas, acaso la única para algunos, era la revolución.

Diferencia teórica de la que se derivan serias consecuencias políticas, de allí la animosidad con la que se discute, se refuta, se critica, se acusa... Se trataba, en todo caso, de incidir en la suerte que podría correr la región y sus millones de habitantes, de las posibilidades de remover las relaciones de dependencia, de subvertir los supuestos de una idea de desarrollo que poco o nada beneficiaba a la periferia, de pensar y transformar la realidad..., quizás por ello, para Cardoso y Marini todos los detalles importan, todo está a discusión: las tesis, las interpretaciones históricas, los enfoques, las estadísticas, las fuentes...; incluso aquello que no se puede leer pero que está en los textos: los compromisos políticos, las filiaciones ideológicas, la formación profesional...

Como sea y más allá de los adjetivos, este debate me ha permitido, por un lado, constatar algunas intuiciones primeras y, por el otro, generar otras hipótesis:

1. Cardoso no deja de ser el mismo, desde sus primeros textos, publicados a principios de los sesenta, y hasta llegar a los que aparecen a finales de los setenta, se mantiene fiel a sus tesis: *a)* la viabilidad del desarrollo económico bajo condiciones de dependencia, *b)* el reformismo como el camino más corto hacia el desarrollo político y económico en América Latina, *c)* la casi obligada, por falta de alternativas, *integración* completa —por decir subordinación— de las economías latinoamericanas al sistema capitalista global, *d)* la democratización acotada y paulatina del régimen político como correlato de la nueva forma de dependencia, que supone la reorganización político-administrativa del Estado.
2. Con sus tesis, Cardoso parece anticipar —o *abrir la puerta*— a lo que vendría al poco tiempo: el embate del libre mercado, la puesta en marcha de las llamadas “reformas estructurales” en América Latina, el desmantelamiento del Estado, la privatización de los

servicios públicos, la precarización del empleo, la pauperización social... Según lo veo, las tesis de Cardoso permiten arriesgar la hipótesis de que *en este debate dependentista se encuentra una simiente neoliberal*: lo que Fernando Henrique Cardoso define como *desarrollo dependiente y asociado* no es sino una descripción —acaso un eufemismo— del modelo que, a sangre y fuego, se impuso en América Latina durante los ochenta. Para decirlo pronto: Cardoso y sus seguidores comparten el muy cuestionable honor de haber introducido, desde adentro, parte del programa neoliberal; incluso, de legitimar el ascenso al poder de “una nueva camada social”: los tecnócratas. Pero además, a partir de este modelo económico, Cardoso prescribió un cierto modelo político: la democratización de los regímenes autoritarios, el paradigma de la transición democrática en el que se privilegiaron los intereses del capital y, en la misma medida, se emprendió una ofensiva contra el Estado. Ya habrá tiempo, en el siguiente capítulo, para ampliar esta hipótesis. Es en este sentido que, sostengo, la obra de Cardoso funcionó —*desde adentro*, por decirlo de algún modo— como *cabeza de playa* de las tesis neoliberales.

3. Al igual que Cardoso, Ruy Mauro Marini se mantiene fiel a sus primeros textos: desde *Subdesarrollo y revolución* plantea tesis que se profundizan en *Dialéctica de la dependencia* y que más tarde seguirá defendiendo. De ser así, habría que leer ambos libros con el mismo rigor y reconocer al primero el crédito que merece. A contrapelo de la opinión de muchos, *Dialéctica de la dependencia* es sólo una parte de su obra, como el mismo Marini lo dice.
4. Finalmente, por error de cálculo, de estrategia o por simple equivocación, Cardoso y Serra llevan la discusión a un terreno intelectual que Marini conoce mejor que ellos: el marxismo. La mayoría de las batallas que allí se libran son para Marini. Sin embargo, no siempre saldrá bien librado, por ejemplo, su apoyo a la lucha armada, resulta polémico, por lo menos, sobre todo por su exigua defensa, que en textos posteriores extenderá.

CAPÍTULO IV



DESARROLLO Y DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Cuando más evidente era la dependencia de América Latina hacia las economías desarrolladas, cuando más se necesitaba un pensamiento crítico que contrarrestara en alguna medida el alud neoliberal, justo en ese momento algunas tesis y autores dependentistas, sobre todo aquellos cercanos al marxismo, empezaron a vivir sus peores momentos. A mala hora llegó la crisis.

Inolvidables por aciagos, los años ochenta señalan un quiebre en la historia de la economía mundial contemporánea y, en consecuencia, en la organización política de casi todas las sociedades. No es sólo que el sistema atravesara por una crisis. Al final si algo ha definido el capitalismo eso ha sido sus crisis recurrentes. Esta vez fue diferente. Además de la globalidad de la crisis económico-financiera —que señaló problemas estructurales del sistema capitalista mundial, al tiempo que reveló sus nuevos alcances—, a partir de esos años se registraron algunos cambios que terminarían por alterar sensiblemente el curso de la historia y la suerte de millones de personas en todo el orbe.

Como si de un parto se tratara, la emergencia de un “mercado mundial” que permite la “internacionalización” de capitales y mercancías, del trabajo y la producción (Robert Cox, Robert Reich), que señala una mayor intensificación (Anthony Giddens) o la plena “institucionalización” de ese régimen de intercambios dentro de la “economía capitalista mundial” (Emmanuel Wallerstein); la irrupción de una “sociedad mundial”, expresión desbordante de los límites territoriales y políticos señalados por el Estado nacional (Ulrich Beck); de una “revolución tecnológica de la información” que transformó la sociedad y la economía (Manuel Castells); de un nuevo régimen de “producción de tiempo y espacio” (Saskia Sassen, Arjun Appadurai, Scott Lash y John Urry), que generó fuertes dolencias y, más importante todavía, trastocó la relación entre el Estado, la sociedad y el mercado y aún a cada uno de ellos —para decirlo en unas cuantas palabras.

Como en el pasado, los estragos de estos procesos impactaron de diferente modo y grado pero casi siempre de manera desigual, a las diversas regiones y países. América Latina fue una de las regiones (al igual que África y Asia occidental) que pagó un mayor costo

económico, político y social como consecuencia no sólo de las crisis económicas sino por lo que se dijo sería la *cura*, que llegó a ser más dolorosa que la misma enfermedad: un vasto programa de severas reformas político-económicas, de corte estructural, que supuso en enorme sacrificio para la región y sus millones de habitantes.

Mientras se echan a andar estos programas de ajuste económico, de *choque* antiinflacionario, de desmantelamiento del Estado, en América Latina se abre paso un discurso democratizador —en su sentido más restringido— que busca legitimar “teóricamente” las transformaciones económicas y políticas en marcha (privatización de los servicios públicos, política salarial restrictiva, endurecimiento fiscal, flexibilización del trabajo, liberalización del mercado, etcétera). De la mano de la filosofía del libre mercado, la idea de transición democrática, de liberalización política, de reforma de los regímenes autoritarios adquiere carta de ciudadanía en Latinoamérica y pronto se convierte en un discurso hegemónico.

En medio de un ambiente de crisis económicas y reformas profundas en el que propongo continuar ese diálogo a distancia y a veces a gritos, ese litigio teórico y político interrumpido y entrecortado por los años y los hechos entre Fernando Henrique Cardoso, garante conspicuo del discurso hegemónico, y Ruy Mauro Marini, damnificado intelectual del avance neoliberal.

1. LOS OCHENTA: LA CRISIS, SUS SIGNOS, SUS HUELLAS

Malos presagios. Pese a los altos niveles de crecimiento que registra, en promedio, la economía mundial durante buena parte de los setenta (salvo en el periodo recesivo 1973-1975, secuela de una crisis), ya se percibían ciertos signos de una crisis mayor en el sistema económico internacional: calentamiento de la economía, crecimiento preocupante de la inflación, inestabilidad de precios, especulación financiera...

Acucioso cronista del siglo XX, el historiador inglés Eric J. Hobsbawm ha señalado el año de 1973, cuando a las secuelas de las crisis monetarias recientes se suma la crisis energética, como la fecha de ruptura: “La historia de los veinte años que siguieron a 1973 es la historia de un mundo que perdió su rumbo y se deslizó hacia la inestabilidad y la crisis. Sin embargo, hasta la década de los ochenta no se vio con claridad hasta qué punto estaban minados los cimientos de la edad de oro.”¹ De la misma opinión es el también profesor inglés Peter W. Preston, quien afirma que “En los primeros años del decenio de 1970 entró en crisis

¹ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX...*, op. cit., p. 403.

el arreglo del Estado benefactor entre el capital y el trabajo en las zonas de importancia decisiva del capitalismo. Los pasos que llevaron al colapso intelectual y político fueron muchos, pero los observadores mencionan como un momento crucial la decisión que los Estados Unidos tomaron en 1973 de terminar con el sistema de Breton Woods, dejando flotar el dólar. Durante el decenio de 1970 hubo trastornos severos en las economías del Primer Mundo y una preocupación cada vez mayor por la aparente incapacidad de los mecanismos nacionales e internacionales establecidos para resolver los nuevos problemas económicos.”²

Otra explicación, acaso aún más técnica y desagregada de esta crisis es la que proponen Piore y Sabel: “El desorden económico, visto como una sucesión de accidentes y errores, comenzó siendo una crisis de la *oferta* y más tarde (debido a las respuestas del sistema regulador y del gobierno) se convirtió en una crisis de la *demanda*. [...] Hubo tres perturbaciones fundamentales de la oferta: la escasez de mano de obra provocada por la revuelta de la población obrera marginal; la escasez de alimentos provocada por las malas cosechas soviéticas; y la escasez de petróleo de 1973 y 1979. Dada la rigidez de las estructuras de salarios y precios de la macrorregulación de la postguerra, estas escaseces desencadenaron una espiral inflacionista, que fue el primer síntoma de la crisis. Los síntomas siguientes fueron un lento crecimiento, unos bajos aumentos de productividad y un incremento del desempleo.”³

Por donde se le vea, esta vez, ya lo dije, la crisis fue diferente: la economía siguió creciendo, aunque a un ritmo más lento. No hubo “gran depresión” sino pequeñas y de efectos menores pero prolongados. Al mismo tiempo que avanzaba la acumulación de la riqueza también lo hacía la pobreza, no sólo en las regiones periféricas sino dentro de los países desarrollados; se acentuaba, así, la desigualdad a nivel global: entre los países desarrollados, en Estados Unidos los dos deciles más altos de la población tenían ingresos diez veces superiores a los dos deciles más bajos, el 10% de los habitantes de mayores ingresos obtenían 25% de la renta total. En el Tercer Mundo las diferencias eran todavía más dramáticas: en Brasil, México, Guatemala, Sri Lanka y Botswana —los países con la distribución menos equitativa de la renta nacional— el decil más alto se quedaba con cerca del 40% de los ingresos totales, en Brasil ese 10% de la población obtenía casi la mitad y sumado con el siguiente decil, poseían más de dos tercios de la renta nacional.⁴

² P. W. Preston, *Una introducción a la teoría...*, op. cit., p. 300.

³ Michael J. Piore y Charles F. Sabel, *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza, 1990, p. 262.

⁴ United Nations, *Report on world social situation*, New York, UN, 1971 (anexo estadístico).

Además de la ostensible desigualdad, la periferia enfrentó algunos de los impactos más fuertes de estas crisis. Referencia ineludible en estas agencias, Pablo González Casanova ha identificado algunos de estos impactos: 1) el endeudamiento de la periferia: “en los ochenta, el endeudamiento fue la principal fuente de transferencias del excedente de los países ‘pobres’, endeudados a los países ‘ricos’. Coincide con un incremento notable de las transferencias de excedente, en cada país, de la mayoría de la población asalariada a las clases contratantes o empresariales que viven de utilidades y rentas, o que son altos funcionarios de los bloques de poder transnacional y de los aparatos estatales”; 2) la inestabilidad de precios en las materias primas intensificó el deterioro de los términos de intercambio: “El número de intermediario del comercio Norte-Sur aumenta los precios de los productos en beneficio sobre todo de los intermediarios metropolitanos. Los países subdesarrollados pagan cada vez más unidades de lo que producen por cada unidad de lo que importan. En 1975 pagaban 8 k de algodón por un barril de petróleo, mientras que en 1982 pagaban 24 k...” 3) las medidas de “saneamiento” de las economías nacionales detonaron la pobreza, en la medida en que “implican congelación y disminución de salarios de la mayoría de los asalariados, y de la masa de salarios; congelación, cancelación y reducción de servicios sociales (de escuelas, hospitales, habitaciones); suspensión de subsidios alimenticios y de subsidios a los ‘básicos’; aumento de los precios de las medicinas, de los transportes, los materiales de construcción, todo con transferencias del excedente del sector privado empresarial, en especial al bancario, al exportador, y por su intermedio, o en forma directa, al transnacional.”⁵

Al mismo tiempo que se registraban los síntomas, empezaban a perfilarse algunos *remedios*. El fracaso de varios gobiernos socialdemócratas en los países desarrollados y el del populismo en la periferia alentó la emergencia de la teología neoliberal. Para el caso de América Latina, por ejemplo, Raúl Prebisch hizo notar que “Cuando en Estados Unidos vieron el peligro que nuestras ideas representaban para sus verdades consagradas y no lograron la fusión de la CEPAL con servicios similares de la OEA, emprendieron en los años cincuenta una acción sistemática para contrarrestarnos y eligieron Santiago de Chile, sede de la CEPAL, para desenvolver su campaña, que se extendió a toda América Latina, mediante el envío gratuito de profesores o el otorgamiento generoso de becas. La base de lanzamiento fue

⁵ Pablo González Casanova, “El colonialismo global y la democracia”, en Samir Amín y Pablo González Casanova, *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur. II. El Estado y la política en el Sur del Mundo*, Barcelona, Anthropos/UNAM, 1996, pp. 28-31

el neoclasicismo; el liberalismo económico en la Argentina y otros países no ha sido de generación espontánea.”⁶

En lo económico y lo político, la derecha devota del liberalismo fue avanzando en la medida en que se multiplicaban los problemas económico-financieros en el mundo. De alguna forma, fue a la izquierda y a la socialdemocracia a quienes les endosaron la responsabilidad —político-ideológica— por estas crisis. Desde luego que eran corresponsables, sin embargo, más allá de la ineptitud o incapacidad de estos gobiernos, lo que parecía inocultable eran los límites estructurales o sistémicos de la economía capitalista para sostener un cierto nivel de bienestar —visible en las sociedades desarrolladas— que resultaba demasiado pesado para la economía mundial.

Así que fueron también los años setenta el telón de fondo de una lucha política, teórica, ideológica entre la derecha y la izquierda. Hobsbawm recuerda que “incluso antes de la crisis (de 1973), la aislada minoría de creyentes en el libre mercado sin restricciones había empezado su ataque contra la hegemonía de los keynesianos y de otros paladines de la economía mixta y el pleno empleo. El celo ideológico de los antiguos valedores del individualismo se vio reforzado por la aparente impotencia y el fracaso de las políticas económicas convencionales, especialmente después de 1973.”⁷

Aunado a esa “aparente impotencia y fracaso” de las políticas keynesianas, el clima intelectual empieza a favorecer a la nueva derecha, un botón de muestra: en 1969 se creó el Premio Nobel de Economía, en su quinta entrega este premio fue otorgado al economista austriaco Friedrich August von Hayek (1899-1992), una de las fuentes teóricas del neoliberalismo (*The Road to Serfdom*, de 1944, es considerado parte sustantiva del canon neoliberal).⁸ Entre otras razones que animaron esta decisión, la Academia sueca aludió el “original análisis de la interdependencia de los fenómenos económicos, políticos y sociales.” Apenas dos años después (1976), otro representante del neoliberalismo, el monetarista y distinguido profesor de la llamada Escuela de Chicago, Milton Friedman, fue distinguido con el mismo premio, entre otras razones por sus aportes “en el campo del análisis del consumo, de la historia y teoría monetaria, y por su *demonstración de la complejidad de las políticas estabilizadoras*” [Empleo las cursivas para enfatizar]. De cierto modo, los premios fueron vistos como un *espaldarazo*, un reconocimiento al neoliberalismo y monetarismo emergentes.

⁶ Raúl Prebisch, *La crisis del desarrollo argentino*, Buenos Aires, El Ateneo, 1986, p. 161.

⁷ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 408.

⁸ Conviene agregar que Hayek compartió el premio con el economista sueco Gunnar Myrdal.

¿Cuál era la alternativa que promovían? En unas cuantas palabras, las del profesor

Preston:

Los teóricos de la nueva derecha ofrecen una nueva exposición del liberalismo económico con su papel central en el libre mercado. Se hace una afirmación dominante de que los mercados libres optimizan el bienestar humano y, a su vez, esto despliega una serie de afirmaciones vinculadas: *a)* económicamente, la afirmación es que a medida que los mercados libres actúen con eficiencia para distribuir los conocimientos y los recursos en el sistema económico, el bienestar material llegará al máximo; *b)* socialmente la afirmación es que, como la acción y la responsabilidad residen en la persona, los sistemas sociales liberales individualistas asegurarán que el valor moral llegue al máximo; *c)* políticamente, la afirmación es que, como el liberalismo ofrece una solución equilibrada a los problemas del despliegue, la distribución y el control del poder, las formas de gobierno liberales aseguran que la libertad política llegue al máximo, y *d)* epistemológicamente, la afirmación es que como todo esto está basado en un conocimiento científico positivo y genuino, en estos sistemas el despliegue eficaz de los conocimientos positivos llegan al máximo.⁹

Batalla de varias pistas, la ofensiva neoliberal no se quedó en el terreno de lo económico. La llamada nueva derecha, artífice del embate neoconservador en Estados Unidos y Gran Bretaña a principios de los ochenta, dirigió sus críticas, económicas, hacia Keynes y, políticas, hacia el Estado benefactor. En pocas palabras, la “madre de todas las crisis” era la del Estado interventor que generaba, a su vez —en efecto *dominó*—, la crisis de la democracia, de la gobernabilidad, de la economía y finanzas mundiales.

Aunque la democracia occidental —como modelo político— no parecía atravesar por una crisis, los autores trataban de convencer de lo contrario, no con argumentos sino con cifras y datos macroeconómicos.¹⁰ Bajo esa lógica política y teórica empezaron a multiplicarse los diagnósticos que sostenían la tesis de una crisis de las democracias más desarrolladas. Fue el *Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*, a cargo de conspicuos teóricos conservadores (Crozier, Huntington y Watanuki), publicado en 1975, el texto que abrió la discusión sobre la “ingobernabilidad” como resultado de crisis democráticas.

Entre las conclusiones más significativas a las que arribaron Crozier, Huntington y Watanuki, y que dan cuenta del sesgo neoliberal del análisis, destacan las siguientes: “*a)* La expansión democrática de la participación y compromiso políticos han creado una ‘sobrecarga’ en el gobierno y una expansión desordenada de las actividades del gobierno, exacerbando las tendencias inflacionarias de la economía; *b)* La búsqueda de las virtudes

⁹ Preston, *op. cit.*, p. 302.

¹⁰ Los “déficits económicos” de la democracia fueron abordados en esos años por Richard Rose y Guy Peters, *Can government go bankrupt?*, New York, Basic Books, 1978; Scott Brittan, “Economics contradictions of the democracy”, en *British journal of political science*, 1975, núm. 1, 1975; y Richard Rose (ed.), *Challenge to governance. Studies in overload politics*, Beverly Hills, Sage, 1980.

democráticas de igualdad e individualismo han llevado a la deslegitimación de la autoridad en general y a la pérdida de confianza en el liderazgo político; *c)* La competencia política, esencial para la democracia, se ha intensificado, llevando a una disgregación y a una declinación y fragmentación de los partidos políticos; *d)* Las diversas presiones generadas por la sociedad han generado en el gobierno un incremento del parroquialismo nacionalista en la política exterior...”¹¹

En el fondo, lo que estaba en crisis no era la democracia sino la viabilidad de un Estado intervencionista, benefactor en una economía capitalista que ya en los setenta empezaba a registrar crisis más frecuentes; evidencias sobre las cuales los defensores del neoliberalismo construyeron un modelo de crisis político-económica.

Visto así, la llamada “crisis de la democracia” tenía dos responsables: *1)* el Estado benefactor, ineficiente administrador de una riqueza cada vez más escasa, generador de fuertes déficit fiscales y mal recaudador; y *2)* el gobierno y los partidos políticos por generar demandas que el sistema no podía procesar: “los desengaños que se van acumulando — explica Claus Offe, crítico de los análisis ‘conservadores’— pueden canalizar su carga explosiva en dos dimensiones: o bien originan una polarización dentro del sistema de partidos, es decir, reideologizan y ‘fundamentalizan’ la práctica de la oposición de turno...; o bien, en caso de faltar un proceso de polarización así, existe como alternativa probable una disminución de la capacidad de canalización de los partidos políticos, de su capacidad para articular la voluntad de los electores y, a la inversa, de participar en su plasmación”.¹² Una frase del presidente Ronald Reagan bien puede sintetizar esta posición neoliberal-conservadora: “el gobierno no es la solución, es el problema.”

El remedio entonces parecía obvio: reducir las demandas y expectativas (“medioambientales”, según la jerga sistémica) de la ciudadanía y, al mismo tiempo, aumentar la capacidad de respuesta del sistema, lo que desembocó en: *a)* el fin del Estado de bienestar: el desmantelamiento del aparato estatal a través de la privatización de empresas públicas, del traslado de las otrora responsabilidades sociales del Estado a los dominios del mercado, el achicamiento de la burocracia, el arribo creciente de planificadores y tecnócratas en los espacios de decisión política...; *b)* la reformulación —endurecimiento debía decirse sin rubor— de los regímenes democráticos: la idea era “moderar” los alcances de la democracia, lo que —a decir de Antonio Camou— “debía concretarse en dos sentidos: por un lado,

¹¹ Michael Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of democracies to the Trilateral Commission*, New York, 1975, p. 8.

¹² Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988, p. 31.

limitar la expansión del principio democrático de toma de decisiones al nivel del régimen político (y no extenderlo a otras áreas del mundo social y económico); por otra parte, si un número creciente de individuos y grupos tienden a participar y a dirigir sus demandas sobre el sistema político, entonces sería preciso atenuar el tenor de esas mismas demandas”.¹³

Más mercado, menos Estado. Más economía, menos política. Asunto arreglado. Sin eufemismos, para neoconservadores y neoliberales la solución a la crisis de los ochenta se planteó como un asunto de racionalización de los recursos y capacidades del Estado, de equilibrios macroeconómicos, de liderazgos fuertes e instituciones políticas eficaces. La terapia neoliberal se convirtió en dogma de las instituciones financieras y gobiernos conservadores.

1.1 ECONOMÍA: LA ENFERMEDAD Y LA CURA

Más que *perdida*, la de los ochenta fue una década de *pérdidas*. No es que los latinoamericanos extraviáramos el rumbo, es que la crisis que marcó la entrada de los ochenta ofreció una coyuntura política y económica para una ofensiva neoliberal, empujada desde los centros desarrollados hacia la periferia.

Aunque casi siempre con altas dosis de desigualdad en la distribución del ingreso y con franjas significativas de pobreza y marginación, durante casi tres décadas la economía de América Latina creció incluso a un ritmo superior que algunas naciones desarrolladas: “mientras que entre 1950 y 1975 la industria de Estados Unidos crecía a una tasa promedio anual de 2.8% y la de Europa Occidental a un ritmo de 4.8%, en América Latina el ritmo de crecimiento era de 6.9% anual.”¹⁴ A pesar de estas tasas de crecimiento, la periferia latinoamericana padeció los impactos de las recurrentes crisis (monetarias, energéticas, financieras) del sistema capitalista mundial.

Si en América Latina los impactos de estas crisis se dejaron sentir con tal virulencia ello se debe, en buena medida, al tipo de industrialización que tuteló el crecimiento económico durante la posguerra. El economista chileno Fernando Fajnzylber —observador puntual del desarrollo económico de la región— ha definido atinadamente esta etapa: “La industrialización de América Latina se caracterizaría, entonces, por un crecimiento rápido, superior a ciertos niveles de países avanzados, por una modificación de la estructural sectorial

¹³ Antonio Camou, *Gobernabilidad y democracia*, México, IFE, 3ª ed., 1997 (Cuadernos de divulgación democrática, núm. 6), p. 33.

¹⁴ Fernando Fajnzylber, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Nueva Imagen, 2ª ed., 1983, pp. 150-151.

acorde con la observada en los países avanzados y un crecimiento de la productividad elevado, asociado al igual que en los países avanzados, a los sectores de mayor crecimiento, que habrían, a su vez, expandido rápidamente las exportaciones. La afinidad morfológica general con los países avanzados se refuerza con la plataforma energética, en la cual el petróleo desempeñaba una función central.”¹⁵

A imagen y semejanza de los países desarrollados, pero no igual que ellos. Los resultados nunca fueron los mismos en uno y otro lado: al final, en eso radica la importancia de las aportaciones dependencistas: ofrecer respuestas, despejar dudas, respecto a los obstáculos que ha enfrentado y frenado el desarrollo latinoamericano.

Lo mismo pero no igual. Aunque el centro y la periferia “compartían” un patrón de industrialización, las condiciones —históricas, económicas, políticas, sociales— de cada región hicieron una enorme diferencia. Entre las más conspicuas, figuran las siguientes:

a) *Demografía*. No es un asunto menor, Eric Hobsbawm lo advierte en toda su dimensión:

“la explosión demográfica en los países pobres del mundo [registrada en la segunda posguerra], que despertó por primera vez una grave preocupación internacional a finales de la edad de oro, es probablemente el cambio más fundamental del siglo XX.”¹⁶ Y cómo no iba a serlo si tan sólo en los 40 años que le siguieron al fin de la segunda guerra mundial la población del planeta se duplicó, cuando, por ejemplo los primeros mil millones de habitantes se alcanzaron hasta 1810, población que se duplicó 115 años después; apenas 30 años después, se agregaron otros mil millones de personas. Uno de los datos más significativos es que la mayor parte de ese crecimiento demográfico se registró precisamente en el Tercer Mundo. América Latina, particularmente, “entre 1950 y 1975 fue la región del mundo en la cual la población creció más rápidamente. En sólo 25 años, ésta se duplicó, mientras que la población mundial creció menos de 60% y las regiones desarrolladas poco más del 30%. Por otro lado, la tasa de crecimiento de la población urbana (en ciudades de más de 20 000 habitantes), alcanzó a 5.2% anual en el periodo 1950-1975. En dicho periodo, el porcentaje de la población en centros urbanos pasa del 25.6 al 45% de la población.”¹⁷

b) *Desigualdad*. Ya he aludido algunas cifras. Junto a Sri Lanka, Filipinas y Botswana, Brasil, México, Perú, Venezuela, Jamaica y Guatemala figuraban dentro de las economías

¹⁵ *Ibidem*, p. 164.

¹⁶ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 347.

¹⁷ PREALC, *Necesidades esenciales y políticas de empleo en América Latina*, 1980, citado en Fanjzylber, *op. cit.*, p. 167.

en el mundo con mayor desigualdad en la distribución del ingreso nacional. De acuerdo con datos de la CEPAL, “el 5% más rico de la población se apropia del 33% del ingreso (medido al nivel del ingreso personal, es decir, sin considerar las retenciones de las empresas), en tanto que al 20% más pobre corresponde menos del 4% del total; todo lo cual supone una diferencia de ingreso por persona a 1 a 40 entre esos dos grupos extremos, y en términos absolutos una renta anual de apenas 50 dólares por persona para ese quinto más pobre de la población en América Latina.”¹⁸ Se trata, pues, de uno de los principales rasgos de la industrialización latinoamericana, a decir de Fajnzylber, “otra especificidad regional que actúa sobre la industrialización es la desigual distribución del ingreso prevaeciente en la mayor parte de los países de la región y que tiene sus orígenes en un largo proceso histórico, en el cual la responsabilidad relativa de la industrialización de la posguerra no debería sobrevalorarse.”¹⁹

- c) *Empresas trasnacionales*. Uno de los cambios de mayor hondura y cuyas consecuencias son de gran trascendencia, fue la irrupción de las empresas trasnacionales en la economía de la posguerra. A no dudar, la aparición de las empresas trasnacionales (ET) marcó al capitalismo de esta época: “La expansión de las ET —escribe Patricio Meller— a través de la mayoría de los países ha sido comparada con la propagación del uso de la máquina de vapor, la energía eléctrica y el automóvil, erigiéndose en uno de los hechos más importantes de la historia económica moderna.” Tanto que ya para 1973 la trasnacionales “representaban cerca de la cuarta parte de la producción total de los países desarrollados y los países en vías de desarrollo.”²⁰ América Latina, desde luego, no se sustrajo a esta tendencia global: Agustín Cueva describe con algunas cifras la influencia tan sólo de las empresas estadounidenses en la región: “En 1945 existían 182 subsidiarias norteamericanas dedicadas a actividades manufactureras en América Latina; en 1950 su número se eleva a 259 y en 1955 a 357; a partir de entonces experimentan un crecimiento aún más vertiginoso: 612 subsidiarias en 1960; 888 cinco años más tarde. En términos absolutos el capital norteamericano invertido en la industria latinoamericana ha pasado de 780 millones de dólares en 1950 a 2741 millones en 1965. [...] A su turno, la banca estadounidense no deja de expandirse: presente en 10 países latinoamericanos en 1955, la

¹⁸ Pedro Vuskovic Bravo, “Distribución del ingreso y opciones de desarrollo”, en José Serra (comp.), *Desarrollo latinoamericano, ensayos críticos*, México, FCE (El trimestre económico núm. 6) 1974, p. 51.

¹⁹ Fajnzylber, *op. cit.*, p. 170.

²⁰ Patricio Meller, “Las empresas trasnacionales y los países en desarrollo: aspectos económicos”, en Carlos Portales (comp.), *La América Latina en el nuevo orden económico internacional*, México, FCE (El trimestre económico, núm. 48), 1983, p. 115.

encontramos ya en 22 (incluida el área del Caribe) en 1967; su número de sucursales pasa, en ese lapso, de 56 a 134.”²¹

- d) *Empresariado industrial*. Si bien se deben admitir las diferencias entre las distintas burguesías nacionales en América Latina, si algo ha caracterizado el proceso de industrialización eso es la incapacidad del empresariado latinoamericano por consolidar una industria nacional, una industria propia, asentada en los sectores estratégicos de la economía. Es más, la enorme presencia de las empresas transnacionales en Latinoamérica evidencia con toda claridad esta incapacidad empresarial. Para ser más exactos y quizás técnicos, conviene ponerlo en los términos que sugiere Fajnzylber: “La fragilidad de la vocación industrializadora se refiere específicamente al contenido y a la debilidad del ‘núcleo endógeno’ de la industrialización latinoamericana. [...] La insuficiente presencia de la vocación industrial se refiere, entonces, específicamente, a la ausencia del liderazgo efectivo en la construcción de un potencial industrial endógeno, capaz de adaptar, innovar y competir internacionalmente en una gama significativa de sectores productivos.”²²
- e) *Tecnología y ciencia*. Por años, la innovación tecnológico-científica resultó un factor determinante en la afirmación de la dependencia económica de Latinoamérica hacia los países altamente desarrollados. Ello se puede atribuir, entre otras razones: 1) al muy escaso interés tanto de los gobiernos como de las burguesías nacionales en la investigación científica y el desarrollo tecnológico: según Herrera, “la mayor parte de la investigación científica que se lleva a cabo tiene muy poco que ver con las necesidades más apremiantes de la región [...] La investigación tecnológica es muy escasa y se limita generalmente a las posibilidades del empleo de los recursos naturales en la fase de laboratorio, sin llegar a la etapa de la planta piloto; en consecuencia, dicha investigación no considera los aspectos técnicos y económicos del proceso de industrialización”;²³ y 2) a la enorme desventaja de origen frente a las economías desarrolladas que han hecho de esta ventaja un círculo vicioso: siguiendo a Sercovitch, Luc Soete explica que “Dado que la mayor parte de la tecnología se genera en los países desarrollados y es apropiada por ellos, el poder monopólico de la tecnología es principalmente extranjero en los países menos desarrollados. Además, quienes controlan la generación y los mecanismos de

²¹ Cueva, *El desarrollo del capitalismo...*, op. cit., p. 194.

²² Fajnzylber, op. cit., pp. 176-177.

²³ A. Herrera, *Ciencia y tecnología en el desarrollo de la sociedad*, Santiago, Editorial Universitaria, 1970, citado en Edmundo F. Fuenzalida, “El problema de la innovación tecnológica en la América Latina”, en José J. Villamil (comp.), *Capitalismo transnacional y...*, op. cit., p. 127.

apropiación de los adelantos tecnológico tienen, también, la capacidad de controlar su explotación, cualquiera que sea el lugar en que ella ocurra, sea directamente, sea mediante asociaciones o patentes, con o sin vínculo de propiedad. El control por los abastecedores de tecnología extranjera en la toma de decisiones relacionadas con la inversión, la producción, la inversión, la administración y la mercadotecnia, en el contexto de patrones de rivalidad concentrados y sin precio, hace de la dependencia un fenómeno que se autorrefuerza.”²⁴

- f) *Capacidad política del gobierno periférico.* Si bien la forma que asumió el capitalismo occidental durante los setenta —y que se acentuaría dramáticamente en las décadas siguientes— significó la merma de capacidades estatales históricas, sobre todo en materia económica conectadas a otros ámbitos —a decir de Hobsbawm, “Las décadas de crisis fueron la época en la que el estado nacional perdió sus poderes económicos”—, se pueden advertir diferencias notables entre el margen de maniobra que conservaron los gobiernos de naciones desarrolladas y aquellos gobiernos de la periferia, significativamente más limitados en su capacidad de tomar decisiones y echar a andar políticas públicas. Dudley Seers ha destacado algunos factores externos, “estrategias de desligamiento” les llama, que han *cercado —de facto—* a los gobiernos nacionales latinoamericanos: las empresas transnacionales y sus intereses económicos, las naciones desarrolladas (particularmente Estados Unidos) y sus intereses geopolíticos, militares y económicos, el Fondo Monetario Internacional, las empresas que abastecen de tecnología, etcétera. “No tenemos —remata Seers— necesidad de especular acerca de los efectos de las estrategias de desligamiento: ya se han intentado algunas, en efecto, Chile (1970-1973) nos proporciona el *casus classicus* de intervención extranjera...”²⁵ A menudo, los límites en el margen de maniobra de los gobiernos se tradujeron en la capacidad para proteger la industria nacional frente a la competencia internacional (las naciones que difundían el *laissez faire, laissez passer* fueron precisamente las que levantaron mayores restricciones al comercio internacional), o bien para defender los intereses de algunas empresas en otros países.
- g) *La estructura del sistema capitalista internacional,* que no sólo funcionaba a partir de estos elementos desventajosos para la periferia, sino que en su propia marcha los

²⁴ Luc Soete, “Dependencia tecnológica: una visión crítica”, en Dudley Seers (comp.), *La teoría de la dependencia...*, op. cit., p. 223.

²⁵ Dudley Seers, “Opciones para el desarrollo: fuerza y debilidad de las teorías de la dependencia para explicar el ámbito de maniobra de un gobierno”, en Seers (comp.), *La teoría...*, op. cit., p. 160.

afirmaba. En más de una ocasión estas “ventajas estructurales” del centro se tradujeron en vulnerabilidad y mayores impactos y costos en los momentos de crisis (derivado ya sea de la especulación financiera, la inestabilidad del sistema económico, del deterioro de los términos de intercambio, de la rentabilidad de la producción altamente tecnificada) para la periferia.

En un sistema de estas características y en plena etapa de crisis globales recurrentes, los ochenta colocaron a las naciones de América Latina en el peor de los mundos posibles: fuertemente endeudadas, con estructuras productivas precarias, altamente dependientes de las economías centrales, con enormes problemas sociales...

Preocupado por las causas y los efectos de esta crisis latinoamericana de los ochenta, el sociólogo francés Alain Touraine ha propuesto la siguiente hipótesis sobre esta peculiar etapa. Según este autor, los factores y actores relacionados con el naufragio económico de la región se pueden agrupar de la siguiente manera:

1. *Factores externos*, entre los principales destacan:

- *Endeudamiento*, se trata de uno de los factores principales, acaso el que mejor muestra los efectos perniciosos del sistema económico en la región. “La transformación brusca de la situación económica internacional desequilibra la economía de todos los países latinoamericanos y aumenta su endeudamiento exterior hasta un nivel que paraliza de forma duradera todos los esfuerzos de recuperación y entraña un aumento brutal del paro, así como una fuerte caída de las remuneraciones reales”; los niveles que alcanzó la deuda latinoamericana fueron brutales: “de los 151,000 millones en 1978, pasa a 182,000 millones en 1979, 222,000 millones en 1980, 278, 000 millones en 1981, 319,000 millones en 1982, 344,000 millones en 1983 y 360 millones en 1984”, es decir, que en apenas cuatro años la deuda externa ya se había duplicado.
- *Comercio internacional (deterioro de los términos de intercambio y proteccionismo)*, a partir de 1980 el deterioro de los términos del intercambio se agudizó, “las exportaciones [latinoamericanas] se vieron afectadas a un tiempo por la caída de su valor unitario y, a partir de 1982, por el estancamiento de la demanda exterior”; a la evolución desfavorable de los precios de las mercancías latinoamericanas, se añade el creciente proteccionismo de algunos países desarrollados: “Para mantener la renta de su producción agrícola, la Comunidad Económica Europea multiplica las subvenciones y aplica medidas aduaneras restrictivas; [...] La importancia de los

países de la CEE en las exportaciones del continente cae del 26 por 100 al 17.5 por 100 de 1970 a 1981"; y

- *Tasas de interés*, el alza de las tasas aumentó significativamente el peso de la deuda externa latinoamericana, por ejemplo, "la tasa LIBOR a ciento ochenta días que, entre 1970 y 1978 había permanecido muy por debajo del 10 por 100 (salvo en 1974), se eleva a más del 16 por 100 en 1981;" no es un dato menor, para Touraine: "El papel de la subida de las tasas de interés es central, porque revelan mejor el funcionamiento del sistema económico internacional. Esa subida fue, en efecto y ante todo, el resultado de la política de los Estados Unidos, que cubrieron su déficit presupuestario provocando la creación de un mercado no controlado de eurodólares que aportó, del conjunto del sistema económico occidental, recursos abundantes a la economía americana y le permitió cubrir su déficit sin aumento de impuestos y sin reducción de gastos. Esta prosperidad artificial condujo a la inflación y a la subida de las tasas de interés americanas y mundiales."²⁶

2. Factores internos,

- *La caída de los productos agrícolas*, según Touraine, la fragilidad de las economías latinoamericanas —exhibida por la crisis de los ochenta— encuentra en el deterioro de la balanza comercial de los productos agrícolas su factor más importante, sobre todo para las economías más grandes de la región y Perú: "el saldo positivo de los intercambios agrícolas, que representaba el 44 por 100 de las importaciones en 1963, descende al 19 por 100 en 1971. [...] La crisis agrícola proviene del abandono en muchos países, desde América Central al Brasil, de los cultivos de subsistencia a favor de los cultivos de exportación —café, algodón, caña de azúcar— y de su ganadería extensiva que deja muchas tierras mal utilizadas."
- *Precariedad de la industria latinoamericana*, que se expresa —entre otras variables— en el creciente déficit comercial industrial, que a partir de los setenta supera el excedente generado por el resto de la economía. Productor insuficiente de bienes de capital, "el capitalismo latinoamericano es poco innovador y la industrialización del continente sigue estando 'truncada'"; en la medida en que no se consolida una industria nacional, que la "protección" de esa industria termina en un decremento

²⁶ Alain Touraine, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, pp. 382-285.

progresivo de la productividad, que el Estado ofrece demasiadas concesiones a una inversión poco productiva, que ese mismo Estado tiene que intervenir para generar los empleos que el capital no produce..., en esa medida, las economías latinoamericanas se fueron debilitando, justo en el peor de los momentos: cuando se veía venir una crisis global.

- *Inflación.* Fueron dos las causas que detonaron las crisis inflacionarias en varias economías de la región: por un lado, el consumo excesivo de parte de esos segmentos sociales que ocupan los deciles con mayores ingresos, que disminuyeron la inversión y la creación de empleos y, por el otro, el gasto público, “ampliamente justificado por la voluntad de crear empleos productivos”, pero al que se le debe sumar “el gasto militar, amplísimamente improductivo, y que en ciertos países alcanzó un nivel abrumador.” Touraine concluye que en el caso latinoamericano la inflación fue “resultado de la ausencia de política nacional y de la suma de las demandas o de los gastos sectoriales. La economía de los países latinoamericanos no constituye en buena medida un sistema económico, es más un conjunto *segmentado* de intereses que se suman más que combinarse.”²⁷

La crisis global del sistema capitalista —ya lo he dicho— alcanzó a todos, pero no a todos de la misma forma ni con la misma intensidad. Darwinismo económico, las economías latinoamericanas —“estructuralmente” más frágiles— fueron las que pagaron un precio mayor por la crisis.

En unas cuantas palabras, Alain Touraine concluye que “la crisis de los años ochenta es a un tiempo una crisis financiera, desencadenada en gran parte por factores exteriores, y la *crisis estructural de un modo de desarrollo* [el de sustitución de importaciones] cuya fragilidad aumenta a medida que madura.”²⁸

En los ochenta, el paisaje no podía ser más adverso para América Latina: a lo largo de esa década (1980-1990), el PIB por habitante se redujo 7% en promedio, pero en algunos países el descenso fue dramático: en Argentina 24%, Venezuela 20%, Bolivia 23%; las inversiones cayeron ya sea por la enorme carga fiscal que representaba el pago de los intereses de la deuda externa, ya sea por la fuga de capitales (el caso de México resulta ejemplar); el desempleo alcanzó proporciones alarmantes, por ejemplo en Chile, que se situó

²⁷ *Ibidem*, pp. 385-286.

²⁸ *Ibid.*, p. 388.

en 35%; además del número de pobres, lo poco que creció en América Latina fue, también, el empleo informal: en Argentina aumentó, en cinco años, más de 25% y en Brasil 32%; la inflación ahogó la región: hacia 1985 llega a 300% en promedio para toda Latinoamérica, en Argentina aumenta de 20 a 30% por mes durante el primer semestre de ese año, en Bolivia, en febrero la inflación crece 190%; la pobreza emerge como epitafio de esta crisis: en esa década la pobreza creció 44% en la región, dejó un saldo de más de 60 millones de nuevos pobres, de los cuales 48 millones vivían en centros urbanos.²⁹

Aunque no fue el fin del modelo nacional-populista de desarrollo lo único que condujo a la crisis en la región, la *cura* se diseñó como si lo hubiera sido. Preocupados por la estabilidad macroeconómica de la región —es decir, en que se garantizara el pago de los intereses de la deuda externa: América Latina fue obligada a pagar, en los ochenta, casi el 40% de sus exportaciones; más que Alemania, que destinó 25% de sus exportaciones a las reparaciones por la guerra—, se pone en marcha un amplio programa de reformas estructurales que, con buen tino, Marcos Kaplan ha abreviado en los siguientes puntos:

- a) *Saneamiento y estabilización de las finanzas públicas*, mediante la reducción del déficit presupuestario, la disminución del gasto público, y en general los intentos de adelgazamiento o desmantelamiento del Estado.
- b) *Control de la inflación*, con la tasa de cambio estable como ancla de las otras variables macroeconómicas.
- c) *Rígidas políticas monetarias, crediticias y fiscales*.
- d) *Renegociación de la deuda externa*.
- e) *Reforma fiscal*, mediante la ampliación de la base gravable, la reducción del impuesto sobre la renta, la renuncia al impuesto sobre el capital, el favoritismo a los estratos de mayores ingresos, el refuerzo de la imposición indirecta (impuesto al valor agregado).
- f) *La liberalización de la economía* hacia fuera y hacia adentro, mediante la desregulación de la empresa privada, de la competencia y el mercado, y por la apertura externa en lo comercial y lo financiero.

²⁹ Véase Carlos M. Vilas, "Estado, sociedad y democracia en América Latina: notas sobre la problemática contemporánea", en Amin y González Casanova, *op. cit.*, pp. 347-355; Samuel Lichtensztein, "La deuda externa, al disponibilidad del excedente y los proyectos democráticos actuales en América Latina", en Pablo González Casanova (coord.), *El Estado en América Latina*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas (UNU), 1990, pp. 161-171, y Touraine, *op. cit.*, pp. 394-396.

- g) *Adelgazamiento o desmantelamiento del Estado*, en su aparato y en su personal y recursos, y en sus orientaciones, objetivos y modos de operar.
- h) *Privatización* de las empresas estatales, que adelgaza el aparato y la burocracia gubernamentales y contribuye al repliegue del gobierno central y del sector público.
- i) Políticas y acciones del Estado buscan imponer las prácticas de *downsizing* y *reengineering* —por decir ese método empresarial, utilizado sobre todo en Estados Unidos, para reestructurar empresas “desde abajo”, lo que ha significado la reducción de la plantilla laboral, de prestaciones y salarios—³⁰ con miras a la llamada “flexibilización” del régimen asalariado y del mercado de trabajo, y a la reducción de la seguridad y el bienestar sociales.
- j) Las políticas y medidas de liberalización económica tienen inevitables *implicaciones sociales y políticas*. Ante todo, no se da una reforma integral *strictu sensu*, sino una suma de reformas parciales (económicas, políticas, administrativas, sociales, jurídicas...) Las reformas del Estado se concentran en la liberalización económica, y en la redefinición restrictiva del Estado y del derecho en la economía.³¹

Un cambio mayor en la anatomía del Estado y la sociedad, en la distribución de los recursos, en la organización del capital, la producción y el trabajo, en las formas de concebir y administrar lo público, en el tipo de relaciones políticas y sociales entre los individuos, entre éstos y el Estado y el mercado, en los referentes que ordenaban el debate político-ideológico...

1.2 DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

Al tiempo que el discurso y las políticas neoliberales se abrían paso en la región, los acompañaba, también en ese viaje, las nociones de democracia y transición, temas que, desde entonces, dominarían la discusión intelectual latinoamericana.

Siendo así, está por demás recordar “los demasiados libros”, los múltiples revisiones e interpretaciones sobre el tema. No es ésta la cuestión central del capítulo ni de la

³⁰ Un interesante análisis —en términos de la categoría de superexplotación del trabajo— de estas prácticas se emprende en Adrián Sotelo Valencia, *La reestructuración del mundo del trabajo, Superexplotación y nuevos paradigmas del trabajo*, México, Itaca/OU/ENAT, 2003.

³¹ Marcos Kaplan, “El Estado latinoamericano, entre las crisis y las reformas”, *Cuadernos americanos*, núm. 63, México, UNAM, mayo-junio, 1997, pp. 130 y 131.

investigación en su conjunto, así es que sólo me referiré, de forma tangencial, al origen de la discusión y de la democracia latinoamericana y a ciertas hipótesis que me parecen relevantes a la luz de la discusión que pretendo reconstruir.

Apenas unos meses después de que se publicara el debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini acerca del desarrollo y la dependencia, en 1978 el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) organizó, en Costa Rica, una conferencia sobre “Las condiciones sociales de la democracia”, la cual podría considerarse una de las sesiones que iniciaron el debate sobre la democracia.³² Desde luego, el abordaje anterior de ciertos temas —por ejemplo, los trabajos de O’Donnell sobre el Estado burocrático autoritario, publicados desde finales de 1976—³³ permitió que se abriera paso la discusión sobre la transición de los regímenes autoritarios y las posibilidades de la democracia en América Latina. Por lo demás, resultaba comprensible que una de las principales preocupaciones teóricas fuera precisamente el autoritarismo, cuando lo que predominaba en la región era el avance de ese régimen.

Fértil, quizás demasiado, esta discusión sobre la mudanza entre autoritarismo y democracia incluso llegó a derivar en lo que Schmitter llamó “transitología” (la ciencia o arte de la democratización).³⁴ Moda o no, muy pronto se extendió el empleo de “perspectivas comparadas”, el establecimiento de modelos político-democráticos de “exportación”, transferibles de unas latitudes a otras y el énfasis en las “reglas de juego”, las instituciones y diseños institucionales que deberían asumir los regímenes (la serie de cuatro volúmenes titulada *Transiciones desde un gobierno autoritario*, compilada por O’Donnell, Schmitter y Whitehead es parte central del canon sobre la democracia).³⁵ En un conocido y discutible libro de historia de América Latina editado por Leslie Bethell, de la Universidad de Cambridge, Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela —profesores de Chapel Hill y Georgetown, respectivamente— sostienen que “A constitutional democracy may be viewed as consolidated when contestation and respect for the constitutional order are widely accepted by both elites

³² Tanto Norbert Lechner como Tomás Vasconi y el mismo Ruy Mauro Marini, por ejemplo, coinciden en señalar este encuentro como pionero en la discusión.

³³ Véase Guillermo O’Donnell, “Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado burocrático-autoritario” (documento de trabajo), Buenos Aires, 1976.

³⁴ Véase Philippe C. Schmitter y T. Lynn Karl, “The conceptual travels of transitologists and Consolidologists: How far to the East should they attempt to go”, *Slavic Review*, vol. 53, núm. 1, 1994, pp. 173-185; Schmitter, “Transitology: the Science or the art of democratization”, en Tulchin y Romero (comps.), *The consolidation of democracy in Latin America*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, 1995.

³⁵ Para una crítica a este enfoque, se puede empezar, por ejemplo, con el artículo de Javier Santiso, “Sobre la condición histórica de los transitólogos en América Latina y Europa central y oriental”, *Foro internacional*, julio-septiembre, 1997.

and mass publics and citizenship and effective electoral participation have been extended to all adults with minimum qualifications.”³⁶

Aunque hegemónica, no fue ésta la única mirada sobre la democracia latinoamericana. No faltaron críticos que censuraron la naturaleza y limitaciones de esta democracia que se pretendía para América Latina. Dos botones de muestra.

En la misma década de los ochenta, en *Democracia y totalitarismo*, Franz Hinkelammert advierte las notables diferencias entre la noción de democracia liberal —cuyo sustento es la soberanía popular, en el más amplio sentido— que arraigó en algunas naciones europeas y en Estados Unidos frente al tipo de democracia que se impone en América Latina:

Las democratizaciones que se dan en esta década de los ochenta ya no se asemejan a esta presentación de la democracia liberal. Esto se hace visible en la forma que adquieren las constituyentes cuando convocan. Ya no surgen del derrocamiento de los regímenes autoritarios o totalitarios anteriores, como en el caso de las constituyentes burguesas, que resultan normalmente de las revoluciones burguesas que despedazan el poder anterior. Las constituyentes actuales de América Latina, en cambio, son convocadas por un poder político ajeno a la constituyente y por encima de ella. La constituyente es ahora una asamblea convocada por otro poder político con la tarea de elaborar una constitución. La constituyente liberal es la constitución, y elabora la forma jurídica de una vida política futura que corresponda a lo que ella es —lugar de la soberanía popular—. La constituyente actual, en cambio, es el lugar de elaboración de un esquema político ya definido por otro poder político. Este poder político, que ahora resulta también el lugar de la soberanía para la vida política democrática, son las fuerzas armadas, ellas convocan a la asamblea constituyente y le asignan la tarea de elaboración de la constitución.³⁷

Desde una perspectiva que considera al sistema capitalista en su conjunto, Pablo González Casanova sostiene que:

El proyecto transnacionalizador de democracia limitada pretende reducir la democracia al liberalismo. No sólo lucha contra el socialismo, ni sólo contra las políticas socialdemócratas tachadas de populistas y estatistas (el mal). El liberalismo disfrazado de democracia lucha contra la democracia. [...] La dialéctica del tránsito democrático encuentra pronto varias formas significativas. La reconversión democrática no cambia la política monetarista privatizadora, la nacionalizadora no aumenta los gastos sociales del gobierno ni los salarios directos. No permite enjuiciar y reestructurar a las fuerzas policiales y armadas que dejaron amplias pruebas de haber violado los derechos humanos y sembrado el terror. No termina con el miedo a que vuelva la dictadura, antes al contrario maneja ese peligro como chantaje permanente de intimidación y conformismo.³⁸

Más allá de las ostensibles diferencias entre ambas críticas al proceso de democratización, salta a la vista la multiplicidad de enfoques e hipótesis que concurrían —y lo siguen haciendo— en este debate.

³⁶ Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “Democracy in Latin America since 1930”, en Leslie Bethell (editor), *Latin America politics and society since 1930*, EU, Cambridge University Press, 1998, p. 5.

³⁷ Franz Hinkelammert, *Democracia y totalitarismo*, Costa Rica, UCA, 1987, p. 214.

³⁸ Pablo González Casanova, “El Estado y la política”, en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina, hoy*, México, Siglo XXI/UNU, 1990, p. 99.

A ese conjunto de hipótesis, deseo agregar una más, la propia: coligo que la idea de democracia y sus prácticas que emergieron hacia finales de los setenta y se consolidaron en los ochenta en América Latina fueron —en mi opinión— resultado de varios fracasos históricos, lo que determinó, en buena medida, sus limitaciones. Por lo menos identifico tres:

1) *El fin de la idea de revolución*

Si una década antes la *flama* revolucionaria incendiaba al continente, en los setenta ya era una *soflama* a punto de extinguirse. Las razones fueron varias:

a) *El avance de las dictaduras en Latinoamérica durante los sesenta y los primeros años de los setenta*, que no expresaba sino la derrota militar de los movimientos revolucionarios. “Si al iniciarse 1964 existían en América Latina ocho gobiernos autoritarios (los de El Salvador, Honduras, República Dominicana, Guatemala, Haití, Nicaragua, Paraguay y Perú) frente a once gobiernos más o menos democráticamente electos, para fines de 1977, sin embargo, las proporciones se habían invertido: había quince gobiernos autoritarios y sólo cuatro gobiernos relativamente democráticos: México, Costa Rica, Venezuela y Colombia.”³⁹ Salvo alguna excepción (Nicaragua y El Salvador) la revolución latinoamericana perdía la *lucha armada* contra las dictaduras en casi todo el continente, lo cual suponía no sólo un motivo de desaliento en el continente, sino una escalada de violencia: más muertos, más víctimas de torturas, más desapariciones forzadas, presos políticos, represión...

b) *El embate teórico contra la revolución*, la derecha neoliberal desbrozó el camino para críticas de muy diferente intensidad y desde muy diversos frentes hacia la idea de revolución. Octavio Paz, *afebrado* por el *deshielo* que se anticipaba tras el fin de la Unión Soviética, proclamaba, frente al presidente francés François Mitterrand —con motivo de la entrega del Premio Alexis de Tocqueville—, lo siguiente: “he hablado del fin de una era: presenciamos el crepúsculo de la idea de revolución en su última y desventurada encarnación, la versión bolchevique. Es una idea que únicamente se sobreviene en algunas regiones de la periferia y entre sectas enloquecidas, como la de los terroristas peruanos. Ignoramos qué nos reserva el porvenir: nacionalismo virulentos, catástrofes ecológicas, renacimiento de mitologías enterradas, nuevos fanatismos pero también descubrimientos y creaciones: la historia y su cortejo de horrores y maravillas. [...] En todo caso el mito revolucionario se muere.

³⁹ Gustavo Ernesto Emerich, “Ejercicio del poder y carácter de los regímenes políticos en América Latina, 1801-1984”, en González Casanova, *El Estado en América Latina...*, op. cit., p. 136.

¿Resucitará? No lo creo. No lo mata una Santa Alianza: muere de muerte natural.”⁴⁰ Sin grandes explicaciones de por medio, al parecer no hacía falta sobre todo luego del avance de las transiciones democráticas en los ochenta y, poco tiempo después, de la caída del socialismo, la revolución apareció —sin más— como la antítesis de la democracia y como sinónimo de autoritarismo. A finales de los ochenta Francisco Weffort advertía que “hay quien se decepciona con el autoritarismo tan frecuente en los regímenes de origen revolucionario y acaba perdiendo la claridad sobre la naturaleza del propio fenómeno revolucionario. Si muchos regímenes posrevolucionarios son autoritarios, se pretende también que lo hayan sido las revoluciones que les dieron origen. En esos casos, la decepción antes estos regímenes está a un paso de la decepción ante la propia revolución. Y de ese modo se va con rapidez hacia una rígida separación entre democracia y revolución, en detrimento de ambas.”⁴¹ Poco importaron argumentos como el de Weffort o como los de Hannah Arendt,⁴² el *acta de defunción* sobre la revolución había sido firmada (y tenía la rúbrica de varios intelectuales).

- c) *El reformismo como opción única*, el decreto funerario sobre la revolución tuvo como correlato el ascenso del reformismo en tanto táctica y estrategia política para la región. Los ejemplos sobran. Recupero sólo dos que dan cuenta del consenso que ganó esta idea. Por un lado, Jürgen Habermas escribía —en un artículo— que a finales de los ochenta vivíamos el ocaso de la “conciencia revolucionaria y su mesianismo moderno” y, al mismo tiempo, el ascenso en algunas partes del mundo y la vitalidad en otros del reformismo. “En nuestro tiempo la única revolución posible es la reforma”,⁴³ concluía Habermas. Poco tiempo después, Jorge G. Castañeda —conspicuo enterrador precoz de la revolución— publicó una obra que definía en los siguientes términos: “Este libro es una plegaria reformista; descarta la posibilidad de una revolución en el continente en el futuro cercano, y minimiza las potencialidades de cualquier programa, aspiración o lucha revolucionaria en nuestra tierras.”⁴⁴ La

⁴⁰ Octavio Paz, “Poesía, mito, revolución”, en *La casa de la presencia. Poesía e historia*. Obras completas, tomo 1, México, FCE, 1994, p. 529.

⁴¹ Francisco C. Weffort, “Democracia y revolución”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 56, enero-abril, 1989.

⁴² En *Sobre la revolución*, Arendt les recuerda a los estadounidenses que su democracia proviene, precisamente, de una revolución.

⁴³ Jürgen Habermas, “La soberanía como procedimiento”, *Cuadernos Políticos*, núm. 57, mayo-julio, 1989.

⁴⁴ Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada...*, *op. cit.*, p. IX.

operación concluyó: el reemplazo de un mito por el otro: muera la revolución, viva el reformismo.

- d) *La crisis del marxismo*, que estalló en Europa pero que también se dejó sentir en América Latina. El sociólogo español, Ludolfo Paramio refiere que “después de haber sido la tradición de pensamiento hegemónica en los países latinos durante al menos una década, década que a efectos simbólicos podemos situar entre 1968 y 1978, el marxismo entró en una espectacular crisis, y se derrumbó como ideología política, como visión de mundo y como paradigma teórico...”⁴⁵ La crisis del pensamiento marxista alcanzó una de sus ideas más difundidas en Latinoamérica: la de revolución.

2) *El fin de las dictaduras*

Por la vía de la transición democrática y no a través de la revolución —como parecía anticiparlo la década de los sesenta—, las dictaduras latinoamericanas fueron capitulando una a una. Fueron los votos y no las armas los que pusieron fin a los regímenes autoritarios: en 1978, por ejemplo, en doce países de la región se celebraron “procesos electorales” de muy distinto signo y alcance político, entre ellos se cuenta el referendo en “apoyo al general Pinochet” en Chile y la quinta reelección de Alfredo Stroessner en Paraguay. Como sea, estaba en marcha el proceso de “transición política”.

No fue la izquierda quien derribó los regímenes autoritarios de la región, fue la propia derecha quien empujó su salida, cuya puerta había sido abierta —según lo veo— por los cambios estructurales que registró el sistema capitalista mundial en la década de los setenta y por las propias limitaciones de estos regímenes, que se expresaron en

- a) *El fin de la “legitimidad” de las dictaduras*: No tenían demasiada y la poca legitimidad que tenían se acabó cuando las dictaduras conjuraron la “amenaza comunista”, cuando eliminaron —y no es metáfora— los intentos de “desestabilización nacional”, cuando desarticularon —a sangre y fuego— la movilización y protestas populares, y acabaron con los “grupos insurgentes”. “Los gobiernos militares pierden su razón de ser cuando desaparece la amenaza política a la que han querido responder.”⁴⁶ En efecto, al acabar con su enemigo (la “revolución comunista”, la inestabilidad producida por el mando civil, los riesgos de revueltas populares...), las dictaduras acabaron, a un tiempo, con su *misión* de salvar a la

⁴⁵ Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio..., op. cit.*, p. 1.

⁴⁶ Touraine, *op. cit.*, p. 408.

“patria”: un argumento que sirvió de coartada para gran parte de las dictaduras que emergieron en los sesenta y setenta.

- b) *Su inviabilidad económica*, si bien otra de las coartadas recurrentes de los regímenes autoritarios fue el rescate de la economía nacional —ante el manejo, calificado como “irresponsable” de los civiles—,⁴⁷ los efectos de las crisis energética, monetaria y financiera de los setenta en América Latina superaron, por mucho, los planes de emergencia y las fórmulas de las dictaduras para dar certidumbre a la inversión extranjera, para subordinar las economías nacionales a las necesidades de la economía internacional, para mantener el crecimiento... Para Alain Touraine no hay duda de que “tras haber cumplido la tarea que se habían fijado —contener la presión popular—, [los regímenes militares] no tenían ninguna solución que aportar a unos problemas, sobre todo económicos, que no eran aquellos para cuya solución se habían hecho con el poder.”⁴⁸
- c) *Su inconsistencia: falta de proyecto nacional, de sustento ideológico*: la “doctrina de la seguridad nacional”, que abanderó buena parte de los regímenes autoritarios,⁴⁹ resultó demasiado precaria para sostener un proyecto nacional o legitimar su estancia en el poder. Especialista en las fuerzas armadas, Alain Rouquié afirma que “La ‘doctrina de seguridad nacional’, que en una u otra forma es compartida por todos estos gobiernos militares institucionalizados, sólo proporciona un discurso o un lenguaje que, si bien les sirve temporariamente para disfrazar su ilegitimidad, es incapaz de generar una nueva fuente permanente de legitimidad.”⁵⁰

⁴⁷ O’Donnell sostiene, para el caso del cono sur, que los Estados autoritarios se plantearon dos ejes de acción: “implantación del orden” y “normalización de la economía”, ésta última debía entenderse —de acuerdo con este autor— como el intento por “establecer reglas más o menos ‘normales’ de funcionamiento y acumulación en una economía capitalista —para lo cual un urgente alivio de balanza de pagos, la reducción de la inflación y la recuperación de alguna confianza por parte de inversores internos y externo, acerca de la viabilidad económica y política de esas economías aparecían como requisitos indispensables,” Guillermo O’Donnell, “Las fuerzas armadas y el Estado autoritario en el Cono Sur de América Latina”, en Norbert Lechner (editor), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 4ª ed., 1986, p. 202.

⁴⁸ Touraine, *ibidem*, p. 405.

⁴⁹ Véase John Saxe-Fernández, *De la seguridad nacional*, México, Grijalbo, 1977; Volker G. Lehr, “Conceptualización y problemática de seguridad nacional en el hemisferio occidental”, *Cuadernos de investigación*, núm. 7, UNAM/ENEP Acatlán, 1987; y Sergio Aguayo Quezada y Bruce Michael Bagley, *En busca de la seguridad perdida*, México, Siglo XXI, 1990.

⁵⁰ Alain Rouquié, “Las desmilitarización y la institucionalización de los sistemas políticos dominados por los militares en América Latina”, en Guillermo O’Donnell, Philippe C. Schmitter y Lawrence Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas comparadas*, Buenos Aires, Paidós, 1988, p. 176.

d) *El fracaso de la racionalidad* que intentaron introducir en las sociedades latinoamericanas: el argumento es de Norbert Lechner, quien algo sabía del asunto y escribió, hacia mediados de lo setenta, que “El Estado Autoritario intenta burocratizar (militarizar) la esfera política, desideologizando la lucha y someténdola a los imperativos aparentemente técnico-neutrales del desarrollo económico. [...] Se intenta construir un modo tecnocrático de desarrollo capitalista; él exige imponer al proceso social una racionalidad formal (encarnada por la burocracia militar). Presumo que este intento de ‘tecnocratización’ fracasa, porque en América Latina —a diferencia de los centros capitalistas— la racionalidad formal-burocrática no puede asentarse en una racionalidad material. Las sociedades latinoamericanas no muestra una ‘lógica de sistema’, que pueda ser formalizada en alternativas técnicas. Aunque las relaciones capitalistas de producción predominan, no han homogeneizado las sociedades al punto de que la lógica del capital haya sido internalizada como *la razón social*.”⁵¹

3) *El agotamiento del modelo de desarrollo nacional/populista*

No hay demasiado que agregar a lo dicho en distintas partes de esta investigación —incluso al principio de este acápite— sobre el agotamiento (notorio desde los setenta) y crisis (inocultable a principios de los ochenta) del modelo de desarrollo basado en un discurso político que privilegiaba referentes fundamentales como el de nación, soberanía, autosuficiencia, etc.; en prácticas políticas clientelares y corporativas (apelación al pueblo) y en la personalización de la política;⁵² y cuyo correlato económico quedó delineado —con algunas diferencias según el país— en el modelo de sustitución de importaciones. Desde un encuadre histórico, Mario Magallón apunta que “el populismo se presentó en América Latina desde el Estado e incide en los grupos sociales urbanos y rurales; tiene un carácter policlasista, porque envuelve tanto al desarrollo de partidos obreros como a formas democráticas de poder. El populismo es una coalición de desiguales, en el cual acaban por predominar los intereses de las burguesías. También fue utilizado como forma de control social y de movilización de las masas.”⁵³

No está de más, sin embargo, precisar todavía esta noción de populismo a efecto de distinguir cuáles políticas y estrategias económicas hicieron crisis en los ochenta. Críticos

⁵¹ Norbert Lechner, *La crisis del Estado en América Latina*, Caracas, El Cid, 1977, pp. 33-34.

⁵² Ernesto Laclau emprende una interesante revisión crítica sobre el populismo en *Política e ideología en la teoría marxista...*, op. cit., pp. 165-233.

⁵³ Mario Magallón Anaya, *La democracia en América Latina*, México, UNAM(CCYDEL)/Plaza y Valdés, 2003, p. 136.

notables de la economía populista, Kaufman y Stallings ofrecen una definición —desde una perspectiva economicista— puntual del populismo latinoamericano, el cual, según ellos,

supone un conjunto de *políticas económicas* destinadas a alcanzar *metas políticas* específicas. Tales metas políticas específicas son: *i)* movilizar el apoyo de los trabajadores organizados y algunos grupos de la clase media baja; *ii)* obtener un apoyo complementario de las empresas orientadas hacia el mercado interno, y *iii)* el asilamiento político de la oligarquía rural, las empresas extranjeras y las *élites* industriales de grandes productores nacionales. Las políticas económicas necesarias para alcanzar estas metas incluyen, pero no se limitan a: *i)* los déficits presupuestarios para estimular la demanda interna; *ii)* los aumentos de salarios nominales con controles de precios para lograr una redistribución del ingreso, y *iii)* el control o la apreciación del tipo de cambio para reducir la inflación y aumentar los salarios y los beneficios de los sectores de bienes que no intervienen en el comercio internacional.⁵⁴

Este modo de organizar la producción, la política y la sociedad fue el que entró en *crisis terminal*, lo que, por lo demás, propició una coyuntura política y económica favorable a la puesta en marcha de políticas neoliberales y, al mismo tiempo, al avance de las transiciones políticas controladas hacia la democracia.

Uno a uno estos elementos —que he enumerado— y todos en su conjunto se convirtieron en una especie de *cerco* para los regímenes políticos emergentes en la región: la democracia. De allí —deduzco— la naturaleza circunscrita y limitada de las democracias latinoamericanas. Afuera de la discusión colectiva sobre los órdenes democráticos quedaron temas tan fundamentales como la forma de acumulación de la riqueza, la explotación del trabajo, la distribución de la renta nacional...; al margen de algunos otros como la inmunidad (por decir impunidad) de las fuerzas armadas y la protección de los intereses empresariales. El resultado fue la construcción de sociedades capitalistas y democráticas con fuertes contradicciones sociales y políticas, derivadas —muchas de ellas— de esos temas excluidos de la llamada agenda neoliberal de reformas del Estado, que fueron discusión sólo de élites especializadas y/o tecnoburocracias.

Así, según lo veo, la democracia que nació de la “muerte de la revolución”, del fin de las dictaduras y del agotamiento del nacional-populismo limitó considerablemente eso que Roger Bartra llamó “el campo de las decisiones políticas”, es decir, aquello que se puede o no discutir, que se puede o no cambiar, aquello que forma o no parte de esas *reglas de juego* a partir de las cuales se construyeron los regímenes postautoritarios.

⁵⁴ Robert R. Kaufman y Barbara Stallings, “La economía política del populismo latinoamericano”, en Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo...*, op. cit., p. 25.

2. UN DEBATE INACABADO

Todo lo anterior sería materia prima para que Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini continuaran, de algún modo, su debate teórico y político.

Sin discusión directa de por medio, al menos no como la que se registró entre ambos en 1978, me propongo, no obstante, para cerrar no sólo el capítulo sino toda la investigación: 1) revisar los diagnósticos y principales tesis de los autores respecto a esta etapa de la historia latinoamericana (la transición política, particularmente), y 2) confrontar ambos planteamientos para seguir así, de cierta forma, su discusión.

2.1 CARDOSO: DEMOCRACIA Y DESARROLLO POSIBLES

Era 1973 y el exilio había acabado para Fernando Henrique Cardoso. De regreso a São Paulo, entró en contacto con Ulysses Guimarães, presidente del Movimiento Democrático Brasileño (MDB), único partido de oposición autorizado por el régimen militar, que con el oficialista partido de derecha Alianza Renovadora Nacional (ARENA) formaban el sistema partidista instaurado desde 1966.

Era el principio formal de una carrera política que dos décadas después culminaría en la Presidencia de Brasil. Durante los setenta y ochenta Cardoso se dedicó a escalar posiciones políticas: senador suplente por el estado de São Paulo (1978); tras la disolución del régimen bipartidista (por decisión del general João Baptista Figueiredo) y su sustitución por uno multipartidista, Cardoso participó en la creación, en 1980, del Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), que se definió como una fuerza política "centrista". Al poco tiempo, Fernando Henrique Cardoso buscó, con el apoyo del líder obrero Luiz Inácio Lula da Silva, crear un gran partido de izquierda. El partido nació aunque sin Cardoso: en febrero de 1980 Lula y otros líderes sindicales fundaron el Partido de los Trabajadores (PT).

En los ochenta su carrera política escaló: en 1983 se convirtió en senador de pleno derecho, líder de la fracción del PMDB en el Senado (desde 1985) y en 1986 fue ratificado, en las urnas, su escaño. En calidad de líder senatorial, intervino en la Asamblea Nacional Constituyente, que se encargó de elaborar una nueva Carta Magna. Su primera derrota electoral se la propinó el ex presidente Jânio Quadros, a quien disputó la alcaldía de São Paulo. Luego de varios desencuentros dentro del PMDB, en junio de 1988 Cardoso y otros políticos destacados (André Franco Montoro, Mário Covas, Tasso Jereissati y José Serra,

entre otros) abandonan esa organización y crean el Partido de la Social Democracia Brasileña (PSDB), al que se adhieren 48 congresistas y algunos empresarios y líderes empresariales.

Desde el Congreso —el PSDB era, a principios de los noventa, la tercera fuerza en el Senado, con 10 escaños, y la sexta de la Cámara de Diputados, con 37— Cardoso siguió siendo una figura prominente de la política brasileña. A la caída de Fernando Collor de Mello (1992), el gobierno sustituto, encabezado por el vicepresidente Itamar Franco, convocó a Cardoso a ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores. A los pocos meses (mayo de 1993), en medio de una profunda crisis económica, Itamar Franco designó a Fernando Henrique Cardoso como ministro de Hacienda. Se trata de un momento de enorme trascendencia dentro de la carrera política de Cardoso. Pone en marcha un plan de estabilización económica (el llamado Plan Cardoso o Plan Real) que, a partir de medidas monetarias restrictivas, consigue detener la escalada de precios y empieza a controlar la inflación. En buena medida, ese Plan sintetiza buena parte de las tesis económicas y políticas de Cardoso, de las que ya daré cuenta un poco más adelante.

Montado sobre el éxito relativo de su plan de estabilización (que bien visto se redujo al control de la paridad cambiaria y de la inflación, lo que detuvo, a su vez, la pérdida del poder adquisitivo), Cardoso presentó, en 1994, su candidatura a la Presidencia. Lo demás es historia harta conocida: se convirtió en el presidente con el mayor porcentaje de votos (54.3%) desde 1945. Desde la Presidencia, Cardoso continuó su proyecto identificado ampliamente con la llamada agenda de reformas neoliberales.

Al igual que Alberto Fujimori y Carlos Menem, el presidente brasileño —apoyado en una colación partidista— enmendó la Constitución para posibilitar su reelección. Pese al creciente desempleo, la precarización del trabajo, la privatización poco rentable de algunas de las mayores empresas públicas, los costos sociales de su programa económico, pero con el apoyo de las grandes compañías de comunicación (beneficiadas por la privatización), de los empresarios, del gobierno de Estados Unidos y de un despliegue *massmediático* impresionante que alertaba sobre los riesgos de un eventual gobierno “izquierdista” de *Lula*, Cardoso fue reelecto con el 53% de los votos. Cuatro años después, con muy pobres resultados de gobierno, Cardoso intentó la misma estrategia para apoyar a su candidato presidencial, José Serra; esta vez, sin embargo, fracasó.

Tiene razón Roberta Traspadini al afirmar que “Raras vezes os próprios intelectuais podem protagonizar suas idéias para submetê-las ao crivo da prática. [...] No caso do saber

acadêmico, as situações em que é possível conformar a teoria com a prática são raras.”⁵⁵ Cardoso es una de esas excepciones: durante los ochenta y noventa llevó a la práctica sus principales tesis —acaso con algunos matices derivados de la coyuntura— económicas y políticas (sobre el modelo de desarrollo y la democracia) que a lo largo de los setenta, sobre todo, definió y defendió y, al final, logró imponer en virtud, en gran medida, de la favorable coyuntura política y económica global a la que he dedicado la primera parte de este acápite.

Para Emir Sader no hay duda: “Pese a la popularización de las tesis de Guillermo O’Donnell sobre el ‘Estado tecnoburocrático’ que representarían las dictaduras, fue la versión de Fernando Henrique Cardoso la que ganó el lugar protagónico en la lucha ideológica por la hegemonía teórica de la oposición a los regímenes militares. Ella fue la que predominó en los círculos intelectuales de Brasil, Chile y Argentina. Aunque centrada en Brasil, la teoría del autoritarismo de Cardoso, fue la base de las versiones generales sobre el fenómeno y sus expresiones nacionales.”⁵⁶ Las tesis de Cardoso que Sader refiere como la “teoría del autoritarismo” fueron apenas señaladas en el anterior capítulo. Una primera elaboración de estas tesis aparece en *Autoritarismo e democratização* (1975); más tarde, algunos de los temas que Cardoso desarrolla en esa obra —en la que Sader basa su crítica— fueron retomados en conferencias y artículos.

En estos últimos habré de concentrarme, señaladamente en un texto que me parece central y que motivó un interesante debate: “Las clases sociales y la crisis política en América Latina”, un documento presentado en el llamado Seminario de Oaxaca (México, 1977). Desde luego, incluyo otros textos importantes (“Régimen político y cambio social. Algunas reflexiones a propósito del caso brasileño”, “Las alternativas políticas de América Latina”, así como “Los empresarios y el proceso de transición: el caso brasileño”, contenido en el tomo tres de *Transiciones desde un gobierno autoritario*, de O’Donnell y Schmitter).

La importancia del método

Apertura, transición, liberalización..., términos empleados por Cardoso no sólo para caracterizar los hechos registrados durante la década de los ochenta en Brasil y buena parte de América Latina, sino para definir la *nueva dependencia*: la etapa de “internacionalización del mercado interno”, de “desarrollo dependiente y asociado” de Latinoamérica respecto a los países centrales. Tanto en *Dependencia y desarrollo en América Latina* como en

⁵⁵ Roberta Traspadini, *A Teoria da (inter)dependência...*, op. cit., p. 21.

⁵⁶ Emir Sader, “Estado y hegemonía: la crisis latinoamericana”, en Marini y Millán, *La teoría social latinoamericana...*, op. cit., p. 122.

Autoritarismo e democratização —dos referencias obligadas en su obra— Cardoso se había referido al tema, pero en “Las clases sociales...” pretende dar un paso hacia delante, a la luz de la coyuntura política brasileña: los signos de agotamiento y apertura del régimen militar.

Como lo veo, la pregunta que anima la reflexión de Cardoso sigue siendo la misma que se había planteado en otros textos, aunque puesta en otras palabras: ¿cómo se *periodiza* el proceso social y cómo se teoriza el *movimiento* de las clases sociales? La respuesta que ofrece, también es la misma: ni con Marx ni con Weber, sino a través del estudio de las *situaciones concretas* que se organizan a partir de un *todo* contradictorio.

Desde este encuadre, el capitalismo es, para Cardoso, “al mismo tiempo, la explosión manchesteriana, el sistema industrial estatal de Colbert, el monopolio del rey, la explotación de los indios, la esclavitud de los negros en América, etc.”, todo eso y, “al mismo tiempo, su contrario.”⁵⁷ ¿Cardoso se torna dialéctico, en el sentido de apelar a un tiempo a la parte y al todo, a las contradicciones que definen el capitalismo? Un poco, y no sería ésta la primera vez que lo hace, tampoco la primera vez que se enreda. Para el análisis del capitalismo es necesario, siguiendo su razonamiento, echar luz sobre la relación entre lo general y lo particular y el todo. Un párrafo, extenso, de Cardoso parece sintetizar todo el planteamiento:

en cada periodo histórico estructural considerado, ya sea en el modo colonial de producción, ya sea en el modo colonial de producción, ya sea en el periodo del ‘desarrollo dependiente’, en su fase agroexportadora, en la fase llamada de ‘sustitución de importaciones’ o en la etapa de industrialización por ‘internacionalización del mercado interno’, en la medida en que sigue existiendo una relación constitutiva de varias sociedades nacionales latinoamericanas que las liga al *capitalismo en general*, o se hace el mencionado juego dialéctico entre general, particular y el todo concreto que los integra, o la caracterización de las clases (ya sea con el ánimo de verlas en términos puramente locales, o en términos de que son una expresión o reproducción del capitalismo central) es parcial y formal. No es capaz de apuntar cuáles son las contradicciones principales y las secundarias, ni tampoco, por lo tanto, de ver qué clase, grupo social o fracción de clase es capaz, en un *momento dado*, de alterar el orden subsistente. Es pues un análisis políticamente impotente.⁵⁸

Sobre esa base, lo que sigue para salir de la “impotencia analítica” es, a decir de Cardoso, construir categorías y conceptos que den cuenta de “la articulación de varias relaciones parciales en un todo jerarquizado”, de esas expresiones “pluriparticulares” latinoamericanas. De lo que se desprende, según esta línea argumentativa, la insuficiencia de conceptos generales —por ello mismo “impotentes”— como el de clases sociales, lucha de clases, explotación, imperialismo... En su lugar, Cardoso insiste en el análisis de las relaciones particulares, histórico-estructurales, de acuerdo con cada coyuntura política nacional.

⁵⁷ Fernando Henrique Cardoso, “Las clases sociales y la crisis política de América Latina”, en Raúl Benítez Zenteno (coord.), *Clases sociales y crisis política...*, op. cit., p. 211.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 222.

Manos a la obra: a partir de este “paradigma metodológico” Fernando Henrique Cardoso emprende, por igual, el análisis del modo de producción colonial que del desarrollo dependiente en su etapa de internacionalización del mercado interno. Los resultados no son del todo afortunados. Cardoso queda atrapado en su dialéctica general-particular, enredado, además, con la dimensión coyuntural del análisis: refuta conceptos generales del análisis marxista, pero los acepta dentro de su interpretación del desarrollo dependiente latinoamericano.

Un botón de muestra: al abordar el tema de la burguesía, Cardoso se refiere a tres casos en particular: México, Brasil y Argentina, de los cuales destaca algunas de sus particularidades. Sin embargo, señala, “En cualquier de estos casos [¿en cualquiera?, ¿no importa la pluriparticularidad y la coyuntura concreta?], la ‘internacionalización del mercado interno’, el papel de los conglomerados multinacionales, el fin de la guerra fría, etc., son factores determinantes *generales*.”⁵⁹ Advierte, no obstante, que estos factores deben relacionarse con cada situación histórico-estructural e inscribirse en cada coyuntura. Sin embargo, deriva consecuencias generales, no menos debatibles, a partir de estos planteamientos: las posibilidades de la *revolución burguesa*.

Antes de dar cuenta de esta polémica expresión, me parece oportuno referir que de las críticas que generó el texto de Cardoso (entre las que figuran las de Julio Labastida y Enzo Faletto), fue la de Roger Bartra —expuesta en ese mismo Seminario de Oaxaca— la que, a mi juicio, planteó el cuestionamiento metodológico más severo al “paradigma” cardosiano.

Sin muchos miramientos, Bartra apunta a lo que parece un flanco vulnerable en el autor de *Desarrollo y dependencia*: su visión dialéctica. Socarrón y sarcástico, en varias ocasiones Cardoso ha censurado la aplicación de categorías marxistas en la interpretación de la historia latinoamericana (para muestra: “la trasposición mecánica —escribe— de los atributos de una clase de productores agrarios hacia la caracterización de los encomenderos o los señores de esclavos, sólo porque ambas clases acumulaban de manera capitalista, es inconsistente. De igual modo considerarlos como ‘señores feudales’ es el mismo engaño.”), sin embargo, parece pasarle de largo, como advierte Bartra, que esas categorías generales no están definidas de una vez y para siempre, como sucede con el concepto de clases sociales, cuyo papel en la historia no está “predeterminado, por obra y gracia de Dios, a través de la ‘dialéctica de la marcha incontrolable de las oposiciones generales’, como dice sarcásticamente Cardoso. Su lucha contra lo general lo ha llevado a tirar por la borda —en la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 230.

práctica— categorías fundamentales como la *lucha de clases*, el *imperialismo*, la *revolución*, etc., lo que le dificulta, consecuentemente el análisis clasista.⁶⁰

Más contundente, Bartra profundiza su crítica contra el uso licencioso —por decirlo de algún modo— cuando no equívoco, de las leyes de la dialéctica:

Cardoso aplica burdamente la ley de la negación de la negación: para él lo general niega a lo particular (y viceversa) y esta negación es negada por la totalidad concreta. La ley de la negación de la negación se refiere al movimiento de la estructura y no puede aplicarse mecánicamente a la teoría del conocimiento. Cardoso ve las contradicciones entre los contrarios como negaciones que producen situaciones nuevas, pero se olvida con frecuencia de ver la *contradicción misma* (la explotación, la lucha de clases, etc.) Olvida que la negación no sólo implica superación y cambio de las cualidades de los contrarios, sino que al mismo tiempo es una *contradicción viva* que se expresa concretamente en el proceso histórico. Por eso rehuye la definición de cualidades de las clases sociales, por eso escapa del concepto de lucha de clases. Nadie en su juicio negará que esas ‘cualidades’ son cambiantes: justamente es la lucha de clases la que dinamiza y pone en movimiento. [...] En suma, el desvencijado andamio de lo particular y lo general que usa Cardoso corre el riesgo de venirse abajo con los rudos movimientos de su escurridiza dialéctica.⁶¹

A mi juicio, Cardoso vuelve a perder otra batalla, y la vuelve a perder en el mismo terreno que frente a Marini: en el del marxismo. En algún momento de la carretera de lo general a lo particular y de allí a hasta la totalidad, el análisis de Cardoso sobre el modo de producción colonial o la etapa de desarrollo dependiente, se extravía: por momentos la coyuntura parece sepultar tendencias históricas; a ratos, cuando mejor le viene, lo que parece prevalecer son categorías universales que favorecen a una de las clases: la burguesía, lo cual parece remitirnos a sus tesis de la primera mitad de los años sesenta sobre los empresarios y sus posibilidades como protagonistas del cambio social —al cual me referí en el capítulo anterior.

Revolución burguesa: lo posible, lo deseable

La coyuntura lo coloca en el estudio de la burguesía, de los empresarios.⁶² Fiel a su método, ambiguo y poco riguroso, Cardoso emprende el análisis de las clases sociales —el objetivo central de su tesis— del capitalismo latinoamericano del que es testigo: la etapa de internacionalización del mercado interno, o internacionalización de la economía, como también la define. Ya se sabe —y si se olvida, Cardoso se encarga de recordarlo— que el análisis de clases no pueden partir del “papel histórico” —concepto general— de éstas, sino

⁶⁰ Roger Bartra, “Comentario: clases sociales y crisis política en México”, en Zenteno, *op. cit.*, p. 266.

⁶¹ *Ibidem.*

⁶² A este tema dedica su contribución a una difundida colección sobre la democracia, véase Fernando Henrique Cardoso, “Los empresarios y el proceso de transición: el caso brasileño”, en O’Donnell, Schmitter y Whitehead, *Transiciones desde...*, *op. cit.*, pp. 213-235.

que “requiere una especificación en términos de *coyunturas* y, por lo tanto, lleva a la diferenciación.”⁶³

Y el momento histórico que nuestro autor observa es favorable para la “revolución burguesa”. En unos cuantos trazos, esta coyuntura se podría caracterizar de la siguiente forma: la “internacionalización del mercado interno” —etapa del desarrollo dependiente— se define por “dos procesos marcantes”: 1) la asociación subordinada de las burguesías locales a los intereses del capital internacional (de allí la nutrida presencia de empresas multinacionales) y 2) el arribo de algunos grupos de las clases medias (señaladamente militares y “profesionales de orientación tecnocrática”) a ciertos sectores del Estado y del sector público de la economía, lo que conduce a una “apertura social controlada desde arriba”, basada en la cooptación de “grupos importantes de las clases medias” y en la manipulación de “símbolos de integración nacional” como estrategia para la movilización de las masas urbanas.

Ambos “procesos marcantes”, a su vez, habrían generado una “crisis de hegemonía”, cuyo desenlace fue distinto en cada nación latinoamericana —lo mismo desembocó en “modelos no ortodoxamente capitalistas de desarrollo (Perú), cuando no francamente hacia procesos socialistas (como en Chile)”—, pero en todos los casos evidenció la naturaleza en la correlación de fuerzas y los arreglos de esa alianza de intereses —en la que no obstante prevalecen contradicciones— que está detrás de todo Estado: intereses monopolistas, intereses de la burguesía local e intereses de los funcionarios y técnicos.⁶⁴

El resultado de esta ecuación entre la internacionalización del mercado interno y la crisis del bloque hegemónico (la alianza tripartita) es lo que Cardoso define como revolución burguesa: “Designo como ‘revolución burguesa de los países dependientes’ a este proceso [de apertura controlada] y al dislocamiento en el bloque de poder de los intereses de los antiguos grupos nacionalistas burguesas populistas, que fueron sustituidos por la burguesía internacionalizada y por el tecnocratismo civil y militar.”⁶⁵ Se trata, a decir de Cardoso, de la única revolución posible en las sociedades dependientes:

La otra, la revolución burguesa, democrático liberal, que además de incidir sobre el orden social postulaba una transformación en el régimen político, creando la democracia liberal, pertenece no al pasado sino a las formaciones sociales que no se constituyeron de forma análoga en los países de economía dependiente. La expectativa de que la industrialización y la urbanización abrirían paso a la etapa democrático burguesa está basada en una analogía anacrónica e indebida. La ‘revolución’ que las burguesías asociadas pueden propiciar en las condiciones peculiares de las sociedades dependientes es la que está en curso en México o

⁶³ Cardoso, “Las clases sociales...”, *op. cit.*, p. 229.

⁶⁴ *Ibidem*, pp. 231-232.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 234.

en Brasil y que, en Argentina por ejemplo, quedó parada a medio camino porque se hizo antes y bajo la presión de grupos urbano-populares organizados.⁶⁶

Aunque con notables limitaciones políticas y económicas, esta “única revolución posible” tendría sus ventajas:

- 1) Permite el desarrollo económico aún en condiciones de dependencia, en palabras del autor: “es la forma posible de aceleración de crecimiento económico en ‘situaciones de dependencia’ cuando las economías locales se integran cada vez más al modo capitalista de producción”;⁶⁷
- 2) Si bien la revolución burguesa no rompe los lazos de dependencia, los transforma en un sentido positivo, ya que “no se basa en la ruralización en detrimento de la industrialización, ni lleva a la intensificación de una simple relación entre países exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados. Al contrario, la característica de la relación de dependencia que se está implantando en países como Argentina, Brasil o México se basa en una nueva división internacional del trabajo, por la cual parte del sistema industrial de los países hegemónicos es transferida, bajo control de las corporaciones multinacionales, a las economías periféricas que lograron alcanzar previamente cierto avance.”⁶⁸
- 3) Favorece el crecimiento del “mercado interno” en la periferia, lo que “acabaría” de paso con las tesis del imperialismo y subimperialismo. “Los datos [...] muestran que el mercado interno siguen creciendo más rápidamente que el externo y no indican ninguna crisis de consumo, capitalísticamente hablando. [...] Siendo así, es débil el argumento de que la industrialización en la periferia, en la fase actual, llevaría por *motivos económicos* a la necesidad de creación de núcleos imperialistas.”⁶⁹
- 4) Aunque de forma gradual y limitada, posibilita la incorporación de sectores de la población al sistema productivo y a los beneficios del desarrollo: “No se trata de un proceso de integración social si éste se entendiera como la disminución de las desigualdades regionales (el fin del colonialismo interno) y de redistribución más ecuánime de los ingresos. Pero es posible y se está realizando un proceso de absorción

⁶⁶ *Ídem.*

⁶⁷ Fernando Henrique Cardoso, “Alternativas políticas en América Latina”, ponencia presentada en el Center for Inter-American Relations, New York, 1975, p. 18.

⁶⁸ Cardoso, “El modelo político brasileño”, ponencia presentada en la Universidad de Yale, 1975, p. 12.

⁶⁹ Cardoso, “Las clases sociales...”, *op. cit.*, pp. 235-236.

parcial de grupos sociales en el desarrollo capitalista y existen tentativas de ‘apertura social’.”⁷⁰

- 5) No acaba, pero atempera la violencia de los regímenes políticos: “La represión que existe es política y violenta, pero no lleva a un estado de sociedad del estilo, por ejemplo, del Portugal de Salazar.”⁷¹

Las mismas tesis, sólo que en otros textos: Cardoso no sólo repite ideas sino incurre en los mismos errores e imprecisiones —que ya registré en el capítulo anterior.

Por donde se le vea, nos coloca en un escenario sin demasiadas opciones, acaso sola una: el de la *revolución burguesa*, que no hace sino afirmar la dependencia de las economías latinoamericanas: si bien acelera la industrialización y el desarrollo, lo hace perpetuando la estructura de clases, las desigualdades en la distribución del ingreso, el carácter subordinado del capital nacional respecto a las corporaciones multinacionales, la concentración de capital, la intensificación de la explotación del trabajo, deprimiendo el mercado interno...

Y es que de nueva cuenta las cifras que Cardoso aporta para sustentar sus *cuentas alegres* derivadas de este modelo no cuadran: entre las críticas de Julio Labastida al artículo de Cardoso, destacan dos puntos: a) el escaso crecimiento de la “capacidad de consumo” de la gran mayoría de la población que se refleja por la baja producción de bienes ligeros y de capital: hacia el final de los sesenta la producción de artículos de consumo aumentó a penas 2%, y descendió su participación con respecto a la producción industrial total de 11.7% pasó a 11%; mientras que la de bienes de capital creció 6.9%; y b) pese a la “apertura y la cooptación social” a las que alude Cardoso, el “desarrollo dependiente” profundiza la desigualdad y la pobreza: “comparando los cambios en la distribución del ingreso de 1960 a 1970, se advierte que el 80% de la población, o sea 72 millones de brasileños, empeoraron su situación relativa, el 15% conservan su situación relativa y el 5%, 4.5 millones de personas mejoran notablemente.”⁷²

Si ya en lo económico la “revolución burguesa” muestra notables insuficiencias, en lo político las cosas se ponen peor. Como la revolución-burguesa-democrático-liberal no es posible en los países dependientes, esa revolución que trastocaría el régimen político, lo que nos queda es un “proceso de apertura” con enormes limitaciones, no sólo por la lentitud con la

⁷⁰ *Ibidem*, p. 233.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² Julio Labastida Martín del Campo, “Comentario: la revolución burguesa de los países dependientes”, en Zenteno, *op. cit.*, pp. 255-256.

que se dan los cambios, sino por el reducido número de éstos y sus no menos considerables restricciones cuando llegan a producirse. Como el mismo Cardoso llega a reconocer, esa “apertura” social y, en menor grado, política es controlada “desde arriba” y de acuerdo con la correlación de fuerzas en el bloque hegemónico en turno.

Una última crítica para Cardoso. Ya no sobre la alternativa única que plantea para América Latina sino sobre su método. La observación es de Bartra: “el análisis clasista cardosiano, después de haber sido anunciado con tanto vigor como alternativo al empirismo extremo y al formalismo marxista, más bien deja al lector desarmado y desorientado. Nos presenta un análisis vagamente triclassista (burguesía-clasemedio-trabajadores) en el que aparecen categorías sociales, sectores, fracciones, bloques, grupos, masas urbanas y masas marginales como sombras entremezcladas de un ‘todo concreto’ en el que reina la confusión entre lo general, lo particular y lo abstracto.”⁷³ *Touché*. Cardoso ha naufragado en su propia dialéctica: ni en lo general ni en lo particular, tampoco en lo concreto ni lo abstracto⁷⁴ Cardoso ha conseguido lo que prometió: dar cuenta de cuáles son las *contradicciones* principales y las secundarias y, por otro lado, identificar las posibilidades de algunas clases o estratos sociales para *alterar* el orden existente.

En suma, el mejor de los mundos para América Latina —el más conveniente y viable, según Cardoso— resulta el peor para la mayoría de las sociedades latinoamericanas: subordinación económica, intensificación de la dependencia, empobrecimiento y exclusión social, a cambio de un proceso de apertura socio-política a cuentagotas y hasta donde lo permita el juego político entre el capital internacional y el bloque hegemónico local.

2.2 MARINI: DEPENDENCIA Y DEMOCRACIA

Luego de 14 años de exilio, la amnistía política de 1979 le permitió a Ruy Mauro Marini regresar a Brasil. Aunque no fue sino hasta 1984 cuando decidió reinstalarse de forma definitiva. Empezaba, así, un difícil trajinar por universidades y centros de investigación. Tras un par de malogrados proyectos editoriales (un suplemento del *Jornal do País* y la revista *Terra Firme*), Marini se incorporó —gracias a los oficios de Theotônio Dos Santos— a la Fundación de Escuela de Servicio Público (FESP) en Río de Janeiro. Durante los dos años que permaneció en la FESP, Marini intentó, con mediano éxito, incidir en el debate teórico y

⁷³ Bartra, *op. cit.*, p. 273

⁷⁴ Las generalizaciones sobre Argentina, Brasil y México, así como el análisis “concreto” del caso mexicano ofrecen, sin duda, materia prima para continuar la crítica a Cardoso.

político nacional. Su reincorporación a la vida académica e intelectual brasileña se vería obstaculizada, según el propio autor, por la correlación de fuerzas contraria a la izquierda y por el control de algunos intelectuales sobre las oportunidades y recursos para realizar proyectos de investigación. En su *Memoria*, lo pone en los siguientes términos:

Ocurrió en el país un fenómeno curioso: intelectuales de izquierda, que ocuparon posiciones en centros académicos, o que los creaban con el fin principal de ocupar posiciones, establecían a su alrededor una red de protección contra el asedio de la dictadura y utilizaban su influencia sobre el destino de presupuestos y de becas para consolidar lo que habían conquistado, actuando con base en criterio de grupos. Sin embargo, lo que aparecía, originalmente, como autodefensa y solidaridad se tornó, con el pasar del tiempo —principalmente con el inicio de la desvinculación del régimen, a fines de los años setenta— una vocación irresistible para el corporativismo, la complicidad y el deseo de exclusión de todo aquello —cualquiera que fuera su connotación política— que amenazara el poder de las personas y grupos beneficiarios de ese proceso. Por otra parte, en el ambiente cerrado que sofocaba el país, resultaba provechoso, para los que en él podían entrar y salir libremente, monopolizar y personalizar las ideas que florecían en la vida intelectual de la región, adecuándolas previamente a los límites establecidos por la dictadura. En este contexto, la mayoría de la intelectualidad brasileña de izquierda colaboró, de manera más o menos consciente, con la política oficial, cerrando el camino para la difusión de los temas que agitaron la izquierda latinoamericana en la década de 1970, marcada por procesos políticos de gran trascendencia y concluida con una revolución popular victoriosa.⁷⁵

Omite nombres y apellidos, pero se refiere —evidentemente— a intelectuales como Fernando Henrique Cardoso, José Serra, Juárez Brandao López, Francisco de Oliveira..., y otros que acompañaron a Cardoso, primero, en esa empresa intelectual y, más tarde, en sus andanzas políticas.

Y es que, en cierta forma, la trayectoria intelectual e incluso personal de Ruy Mauro Marini es la otra cara de la moneda respecto a la de Cardoso: una trayectoria académica ampliamente reconocida dentro y fuera de Brasil, y aún más, una ascendente carrera política que a partir de finales de los setenta y durante toda la década de los ochenta no dejará de escalar.

En contraste, Marini regresa a Brasil para volver a empezar y no de cero: por un lado, debe enfrentar a esos grupos de intelectuales que —según denuncia— cooptan espacios y recursos; y, por el otro, una nueva agenda de discusión teórica en la que dominaban temas como la transición democrática, la internacionalización de las economías latinoamericanas, la reforma del Estado, etcétera.⁷⁶ Como sugerí en el acápite anterior, el debate intelectual entre Cardoso y Marini devino querrela política.

⁷⁵ Marini, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 54.

⁷⁶ Si bien Marini no incursionó en la política político-partidista brasileña, si alcanzó a ser afectado por algunos resultados electorales, por ejemplo la derrota de su amigo Darcy Ribeiro —en los comicios estatales de 1986—, con quien colaboraba en un proyecto académico.

Como sea, en 1986 Marini recuperó el lugar que alguna vez tuviera en la Universidad de Brasilia y que perdiera como consecuencia de la dictadura militar. Reinstalado en el departamento de ciencia política y relaciones internacionales, Marini continuó su enseñanza del marxismo y su análisis sobre economía, Estado, clases sociales, etcétera.

Durante la segunda mitad de la década de los ochenta, emprendió tres investigaciones para distintos centros académicos: uno de ellos, *Desarrollo económico, distribución del ingreso y movimiento sociales en Brasil*, concluyó en 1986, y le permitió —según el mismo Marini— constatar los ciclos históricos de aceleración de la concentración del ingreso; en un segundo estudio, *La política de fomento a las exportaciones y el déficit público en Brasil* (1988), emprendió una investigación sobre las políticas públicas puestas en práctica durante las últimas tres décadas en esa nación; finalmente, en *Crisis y renovación de la industria automovilística mundial* (1989) revisó un sector que consideraba clave en la economía brasileña. Sin embargo, Marini reconoció que “la carga de trabajo de estas investigaciones fue siendo [...], poco a poco percibida como un mecanismo de drenaje de mi vida intelectual a favor de mi refuncionalización al sistema científico-cultural vigente en el país. De hecho, ella implica que las inquietudes y objetivos de investigación, derivados de mi propia trayectoria de trabajo, así como a selección de temas de estudio a que ella tiende, fueran dislocados del centro de mi ocupación principal, pasando a recibir un tratamiento marginal, lento y penoso, y eso cuando recibía alguno.”⁷⁷

A partir de mayo de 1990, una virosis y la escasez de recursos para financiar algunos de sus proyectos de investigación, lo llevaron a hacer una pausa en su tarea intelectual. Aquella enfermedad no lo abandonaría sino hasta su muerte, en 1997, luego de haber regresado a México y reincorporarse al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, en donde coordinó una conocida obra colectiva, en cuatro tomos (*La teoría social latinoamericana*), en la que se incluye un artículo de su autoría sobre la globalización (“Procesos y tendencias de la globalización capitalista”), y publicó una valiosa antología, en tres tomos (*La teoría social latinoamericana. Textos escogidos*).

Algunos de sus textos más significativos de los ochenta y los primeros años de los noventa —dados a conocer por primera vez en conferencias y seminarios, y que después aparecerían como artículos en revistas o capítulos en libros—, fueron reunidos en *América Latina: democracia e integración*, obra que será la última parada de esta investigación.

⁷⁷ Marini, *op. cit.*, p. 62.

Democracia burguesa

Entre mascarada y complot, la democracia que se instaló en América Latina durante los ochenta no fue, según Marini, sino parte de un proceso económico y político, signado por la reestructuración capitalista y un reacomodo político-ideológico de la burguesía, que se expresaría en sensibles cambios institucionales.

Protagonista central de este proceso, Estados Unidos estaría detrás de la redemocratización de América Latina. De acuerdo con esta hipótesis, las dictaduras militares —que años atrás habían apoyado— dejaron de ser funcionales para el gobierno estadounidense, entre otras razones: 1) porque el nuevo modelo económico implicaba el achicamiento del Estado (la reducción de su base económica y la limitación de funciones), lo que tropezaba con los regímenes militares —esos grandes y cuantiosos aparatos tecnoburocráticos—; 2) porque los proyectos nacionales formulados por las dictaduras militares “creaban constantes conflictos [...] en el seno del esquema de seguridad internacional de Estados Unidos”, ya sea “como resultado de un nacionalismo exacerbado o por la pretensión de gobiernos castrenses a acceder a cierta autonomía en el plano internacional”; y 3) por la incapacidad de las fuerzas armadas para “construir regímenes políticos estables.”⁷⁸

Una coyuntura que las burguesías locales, que años atrás habían acompañado a las dictaduras militares, aprovecharían para separarse de esos regímenes. Además de la consecución de sus propios intereses y de las malas cuentas que entregaban las dictaduras militares que motivaron la defección de las burguesías latinoamericanas, Marini identifica otro elemento acaso de mayor importancia: “el factor determinante para que la burguesía se alejara de los regímenes dictatoriales ha sido el rápido crecimiento de los movimientos democráticos populares, que puso en evidencia la incapacidad de esos regímenes para promover una estabilidad política duradera.”⁷⁹ Pero no sólo se sumó a estos movimientos, sino que se montó en ellos: “bregó por asumir su conducción ideológica y política, movilizándolo a sus intelectuales orgánicos y procediendo a su propia unificación mediante un gran acuerdo entre sus distintas fracciones.”⁸⁰

Ello explicaría, según este autor, el carácter pacífico de la transición política —de *terciopelo*— en Latinoamérica. Más que rupturas, este proceso se habría distinguido por

⁷⁸ Ruy Mauro Marini, *América Latina: democracia e integración*, Venezuela, Nueva Sociedad, 1993, p. 14. Este primer capítulo (“La lucha por la democracia”) apareció publicado por primera vez en *Cuadernos Políticos*, núm. 64, julio-diciembre, 1984, y se reprodujo en Agustín Cueva (comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, México, CNCA, 1994, pp. 85-101.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 22.

⁸⁰ *Idem*.

mantener cierta continuidad con los regímenes anteriores, por ejemplo, respecto a la — desigualdad— distribución de los ingresos y del poder político, que siguió siendo monopolio del reducido bloque gobernante.

Visto así, se impuso el proyecto burgués, que en unos cuantos trazos —siguiendo muy de cerca el texto de Marini— podría ser caracterizado así:

∅ *En política*, el eje del “proyecto burgués” fue la reconstrucción de la democracia parlamentaria. El “acento principal” es el “fortalecimiento del parlamento, donde puede [la burguesía] con facilidad obtener mayoría o, lo que es más frecuente, por mediación de la élite política a su servicio.”

∅ *En economía*, la propuesta no podía ser otra que seguir la agenda neoliberal de reformas, de esta manera, “la burguesía toma como arma el neoliberalismo para privatizar en su provecho el capital social que se encuentra en la esfera pública y para limitar la capacidad de regulación de que dispone el ejecutivo, ya sea transfiriendo parte de sus atribuciones al parlamento, ya sea apropiándose ella misma de la otra parte en nombre de supuestos derechos de la iniciativa privada.”⁸¹

Además de desconfiada, hasta aquí la mirada de Marini sobre la democratización latinoamericana parece oscilar entre la mascarada y el complot: la democracia como una consecuencia de un proceso que se decidió en las alturas o en los sótanos de los grandes centros de decisión: Estados Unidos y al interior de los bloques gobernantes locales de la región, casi siempre a espaldas de los movimientos populares, “protagonistas principales”, por cierto, en el combate y fin de las dictaduras militares y en la reivindicación de principios democráticos.

¿Cómo se explica este *desplazamiento* de las organizaciones sociales por la burguesía en el proceso de democratización, y más aún, la debilidad de estos movimientos frente al embate neoliberal durante los ochenta?

Fueron los saldos de tres lustros de luchas político-ideológicas las que diezmaron a esas organizaciones populares y grupos de izquierda. “La división y la dispersión del campo popular le fueron impuestas por los regímenes autoritarios en su afán de suprimir cualquier tipo de oposición organizada. Reprimidos y perseguidos, sus integrantes se refugiaron —en tanto que ciudadanos— en sus últimos reductos, de los que no se les podría expulsar: la fábrica, la vivienda, la escuela, con el fin de iniciar, a partir de allí, la resistencia a la violación

⁸¹ *Ibidem*, p. 23.

de sus derechos y luego la defensa abierta de ellos.”⁸² Además de la de la dispersión del movimiento y de la ofensiva contra la “vanguardia”, la “velocidad histórica” los obligó a entrar en una nueva etapa sin haber concluido la “renovación y reestructuración” de las organizaciones populares, obreras, campesinas, partidistas..., “así, buena parte de su actuación quedó ligada a sus intereses inmediatos, corporativos, sin que estos alcanzaran aquel punto que se trastocan en objetivos sociales y políticos de carácter general. La desaparición de cuadros y dirigentes experimentados a manos de las fuerzas represivas, volvió penosa la readecuación de las formas de lucha y resistencia a las condiciones de la acción amplia y legal por parte de las masas, tanto más cuanto que la formación de nuevos cuadros estaba todavía en curso.”⁸³

A las heridas derivadas de la batalla (división, dispersión política y confusión teórica) y a la complejidad del nuevo escenario, habría que agregar que las organizaciones populares padecieron los impactos de una participación estratégica de la burguesía que consiguió “asumir las aspiraciones populares y devolverlas, diluyéndolas y deformándolas, para ofrecer reformas liberales allí donde empezaban a plantearse exigencias de participación, democracia y socialismo.”⁸⁴ En pocas palabras, ante la debilidad de la organización popular, la burguesía se habría erigido en *intermediaria* —en el sentido schmitteriano, neocorporatista—⁸⁵ de una sociedad atomizada y de sus demandas inmediatas y fragmentarias.

Pero no todo está perdido en este escenario, Marini identifica algunas tareas que podrían cambiar el signo del momento histórico: *a)* convertir la organización “molecular y reivindicativa” —“órganos de participación democrática”— en instrumentos de presión y control del Estado; de este modo, *b)* evitar la intermediación y, con ello, reducir la participación de la burguesía local; *c)* a la izquierda le corresponde, primero, reorganizarse, reflexionar sobre su “rica experiencia” y “abrirse sin perjuicios a la evolución del movimiento popular” y, segundo, “formular un proyecto alternativo al simulacro de democracia en curso, y hacerlo junto y con las masas.”⁸⁶

Mascarada y complot: la democracia “realmente existente” en América Latina como una derrota de los movimientos populares, como el saldo histórico de las batallas entre la izquierda y las dictaduras militares, como consecuencia de un proceso global —la reestructuración de la economía capitalista— controlado por Estados Unidos.

⁸² *Ibid.*, p. 26.

⁸³ *Idem.*

⁸⁴ *Ibidem.*, p. 27

⁸⁵ Véase Philippe Schmitter, *Teoría del neocorporatismo*, México, Universidad de Guadalajara, 1992.

⁸⁶ Marini, *op. cit.*, p. 29.

Un diagnóstico, éste de Marini, sombrío y desolador que, sin embargo, vislumbra posibilidades de cambio —“no hay fenómeno social que no tenga dos signos”— en la recomposición de la organización popular y, particularmente, de la izquierda latinoamericana.

Capitalismo: crisis y resurrección

Y en el comienzo: la crisis del sistema capitalista mundial. Para Marini, las transformaciones aludidas habrían sido parte de un nuevo ciclo económico largo u onda Kondratiev, que supone periodos de alrededor de medio siglo que incluyen fases de expansión, crisis y recuperación económicas: “la tesis que sostenemos aquí es que estamos ingresando a un nuevo ciclo de ese tipo, lo que implica cambios bruscos y situaciones inesperadas.”⁸⁷

Cercano a varios de los autores y tesis que registran los cambios en los setenta y ochenta —y que he referido en la primera mitad de este acápite—, Marini caracteriza la década de los ochenta como una etapa de transición económica mundial, que se sostiene en dos mecanismos contradictorios: 1) la “modificación de los campos de fuerzas que configuran la economía mundial y su resultado es el surgimiento de nuevos bloques económicos”; y 2) la liberalización económica, esto es, “la transformación de las relaciones jurídicas que rigen el flujo internacional de bienes y servicios y su objetivo es hacer más libre la circulación de mercancías y capitales en el conjunto del sistema.”⁸⁸ Mientras en algunas regiones del mundo tienen lugar procesos de integración, en otras sucede lo contrario, como en América Latina, en donde intentos de crecimiento económico “autónomo y solidario” fracasó, como el Sistema Económico Latinoamericano (SELA).

Pero no sólo eso, en la definición de las nuevas reglas e instituciones que ordenarían la economía mundial, Latinoamérica fue marginada y sus intereses desplazados por los de las economías centrales —por ejemplo durante la octava conferencia internacional de negociaciones multilaterales del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), conocida como Ronda Uruguay.

Frente a las nuevas reglas, el embate del credo neoliberal, endeudadas y dependientes, las economías latinoamericanas no tuvieron demasiadas opciones, y la que eligieron tuvo un enorme costo social. En palabras de Marini: “América Latina ha echado mano de la contención de la demanda e incluso, artificialmente, de los subsidios a la producción y a la exportación. Con ello, ha jugado para aumentar la oferta mundial de bienes, con la consiguiente caída de precios, con lo que a la sangría representada por el pago del servicio de

⁸⁷ *Ibidem*, p. 31.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 41.

la deuda se añaden las transferencias de valor vía precios. En la medida que esa política se ha llevado a cabo reprimiendo el nivel de vida de la población y sustrayendo recursos a la inversión productiva, los países latinoamericanos han sido conducidos a la estagnación, a la inflación y al desempleo.”⁸⁹

Más que negarse a la integración de las economías latinoamericanas al sistema capitalista bajo las nuevas reglas del juego, Marini propone generar otras condiciones para concretar ese proceso: “De plano, la búsqueda de integración a la nueva economía mundial es un camino que no puede dejar de transitarse. Ello supone, sin embargo, crear una correlación de fuerzas más favorable a los países de la región, en lugar de ir de pecho abierto hacia una integración con los grandes centros que disfraza mal su carácter de anexión.”⁹⁰ Algunas de esas condiciones son:

- a) *Integración regional*, un proceso que debía trascender el ámbito gubernamental, esto es, en el que debían de participar las organizaciones populares, y que Marini veía como una de las estrategias más viables para una integración más favorable de América Latina a la economía mundial.
- b) *Redefinición de la reforma neoliberal del Estado*, con acento en la recuperación de la rectoría estatal en el desarrollo económico, con el propósito de limitar la capacidad de decisión y control del capital trasnacional y de las burguesías locales.
- c) *Control sobre el proceso de privatización de las empresas públicas*, que asegure no sólo el traspaso del patrimonio público a los intereses privados, sino que conduzca a una mayor “participación popular” en la producción y distribución del ingreso nacional.
- d) *Reconducción del gasto público*, que no privilegie el pago de intereses de la deuda ni “las transferencias estatales al sector empresarial”, sino que una parte del gasto se destine a políticas sociales (salud y educación, sobre todo).

Al igual que el “simulacro democrático” en América Latina, este proceso de liberalización económica planteaba —según Marini— un enorme reto para las organizaciones populares y la izquierda latinoamericana: de su recomposición y capacidad política para incidir en la correlación de fuerzas dependería el rumbo de estos procesos en curso.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 48.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 50.

3. UN DEBATE SIN FIN

Aunque a distancia y sin interlocución directa de por medio, el debate entre Marini y Cardoso continuó porque sus protagonistas siguieron pensando igual y siendo los mismos. Se trataba, ya lo dije, de filias y fobias teóricas, de credos y apostasías políticas irreconciliables, contrapuestas, tanto así que aunque compartían el diagnóstico sobre América Latina (a finales de los setenta se había impuesto un bloque hegemónico formado por el capital internacional, la burguesía local y los militares y tecnócratas, que habrían iniciado un proceso de apertura económica y política) no lo valoraban del mismo modo: para uno era la solución, para otro parte del problema.

Visto a fondo, ni Cardoso ni Marini mudaron sus ideas. Fernando Henrique Cardoso observó cómo fueron ganando terreno sus tesis y propuestas, aún más, cómo logró ponerlas en práctica. A un cuarto de siglo de aquel debate entre Cardoso y Marini, se puede constatar que el ex presidente brasileño cumplió su promesa: un tipo de desarrollo económico que no era sino acumulación de capital y ampliación de la base productiva, lo que implicaba —necesariamente— explotación y pobreza. Los saldos de sus dos periodos de gobierno están a la vista y son materia de debate público: al igual que otros mandatarios que gobernaron por aquellos años, Cardoso puso orden en las finanzas nacionales, controló algunas de las variables macroeconomías que preocupan a los mercados internacionales, redujo la inflación y contuvo la pérdida de valor adquisitivo del circulante brasileño, pero a un costo social muy alto: la proliferación de la pobreza, la precarización del empleo y del salario, el inocultable deterioro de la convivencia social cuyo evidencia contundente fue la irrupción de la violencia... Más que un fracaso de su gobierno, parece —según las tesis de Cardoso— que no era sino el “costo social” del desarrollo.

Con la democracia sucedió algo muy parecido: la *democracia burguesa* —ese proceso de apertura política que el mismo Cardoso reconoce como controlado “desde arriba”— fue el precio que habría que tenido que pagar la sociedad brasileña por el fin de las dictaduras. En eso consistía la vía *reformista* por la que se pronunciaba Cardoso: en el control elitista de la apertura económica y política.

Un modelo que al final se impuso no porque fuera el más acabado ni el mejor ni el único —como se llegó a afirmar—, sino porque la correlación de fuerzas lo favoreció: como al propio Cardoso.

En contraste, Marini y sus tesis —como tantos otros teóricos— quedaron del otro lado: el de la derrota política, que no teórica, como ya he señalado.

Y es que para Marini el desarrollo no podía concebirse como simple acumulación de la riqueza, como expansión del aparato productivo, como internacionalización del mercado. El desarrollo económico pasaba por la formas de acumulación de la riqueza, por los criterios de distribución del ingreso, por los límites en la explotación del trabajo y del salario. De la misma manera, la democracia no podía reducirse a un proceso de apertura política, de transición de una dictadura militar hacia un gobierno civil y un régimen de garantías políticas más amplio. Para que dejara de ser un “simulacro” —según la rotunda expresión de Marini—, la democracia latinoamericana debía ampliar el espacio de participación de los sectores populares, establecer cotos a los intereses de la burguesía y de los grandes capitales internacionales.

Si bien escéptico frente a la “democracia burguesa” realmente existente, Marini parece no renunciar a la “lucha democrática”: su apuesta era por las organizaciones sociales y por la recomposición de la izquierda y de sus proyectos, con miras a modificar la correlación de fuerzas y, de esa forma, hacer de la democracia un proyecto de orden social más solidario, equitativo y autónomo.

En este proceso, teóricos e intelectuales tenían una responsabilidad histórica: hacer frente a la ofensiva neoliberal en el terreno de la reflexión teórica y del análisis de la realidad latinoamericana. Para ello, Marini insistía en el enfoque de la dependencia:

Se impone, de hecho, empeñarse en la construcción de una teoría marxista de la dependencia, recuperando su primera floración de los años veinte y la que se registró a partir de mediados de los sesenta. Después de eso, el marxismo se ha desarrollado entre nosotros de manera extraordinaria, produciendo gran cantidad de información y conocimiento sobre nuestra realidad y abriendo camino a su elaboración teórica.

[...] Retomar el hilo de la teoría de la dependencia significa reencontrar lo mejor del pensamiento de izquierda, sin que esto suponga de manera alguna que ella aporte respuesta suficiente a la problemática actual. Por ello se hace necesario asumir la teoría de la dependencia de modo creador, es decir, sometiéndola a una revisión radical, lo cual comienza por la crítica de las concesiones metodológicas al funcionalismo que envían la obra de algunos de sus autores, así como la de ciertas tesis importadas del arsenal desarrollista.⁹¹

Según lo veo, la reivindicación de Marini sobre la teoría de la dependencia no huele a nostalgia ni a autocomplacencia: más parece un llamado a recuperar parte de una tradición de pensamiento —ligado a la izquierda política latinoamericana y quizás por ello arrastrado con ella tras lo que se dio en llamar el fin del socialismo— fértil y con potencial crítico, que si bien no tenía las respuestas seguía planteando preguntas fundamentales acerca del valor del trabajo en la nueva etapa del capitalismo, de la función del Estado frente al embate del

⁹¹ *Ibid.*, p. 84.

mercado, de la afirmación de la dependencia económica latinoamericana respecto a los países centrales, de la baja intensidad de la democracia que surgía en la región, de los obstáculos para la integración regional...

Una tradición intelectual que, como el propio Marini, intentaron sepultar en los escombros de la revolución o del socialismo, aquellos que, como Cardoso, encontraron en la liberación de los mercados, la reducción del Estado, la privatización de los servicios públicos, la internacionalización del mercado interno no una sino "la" solución a los problemas de América Latina.

Luego de 1978, la discusión entre Marini y Cardoso se tornó política. No es que ambos contendieran por puestos de poder, por cargos de elección. Es que sus tesis expresaban proyectos políticos distintos y opuestos, por ello es que la suerte que corrieron sus ideas y propuestas va de la mano de la suerte de sus propios autores: el desarrollo dependiente se impuso y Cardoso se convirtió en presidente de Brasil —por dos periodos consecutivos—, mientras que, en contraste, las ideas dependentistas y Ruy Mauro Marini padecieron marginación, ostracismo y estuvieron amenazadas durante largo rato por el olvido.

CONCLUSIONES

A la escuela de la dependencia la enterraron viva. No fue una muerte natural sino un decreto. No hubo tiempo para exequias ni plegarias: cuando a finales de los setenta se veía venir una crisis de proporciones mayores en América Latina, que ni siquiera la *sangre* y el *fuego* de las dictaduras militares podían detener —ni lo hicieron—, poco importó el *parte médico* sobre la “muerte” de las tesis dependentistas. Bastó con el *acta de defunción* firmada por algunos intelectuales para que se decretara el fin no sólo de una serie de tesis y teorías sobre el desarrollo y la democracia sino de una larga y fecunda tradición latinoamericana de pensamiento.

No fue en el terreno de las ideas donde *sucumbieron* las tesis dependentistas: aunque no exenta de contradicciones y flaquezas, más bien perdieron la batalla política, la lucha por imponer un proyecto de desarrollo económico y político para América Latina. El fracaso de los movimientos revolucionarios, el avance de las dictaduras y de la derecha, la crisis teórica del marxismo europeo, los signos de agotamiento de los regímenes socialistas, etcétera, marcaron en buena medida la suerte de la “escuela” de la dependencia —en tanto conjunto, complejo y disímbolo, de tesis y autores.

Después, lo de más fue lo de menos: pocos se tomaron la molestia de refutar la vitalidad de las críticas dependentistas hacia las expresiones capitalistas en la periferia, las formas de acumulación capitalista, los tipos recurrentes de plusvalía, la explotación del trabajo, la asimetría económica que definía las relaciones entre la periferia y los países desarrollados, las fallas estructurales de las economías subdesarrolladas, etcétera. No fue necesario. La impronta de un nuevo proyecto político e ideológico sepultó —al menos lo intentó— la tradición dependentista —especie de *caja china*— proveniente, a su vez, de otras tradiciones.

Apertura económica y liberalización política. Libre mercado y democracia. Crisis, muerte y resurrección del Estado..., la discusión teórica cambió: no sólo los temas y los términos del debate eran otros (ya no se discutía el modo de producción sino el *modo* de sacarle provecho, o de aminorar los costos), también las condiciones políticas eran distintas, la correlación de fuerzas entre los sectores conservadores y la izquierda había cambiado, la “revolución conservadora”, la “contrarreforma neoliberal”, en pleno ascenso, plantearon nuevas coordenadas políticas y teóricas, definieron un nuevo “campo de las decisiones políticas” y aun de las discusiones teóricas. Las consecuencias las conocemos porque están a

la vista: desde entonces se impuso un proceso de reformas en múltiples ámbitos, profundas y de largo alcance, que trastocaron por completo la vida de millones de personas en la región, y que dos décadas después siguen siendo menos que una promesa incumplida.

Fin de las tesis de la dependencia pero no de la dependencia como situación histórica de subordinación por parte de las economías latinoamericanas hacia los centros capitalistas de desarrollo. Tan simple como eso: si algunas tesis dependentistas se mantienen con vida no es por *respiración artificial* o por obra y gracia de algún santo o santón, sino porque aún permiten explicar —al menos parcialmente— el estado actual de algunas economías latinoamericanas, porque las reformas económicas que prometían resolver las crisis recurrentes en la región lo único que han conseguido es estabilizar las finanzas públicas y mantener a flote los indicadores macroeconómicos sin mellar gran cosa o prácticamente nada —antes, al contrario— la creciente brecha entre los sectores de mayores y menores ingresos de la población, el desempleo, la pauperización creciente; porque la democracia asociada a este modelo económico continúa cosechando desencanto e insatisfacción entre amplios sectores de las sociedades latinoamericanas, lo que ha ofrecido, a su vez, un campo fértil, a un tiempo, para *golpes de mano* y *vueltas de tuerca* a cargo de verdaderos lobos con piel de oveja —ejemplos sobran: la candidatura presidencial de Carlos Saúl Menem, los intentos de Efraín Ríos Montt en Guatemala, el fallecimiento de Hugo Bánzer en el poder...— que para la reconstitución de proyectos de izquierda.

A mi juicio, lo que vemos en la actualidad no es la resurrección de las formulaciones dependentistas, porque nunca se extinguieron por completo, sino la recuperación de una de las tradiciones teóricas más fecundas de nuestra historia, que hace dos décadas ofrecían respuestas frente a ciertos problemas del subdesarrollo latinoamericano y que hoy no dejan de plantear preguntas al modelo económico que se ha convertido en una verdadera fábrica de marginación y pobreza.

A querer o no, algunas tesis dependentistas siguen ofreciendo pistas para pensar las posibilidades de un proceso de desarrollo latinoamericano con mayores márgenes de decisión y autonomía nacionales, elementos para un diagnóstico crítico sobre los flancos vulnerables —en términos teóricos y políticos— del actual modelo de desarrollo económico, permite recuperar experiencias y reflexiones casi proscritas (por el *status quo*) durante los últimos lustros.

Sin rodeos, las tesis dependentistas que, según lo veo, mantienen cierta vitalidad y potencial teórico y que eventualmente podrían admitir una renovación, son:

- 1) *La concepción holística del capitalismo*, aunque no tiene su origen en ellos, este modo de concebir y analizar el modo de producción capitalista como un sistema que asignaba roles y lugares a las diferentes economías nacionales integrándolas así a un sistema global fue, sin duda, una de las piezas centrales entre los principales autores y tesis dependentistas. Esta perspectiva ofrece, incluso hoy, elementos para interpretar ese alcance global del capitalismo a través de nociones como la de interdependencia política y económica entre países, la división internacional del trabajo, la proliferación de mercados laborales nacionales integrados a procesos productivos internacionales, los efectos y consecuencias de procesos productivos globales, etcétera.
- 2) *Las condiciones estructurales del subdesarrollo económico latinoamericano*, aquellas circunstancias que, desde la integración histórica de América Latina al sistema económico internacional, hacían del capitalismo un mal negocio para la periferia, y que permitió explicar, en su momento, los pobres resultados del proceso de industrialización latinoamericana a partir de los años cincuenta. Si bien en las últimas décadas esos determinantes estructurales han cambiado, no han desaparecido: por ejemplo, el enorme peso de la deuda pública que dejó la crisis de los ochenta para los países latinoamericanos sigue siendo una condición determinante en el desarrollo económico para la región; de igual forma, el precario avance de tecnologías aplicadas a la producción por parte de los países periféricos, en un contexto en que la productividad se define —en buena medida— por la velocidad en la innovación tecnológica (predominantemente informática, microelectrónica, telecomunicaciones, biotecnología) que aumenta y mejora la producción, explica algunas aristas de la dependencia económica regional.
- 3) *El concepto de superexplotación de trabajo*, aunque polémico, este concepto sigue siendo pertinente en la medida que da cuenta de uno de los rasgos fundamentales del capitalismo periférico actual: la desvalorización de la fuerza del trabajo, a través de diferentes mecanismos —Marini identificó al menos tres—, que se constata, entre otras cosas, por la función que siguen desempeñando la mayoría de las economías latinoamericanas como mercados laborales flexibles para la producción mundial y como un factor que aumenta la productividad, lo que ha implicado la precarización de las condiciones de trabajo, el desmantelamiento de los aparatos de seguridad social y una ofensiva contra el movimiento obrero organizado.

- 4) *La relación entre economía y política* a la que aludían —de diferente modo y magnitud— algunos teóricos dependentistas y que arrojaba luz sobre las alianzas y vínculos que se construían —la comunidad de intereses, el intercambio de apoyos— entre grupos empresariales (asociados a determinadas estrategias o modelos de desarrollo económico: en alguna etapa fueron los latifundistas, en otra la burguesía industria, más tarde grandes consorcios con intereses en diferentes ramas de la economía y la industria...) y algunos sectores de las clases medias para promover un cierto proyecto nacional. A partir de este marco conceptual, temas centrales se pueden pensar en un sentido mucho más amplio, por ejemplo, la democracia como un régimen político que no se agota en la definición de las reglas del juego político-electoral, sino que permita, entre otras asignaturas, la discusión de la forma en que se distribuye el ingreso nacional, el volumen y aplicación del gasto social, que posibilite, en suma, la ampliación del “campo de las decisiones políticas”.
- 5) *La crítica a las ciencias sociales a partir de las cuales se trataba de pensar la realidad latinoamericana*, en el terreno de las ciencias sociales, las tesis dependentistas: a) contrarrestaron, y lo siguen haciendo hoy en menor medida, el enorme peso de los países centrales en el campo de la investigación del desarrollo, por lo demás, trascendieron el encuadre economicista que aún hoy prevalece en la discusión sobre el desarrollo de la región; b) han llevado el concepto de dependencia más allá de lo económico-político, con lo se permitió el debate acerca de la “subordinación teórica” de América Latina respecto a los circuitos académicos e intelectuales del Primer Mundo, que además abonó en favor de la “liberación” del quehacer teórico latinoamericano; c) algunas reflexiones dependentistas siguen ofreciendo elementos para la discusión acerca del “lugar” que ocupa el científico social dentro de la sociedad (la célebre *Tesis XI sobre Feuerbach*: “los filósofos sólo han interpretado el mundo de diferentes modos, de lo que se trata es de transformarlo” como música de fondo), de la relación entre la producción del saber y la experiencia histórica.
- 6) *La idea de revolución como ritmo del cambio histórico*, no era de ellos pero reivindicaron la idea como pocos. La tesis es conocida y la apuesta seductora: se trata de acelerar la dinámica histórica, de abolir el *status quo* para pasar a uno nuevo, esa

cuna del “hombre nuevo” expresión, a su vez, de otro modo de producción, de otra forma de acumulación de riqueza y de su distribución. Un proyecto de transición histórica acelerada, la *mecha* de la revolución se encendió pero su *fuego*, luego de más de dos décadas de luchas, se *extinguió*.

Más allá de sus aportes y limitaciones, lo que siguen planteando hoy las tesis dependencistas es la pertinencia —aún más, la obligación, la urgencia— de colocar a América Latina como objeto de la reflexión teórica y de la actividad política, como el eje que articule tesis y prácticas de muy diversos grupos.

Precisamente es ese, acaso, el mayor aporte del debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro Marini: ocupar y ocuparse de ese espacio geopolítico y económico, simbólico e imaginario que es América Latina. Asumirla como responsabilidad y reto intelectual y político. Lejos de desvaríos chauvinistas, se apelaba al pensamiento propio. Se recurría a la tradición. Se debatía en primera persona y con voz propia. Así fue aquel debate que permitió este recorrido —a ratos laberíntico pero siempre fecundo— por tesis y autores dependencistas.

En más de un sentido, la polémica Cardoso-Marini expresa el espíritu contradictorio de la época, más aún: la disputa por América Latina, por el proyecto a seguir, por definir el rumbo y el ritmo. De allí su importancia, de allí su trascendencia..., al cabo: su justificación como objeto de estudio.

Era una intuición —personal— que se volvió certeza: el debate entre Fernando Henrique Cardoso y Ruy Mauro involucró más que a dos autores dependencistas relevantes: esta discusión dio cuenta de dos de las expresiones más acabadas de eso que con poca fortuna la historia registró como “teoría de la dependencia”, dos proyectos político-económicos, dos formas de concebir al Estado, la sociedad y el mercado y su encadenamiento. Por ello la discusión devino disputa política, por decir la disputa e imposición de grupos, intereses y proyectos sobre otros.

Debate teórico y disputa política que sus protagonistas más conspicuos vivieron en carne propia: mientras que como promotor de la contrarreforma neoliberal, Cardoso se abrió paso en el mundo de la política partidista y en poco tiempo —relativamente— se convirtió en presidente de Brasil; Marini padeció la suerte de sus ideas: el ostracismo, la exclusión política, el olvido como amenaza y, por momentos, como condena.

Como se ve, lo que estaba en juego era algo más que el prestigio intelectual, que galardones teóricos..., quizá a ello se pueda atribuir —amén de las ostensibles diferencias

entre ambas posiciones— que la discusión tomara una forma dicotómica, polarizante y excluyente, que empobreció ambos planteamientos en la medida en que asociaba temas no necesariamente relacionados u opuestos; ello explica, por ejemplo, la dificultad de pensar la crítica dependentista en clave democrática, la oposición casi automática entre democracia y revolución o la facilidad con la que se asocia a algunos autores, como Marini, con la vía armada del cambio social, aún cuando el mismo Cardoso haya compartido, en algún texto publicado, el credo revolucionario (entre otras secuelas de estas asociaciones destaca que cuando la revolución resultó inviable, la teoría de la dependencia corrió la misma suerte).

A causa de ello, y desde luego en virtud de las diferencias entre ambos enfoques (a cuyo análisis he dedicado un capítulo, por lo que considero ocioso repetir), es que no había posibilidad de síntesis entre las tesis de ambos autores.

La opción promovida —*desde adentro* de la escuela de la dependencia— por Cardoso la conocemos —o padecemos— casi todos: con algunos matices y aunque no se atrevía a decir su nombre se trataba de apertura económica y liberalización política (vulgo neoliberalismo). Al final, este modelo de desarrollo que Cardoso observaba —al igual que otros teóricos de diferentes latitudes al principio de los ochenta— como el más viable, se cumplió: subordinación de las burguesías nacionales, internacionalización del mercado interno, pobreza, exclusión y control sobre el proceso de apertura política: fin de las dictaduras militares y transición democrática. Las predicciones de Cardoso se cumplieron. Prometió desarrollo y se consiguió, un tipo de desarrollo que él mismo definió como “dependiente y asociado”: acumulación de capital, expansión del sector productivo y financiero, competencia internacional por el mercado interno, integración plena al sistema económico global..., cuyo costo fue la intensificación de los lazos de dependencia, la pauperización de las sociedades, el deterioro del trabajo y los salarios; y en lo político, la puesta en marcha de una democracia de *baja intensidad*, con reglas que dejan fuera de la discusión pública nacional cuestiones centrales: como el reparto de la riqueza nacional, la formas de apropiación del valor de la fuerza de trabajo, la utilización y destino de los recursos naturales y de los fondos públicos, la administración del patrimonio cultural.

Del otro lado, la de Marini era una apuesta —también conocida— por un desarrollo que renunciaba al modo de producción capitalista o que, al menos, asociaba el crecimiento económico con el desarrollo colectivo, con la socialización de los bienes, con la incorporación política de los sectores populares, con una mayor autonomía de Estado en la conducción de la economía, con un Estado socialmente responsable... Visto así, el de Marini fue un fracaso

político colectivo, una derrota histórica para un proyecto, una tradición intelectual: la de un segmento significativo de la izquierda latinoamericana que, no obstante esa derrota histórica, en la actual coyuntura político-económica tiene la oportunidad —a partir de la recuperación de algunas de esas ideas y experiencias— de ofrecer una alternativa teórica y política frente al modelo actual.

Desarrollo y dependencia

Éxtasis y agonía: el XX fue el siglo del desarrollo: su cima y su sima. Nombre de un deseo. Estrategia de una ilusión. Espejismo colectivo. Profecía natural o histórica, la noción de desarrollo, en tanto inercia de progreso, articuló buena parte de los grandes proyectos que dieron forma y color —a veces monstruosa y sanguinolenta— al siglo XX: el del desarrollo, de sus hazañas y sus grandes tragedias.

A partir de esta experiencia a ratos desastrosa y trágica del desarrollo, ¿vale la pena seguir empeñados en tal empresa? De no ser así, qué queda, ¿renunciar al desarrollo? ¿Olvidar la promesa de bienestar a través del progreso? ¿Adiós a uno de los pilares de la modernidad? En suma, ¿merece la pena y los recursos (cada vez más nimios) y los esfuerzos humanos e institucionales (cada vez más precarios y condicionados) seguir reflexionando acerca del desarrollo?

Se trata de preguntas elementales en esta discusión global sobre el destino de gran parte de la población mundial que se ha extraviado en algún recoveco de ese camino del desarrollo que se suponía lineal y sin escalas hacia el bienestar. Una discusión a la cual los dependentistas llevaron las voces de América Latina: con tono crítico y a varias voces, los dependentistas convirtieron el desarrollo en un campo de batalla teórico y político.

Según lo veo, el enfoque de la dependencia fue un grito de *independencia* teórica que, pese a que lo intentó, no consiguió llegar al terreno de lo político. Para decirlo en unas cuantas frases, las tesis dependentistas pusieron fin al *mito desarrollista* —al menos en América Latina— sobre el cual se había construido el orden de la segunda posguerra.

Evidenciaron y exhibieron, de forma contundente, al desarrollo como un conjunto de ilusiones, artificios y credos, embozadas de teorías y políticas de cooperación, para seguir haciendo girar la rueda que mantenía en marcha el sistema capitalista: el desarrollo como una zanahoria, sospechosamente cerca y lejos. Al mismo tiempo, las tesis dependentistas fueron una reivindicación del pensar propio, de recuperar esa parte de la tradición intelectual latinoamericana marginada y de asumir la “autoconfianza” como estrategia teórica y política.

Deuda y duelo, las tesis y autores dependencistas merecen, más que un altar o alguna *ofrenda* intelectual, un tratamiento crítico, como el que dispensaron a las teorías anteriores a ellos, esto es, para empezar, una revisión profunda de sus planteamientos e ideas, de sus análisis e interpretaciones acerca de la condición histórica de América Latina, de sus posibilidades y estrategias de desarrollo; segundo, una reflexión acerca de la historicidad de estas tesis: la vitalidad de este *corpus* teórico en un momento histórico en el que el sistema capitalista ha desarrollado algunas de sus particularidades de forma inédita, respecto al capitalismo que los dependencistas vieron y criticaron; tercero, a partir de este balance, habría que potenciar algunos de los conceptos fuertes de los dependencistas para pensar y repensar las condiciones del sistema capitalista actual.

Si en algo ayudan las tesis dependencistas eso es, precisamente, en ofrecer una forma diferente —en relación con el *status quo*— y propia de pensar y concebir el desarrollo económico, la democracia política, la historia, el futuro, de dotarles de nuevos contenidos y valores.

A mi juicio, el enfoque de la dependencia parece un buen lugar para recuperar el rumbo que América Latina perdió a principios de los ochenta. Más que un refugio para los recuerdos y la nostalgia, los estudios de la dependencia resultan un punto de partida para la reconstrucción de alternativas.

BIBLIOGRAFÍA

- ARICÓ, José, *Marx y América Latina*, México, Alianza, 2ª ed., 1982.
- BAGÜ, Sergio, *Marx-Engels, diez conceptos fundamentales en proyección histórica*, México, Nuestro Tiempo, 5ª ed., 1984.
- _____, *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI, 15ª ed., 1999.
- BAGÜ, Sergio, Fernando Henrique Cardoso, et. al., *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Nuestro Tiempo, 2ª ed., 1975.
- BAMBIRRA, Vania, *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, ERA, 2ª ed., 1983.
- BARTRA, Roger, *Las redes imaginarias del poder político*, México, ERA, 1981.
- BERNAL Sahagún, Víctor, Sergio de la Peña, et. al., *Pensamiento Latinoamericano: CEPAL, Raúl Prebisch y Anibal Pinto*, México, UNAM, 1980.
- BETHELL, Leslie (editor), *Latin America politics and society since 1930*, EU, Cambridge University Press, 1998.
- BLOMSTRÖM, Magnus y Björn Hettne, *La teoría del desarrollo en transición*, México, FCE, 1990.
- BURNS, Bradford, *La pobreza del progreso*, México, Siglo XXI, 1990.
- CAMACHO, Daniel (comp.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, Costa Rica, Editorial Universitaria Centroamericana, 1979.
- CAMACHO, Daniel y Rafael Menjivar (coords.), *Los movimientos populares en América Latina, México*, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas, 1989.
- CARDOSO, Ciro F. S. y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina, economías de exportación y desarrollo capitalista*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 1979.
- CARDOSO, Fernando Henrique, *Teoría de la dependencia. Análisis concreto de situaciones de dependencia*. México, ABIIS, 1974.
- _____, *Estrategias para el desarrollo de la democracia en América Latina*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1990.
- _____, *A construção da democracia, estudos sobre política*, Sao Paulo, Siciliano, 1993.
- _____, *O modelo político brasileiro, e outros ensaios*, Río de Janeiro, Bertrand, 5ª ed., 1993.
- CARDOSO, Fernando Henrique y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI, 27ª ed., 1996.

-
- CASTAÑEDA G., Jorge, *La utopía desarmada. Intriga, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*, México, Joaquín Mortiz, 2ª ed., 1995.
- CASTAÑEDA G., Jorge y Alejandro Hett, *El economismo dependientista*, México, Siglo XXI, 4ª ed., 1985.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información, Economía, sociedad y cultura, I. La sociedad red*, México, Siglo XXI, 1999.
- CERUTTI Guldberg, Horacio, *Filosofía de la liberación latinoamericana*. México, FCE, 1983.
- CHILCOTE, Ronald, *Social change and development: modernization, dependency and world system*. Newbury Park, Sage, 1990.
- _____, *Theories of development and underdevelopment*. Londres, Westview Press, 1984.
- DÍAZ Chávez, Filander y Luis Díaz Chávez, *Hacia una dialéctica del subdesarrollo*, México, Grijalbo (Colección 70), 1971.
- DIETERICH, Heinz, *Relaciones de producción en América Latina*, México, Cultura Popular, 2ª ed., 1985.
- DOS SANTOS, Theotônio, *Imperialismo y dependencia*, México, ERA, 1978.
- _____, *Democracia e socialismo, no capitalismo dependente*. Petrópolis, Vozes, 1991.
- ECHVERRÍA, Bolívar, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998.
- _____, *Las ilusiones de la modernidad*, México, UNAM/El Equilibrista, 1997.
- ELKAN, Walter, *Introducción a la teoría económica del desarrollo*, México, Alianza/CNA, 1989.
- FANJZYLBER, Fernando, *La industrialización trunca de América Latina*, México, Nueva Imagen, 2ª ed., 1983.
- FLORESCANO, Enrique (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, FCE, 1987.
- FOXLEY, Alejandro, *Experimentos neoliberales en América Latina*, México, FCE, 1988.
- FURTADO, Celso, *Dialéctica del desarrollo*, México, FCE, 1974.
- _____, *El desarrollo económico: un mito*, México, Siglo XXI, 7ª ed., 1985.
- GARCÍA Moisés, Enrique, *La teoría del desarrollo económico, análisis crítico de sus principales tesis*, México, UNAM/ENEP, 1994.
- GIDDENS, Anthony, *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, Labor, 3ª ed., 1988.
- GONZÁLEZ Casanova, Pablo, *Imperialismo y liberación, una introducción a la historia contemporánea de América Latina*, México, Siglo XXI, 8ª ed., 1990.

_____, *El Estado en América Latina, Teoría y práctica*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas, 1990.

GONZÁLEZ Casanova, Pablo y Marcos Roitman (coords.), *La democracia en América Latina, actualidad y perspectivas*, México, UNAM-CICH/La Jornada, 1995.

GUNDER Frank, André, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo, dependencia, clase y política en América Latina*, Barcelona, Laia, 2ª ed., 1979.

GUNDER Frank, André, Rodolfo Puiggrós y Ernesto Laclau, *América Latina: ¿feudalismo o capitalismo?*, Colombia, La Oveja Negra, 2ª ed., 1974.

HINKELAMMERT, Franz, *Dialéctica del desarrollo desigual: el caso latinoamericano*. Santiago de Chile, Centro de Estudios de la Realidad, 1970.

_____, *El subdesarrollo latinoamericano: un caso de desarrollo capitalista*. Buenos Aires: Paidós, 1970.

_____, *Democracia y totalitarismo*, Costa Rica, UCA, 1987.

HOBBSBAWN, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, (Grijalbo/Mondadori), 1998.

HOPENHAYN, Martín, *Ni apocalípticos ni integrados, Aventuras de la modernidad en América Latina*, Chile, FCE, 2ª ed., 1995.

JAGUARIBE, Helio, Aldo Ferrer, et. al., *La dependencia política-económica de América Latina*, México, Siglo XXI, 15ª ed., 1985.

JAMES, Émile, *Historia del pensamiento económico en el siglo XX*, México, FCE, 1986.

KAHL, Joseph A., *Tres sociólogos latinoamericanos, Germani, González Casanova, Cardoso*, México, UNAM/ENEP ACATLÁN, 1986.

KAY, Cristóbal, *Latin American theories of development and underdevelopment*, Londres, Routledge, 1989.

KAUFMAN Purcell, Susan y Riordan Roett (eds.), *Brazil under Cardoso*, Boulder, Lynne Rienner, 1997.

KENNEDY, Paul, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza & Janés, 1994.

LECHNER, Norbert, *Los patios interiores de la democracia, Subjetividad y política*, Chile, FCE, 2ª ed., 1995.

_____, *La crisis del Estado en América Latina*, Caracas, El Cid, 1977.

LEWIS, Arthur W., *Teoría del desarrollo económico*, México, FCE, 1974.

LOSADA Aldana, Ramón, *Dialéctica del subdesarrollo*, México, Grijalbo, 2ª ed., 1969.

-
- LÖWY, Michael (ed.), *El marxismo en América Latina (de 1900 a nuestros días)*, México, ERA, 1982.
- MAGALLÓN, Anaya, Mario, *La democracia en América Latina*, México, UNAM/CCYDEL/Plaza y Valdés, 2003.
- MALLORQUÍN, Carlos, *Ideas e historia en torno al pensamiento económico latinoamericano*, México, Plaza y Valdés, 1998.
- MARINI, Ruy Mauro, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 6ª ed., 1975.
- _____, *El reformismo y la contrarrevolución (Estudios sobre Chile)*, México, ERA, 1976.
- _____, *Dialéctica de la dependencia*, México, ERA, 6ª ed., 1982.
- _____, *América Latina: democracia e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1993.
- MARINI, Ruy Mauro y Mágina Millán (comps.), *La teoría social latinoamericana (4 tomos)*, México, UNAM/CELA, 1996.
- MARINI, Ruy Mauro y Mágina Millán (coords.), *La teoría social latinoamericana (4 tomos)*, México, UNAM/El Caballito, 1996.
- MARX, Karl, *Manuscritos*, Barcelona, Altaya, 1993.
- MARX, Karl y Federico Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Progreso, 1966.
- MEADOWS, Dennis L., *Los Límites del crecimiento*, México, FCE, 1988.
- MÉNDEZ, Cándido (coord.), *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, 1980.
- MORALES Domínguez, Esteban, Orlando Martínez Ruiz, et. al., *Los países subdesarrollados en la década del 70*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1982.
- MORSE, Richard M., *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del nuevo mundo*, México, Siglo XXI, 1982.
- MYRDAL, Gunnar, *La pobreza de las naciones*, México, Siglo XXI, 1975.
- NISBET, Robert, *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa, 1996.
- NUN, José, *Marginalidad y exclusión social*, Argentina, FCE, 2002.
- _____, *Democracia ¿gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- NUÑEZ, Orlando y Roger Burbach, *Democracia y revolución en las Américas (Agenda para un debate)*, México, Nuestro Tiempo, 1988.
- O'DONNELL, Guillermo, y Philippe Schmitter, *Transiciones desde un gobierno autoritario. Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*, Barcelona, Paidós, 1994.

-
- O'DONNELL, Guillermo, Philippe Schmitter y Lorraine Whitehead (comps.), *Transiciones desde un gobierno autoritario. Perspectivas comparadas*, Argentina, Paidós, 1988.
- OMAN, C. P. y George Wignaraja, *The postwar evolution of development thinking*, Londres, Macmillan, 1991.
- PARAMIO, Ludolfo, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin del milenio*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1989.
- PEÑA, Sergio de la, *El antidesarrollo de América Latina*, México, Siglo XXI, 11ª ed., 1986.
- PRESTON, P. W., *Una introducción a la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 1999.
- RIBEIRO, Darcy, *El dilema de América Latina, estructuras de poder y fuerzas insurgentes*, México, Siglo XXI, 13ª ed., 1988.
- RODRÍGUEZ, Octavio, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI, 7ª ed., 1989.
- ROIG, Arturo Andrés, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1983.
- ROITMAN Rosenmann, Marcos, *Las razones de la democracia en América Latina*, Madrid, Sequitur, 2ª ed., 2001.
- _____, *Pensamiento sociológico y realidad nacional en América Latina*, México, IIESA, 2002.
- ROLL, Eric, *Historia de las doctrinas económicas*, México, FCE, 2ª ed., 1975.
- ROSTOW, Walt Whitman, *El proceso del crecimiento económico*, Madrid, Alianza, 1967.
- _____, *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista*, México, FCE, 1974.
- SCHUMPETER, Joseph A., *Historia del análisis económico*, México: FCE, 1984.
- _____, *Teoría del desenvolvimiento económico*, México, FCE, 3ª ed., 1963.
- SEERS, Dudley (comp.), *La teoría de la dependencia, una reevaluación crítica*, México, FCE, 1987.
- SEMO, Enrique, Raúl Olmedo, et. al., *Modos de producción en América Latina*, México, Cultura Popular, 1979.
- SERRA, José (comp.), *Desarrollo latinoamericano, ensayos críticos*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 6), 1974.
- SIERRA, Gerónimo de (comp.), *Democracia emergente en América del Sur*, México, UNAM, 1994.
- SOLÉ, Carlota, *Modernidad y modernización*, Barcelona, Anthropos/UAM, 1998.
- STAVENTHAGEN, Rodolfo, *Sociología y subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 3ª ed., 1975.

SUNKEL, Osvaldo y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, Siglo XXI, 21ª ed., 1988.

THIEL E., Reonold (editor), *Teoría del desarrollo, nuevos enfoques y problemas*, Caracas, Nueva Sociedad, 2001.

TORRES Carral, Guillermo, *Una introducción a la crítica de la teoría de la dependencia*, México, Universidad Autónoma de Chapingo, 1981.

TOURAINÉ, Alain, *América Latina, política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

VILLAMIL, José J. (comp.), *Capitalismo transnacional y desarrollo nacional*, México, FCE, (el trimestre económico, núm. 37), 1981.

VILLARREAL, René (comp.), *Economía internacional II: Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, FCE (el trimestre económico, núm. 30), 1989.

VÚSKOVIC, Pedro, Pablo González Casanova, et. al., *América Latina, hoy*, México, Siglo XXI/Universidad de las Naciones Unidas, 1990.

WEFFORT, Francisco C., *Notas sobre la teoría de la dependencia. ¿Teoría de clase o ideología nacional?* México, ABIIS, 1974.

ZAPATA Schaffeld, Francisco, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México (Jornadas 115), 1997.

Bibliografía complementaria:

ADORNO Theodor W. y Max Horkheimer, *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 3ª ed., 1998.

BAZANT, Jan y Woodrow Borah, et. al., *La Historia económica en América Latina*, México, SEP, 1972.

BERLIN, Isaiah, *Karl Marx*, Madrid, Alianza, 1993.

BERMAN, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 11ª ed., 1999.

BOILS Morales, Guillermo y Antonio Murga Frassinetti, *Las ciencias sociales en América Latina*, México, UNAM, 1975.

BORÓN, Atilio, *La filosofía moderna de Hobbes a Marx*, Buenos Aires, CLACSO/EUDEBA, 1999.

CAMOU, Antonio, *Gobernabilidad y democracia*, México, IFE, 3ª ed., 1997 (Cuadernos de divulgación democrática, núm. 6).

-
- CERUTTI Guldberg, Horacio, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*, México, Miguel Angel Porrúa/UNAM, 2ª ed., 1997.
- _____, *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*, México, Miguel Angel Porrúa/UNAM, 2000.
- COHEN, Gerald A., *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, México, Siglo XXI, 1978.
- CONNELL-SMITH, Gordon, *Los Estados Unidos y la América Latina*, México, FCE, 1977.
- CUEVA Perus, Marcos, *Contribución a la historia del pensamiento económico. Rentismo, neoliberalismo y crisis*, México, UNAM, 1990.
- CHOMSKY, Noam, *Lo que realmente quiere el Tío Sam*, México, Siglo XXI, 1994.
- CHUDNOVSKY, Daniel, Bernardo Kosacoff y Andrés López, *Las multinacionales latinoamericanas: sus estrategias en un mundo globalizado*, Buenos Aires, FCE, 199.
- CROZIER, Michael, Samuel Huntington y Joji Watanuki, *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of democracies to the Trilateral Commission*, New York, 1975.
- Dornbusch, Rudiger y Sebastián Edwards (comps.), *Macroeconomía del populismo en la América Latina*, México, FCE, 1992.
- FARFÁN Hernández, Rafael y Jorge Velásquez Delgado, *El pensamiento austriaco en el exilio*, México, UAM-Azcapotzalco, 1994.
- FOUGEYROLLAS, Pierre, *Ciencias sociales y marxismo*, México, FCE, 1996.
- GALEANO, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 60ª ed., 1990.
- _____, *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, México, Siglo XXI, 4ª ed., 1999.
- GARRIDO, Celso N., *Empresarios y estado en América Latina*, México, CIDE/Fundación Friedrich Ebert/UNAM/UAM, 1988.
- GIL G., Federico, *Latinoamérica y Estados Unidos*, Madrid, Tecnos, 1975.
- GUTIÉRREZ-HACES, María Teresa, Berenice Ramírez et. al., *Centroamérica: una historia sin retoque*, México, El Día/UNAM, 1987.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría y praxis. Estudios de filosofía social*, Madrid, Tecnos, 1993.
- HÉLLER, Ágnes y Ferenc Fehér, *El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*, Barcelona, Península, 2ª ed., 2000.
- HUIZINGA, Johan, *El concepto de la historia*, México, FCE, 1994.
- KANT, Emmanuel, *Filosofía de la historia*, México, FCE, 2ª ed., 1994.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard, *La guerra del fútbol*, Madrid, Anagrama, 2ª ed., 1992.

-
- KOSIK, Karel, *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo, 1979.
- LOWENTHAL, Abraham, F., *La convivencia imperfecta, los Estados Unidos y América Latina, México*, Nueva Imagen, 1989.
- MARCUSE, Herbert, *Razón y revolución*, Madrid, Alianza, 1995.
- MCCARTHY, Thomas, *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y reconstrucción en la teoría crítica contemporánea*, Madrid, 1992.
- MILL, John Stuart, *Sobre la libertad*, Madrid, Aguilar, 1977.
- MORISON, Eliot Samuel, Henry Steele Commager y William Leuchterburg, *Breve historia de los Estados Unidos*, México, FCE, 3ª ed., 1987.
- NAPOLEONI, Claudio, *El pensamiento económico del siglo XX*, Barcelona, Oikos-tau, 2ª ed., 1968.
- OFFE, Claus *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, 1988.
- PALAZÓN Mayoral, María Rosa, *Filosofía de la historia*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona/UNAM, 1990.
- PAZ, Octavio, *La casa de la presencia. Poesía e historia*. Obras completas, tomo 1, México, FCE, 1994.
- PIORE, Michael J. y Charles F. Sabel, *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza, 1990, p. 262.
- POPPER, Karl R., *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Planeta/Agostini, 2 tomos, 1992.
- PORTALES, Carlos (comp.), *La América Latina en el nuevo orden económico internacional*, México, FCE (El trimestre económico, núm. 48).
- PRENSA Latina, *Los países no alineados*, México, Diógenes, 1976.
- RAMA M., Carlos, *Sociología de América Latina*, Barcelona, Península, 2ª ed., 1977.
- ROSE, Richard y Guy Peters, *Can government go bankrupt?*, New York, Basic Books, 1978.
- ROSE, Richard (ed.), *Challenge to governance. Studies in overload politics*, Beverly Hills, Sage, 1980.
- SÁNCHEZ Vázquez, Adolfo, *Filosofía y circunstancias*, Barcelona, Anthropos/UNAM, 1997.
- SAXE-Fernández, John, *De la seguridad nacional*, México, Grijalbo, 1977.
- SHEAHAN, John, *Modelos de desarrollo en América Latina*, México, Alianza/CNCA, 1990.
- SEBRELI, Juan José, *El asedio a la modernidad*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.
- SERNARCLÉNS, Pierre de, *Yalta*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.